PQ 7297
.A49 T7
Copy 1

41

Class PQ7297
Book .A49T7

# EL TRIBUNAL DE LA COMPAÑIA DE JESUS

NOVELA HISTORICA

ESCRITA

POR

JESÚS ALFARO Y E. MANRIQUE

MEXICO

IMPRENTA POLIGLOTA DE LUIS RAMIRO, PONCE DE LEON Y COMPAÑIA

Calle de Santa Clara, esquina al Callejon

1874

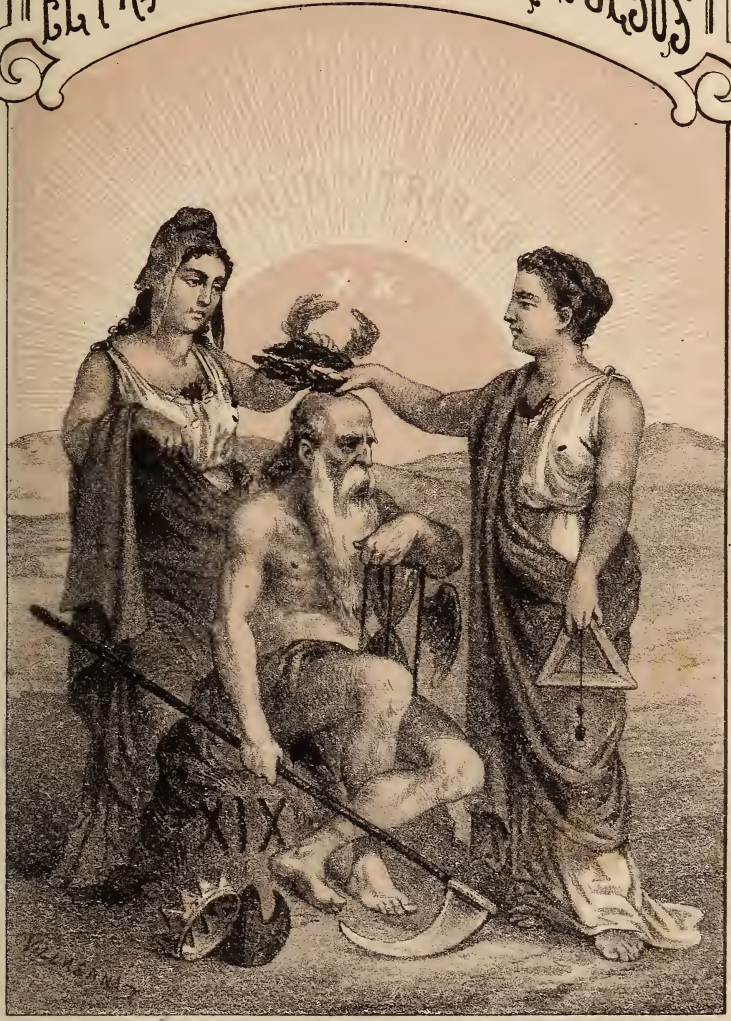
Esta obra es propiedad de los AUTORES, y nadie podrá reimprimirla ni traducirla, sin su consentimiento.

342921
25

EDITOR: FABIAN MANRIQUE.

# EL TRIBUNAL DE LA COMPAÑIA DE JESUS

# EL TRIBUNAL de la COMPAÑIA de JESUS




POR

ALFARO Y MANRIQUE.

MEXICO.

PQ7297
.A49T7

# PROLOGO

¿Quién no ha leido el Judío Errante? Sin pretension de colocarnos á la altura de su ilustre autor, damos á luz la presente obra semejante á aquella, sin otro mérito que contener hechos históricos tan recientes, que su desenlace ha tenido lugar ante los tribunales de Bélgica en 1863; drama que duró veintiseis años, muchos de cuyos autores viven aún, y entre ellos el héroe, ó mejor dicho la víctima.

Frecuentes han sido, por desgracia, los crímenes como el que nos ocupa, concebidos y llevados á cabo por la avaricia de la "Compañía de Jesus," cuyos miembros, llevando sobre el pecho un Cristo suspendido por los piés, parecen decirse siempre que el fondo íntimo de sus doctrinas es contrario al de las del Crucificado. Si El predicó, se dicen, la igualdad y la fraternidad, nosotros buscamos la superioridad sobre todos: la igualdad ni entre nosotros.

Si El dijo dejad venir á mí los niños para amarlos, nosotros os buscamos para explotarlos.

Si El predicó el perdon de las ofensas, nosotros jamas perdonamos.

El dice: dad de comer á los que tienen hambre: nosotros no damos, pero siempre recibimos.

El dice: despreciad las riquezas; nosotros ambicionamos las del mundo.

El muere en la cruz bajo la tiranía de los príncipes, bajo la hipocresía de los sacerdotes: nosotros sostendremos la aristocracia, y nuestra humilde apariencia nos dará el dominio de los pueblos y el poder de los grandes.

La Compañía de Jesus, acariciada y temida por diez y ocho Papas, desde que el ex-paje de Fernando el Católico hace voto en la capilla de Montmartre en Paris, de combatir con hechos el cargo de avaricia que se hacia á los eclesiásticos, exige á sus sacerdotes profesos el juramento de no permitir que se altere el voto de pobreza sino para restringirle mas. Y sin embargo, contando apenas veinte años de existencia, San Francisco de Borja, su tercer general, escribia á los padres sus subordinados, previendo lo que ya se temia: "Vendrá tiempo en que la Compañía dominada por la ambicion, la soberbia y el orgullo, entrarán en ella á rienda suelta. El espíritu de nuestros hermanos está lleno de una pasion sin límites de los bienes temporales, y trabajan por amontonarlos con mas pasion que los seglares."

En efecto: la ambicion de la Compañía por dominarlo todo, le induce como medio indipensable á buscar y adquirir las riquezas, sin pararse en los medios. Por eso se desliza sordamente en las familias como en los gobiernos; impone su voluntad por el confesonario en los asuntos de familia, y resuelve los negocios públicos apoderándose de las conciencias de los reyes. En Portugal, bajo el reinado de José I, cinco jesuitas se dividen la confianza de la familia real. El padre Moreira es confesor del rey y de la reyna: el padre Oliveira es preceptor de los infantes: el padre Costa, confesor de Don Pedro, hermano del rey; y de Don Antonio y Don Manuel, tios del mismo, los padres Campos y Aranjuez. Mas tarde, en tiempo del rey Don Sebastian, apode-

rado el padre Gonzalez del corazon del rey, le impone el destierro de la reyna su abuela, Doña Catalina, cuyos lamentos llegan hasta nosotros en estas palabras que dirige al general de la órden:

**Carta de Ana Catalina, Reyna de Portugal, abuela del Rey Don Sebastian, al padre Francisco de Borja, General de Jesuitas, en 8 de Junio de 1571.**

Reverendo Padre en Christo:

Todo el mundo sabe que de todos los males que afligen á este Reyno, son autores algunos de vuestros Padres que tuvieron la maldad de aconsejar á mi Nieto, que me arrojase desterrada del Reyno y de sus Estados.....

El Padre Luis Gonzalez, es el principal autor de todos los males que Yo y el Reyno lamentamos. Le ha hecho creer (al Rey) como cosa sublime, que seria tanto mas estimado, cuanto su estimacion fuese menos para conmigo.....

Es tambien muy notorio dentro y fuera del Reyno, con grande escándalo de todos, que el Rey mi Nieto, el Cardenal mi Hermano y Yo, teniendo todos tres confesores de la Compañía, perfecta é íntimamente ligados entre sí, con todo no nos podemos unir todos tres, el Rey, el Cardenal mi Hermano y Yo. Esto hace sospechar á todos, que nuestros confesores se entienden por el Padre Gonzalez que entretiene la desunion entre nosotros. Mi confesor solo me aconseja sufrir todo con paciencia. ¿Pide el bien de la Compañía que Yo deje el Reyno para ver nacer mayores males? ¿Es el interes de la Compañía el que me aparta de la sepultura del Rey mi Señor y mis Hijos que están en la gloria, y quien me separa, en fin, del Rey mi Nieto, á quien tanto ama mi corazon?.....

Enxobregas, 8 de Junio de 1571.

Los Pueblos y los Gobiernos comprenden entonces adonde va y de lo que es capaz la Compañía de Jesus, y á porfia es combatida en la prensa y en la tribuna, en el consejo y en el púlpito. Ya el Arzobispo de Toledo Martinez Siliceo, en 1552, cardenal

tres años mas tarde, habia prohibido el confesar á los jesuitas de su Arzobispado, publicando sentencia de excomunion contra los que se confesasen con ellos, y mandando á las casas de religiosos y parroquias no se les permita predicar.

Ellos combaten la teología de Santo Tomás, tan recomendada por su fundador: difunden nuevas teorías sobre el libre adbedrío: sostienen para sí un fuero especial, que les sustrae de toda jurisdiccion, aun la eclesiástica, y apoderados del presente por su influencia sobre las coronas, y del porvenir por la educacion de la juventud en millares de colegios, se inclinan solo ante el Papa para exclamar como Pilatos ¡Ecce Homo!

La voz de los sabios, filósofos y estadistas, se hace escuchar entonces: los Cardenales y Arzobispos unidos á las Ordenes Religiosas y al pueblo, despiertan á los Reyes de su arrobamiento, alentando á los Papas. Esa compañía que habia sido arrojada de Francia al fin del siglo XV; de la República de Venecia al comenzar el XVI; de Holanda bajo el Pontificado de Gregorio XV, recibe la muerte de Clemente XIV en su breve "Dominus ac Redemptor" que paga á pocos meses con la vida.

Los miembros de la Compañía se dispersan por todas partes, clausurando ó pasando á otras manos seiscientos sesenta y nueve colegios; ciento sesenta y un seminarios con 22,589 jesuitas, solo en Francia, Italia, Portugal, España, Alemania y Polonia.

Ya Clemente XIII en 1769, instado por diversos príncipes á la supresion ó reforma de la Compañía, por su moral tan llena de restricciones mentales y de sutiles distinciones; por su fanatismo hasta el principio del regicidio; por su avaricia hasta explotar una solapada esclavitud como en Paraguay; por su ambicion de poder sin límites, ya atendiendo, en fin, á las instancias del clero y órdenes religiosas, convocaba un Consistorio para el 3 de Febrero. En él deseaba comunicar á los cardenales su resolucion de satisfacer las instancias de las coronas contra los jesuitas, cuando la noche del dia 2 se siente repentinamente enfermo, y despues de un vómito de sangre espira en medio del espanto de su servidumbre y del mundo entero, que no juzga natural esa muerte recordando las doctrinas de la Compañía, única á quien favorece la desaparicion del Pontífice.

Asombrado por tanto valor el Papa Pio VI, suspende á poco los efectos del breve en Rusia, entre cuyas nieves, bajo el amparo de Catalina II, y por rescripto del mismo, habian continuado los jesuitas observando su instituto.

Tímido Pio VII revive poco á poco la Compañía, hasta que su breve "Solicitudo omniun eclesiarum" la declara restablecida en 1814 en todo el orbe católico, para ser expulsados segunda vez sucesivamente de Rusia, España, México, Nápoles, Parma y las Dos Sicilias, y de Roma, en fin, bajo el pontificado de Pio IX.

La Compañía, proclamada por sus panegiristas el mas firme sosten de las monarquías y de sus privilegios, se adhiere á la república francesa en 1848. Restablecida en México por Santa-Anna en 853, á la cabeza del clero en 866, abandona el partido del Archiduque Maximiliano, cuando este le arranca la última esperanza de recobrar los bienes que le arrebatara la Reforma. Mira consolidarse esta, y despechada, voceando contra sus preceptos, es arrojada de la República por el sexto Congreso Constitucional.

Y sin embargo, de donde quiera que sale, queda como raíz la Compañía misma. Ella se desliza por todas partes; se disfraza bajo todas las apariencias, toma las denominaciones de Paulinos, de la Fé, Pasionarios, Confesores, Misioneros, de la Caridad; pero alentando siempre las ideas que atrofiaran la vida de los pueblos; sosteniendo las ideas del romanismo que decae; especulando con todas las maldades; constituyendo, en fin, á los ojos de la posteridad, el infierno en la Compañía de Jesus.

Tal asociacion debe ser conocida como ella es, indigna por sus tendencias del fulgor de nuestro siglo.

Es preciso comparar la inmoralidad é inconveniencia de su sistema de enseñanza por medio del ascetismo y clausura, con los nuevos sistemas de instruccion liberal en ambos sexos. Ella que sostiene y se afana aun por sus ideas de absolutismo en los derechos de los reyes. Ella que lucha todavía contra el torrente del progreso, sobrenadando en Bélgica, apoyándose en Roma, observando en los Estados Unidos, fingiendo en todas partes avenirse á las circunstancias, pero tejiendo infatigable siempre la red del decadente romanismo en que sueña hace tres siglos envolver al mundo.

Levanta en todas partes seminarios y colegios, mas no para buscar el perfeccionamiento del pueblo, sino para derramar en la sociedad que le interesa, á sus discípulos y adeptos, como resortes que le obedezcan, como agentes que le secunden, como apoyos que le sostengan en los vaivenes con que le hace tambolear el empuje del progreso.

Vamos, pues, á referir un hecho que los tribunales hicieron público, ya que tantos de ese género yacen en las tinieblas. El será una prueba mas de la inmoralidad de la Compañía, que arrojada de cuanto país le ha dado abrigo, desde el Japon donde despues de alcanzar numerosas conversiones en 1585, no quedaba ni rastro de ellas sesenta años mas tarde, hasta la capital del mundo católico donde á la vista de Pio IX les arroja el pueblo. ¿Qué significan tan numerosas como repetidas expulsiones de esa Compañía en épocas en que todas las órdenes religiosas vivian tranquilas enraizando en todas partes? ¿Qué vértigo se apoderó de los pueblos y de los reyes para luchar contra los jesuitas entre el fanatismo de su siglo que daba aliento y vida á sus coronas? ¿Qué? La preponderante ambicion de dominio que los hijos de Loyola han buscado siempre atropellando con todo miramiento público ó privado. La inmoralidad que guardada bajo el mas austero sigilo de los superiores, se pone en accion por todos sus miembros mediante la santa obediencia "Ad majorem Dei gloriam."

Nada presumimos en literatura.

En cuanto á la difícil cuestion de instruccion pública, procuraremos desarrollar las ideas del ilustre mexicano Ignacio Ramirez. Referiremos, en fin, los hechos, comentándolos á veces para recordar al pueblo que los adversarios del progreso están en todas partes dirigidos por el Gesú en Roma, residencia del General de la Orden, luchando infatigables por ofuscar la luz de nuestro siglo.

# EL TRIBUNAL DE LA COMPAÑIA DE JESUS

## CAPITULO PRIMERO

### BÉLGICA.—AMBERES

Entre la Francia y la Prusia, y limitada al Oeste por el mar, Bélgica se levanta cruzada por sus rios, y sus canales el Mosa y el Escalda; de Malines y Lovaina, que permiten á los buques descargar en las calles su tributo de riqueza que llevan de todas partes.

Bélgica, con sus cinco millones de habitantes en una extension de cuarenta y dos leguas de ancho por treinta y nueve de largo; cruzada por numerosos caminos de fierro; con sus poblaciones tan cercanas entre sí que apenas las separan algunas calles de árboles, parece una ciudad inmensa compuesta de edificios y jardines, siendo la jardinería la pasion de los belgas. Con sus fábricas de armas y de telas, de azúcar y ginebra; vastas imprentas y ricas fundiciones, exporta los productos de su industria y de sus minas en numerosos buques que la visitan.

Allá ciñó su primera corona de triunfo la República de 93—Jemmapes—y su crespon de muerte Napoleon el Grande—Waterloo.

Bélgica, tan querida de los Papas por su catolicismo altamente romano, que produce anualmente á la Santa Sede cuantiosas sumas; por haber dado mas tarde al gefe de la religion de los Borgias y Torquemadas, regimientos de zuavos, que el célebre Lamoriciere condujo á la derrota en Castelfidardo, sosteniendo el trono pontificio; querida, en fin, por haber dado al sucesor de San Pedro, todo humildad y paz, un ministro de la guerra, el cardenal conde de Merode.

Hijo este de una de las mas ilustres familias del país, y siendo subteniente de infantería, contrajo relaciones amorosas con una señora. Un dia en que los dos amantes se encontraban en arrobador éxtasis, fueron sorprendidos por el marido ultrajado, que quiso castigar enérgico á quien manchaba su honra.

Mas el futuro ministro le asesinó de un pistoletazo y escapó por la ventana. Pasó la frontera, y la ciudad pontificia dió caritativamente abrigo al noble deudo de una familia católica tan distinguida.

Pocos años despues el ex-subteniente desertor era ministro de la guerra en el gobierno pontificio. El asesino adúltero recibia de Su Santidad el capelo rojo de los príncipes de la Iglesia. Tan virtuoso cardenal acaba de morir, dejando al Papa todos sus bienes.

La perla mas hermosa de las costas de Bélgica, la grandiosa Amberes, se levanta á orillas del Escalda con sus noventa mil habitantes, número que va disminuyendo poco á poco, demostrando siempre su espíritu católico en sus luchas armadas y electorales.

Su magnífico puerto, tan abrigado como extenso, y del que Napoleon I quiso hacer el primer puerto militar del mundo y convertirle en el rival de Lóndres, está formado por el Escalda, que saliendo de Francia baña los campos de Tournay y Gante. Rio de histórico recuerdo, donde un general frances á la cabeza de una columna de caballería se lanzó sobre el rio conjelado para batir y hacer presa contra una escuadra numerosa de buques enemigos varados por el hielo.

Grandiosos edificios hacen de la ciudad un motivo de interes para el viajero. Su majestuosa catedral, sostenida por 125 columnas que sustentan sus tres naves tan espaciosas como decoradas, levantándose entre las nubes su torre de 444 piés de altura, la mas elevada de Europa, que rivaliza solo con la de Strasburgo. La Bolsa, la extensa plaza de Meir, el Jardin Zoológico, uno de los mas antiguos y conteniendo animales de todos los climas y países. Entre ellos se encontraba hace poco un mono chimpanzé vestido como un caballero, y que tan pronto como se presentaba un visitante, tomándole de la mano le mostraba como hábil cicerone sus compañeros de exhibicion, embolsándose gravemente las propinas que recibia.

La famosa ciudadela de Amberes, construida bajo el gobierno cruel y fanático del duque de Alba en tiempo de Felipe II, que ha sufrido, como los edificios de su especie, las modificaciones que indican el arte de la guerra y el progreso de las ciencias, y ha sido teatro de numerosos hechos heróicos. Reformada por el famoso ingeniero Vauban, donde desarrolló el sistema de fortificacion que lleva su nombre, tiene hoy nuevas obras trazadas por el general Chazal, ministro de la guerra y padre de un capitan del mismo nombre de la Legion Belga, muerto en México durante la invasion francesa.

Cerca de Gante, patria de Cárlos V, en Gent-Bruges, á pocas leguas de Amberes, se encuentra el jardin mas hermoso del país. Luis Van Houtte, su director y propietario, ha gastado considerables sumas implantando allí los mas notables vegetales de todos los países, buscándolos á veces aún entre los salvajes.

Los ingleses durante una larga excursion por el rio Amazonas, observaron que algunas aves bastante corpulentas zurcaban las ondas sobre verdes chalupas de un metro de largo. Esto les llamó tanto la atencion, que aunque con gran esfuerzo se acercaron á una, de la que escapó el ave levantando el vuelo y dejando á sus cazadores la chalupa, que no era sino la grande hoja de una planta acuática que con gran trabajo hallaron al fin: sus hojas, lanceoladas á bordes levantados, afectan siempre la figura de una chalupa.

Es una planta colosal, cuya blanca flor de ochenta centímetros

de tamaño, exhala el mas delicado perfume. Cuando esas aves tienen que buscar el alimento rio abajo, arrancan con el pico cada una su hoja, dejándola caer sobre el agua, y se embarcan en ella dejándose llevar por la corriente. Por la tarde regresan á sus nidos volando.

Los ingleses llevaron algunos ejemplares de esta planta á Lóndres, llamándola Regia Victoria. Mas bajo un clima tan nebuloso, y á pesar de sus invernaderos, las plantas fueron decayendo.

Van Houtte hizo traer dos ejemplares á su jardin de Gent-Bruges; hizo construir un amplísimo estanque, cuyas abundantes aguas siempre tibias por medio de estufas, y en fuerte agitacion por ruedas en movimiento, permitieron enraizar y desarrollarse á las Victorias. Por fin comenzó á apuntar el boton tan deseado: su desarrollo fué objeto de la mas grande curiosidad. Cuando se juzgó que se acercaba el tiempo en que la flor se abriera, todos los aficionados del país y extranjeros estuvieron en observacion. Una mañana, cuando empezaba á calentarle el sol, una detonacion semejante á la de un pistoletazo hizo ver que la espléndida Victoria entreabria sus pétalos derramando su perfume á larga distancia.

Este triunfo costó á Van Houtte veinticinco mil francos.

Ese dia la Bélgica alcanzó la mas espléndida victoria que perdió Inglaterra. ¡Ojalá todas sus victorias hubiesen derramado igual perfume!

Bélgica está gobernada hoy por una monarquía constitucional. Las dos Cámaras en 1832 concedieron la corona á Leopoldo I.

Las provincias Belgas y Holandesas que antes constituian los Países Bajos, separadas violentamente en 1830, forman hoy dos países diversos: Bélgica católica; Holanda calvinista.

Los dos pueblos hermanos combatieron con encarnizamiento por la cuestion religiosa. Despues del tratado de paz de 1839, dejaron de ser enemigos, pero no adversarios.

# CAPITULO II

## PEDRO DE BUCK

En Amberes, capital de la provincia de su nombre, vivia por el año de 1825 un rico armador llamado Pedro De Buck.

Habia principiado su carrera como tenedor de libros en una de las principales casas de comercio de Bruges, formando á fuerza de trabajo y economía un capital de quince mil francos, con lo que pasó á Amberes para comenzar sus especulaciones en el comercio de mar.

Sus repetidos viajes á diversos puertos del Océano, coronados del mejor éxito, le pusieron en aptitud de armar el primer buque que con el nombre de "El Haya" salió del puerto cargado de azúcar y lencería, llevando todas sus esperanzas é ilusiones. Sobre el borde del rio Francisco De Buck miró alejarse su hermosa embarcacion, hasta que cual arrogante gaviota la vió perderse entre la bruma del mar. Entonces dirigiéndose á su casa é inclinada la cabeza, pensaba así:

Cien mil francos será una utilidad bien moderada; mas con eso estaré contento siempre que de tres en tres meses pueda repetirse. Así, al comenzar el año venidero, no será uno sino tres los buques de mi casa; pediré la mano de la Srita. Malou, y aunque

su fortuna no venga desde luego á mi poder, yo podré girar sobre medio millon. ¡Dios mio, cuánta felicidad! vivir entre las caricias de la Srita. Malou, y las consideraciones del comercio de Amberes. Amontonar una gran fortuna, y rodeado de mis hijos, hacer el bien á los desgraciados que como yo, necesitan del apoyo de los demas para levantarse de la nada. Economía y trabajo, añadia abriendo la puerta de su despacho. Economía y trabajo.

—"El Haya" ha partido, señores, exclamó dirigiéndose á sus dependientes: veremos cuándo regresa.

—Sea para bien, M. De Buck contestó un jóven poniendo en manos del armador una carta con el sello de Bruges. Este, dejando caer la cubierta y reconociendo la letra del hermano de la Srita. Malou, pronto recorrió aquellas líneas en que se hallaban estas palabras:

"Cuando recibais esta, mi hermana tal vez habrá dejado de existir. Su enfermedad ha sido tan violenta que apenas hemos tenido tiempo de aplicarle algunas medicinas tan enérgicas como estériles. Si venís mañana, será tarde."

El semblante del armador cambió totalmente. Hacia un instante que lleno de esperanza se sentia dichoso. Aquellas líneas empañaban todo su porvenir tras un velo de muerte.

Da algunas órdenes, y parte sin demora para Bruges á la casa de su amada.

Tres dias despues estaba de vuelta.

Su estilo habia cambiado. Serio y meditabundo, pero benéfico y honrado, continuaba siendo la estimacion de todos. Para los negocios, un tipo de honradez; para sus dependientes un padre; para los desgraciados, una Providencia. Se promete no casarse jamas y fijar toda su atencion en dos hijos de un hermano suyo muerto ya, y cuya viuda sin fortuna, hacia un año que vivia á sus expensas.

Ellos constituyeron desde entonces la familia del armador, que se complacia siempre en ver juguetear á sus sobrinos y crecer dichosos.

Pocos años sobrevivió la desdichada viuda á su esposo. Apenas contaba seis años el mayor de sus hijos, cuando ella murió, sin que pudiesen consolarle las atenciones de su cuñado.

Diez años trascurrieron así.

El mayor de los sobrinos del armador, llamado Francisco De Buck, niño de quince años, era ya por su precoz inteligencia y buena conducta la delicia de su tio. En su semblante siempre tranquilo y risueño, resaltaba de sus ojos azules una mirada afable y llena de expresion.

Agustina, la menor de los niños, era como la viuda, un tipo meridional. Sus negros ojos rasgados que cuando miraban parecian suplicar, tenian una expresion angelical, mirada de esperanza: esbelta, sus pequeños piés como los de una mexicana, habrian conmovido á la misma Cantaflorida. Su estilo amable y sincero le hacia manifestar su corazon, aunque en los límites de la mas encantadora modestia.

Educada la Señora De Buck en un catolicismo exagerado, habia trasmitido á sus hijos el fanatismo religioso de que estaba poseida. Concurria á los templos todos los dias llevando á sus hijos, preocupándose demasiado de imbuir en su ánimo las prácticas de su religion.

El calvinismo habia hecho grandes conquistas en el país. Los holandeses calvinistas ó luteranos, eran vistos por la señora como enemigos, de cuya sociedad debia huirse. Siempre que los negocios del Señor De Buck llevaban á la casa algun holandés, la señora creia que su cuñado se excedia en su tolerancia, y corria al dia siguiente á los piés de su confesor para consultarle como caso de conciencia, si debia permanecer en una casa que tan á menudo frecuentaban los holandeses.

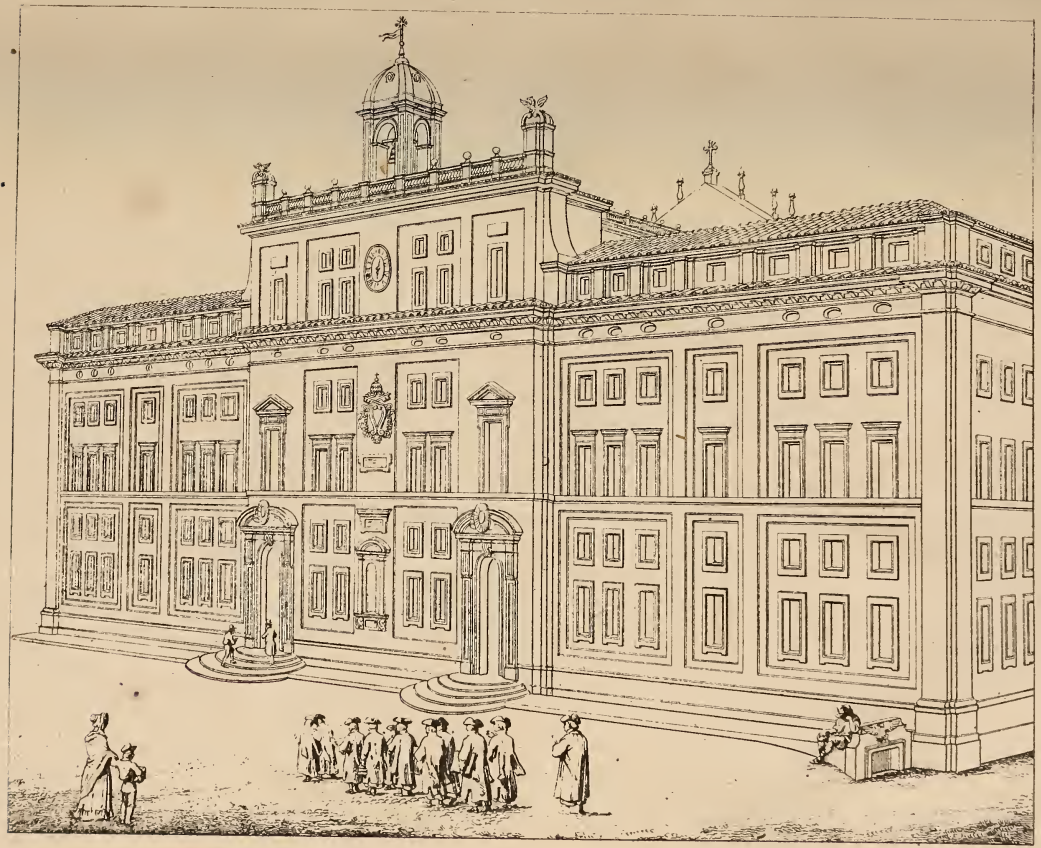
El Señor De Buck, por su parte, era demasiado observante; pero se preocupaba menos del asunto. Sin embargo, mas de una vez rehusó algunos negocios que le obligaban á un trato íntimo con personas de otra religion.

Cuando la señora hubo fallecido, el señor De Buck continuó para sus sobrinos el mismo género de educacion, siendo tan observante como aquella, y sujetando á veces á la aprobacion de su confesor algunos negocios de su casa.

A medida que avanzaba su edad, su fanatismo se acrisolaba mas y mas, reflejándose en sus sobrinos, que apenas frecuentaban una sociedad muy escogida, así como las escuelas en que recibian

enseñanza. Francisco habia concurrido á una de estas, dirigida por un caballero que en su juventud habia servido como sargento en el ejército de Napoleon y escribiente mas tarde en una vicaría de Bruselas, donde oficiaba un sacerdote hermano suyo. Llegado este á la dignidad de canónigo de la catedral de Amberes, prodigó toda su influencia al sargento imperial para montar con lujo un colegio, que bajo la denominacion de San Cárlos, era concurrido por los niños de las familias mas acomodadas.

Pedro De Buck, mas honrado que perspicaz, entregó su pupilo á Mr. Savigné, director del colegio San Cárlos.



*Colegio Romano.*

# CAPITULO III

## EL COLEGIO SAN CARLOS

M. Savigné, que tal era el nombre del antiguo escribiente de la vicaría, era un hombre hipócrita por carácter; adulador de los grandes, ostensiblemente severo y moralizado, pero mas especulador que ilustrado. Tenia profesores de alguna reputacion para diversas materias: estos concurrian solamente á sus horas respectivas, quedando siempre el establecimiento al cuidado del director M. Savigné, quien sin disposicion para el profesorado, era todo petulancia y exterioridad.

La sociedad belga conserva su antigua nobleza recortada por el duque de Alba y retocada por Napoleon I, presentando la mezcla de varias nacionalidades: desde aquellos que traen su orígen de Godofredo de Bouillon, gefe de la primera cruzada y primer rey de Jerusalem, hasta los vástagos de los conquistadores de los Países Bajos en tiempo de Felipe II.

Dividido el país en provincias Walonas y Flamencas, las primeras hablan el frances, las segundas el flamenco. Y á pesar de las recíprocas necesidades del trato social, ni las unas ni las tras se procuran el conocimiento perfecto de ambos idiomas. Hay

un verdadero antagonismo entre ellas, á tal grado, que se mira con cierto desden entre los walones el conocimiento del flamenco y recíprocamente. El idioma frances está ordenado en todos los actos oficiales, y más de una vez ha sido *casus belli* en las cámaras la preferencia del flamenco, pedida por los diputados de las provincias en que se habla este idioma.

Tal desden por el conocimiento de los idiomas del país, ocasiona el poco afecto y union entre provincias que debieran constituir un todo homogeneo. Así un jóven mexicano se desdeña de estudiar los idiomas indígenas, cuyo perfecto conocimiento conduciria á la civilizacion y progreso de esa clase.

En el progreso de los pueblos entra con mucho la sociabilidad de todas las clases. ¿Qué podemos enseñar al indígena cuyo idioma no comprendemos; de cuya sociedad casi huimos, si no es para explotarle como á un buey ó á un caballo de tropa? Si nada vale un indígena á los ojos de un habitante de la capital, es porque no queremos que valga algo. Y sin embargo, el hacendado se afana por conservar su cuadrilla de labradores, aunque atendiéndola menos que á sus acémilas.

Los pueblos valen por el número de productores y consumidores que lo forman. Vale más un Estado de la Union Americana donde todos tienen necesidades, que todos los Estados pontificios con sus millares de clérigos y lazaroni; como vale muy poco tambien un Estado de la Confederacion Mexicana con sus millares de indígenas que viven en un indiferentismo absoluto, merced al cuidado paternal que por trescientos años les prodigaron los curas. El clero y la corona de España explotaron á las Américas como á todos los países de Europa en siglos pasados, y como algunos se explotan todavía á pesar ó á causa de sus ilustradas monarquías. No es comparable la condicion de un ciudadano mexicano con su libertad de escribir, de viajar, de leer, de comerciar, y hasta de hablar en público, con la de un español, frances, prusiano, italiano, belga y de otros países, con sus censuras, resguardos, pasaportes, espionaje y demas agentes de la policía y del fisco.

México da garantías que se ambicionan en muchas partes.

Mas no es el orgullo quien nos dicta esas líneas. ¡Con ansia

esperamos el dia en que todos los pueblos nuestros hermanos disfruten esas garantías!

¡Mentira que no es tiempo de que entren en el goce de ellas! ¡Para ser libre siempre se hace tarde!

¡Mentira que esas restricciones den seguridad al órden público! Solo dan aseguramiento á las tiranías.

Pero nosotros no habremos cumplido con nuestro deber, si la clase indígena no recibe la ilustracion necesaria para utilizar esas ventajas.

Las bases de nuestra legislacion progresista están cimentadas. El perfeccionamiento de su práctica irá verificándose á medida que nuestros gobiernos sean mas populares.

Por eso al sentirse ya los beneficios de la reforma, México debe exclamar como Jerusalem: ¡Hossana! ¡Bendito sea el progreso que viene á los pueblos en el nombre del Señor!

Pero volvamos á nuestra historia.

M. Savigné adoptó el profesorado como recurso. Sin disposicion, sin carácter, sin estudio, sin aptitud, en fin, para conocer y conducir el carácter de los niños, más se preocupaba de variados anuncios y pomposos exámenes, que de analizar siquiera la índole de sus alumnos ó de conocer los diversos sistemas de enseñanza.

Cuando el Sr. De Buck presentó á su sobrino al director del colegio, este lo recibió con un aspecto severo y observador, queriendo revelar penetracion y talento. Interrogó al niño sobre cuestiones superiores al grado de instruccion que llevaba, y terminó diciendo que habia perdido el tiempo, pero que él se lo haria reparar en pocos meses. Invitó en seguida al Sr. De Buck á que visitase las clases. Espaciosos salones llenos de bancas y mesas; decoradas paredes con numerosas cartas geográficas á una altura que apenas podrian leer los niños; esferas de todas clases en los rincones, que no se tocaban sino durante los exámenes.

Los alumnos, en el mas austero silencio, presenciaban las explicaciones de profesores locuaces y eruditos, que más se ocupaban de ostentar sus conocimientos, que de hacer comprender sus explicaciones á los niños, que debian permanecer inmóbiles y silenciosos á menos que no fuesen interrogados.

Allí se enseñaban los idiomas extranjeros con preferencia al

nacional, y en los exámenes y premios recitaban los niños discursos en latin y griego, cuyo sentido ignoraban, aunque aprendian la traduccion de memoria, con grande asombro de sus padres que aplaudian con las lágrimas en los ojos los progresos y precocidad de sus tiernos hijos, que no conociendo su idioma natal, ya discurrian en los extranjeros con la soltura y elegancia de un profesor.

Allí se comenzaba á ensayar un coro arrebatador de una ópera, con cuatro meses de anticipacion, tomando parte en él cuantos pudiesen hacer mas ruido, á fin de mostrar sus adelantos en el arte divino, cuando no conocian la pauta.

Allí tomaban parte los alumnos de las clases superiores en los exámenes de las inferiores, cuando el personal de estas se hallaba incapaz de exhibirse conforme al programa ya publicado.

Allí se enseñaban la geografía y la historia sagrada, aunque ignorando los alrededores de la ciudad y los sucesos mas notables del país.

Allí se ejercitaba la gimnástica con las mas vistosas maromas, pero el profesor ignoraba cuáles eran los ejercicios higiénicos propios de la niñez.

El profesor de dibujo ganaba el honorario haciendo en los últimos meses varios dibujos para los niños mas acomodados, quienes estaban obligados á sostener que era obra suya, y en los cuales se suscribian las mas tiernas dedicatorias.

Allí se aprendian de memoria las leyes de Solon, pero se ignoraba que existiesen principios constitucionales de la legislacion patria.

Allí se enseñaba la religion y se *explicaban* sus misterios; pero en cuanto á moral, se leia la Moral Práctica, que los niños entendian como anécdotas curiosas. Mucha teoría estéril, pero en el fondo ninguna aplicacion práctica.

Los alumnos salian de allí sin saber cosa alguna, y á poco se decia que cuanto ignoraban era por haberlo olvidado, cuando lo que se aprende con buen método solo con grandes vicisitudes y tras largo tiempo se olvida.

Para M. Savigné todos los niños eran aptos para todo, y todos sus alumnos serian unos sabios, á condicion de que se le pagase

con puntualidad el honorario. Sabia hacer, en fin, de cada alumno una cabeza parlante, y de cada padre de familia un bobo alucinado por la vanidad del amor paternal.

M. Savigné era para sus alumnos tan sargento como lo habia sido en su compañía veinte años antes; solo habia cambiado de lenguaje. Soltero y sin afecciones de familia, ignoraba cómo se educa á los hijos, ó lo que es lo mismo, cómo se conduce á los alumnos.

Por desgracia no solo en Bélgica ha habido un Savigné. De cada cien directores de colegio, noventa están vaciados en ese molde. ¡Y nos lamentamos de la ignorancia y fatuidad de la juventud!

Si los padres de los niños que concurren á un colegio, nombrasen de entre ellos cada año una comision de vigilancia que teniendo la aptitud necesaria inspeccionara incesantemente los estudios y métodos que van formando la instruccion y moralidad de sus hijos, serian menos frecuentes los fraudes con que se roba en algunos colegios.

Pero esta medida, posible hoy en México, no lo era entonces en Bélgica. Despues de la revolucion de 1830, los curas y demas eclesiásticos han sido los vigilantes oficiales de todo establecimiento de enseñanza. Ellos han explicado la moral á su manera, única materia que haya absorbido su atencion. En cuanto á historia, solo conocen la escrita por el abate Fleury.

Agustina recibia entretanto como todas las jóvenes de las familias acomodadas del país, una educacion ascética en un convento de religiosas. Oir misa, rezar cuatro veces por dia, ejercitarse en exquisitas labores mujeriles, preparar confituras, presentarse ante los extraños con los ojos bajos, los brazos cruzados sobre el pecho, y ocurrir al confesonario dos veces por mes, constituian lo principal de una educacion, por desgracia igualmente conocida en México de la generacion pasada.

# CAPITULO IV

1830

Despues de la famosa batalla de Jemmapes, ganada por el general Dumouriez, el ejército frances ocupó la Bélgica, haciendo de ella Departamentos franceses que siguieron la suerte de la República y del Imperio.

A la abdicacion de Napoleon I en Fontainebleau, la Bélgica pasó á constituir con la Holanda el nuevo reino de los Países Bajos, que los aliados juzgaron indispensable para guardar el equilibrio europeo, ciñendo la corona Guillermo de Orange-Nassau.

Perteneciendo este á la comunion protestante, difundió en el país su religion reformada, aboliendo los pequeños seminarios que esparcidos por toda la Bélgica, prodigaban á la niñez el gérmen del romanismo jesuítico. Les sustituyó con colegios cuyos profesores nombraba, exigiendo en primer lugar el estudio del idioma holandés, sin cuyo conocimiento no se podia obtener empleo público alguno; se inspiraban ideas de reforma en materia religiosa, y nadie podia obtener ningun título profesional sin haber hecho sus estudios en esos colegios.

El clero dejó de ejercitar su vigilancia y direccion en la enseñanza.

El protestantismo ganaba terreno.

El *Espectador Belga*, periódico redactado por el abate Foere, atacaba con mas vehemencia cada dia esa conducta del Gobierno, hasta que el rey ordenó que fuera suprimido.

La reunion de Bélgica y Holanda habia hecho prosperar á la primera considerablemente. Su comercio marítimo habia aumentado por la concurrencia á sus puertos de los buques holandeses, á causa de las numerosas posesiones de la corona de Holanda en Africa, América y Oceanía, así como las islas que la rodean.

Mas el clero jamas ha aceptado como bueno el engrandecimiento de un país, cuando no emana de su direccion y se encamina á sus fines.

El actual engrandecimiento de Inglaterra ó de los Estados Unidos, debido á sus instituciones; el progreso que surje de la Reforma en Alemania ó en México, son, segun el clero romano, verdaderas calamidades públicas que Dios envía, en nada comparables con la felicidad y bienestar de las antiguas posesiones de la corona de España en ambos continentes, á la santa tranquilidad en que han vivido los Estados pontificios.

Verdad es que al escapársele la direccion de las conciencias, se les escapa tambien la recaudacion de las fortunas de sus penitentes.

Guillermo habia reformado la Constitucion durante los Cien Dias, pero el clero no podia ver con indiferencia que se difundieran las ideas de progreso implantadas allí por el ejército frances, ni menos la religion reformada que el rey sostenia con todo su poder.

Los jesuitas que acababan de ser arrojados por Cárlos X, espiaban los medios para derribarle del trono, sin perder de vista la situacion general de los otros países de Europa.

Dos épocas marcan perfectamente la actitud de los miembros de la Compañía.

Desde su fundacion hasta la supresion de la órden por Clemente XIV, la arrogancia mas audaz se marca en sus trabajos.

Desde su restablecimiento por Pio VII, toman un aire de hipocresía mas solapado é indigno.

La época á que venimos refiriéndonos, no podia ser mas propicia á sus miras.

A la caida en Francia de Cárlos X, que habia atacado la eleccion de los privilegiados y la libertad de imprenta, Luis Felipe se habia adherido á la Santa Alianza.

Polonia no podia olvidar su servidumbre, aunque Alejandro de Rusia habia hecho proclamar en Varsovia el nuevo reino de Polonia con grandes libertades, pero reservándose siempre el poder sobre el clero romano. Cuando Nicolás se hizo proclamar rey de Polonia en 1839, los polacos, siguiendo el espíritu de la revolucion de Paris, se agitaron de nuevo por su emancipacion.

El Austria se inquietaba por la impaciencia de los italianos.

En España crecia el descontento por el matrimonio del rey, con el cambio en el órden de sucesion; lo que alejaba del trono al representante del absolutismo.

En Portugal se disputaban la corona la hija y el hermano del rey.

Rusia, en fin, se agitaba urgida por millones de hombres que pedian pan.

El partido liberal en Bélgica, no soportando las exigencias del rey, encuentra un aliado en el clero demasiado ofendido en sus intereses, y constituyen juntos el partido liberal-católico.

El centro del jesuitismo representado entonces por su general el Padre Roothan, holandés de orígen, elegido en 9 de Julio de 1829, extendia sus redes como sus antecesores.

Poniendo en práctica la doctrina de la Compañía, de posponer patria y familia á los intereses de la Orden, enardece los ánimos del clero y del pueblo de Bélgica, armándolos contra los holandeses.

Los obispos de Gante, Namur y Tournay, reclaman contra la constitucion del rey protestante.

Guillermo les hace encausar. El de Gante es condenado á la argolla, suplicio que consistia en exhibir al delincuente sobre un tablado en la plaza pública, sostenido en pié por una argolla que le sujetaba el cuello. El obispo huyó y solo su nombre fué colocado sobre la argolla.

La situacion era insostenible.

*El Correo* de los Países Bajos, periódico de la revolucion, dirigido por los jesuitas, reclama todas las libertades públicas.

De Potter, escritor liberal, propone una suscricion para auxiliar

á los que sufren por la tiranía del Gobierno; pero es procesado al lado de sus compañeros Tielmans y Barthels, y desterrados del país el 30 de Abril de 1830.

El movimiento de Paris alienta á los revolucionarios.

El 26 de Agosto se representaba en el teatro de la Moneda en Bruselas, "La Muta di Portici." En el momento que recobra la palabra, los conjurados que ocupaban la mayor parte de las localidades, principian la insurreccion al grito de: "¡Muera el Rey!"

El movimiento se difunde por todo el país.

El príncipe Federico marcha violentamente sobre Bruselas á la cabeza de un ejército holandés, que rechaza el pueblo.

En la plaza de los Mártires, en Bruselas, descansan los restos de los patriotas que sucumbieron por su independencia contra los holandeses, en aquella encarnizada lucha.

Bélgica quedó libre, pero no constituida.

Los primeros que aprovecharon el triunfo fueron los jesuitas, que en el mismo año se apoderaron de los colegios de Namur y d'Alost; abren un noviciado en Nivelles, y establecen á poco un tercer colegio en Brugelette.

En 1831, De Potter, á la cabeza del gobierno provisional, hubiera querido establecer la República; mas el clero, dirigido por los jesuitas que habian desarrollado toda su influencia, neutralizaron sus esfuerzos. Con mayoría clerical en las Cámaras, fué ofrecida la corona de Bélgica al duque de Nemours, que la rehusó. Cuanta candidatura se iniciaba de las familias reinantes en el continente, era vista con recelo por las demas. Por fin, en 1832 el partido liberal hubo de tranzar aceptanto la monarquía, pero con un príncipe protestante. Leopoldo, príncipe de Sajonia-Coburgo, recibió la corona por cincuenta y dos votos contra cuarenta y tres, que fué el mayor esfuerzo del partido clerical.

Sin embargo, en 1843 habia ya en el país cuatrocientos ochenta y nueve jesuitas.

Pocos años despues dió un general á la órden.

# CAPITULO V.

## EL GESÚ

El dominio de la Compañía de Jesus sobre los pueblos y los gobiernos, fué casi absoluto durante muchos años. Hoy no desespera de recobrarlo.

El centro que rige todos sus trabajos está personificado en su General, aconsejado por seis asistentes ó ministros nombrados por la congregacion general. El General es nombrado á perpetuidad, como gefe absuluto en toda la Compañía, por los superiores de todas las provincias y dos profesos más de cada una.

La residencia de este gobierno, que rivaliza con el papado, está en Roma. Su palacio llamado el Gesú, es su Quirinal.

Dos veces hemos mencionado ese edificio, y para el curso de nuestra historia debemos hacerle conocer.

Comenzado el templo en 1568 por el Cardenal Alejandro Farnesio, segun los planos de Giacomo Barrozzi de Vignola, fué terminado dos años despues de la muerte de este, por su discípulo Giacomo de la Porta, que construyó la cúpula y fachada.

En 1623 se le agregaron nuevas construcciones por el cardenal Odoardo Farnesio, ejecutadas por Girolamo Reinaldi, para Casa Profesa y residencia del General de la Orden.

El Gesú forma un pentágono irregular, donde el genio del arquitecto trabajó demasiado para dar á las construcciones la mayor regularidad posible.

La fachada del templo que mira al Norte tiene cincuenta y cinco metros de largo, y de este punto sigue exviajada en las construcciones de la Casa Profesa hasta setenta y un metros mas, por la calle d'Ara-Cœli. Cuatro hermosas puertas dan entrada al edificio: las tres principales para el templo y la última para los claustros.

La iglesia tiene la forma de una cruz latina: en el fondo, la ábside donde está el altar mayor. En los macizos que sostienen los arcos torales y estos á la cúpula, se encuentran al Sur dos pequeñas capillas, y en la parte Norte sirven de tránsito para la nave principal. A derecha é izquierda de esta se encuentran seis capillas, que tambien se comunican entre sí por sus muros divisorios.

Dos régios altares, consagrado el de la izquierda al fundador de la Orden, ocupan los brazos de la cruz latina. Limitando el brazo derecho de esta cruz, y en el eje de la cúpula, se halla la gran sacristía por donde se comunica con el claustro.

La última puerta de la fachada conduce á un corredor y patio formado de diez arcos en el piso inferior y diez en el superior. Dos escaleras situadas á la derecha del patio la primera, y en la prolongacion del corredor la segunda, dan acceso á las cátedras y corredor de las celdas. Un jardin en el patio central del edificio, está rodeado de construcciones, y una arquería embovedada que mira al Oriente, sostenida por once columnas, sirven de pasillo á la parte consagrada á la servidumbre. Aquí se encuentran el refectorio, precedido de un elegante lavamanos, y las cocinas con todas sus dependencias. Para servir estos departamentos hay una salida en la parte posterior del edificio, que es la puerta falsa.

Todo está allí construido con magnificencia.

La obra de Barrozzi, y particularmente las naves, son suntuosas. Los mármoles preciosos, las esculturas, los estucos y dorados, están esparcidos con profusion y buen gusto.

Nada iguala la riqueza del altar consagrado al fundador de la Orden, que como hemos dicho se encuentra á la derecha del altar

mayor. Cuatro columnas que sostienen un fronton construido segun los planos del P. Patzzi, son de lapizlázuli, y sus acanaladuras de bronce dorado. Los pedestales de estas, los entablamentos y el fronton, son de mármol verde antiguo; piedra tan exquisita, que solo se encuentra en algunos monumentos antiquísimos. Se cree que estas fueron traidas de Numidia.

La imágen del fundador, canonizado en 1622, hecha segun el modelo de Legros, célebre escultor frances, tiene de altura dos metros noventa centímetros; es de plata maciza y está dorada la mayor parte.

Piedras preciosas forman los adornos y labores de sus ornamentos sacerdotales.

# CAPITULO VI

## EL PADRE ROOTHAAN

En el Gesú, en la parte comprendida entre el patio principal y el jardin, y perpendicular á la fachada, se encuentra en el primer piso el departamento dedicado al padre general. Con vista á la calle d' Ara-Cœli, tiene dos magníficos salones, con los muebles correspondientes, aunque de gusto antiguo. Una antesala y un estudio con salida para el claustro; una antecámara y alcoba, y dos piezas más con salida para el corredor del jardin, constituyen por completo tal departamento.

El P. Roothaan, alto, robusto, de aspecto rudo, pero de fino é insinuante estilo, era en 1835 el general de la Compañía de Jesus. Con su mirada penetrante cuando se dirigia á sus subordinados, pero inclinada humildemente ante los extraños, escudriñaba siempre cuanto podia mirar.

Los miembros de la órden le miraban conforme á su constitucion, "como á Jesucristo en persona."

"Una obediencia sin límites en la ejecucion, en la voluntad y "en el entendimiento."

"Os persuadireis de que es Dios quien habla por sus labios. "Lo que os mandare será un precepto divino."

"Os penetrareis de este pensamiento: cuanto os ordenare será "justo."

"Debereis cada vez que os lo exigiere, estar prontos para abrir- "le vuestra conciencia."

"Sereis en su mano un cadáver que él regirá, pondrá ó quitará, "segun su voluntad."

Tal era el P. General.

La noche del 17 de Enero de 1835, los padres de la Compañía llegaban sucesivamente á su Casa Profesa, con la libertad que les conceden sus estatutos; pues no teniendo rezos fijos en el coro, ni otras distribuciones en el claustro, tampoco están obligados á recogerse á hora fija, solo sí á dar cuenta de sus actos cuando son requeridos, debiendo vigilarse mútuamente.

En la pieza de estudio, sentado el Padre General delante de una gran mesa cubierta de libros y papeles que ocupa el centro; con los codos apoyados en los brazos de su sillon forrado de cuero; juntas las manos, mira tranquilamente al padre Beckx, que sentado á la izquierda con respetuoso continente, espera se le dirija la palabra.

Un velador colocado delante del Padre General permite á este ocultar su rostro en la sombra, ó dejarle bañar por la luz, inclinándose un poco, mientras que el de su interlocutor se encuentra en la mas completa claridad.

—P. Beckx, mañana partireis para vuestra provincia. Ya os he indicado la caridad y solicitud con que debeis procurar acercaros á S. M. Verdad es que su carácter de protestante os haria poco gratas sus conversaciones; pero esas son las almas que debemos conquistar para el Señor. Un cambio en la religion del soberano dará diverso giro á los asuntos del reino, y por lo mismo á los de nuestra Compañía. Haced que la nobleza continúe estrechándole sin tregua. No olvideis que los últimos cambios políticos de vuestro país, le ponen en actitud de recibir la buena semilla.

—Padre mio, son muchos los que conservan las tradiciones del rey de Holanda.

—Eso es natural; pero con vuestra perseverancia habeis abierto tres institutos: continuad fijando vuestra atencion en la persona de S. M. El gefe de un gobierno da el tono á todo un país;

lo mismo para la religion que para las modas; lo mismo para la guerra que para la literatura. Ganad el ánimo de S. M.; traedle á nuestra santa religion, y todos los que hoy afectan protestantismo ó indiferencia, serán entonces los mas fervorosos católicos. Su Santidad enviará pronto á uno de sus cardenales; observadle de cerca y comunicadme sus avances y los vuestros. Habeis tomado ya nota de las instrucciones acerca de vuestro colegio de Brugelette. Voy á indicaros algo que olvidaba esta mañana. Escuchadme con atencion:

Extendiendo entonces la mano, acercó un gran libro sobre el que se leia esta palabra: "Bélgica." Le abrió donde marcaba una larga tira de papel, y poniendo el dedo sobre uno de sus renglones, dijo mirando fijamente á su interlocutor:

—Recordais el número 1093 de vuestro censo?

—1093?....

—Sí, 1093: Amberes: armador Pedro De Buck.

—¡Ah! el Sr. De Buck! perfectamente.

—¿Cómo van los negocios de este caballero?

—Muy bien, padre mio. El último contrato que celebró con una casa de Amsterdam, le ha sido tan productivo, que su fortuna, segun he podido saber, ya sobrepasa de ocho millones.

—Esos frecuentes negocios con los holandeses acabarán tal vez por entibiar el espíritu religioso de vuestro penitente.

—No está á cargo de nuestros padres la direccion de su conciencia.

—¿Quién pues está encargado de ese asunto?

—El padre José Fructuoso, agustino español.

—¡Todavía!

—Padre mio, he creido deber esperar el regreso del padre Lambert, persona la mas á propósito para encargarse del sobrino.

—Entretanto el tiempo pasa, y cuando en los negocios no se avanza se retrocede.

—Padre, se ha avanzado. La Srita. Agustina que se educaba en un convento de religiosas carmelitas, está ya bajo la direccion de las Hermanas de la Caridad.

—¿Cómo se presenta esa jóven?

—Habiendo sido educada por las religiosas, su docilidad hace esperar que fructificará.

—Tiene diez años, no es verdad, añadió el Padre General fijándose en el libro.... Recomendad mucho que su modestia y buena índole no se alteren.

—Lo haré, padre.

—¿No ha cambiado de propósito el Sr. De Buck acerca de la designacion de heredero?

—No Padre, insiste en que lo sea su sobrino.

—Obrad, pues, con prudencia; dejadle testar así. Tal vez mas tarde podreis lograr que venga ese niño á nuestra Compañía.

—Los padres franciscanos y el rey mismo que se fija demasiado en nuestros trabajos, serían, no lo dudeis, los mas crueles censores de nuestra adquisicion.

—¿Qué pensais hacer entonces del heredero, Padre Beckx?

—Solo el tiempo y las luces de su confesor nos abrirán camino.... pero.....

—¿Y bien? interrogó el padre Roothaan apartando el rostro de la sombra y dejando ver en sus ojos la mirada mas escudriñadora.

El provincial inclinando la mirada continuó con el candor mas bien marcado.

—Pero.... si ese jóven se hiciese indigno de la estimacion de su protector.... ?

—¿Y bien? insistió el Padre General.

—No quedarian otros herederos que la Srita. Agustina, tal vez Hermana de la Caridad, ó alguna otra persona adicta á nuestra Compañía.

El padre Roothan quedó en silencio, mirando con asombro al provincial. Pero rehaciéndose á poco exclamó cerrando pausadamente el libro:

—Veo que con vuestras virtudes y talento llevareis á buen término ese negocio. Mañana volvereis á vuestra provincia, comunicadme vuestros progresos en Brugelette.

El provincial se levantó, tomó su sombrero, y cruzando los brazos sobre el pecho, se arrodilló delante del Padre General á quien debia ver "como á Jesucristo en persona," y despues de recibir su bendicion salió del aposento haciendo en la puerta una última reverencia.

Encaminándose á su celda, decia para sí: Cuando digo que nuestro Padre General tiene un talento holandés..... ¡Oh! si yo fuese general..... Dios me perdone.

Al dia siguiente un jesuita con su breviario bajó el brazo, trasponia el umbral del Gesú tomando humildemente el camino de la casa de postas.

# CAPITULO IV

## GUILLERMO

Fervoroso observante el Sr. De Buck, todas las mañanas concurria acompañado de Francisco su sobrino á una de las primeras misas que se celebraban en la Catedral, en una de cuyas puertas se admira un gran crucifijo de bronce que, segun la tradicion, fué fundido con el metal de una estátua del célebre duque de Alba, quien la mandó construir con el metal de los cañones quitados á los protestantes.

Terminada la ceremonia, Francisco solia salir el primero, mientras el armador terminaba algunas oraciones, y esperaba á este en la puerta.

Una de estas ocasiones notó cerca del famoso crucifijo un niño sentado en el pavimento con la espalda contra la pared y los piés extendidos hácia delante, que con la cabeza inclinada sobre el pecho, más parecia estár desfallecido, que implorar un socorro. Francisco sacó una moneda de su bolsillo y se acercó para ofrecérsela. Pero el chico no se movió; sus harapos dejaban ver por todas partes sus miembros amoratados por el frio. Francisco le tocó afectuosamente el hombro. El niño levantó la cabeza poco á poco dejando ver en su lánguida mirada un sufrimiento intenso.

Francisco inclinado le miraba. Dos niños se comprenden fácilmente.

—¿Estás enfermo? preguntó este.

—Tengo hambre y frio, balbuceó el niño. En aquel instante se acercó el Sr. De Buck.

Francisco tomando la mano helada del niño se volvió á su tio diciéndole:

—Tio, este niño sufre: ¿le llevo conmigo?

El armador se inclinó, y comprendiendo el triste estado del chico, consintió en llevarlo.

—Levántate y ven conmigo, le decia Francisco: en casa no hay hambre ni frio. Y atrayéndole cariñosamente de la mano, logró ponerle en pié ayudado de su tio.

Poco á poco le llevaron hasta la casa del Sr. De Buck, donde la Srita. Elisa, ama de gobierno de la casa, haciéndole colocar en un aposento abrigado cerca de su alcoba, le prodigó toda clase de auxilios para restablecerle.

Francisco no se apartó un momento del lecho de su protegido.

Entonces pudo verse el rostro mas interesante. Tendria apenas trece años. Blanco, rubio, los labios amoratados, pero delineando una boca tan pequeña, como grandes eran sus ojos azules, y llenos de expresion, una frente hermosa y bien contorneada dejaba percibir perfectamente las venas que la surcaban.

Aquella fisonomía interesaba desde que se le veia. No tenia la rudeza del vagabundo sino la benevolencia de la desgracia. Contemplaba á Francisco con una ternura inefable. Hubiera querido estrecharle desde luego entre sus brazos.

Cuando este se halló en estado de expresarse bien, el Sr. De Buck le interrogó:

—Cómo te llamas?

—Guillermo, señor,

—Adónde vives?

—No tengo casa.

—Y tu padre?

—No le conozco.

—Tu madre?

—Murió hace tres dias. Como no teniamos dinero, los vecinos se encargaron de sepultarla. Yo permanecí hasta ayer en la habitacion. Por la mañana me dijeron que nuestro gergon

y dos sillas quedaban por los arrendamientos. Salí á la calle, y como tenia hambre dí mi sombrero á una mujer por un pan que me duró hasta el medio dia. Anoche dormí junto á los arcos de la Bolsa. Hoy mis piés estaban tan entumecidos que solo pude llegar á la Catedral, donde me habeis visto.

—No tienes parientes ó amigos?

—Mi madre y yo, solos venimos de Paris. Siempre me repetia que no tenia otros parientes que Dios y mis brazos para trabajar. Me enseñó á leer y escribir.

—Ni amigos?

—Señor, hace un mes que llegamos á Amberes: mi madre esperaba encontrar aquí á un caballero, que decia se interesaria por mí y me daria trabajo ó estudios. Pero le buscó en vano. Todos los dias regresaba á casa desesperada de no hallarle. Hace una semana que enfermó, y ya os dije, murió dejándome solo..... solo.

—Cómo se llama ese caballero que buscaba?

—Cuando deliraba en su enfermedad, le oí exclamar varias veces. ¡Dios mio! Si no encuentro á Luis moriremos de miseria!

—Tu madre cómo se llamaba?

—Desirée Morand.

—En Paris no tienes parientes?

—No lo sé.

El armador meditó un rato, y fijando sobre el niño una mirada recelosa, añadió:

—Si me engañas.....

El niño levantó sus ojos, azules como un cielo, donde asomaban dos lágrimas purísimas. Miró al armador cara á cara y exclamó.

—Señor, no sé como se engaña.

El Sr. De Buck era la benevolencia personificada. Sintió remordimiento por su vacilacion, y volviéndose á Francisco que esperaba con ansia el fin del interrogatorio, le dijo:

—Bien, Francisco: este niño se quedará en casa si gusta.

—Gracias tio. Y tomando la mano del huérfano, ¿añadió: te quedarás conmigo, no es verdad?

El niño no contestó. Sus lágrimas cayeron silenciosamente; y acercando la mano de Francisco á sus labios, balbuceó.

—Gracias.....

Desde aquel dia Guillermo quedó instalado como meritorio en el despacho de la casa. Su carácter juicioso y atento, le hacian apreciable para todos. Exacto en sus obligaciones, era el primero en presentarse al trabajo y el último en retirarse. El Sr. Van Dormael, tenedor de libros, le atraia con todo género de halagos, y era por lo mismo con quien solia conversar en el despacho. Terminado este, era el amigo y compañero de Francisco. En los templos y en el paseo, siempre se les veia juntos.

El Sr. De Buck, que comprendia muy bien todo el mérito de Guillermo, se prometia que si su sobrino debia ser el heredero de su riqueza, aquel seria el mejor cajero de ella.

El Sr. Van Dormael decia una mañana á Guillermo, sentándose en su banco de trabajo:

—¡Hay, amigo mio! Es penoso estár siempre al servicio de otro: depender de sus negocios, y lo que es peor, de su voluntad.

—Es tan bueno el Sr. De Buck....

—No hay duda. No conozco un principal mas bondadoso y honrado. Pero yo en vuestro lugar, niño como sois, pensaria en un porvenir mas halagador.... en fin, una carrera literaria.... eclesiástica, que al fin el dia que muriese el Sr. De Buck, no hubiéseis de mendigar trabajo.

—Sin embargo....

La presencia del Sr. De Buck suspendió este diálogo, cuya naturalidad nada dejaba que sospechar. Mas no era sino el resultado de la confesion que la víspera habia puesto el Sr. Van Dormael á los piés de su confesor el padre Marsay.

# CAPITULO VIII

## FE, ESPERANZA Y CARIDAD.

En una de las primeras noches del mes de Agosto de 1835, tres sacerdotes profesos de la Compañía de Jesus se encontraban sentados en derredor de una mesa, en una de las principales celdas del convento de San Cárlos en Amberes. El padre Beckx, provincial, de pequeña estatura, delgado, ojos vivísimos, lábios grandes, revelaba á primera vista la ambicion y el disimulo. Su pequeña estatura le permitia huir la mirada de cuantos buscaban en su semblante los sentimientos de su corazon. Sus ojos redondos y verde-claros, como los de una ave de rapiña, sabian expresar con maestría la sinceridad, el afecto ó la compasion. Aunque solo contaba treinta y ocho años, era poco amigo de ejercicios corporales; pero sí aficionado á los buenos manjares, que no faltaban jamas en su celda de Brugelette.

Caminaba á una idea, ser General de la Compañía.

El padre Lambert, frances de orígen, de elevada estatura, seco como su provincial; ojos pequeños y deprimida frente, era el adulador mas servil, á pesar de sus sesenta años. Y sin embargo, con su decir meloso y afectados modales, no encubria por completo los instintos sanguinarios, que lo habian impulsado á ser en los dias del terror en Paris, el mas asiduo espectador de las ejecuciones en la guillotina. Soldado despues de la caida del imperio, no se habia distinguido por su valor, pero sí por su crueldad para con sus subordinados.

De esa época guardaba en su memoria un recuerdo angustioso tal vez, de ciertos amores, que despues de comprometer la honra de una señorita, habian sido asunto para la charla del cuartel.

El padre Marsay, de mediana estatura, ojos vivos, boca pequeña y frente despejada, era el hombre de mundo y buena sociedad. Sus modales atentos y fácil locucion, le hacian estimable en todo círculo. Su cabeza monda y reluciente en la parte superior, completaba el conjunto respetable del sagaz é insinuante jesuita.

Escuchemos su diálogo, en el que apenas alterna el padre Lambert.

—Hemos llegado á la oportunidad, decia el padre Beckx. Anoche me referia el padre Marsay que la muerte repentina de la Sra. Timmerman dejando á sus deudos en grande inquietud por la falta de testamento, ha impresionado al Sr. De Buck, al grado que ya pensaba preparar algunos apuntes para otorgar el suyo. Seguramente es la oportunidad en que debemos hacer un esfuerzo supremo, aunque el mismo hermano me decia que el Sr. De Buck se encuentra perfectamente con su confesor.

—Esa dificultad está ya en mis manos, contestó el padre Marsay: el tiempo ha pasado, pues cumpliendo las órdenes de nuestro padre provincial, tengo ya el medio de encontrar condescendente al padre Fructuoso, que ciertamente no me habria dejado con facilidad la direccion del Sr. De Buck.

—¿Cuál es ese medio? preguntó el padre Beckx.

—Vais á oir: el prior de los Agustinos frecuenta demasiado la casa de una viuda fresca y hermosa, aunque raya en los cuarenta. Hace dos meses que fijándose en ella el padre Fructuoso, comenzó á visitarla tambien, aunque siempre á horas que estaba ausente el provincial. En el acto que supe esto, envié á una de mis hijas de confesion, jóven que por su aptitud y buena inteligencia tomó la viuda á su servicio mediante un corto salario. Por ella supe todos los pormenores del asunto. El padre Fructuoso burlaba al padre prior.

Hace un mes que procurábamos una carta del padre Fructuoso á la viuda, hasta que hace tres dias, á consecuencia de una indisposicion de este, y á instancias de la señora, con motivo de

un obsequio que ella le remitió, este padre se deslizó dirigiéndole la esquela mas expresiva y aclaratoria de sus amores, en la que no faltan alusiones terminantes á su superior. Mi encargada recibió la comision de llevar esa carta, despues de entregar el obsequio, la que pasó á mis manos, llegando solo á la señora la noticia de que se habia extraviado en el tránsito. Héla aquí, añadió sacándola de su sotana.

"Mi querida hija Emilia:

"Os agradezco en el corazon vuestro precioso obsequio y el grande interes que mostrais por mi salud, que gracias á Dios voy recobrando. Solo me inquieta que habreis recibido las visitas del Padre P."

"Si no es así, como me asegurais, yo os prometo que para la festividad de Ntro. Padre S. Agustin, traereis el aderezo que tanto os ha encantado. Es verdad que como decís, no soy rico para comprarlo, ni debo comprometerme demasiado; pero cuento con manifestar á uno de mis penitentes, hombre rico, las penurias de nuestra comunidad, y su contestacion será como otras veces un donativo reservado, suficiente para el aderezo y para el convento. Ya veis que si sois buena, podeis contar con él."

"Que el Señor os conserve en su santa gracia.

José Fructuoso."

—Ofreceré mi silencio al padre Fructuoso á cambio de su docilidad, y el Sr. De Buck estará en nuestro poder.

Ahora espero vuestras órdenes: ya os he dicho que segun me refiere el Sr. Van Dormael su principal, siempre ha pensado hacer un donativo al convento de su confesor.

—Pues bien, contestó el padre Beckx, no os opongais á esa cláusula. Por el contrario, apoyad la idea como meritoria. En cuanto al jóven Francisco, dejad que sea designado como heredero universal.

—¡Y nuestra Compañía! interrumpió el padre Marsay.

—Nuestra compañía lo será despues, replicó el padre Beckx. Si el jóven, como es probable, se conduce mal, entonces Dios dirá: solo os recomiendo que presenteis al padre Lambert oportu-

namente en casa del Sr. De Buck, como una especialidad para dirigir á la juventud. Y vos, padre Lambert, añadió levantándose y dirigiéndose á éste; estudiad al jóven con suma atencion. Mañana al partir os daré instrucciones sobre el asunto que voy á meditar. En todo caso, usad de una actividad suma para sorprender al padre Fructuoso. Hacedle ver cuán penoso será para su órden la publicacion de sus debilidades.

—Le manifestaré que nuestra Compañía no tiene otro fin que impedir que caiga el Sr. De Buck en las acechanzas que le tienden los calvinistas para hacerle abjurar de su religion. Que de tales proyectos estamos al tanto, por la suma vigilancia que ejerce sobre toda nuestra Compañía. Pero que de ello no podriamos hacer partícipes á los padres de su órden, porque son secretos que se nos confian bajo el sigilo de la confesion.

—Decidle tambien, que como una prueba de nuestra caridad desinteresada en el asunto, le ofreceis bajo juramento que el Sr. De Buck hará un donativo considerable á su convento.

—¿Creeis, exclamó el padre Marsay poniéndose en pié y seguido del padre Lambert, que debemos dejar que se otorgue el testamento á favor del sobrino?

—Sí; contestó el provincial. Tened fé: con fé trasladareis las montañas, nos dice Jesucristo.

—En El y en vuestra direccion pongo mi esperanza, padre mio, contestó el padre Marsay.

—Vos, padre Lambert, añadió el provincial: armaos de una caridad evangélica para encargaros del jóven.

—Esa es la virtud que me procuro, padre, contestó el padre Lambert.

—Que Dios os la conceda y os dé una buena noche; añadió el provincial despidiendo á sus compañeros.

Estos salieron. El ruido de sus pasos fué perdiéndose poco á poco, hasta quedar la celda en un profundo silencio.

El provincial con la vista fija en la peana de un crucifijo que estaba sobre la mesa, meditó por algunos minutos. Despues, tomando una luz para retirarse á su alcoba, decia para sí:

—Ocho millones serán un auxilio regular para mi generalato.

# CAPITULO IX

## FRAILE Y JESUITA

Tres dias despues de la entrevista que acabamos de referir, un carruaje se detenia á la puerta del convento de los Agustinos, como á las cinco de la tarde, hora en que el Padre José Fructuoso, lector en Sagrada Teología y maestro de novicios, salia para hacer ejercicio y algunas visitas de confianza.

Habia sido procurador de la Provincia; y entre otros negocios habia procurado darse la vida mas agradable que estuvo á su alcance. Era alto, obeso, la cabeza pequeña con el pelo cortado á peine; los ojos pequeños, pero abultados; parecia dormitar cuando no hablaba. Pero en el púlpito tomaban tal expresion, que parecian salir de sus órbitas. Sustentando la base con dificultad aquella mole, su paso era inseguro y pausado, oscilando como una péndola. Ahitado siempre, su respiracion se hacia oir como la de un gato satisfecho. De él se referia que para comer moderadamente en el refectorio de los novicios, comia antes opíparamente en su celda.

En el momento en que el P. Marsay, bajando del carruaje, tocaba el umbral del convento, la arrogante mole del P. José Fructuoso se presentaba en el vestíbulo. Mas al ver aparecer al hijo de Lo-

yola, se detuvo un instante diciendo para sí: ¿Qué buscará aquí este jesuita? ¡Dios mio, preservad nuestro convento de una calamidad!

El jesuita se apresuró á dar la mano al buen agustino para prestarle apoyo, saludándole con toda la amabilidad posible, á la que apenas contestaba el fraile balbuceando.

¿Vais á hacer vuestro ejercicio P. Fructuoso? Tendré el gusto de acompañaros un poco para volver en seguida á mis obligaciones. Vamos, montad en este carruaje y os dejaré pronto donde gusteis.

El agustino apenas habia contestado á estas indicaciones. La compañía del jesuita le estorbaba para sus asuntos; solo se fió en que yendo en el carruaje le abandonaria mas pronto. Mas sin tener tiempo para discurrir mejor, puso el pié en el estribo del carruaje que se inclinó como para saludarle.

No fácilmente penetraba aquel santo varon por la portezuela de un coche. Así es que ya sobre el estribo, con una mano en cada uno de los asientos interiores, el Padre Fructuoso pugnaba por vencer la resistencia que aquella estrechez le presentaba. El jesuita hizo un esfuerzo supremo, é impulsándole por detras, logró verle penetrar en el vehículo. El rostro encendido, jadeante, el agustino exclamó: "Gracias," con el mismo acento con que habria dicho "Maldicion." El carruaje lanzó un rechino, crujiendo bajo el peso de aquella mole. El jesuita se colocó en frente, y el carruaje se echó á andar antes que el padre Fructuoso indicase la direccion.

El Padre Marsay inició la conversacion.

—No es agradable ese estado que guardais, Padre Fructuoso. Por rosagante y fresco que os presenteis, no envidio vuestro bienestar. De un dia á otro una congestion puede causaros un mal rato. Dios no lo permita. ¿Qué harán entonces vuestros penitentes que dirigís con vuestros consejos y sabiduría? Vamos: convenid Padre Fructuoso en que ya no debeis fatigaros en el confesonario. Dejad esos afanes para los que como yo disfrutamos de otra salud.

El Padre Fructuoso se inquietaba mas y mas como si le anunciaran su último dia, á medida que el Padre Marsay ponderaba aquella obesidad.

—Sea por Dios, contestó el agustino.

El jesuita continuó implacable:

—Dios no nos exige el sacrificio de la vida, y el confesonario os perjudica extraordinariamente. Y á propósito, ¿Cómo se encuentra vuestro penitente el Sr. De Buck? Sé que os estima cuanto mereceis, y se propone ofrecer á vuestro santo convento un donativo de doscientos mil francos. Os felicito sinceramente.

El fraile abria los ojos desmesuradamente como si estuviese en el púlpito.

—¿Qué decís? exclamó.

—Digo que es una lástima que no podais seguir encargado de la conciencia de ese caballero por el estado de vuestra salud. Pero no importa. Presentadme ahora diciéndole que yo os sustituyo, ya que vos no podeis seguir confesándole, porque el médico os exije que abandoneis el confesonario.

El fraile, incorporándose sobre su asiento, como si le amenazasen de muerte, gritó:

—¡No haré tal! No!

Y su respiracion se agitaba mas á cada palabra.

—Vamos, Padre Fructuoso, continuaba el implacable jesuita: vais á enfadaros y la sangre se os agolpa al cerebro. Eso es muy peligroso. Cuando yo venia solo para felicitaros por vuestras conquistas amorosas. ¡Oh! la Srita. Emilia es mas bella que una Magdalena. Sin disputa os prefiere á Su Paternidad vuestro prior.

El fraile queria retroceder, como si los dientes que asomaba el jesuita sonriendo fuesen los de un tígre hambriento, y tendiendo hácia adelante los brazos, ahulló:

—¡Mentira! Como habria dicho ¡socorro!

—Un cristiano no miente, Padre Fructuoso. Mirad: la casualidad puso en mis manos esta amorosa esquela—y la sacaba de su sotana como un puñal—que comienza así: "Mi querida hija Emilia."

El padre agustino abrió los labios, pero su garganta se estrechaba: ningun sonido pudo articular. Gruesas gotas de sudor brotaban de su frente rodando por sus mejillas amoratadas. Sus ojos inyectados se fijaban en aquella terrible esquela que el jesuita agitaba tranquilamente, sonriendo con una crueldad desgarradora,

y — ¡Cuánto darian por ella, añadió, los periódicos protestantes! ¡Y vuestra firma entera!

—¡Por Dios! balbuceó el agustino.

—¿Qué diria vuestro prior? ¿Qué el Sr. De Buck?

—¡Perdon! exclamó el fraile juntando las manos como si implorase la absolucion.

El jesuita llamó sobre el vidrio delantero del carruaje, que se detuvo, y volviéndose al Padre Fructuoso, contestó:

—Indicad al cochero la casa del Sr. De Buck.

El agustino vacilaba.

—O vuestro prior y vuestro penitente leerán hoy esta carta.

—¡Y los doscientos mil francos para mi pobre comunidad! exclamó el fraile con un acento desgarrador, levantando los ojos y las manos al cielo.

—Os juro por mi Padre S. Ignacio que antes de un mes estarán asegurados, como no lo habeis hecho vos en tantos años.

—Jurádmelo por esta cruz, replicó el agustino presentando la de su rosario.

—Os lo juro, contestó el jesuita.

El fraile asomó entonces la cabeza por el claro de la portezuela, y con voz entrecortada, pero fuerte, ordenó:

—Frente á la Bolsa, núm. 130.

El fraile se desplomó sobre su asiento; buscó con la mirada aquella esquela terrible, aquellos ojos de víbora que le habian fascinado, pero solo encontró la humilde actitud del hijo de Loyola, que cruzados los brazos sobre el pecho y con los ojos bajos, guardaba el mas respetuoso continente.

Aquella situacion duró pocos minutos. Pronto se detuvo el carruaje á la puerta del rico armador, bajando el jesuita para prestar su apoyo al voluminoso agustino

El Sr. De Buck les recibió con todo el miramiento debido al carácter eclesiástico de sus visitantes; pero sobre todo no pudo ocultar su inquietud al ver en la fisonomía del agustino el mas penoso malestar. No se necesitaba otra cosa para justificar mejor el cambio de confesor que iba á proponer á su querido penitente.

Media hora despues, jesuita y agustino, volvian á aparecer en el vestíbulo acompañados del Sr. De Buck que se deshacia en atenciones para ambos.

El jesuita rogaba cariñosamente á su querido colega aceptase de nuevo un asiento en el carruaje para regresar, pero este rehusó firmemente, diciendo esta vez con toda verdad, que necesitaba respirar el aire libre y andar un poco.

Cada uno tomó diverso camino.

Solo el Sr. De Buck, en pié, en el umbral de la puerta, miraba alejarse oscilando á su antiguo confesor, rogando á Dios interiormente le devolviese una salud tan preciosa para tantas almas que tenian pendiente de su virtud y sus consejos la direccion mas acertada para encaminarse al reino del Señor.

El jesuita, entretanto, camino de su colegio, se frotaba las manos diciendo con el cinismo de todo hipócrita cuando habla sin testigos:

—¡Por el bonete de mi padre San Ignacio! El golpe ha sido á fondo. ¡Conservad, queridos agustinos, de esos millones, lo que el rey Boabdil de su Granada: el recuerdo de haberlos perdido como imbéciles, ya que no supísteis defenderlos como hombres!

## CAPITULO X.

### LA PENSIONISTA.

Tres años contaba el Sr. Van Dormael al servicio de la casa De Buck. Honrado, exacto y laborioso, habia logrado atraerse toda la confianza de su principal. Este, sin otra familia que sus dos sobrinos, con quienes estaba muy lejos de consultar sus negocios ya personales, ya mercantiles, habia hecho de su tenedor de libros un verdadero amigo.

Social el hombre por naturaleza, siempre deposita en su familia ó algun amigo á veces, esos desahogos de las penas ó goces; de la duda ó desengaños de la vida. Son pocos los hombres que bastándose á sí mismos, pueden juzgar y resolver por sí en las vacilaciones con que tropieza el ánimo frecuentemente: si el éxito es bueno, se les llama hombres de talento; si es malo, caprichosos.

No pertenecia á este género el Sr. De Buck. Así es que por la tarde, cuando el Sr. Van Dormael habia terminado sus asientos y cerrado su papelera, se acercaba á la mesa del Sr. De Buck y comenzaba una conversacion íntima sobre todo género de negocios, que solia prolongarse algunas horas, de la que nunca olvidaba el Sr. Van Dormael una palabra, pues debia llevar al confesonario todas aquellas confidencias.

Una tarde, por el mes de Diciembre, anterior á los sucesos que

llevamos referidos, tenia lugar una de esas conversaciones, iniciada por el Sr. Van Dormael.

—¿Y la señorita Agustina está ya restablecida?

—No completamente, amigo mio; pero al menos he tenido el gusto de verla en el locutorio.

—¿No habeis notado que ya es la tercera ocasion que la señorita se enferma, desde que está en este convento?

—En efecto, ya lo habia advertido la señorita Elisa, y no sé á qué atribuir sus frecuentes achaques.

—Os daré mi opinion: creo que el método de vida en todos esos conventos es nocivo á las educandas. Figuraos que esas señoritas jamas hacen ejercicio alguno corporal. La digestion por lo mismo se hace difícil, y poco á poco su salud decae. Cuanta señorita he visto salir de esos conventos despues de algunos años de encierro, siempre ha llevado consigo alguna enfermedad, marcada ó encubierta, pero nunca en completa salud.

—En efecto, tal es la enfermedad de mi pobre Agustina.

—Sin contar, señor, con que una jóven no puede jamas avenirse á las costumbres de las señoras religiosas, nunca podrá un colegio equipararse á un convento. Son objetos diversos.

—Así es; ¿pero dónde enviaríais á educar á una señorita como mi sobrina? Fuera del país no lo haré nunca. En Amberes no hay otro recurso.

—Perdonad; pero creo que sí le hay.

—¿Cuál es? no le conozco.

—El instituto de las Hermanas de la Caridad.

—Os confieso que no estoy informado. ¿Sabeis algo de él?

—Muy poco; solo sé que allí se trata á las alumnas como hijas; que se les enseña á escribir, y cuando las veo salir á solazarse al lado de las Hermanas, su salud se revela en su semblante.

—Sr. Van Dormael, me hareis un gran servicio tomando los informes necesarios, para mi gobierno, pues veo quebrantada la salud de mi sobrina.

—Mañana os daré un pormenor del instituto.

El armador se levantó para retirarse, rogando á su dependiente no olvidase tan importante encargo.

Al dia siguiente el Sr. Van Dormael llevó á su principal tan

preciosos detalles acerca del instituto, y le citó el testimonio de caballeros, tan buenos católicos, que ocho dias despues la señorita Agustina era recibida en el instituto de las Hermanas, con todo género de atenciones y caricias, previa la fianza por el valor de la pension y el certificado de que sus padres tenian buena conducta. Porque cuando los padres de una jóven son malvados y su porvenir espantoso, aunque se pretenda salvarla en un colegio moralizador, las Hermanas de la Caridad le cierran irremisiblemente las puertas de su instituto.

Hé aquí por qué el padre Beckx habia dicho en Roma al padre general: "La señorita Agustina será tal vez Hermana de la Caridad."

Así es que en la época á que se refieren los sucesos anteriores, la señorita Agustina contaba sobre siete meses de pensionista en el instituto de las Hermanas, no sin haber sufrido demasiado al continuar en un encierro, que ya le era penoso.

Sor Agueda, que tal era el nombre de la hermana encargada del dormitorio donde Agustina se alojó, era el tipo mas perfecto de la institucion. Afable con los extraños, altiva y exigente con las educandas, no perdonaba ninguna de las prevenciones y costumbres del instituto, sin permitirse jamas la falta de reflexionar acerca de ellas. Desde obligar á las alumnas á tomar toda clase de ácidos, aun los mas desagradables, para ahuyentar, decia, los impulsos de la carne, hasta aplicarles sendos disciplinazos cuando en medio del sueño ocultaban las manos bajo de la ropa, ó tomaban una postura que no fuese la que previene el reglamento para dormir; pues las Hermanas vigilantes recorren el dormitorio tres ó cuatro veces, para castigar á quien duerme en otra postura y para oir á las que hablan dormidas, prevenciones que han subsistido sin alteracion en estos colegios.

En ellos no se conoce otra servidumbre que las mismas alumnas, quienes hacen el aseo de sus dormitorios y de todo el departamento que ocupan, despues de haber oido misa antes de amanecer.

En una de las primeras horas de recreo del segundo dia de colegio, decia Agustina á una de sus compañeras:

—Señorita, ¿qué todos los dias tenemos que practicar este

aseo del patio y corredores del colegio, que debia corresponder á algunos criados?

—Señorita, no hableis tan alto. Tened entendido que lo que manifesteis que os desagrada, es lo que se os ordenará con mas empeño.

—¡Pero eso es una crueldad! Y además, ayer no he comido; todos los alimentos son detestables. Los perros de casa comen mejor.

—Callad por Dios, señorita. Todavía no conóceis las costumbres y os exponeis demasiado.

—En efecto, ayer he pasado la tarde en la celda de la superiora, y aun no conozco las distribuciones, aunque esa señora me las manifestó cuando mi tio se habia retirado.

—Pues voy á repetíroslas, bajo el concepto de que son invariables por ser de la institucion. Así es que como se practican aquí, se practican en todos los colegios de las Hermanas en cualquier país. Levantarse á las cuatro de la mañana en verano y á las cinco en invierno. Las Hermanas una hora antes, pues, deben comulgar todos los dias. Misa, aseo personal y de dormitarios, y refectorio hasta las siete; oficios hasta las ocho.

—¿A qué se llama los oficios?

—A practicar el aseo de los corredores, patio y salones. Subir agua. Lavar los suelos dos veces por mes, encerando los de madera y frotando con una piedra los de ladrillo.

—¡Pero estos son trabajos de un marinero!

—Así está mandado, y sabed que se os designará aquel oficio para el que manifesteis mayor repugnancia. A las ocho, clases de costura y otras labores semejantes. A las diez, clase de escritura y gramática; lectura de la Biblia y urbanidad hasta las doce.

—¿Y la aritmética y otras materias de que habla mi hermano Francisco?

—Eso está aquí prohibido. Dicen las Hermanas que mas tarde se aprenderá el dibujo. Refectorio y recreo hasta las dos, media hora de rezo y segunda vez clase de labor hasta las cinco. Rezo hasta las seis; refectorio y recreo hasta las siete; una hora de lectura de libros piadosos, y á las ocho á dormir. Cualquiera estudio, recreo ó trabajo, debe interrumpirse cuando suena una

hora, pues para las doce que componen el dia, hay una oracion especial, é igualmente cada cuarto de hora se dice en voz alta: "Viva Jesus."

—¡Qué fastidio! á los ocho dias voy á decir: "Muera Jesus."

—Os cuidariais muy bien, porque aquí la palmeta, la disciplina, el calabozo, y arrodillarse para besar los pies á las Hermanas, castigos que son de institucion, hacen á uno acostumbrarse á todo. Los domingos tienen distribucion especial. El primero de cada mes se llama de retiro. En este se reza todo el dia. En la mesa solo se toma sopa y otro platillo el mas pobre. El dia se pasa en misa mayor, sermon, rosario dividido en tres horas diversas, rezo especial y lectura de la Biblia. Los oficios y aseo no se omiten. Segundo domingo: único dia que se permite recibir visitas solo durante media hora á cada alumna, pero en presencia de una Hermana. No se omiten la misa, rezos, oficios y lectura de libros sagrados. Tercer domingo: recreacion. Se practican las mismas distribuciones que en el anterior. Cuarto domingo: asamblea.

—¿Qué es asamblea?

—Escuchadme. Ya sabeis cuán grata es para nosotros la devocion á María; pues bien, en todos los colegios hay una asociacion de las Hijas de María. La asamblea tiene por objeto reunir á todas estas, que lo son todas las educandas, para que públicamente se acuse cada una de las faltas que haya cometido, y de la pena que voluntariamente impone por sus faltas.

—¡Dios mio! exclamó Agustina: y para tanta crueldad é ignorancia paga mi tio una pension tres veces mayor que en cualquiera otro colegio. Mas equitativo seria que pasase yo al departamento de las que reciben educacion gratuitamente.

—¡Qué decís! ¡Desgraciada! No sabeis lo que eso importa.

—¿Pues no están esas alumnas bajo la salvaguardia de la caridad?

—Señorita: esas desgraciadas ni son alumnas ni las guarda la caridad. Son menos que sirvientas, porque no tienen sueldo: son verdaderas esclavas que trabajan desde las cuatro de la mañana hasta las ocho de la noche, hora en que principia el último rezo.

—¿Pues á quién sirven las jóvenes del Departamento?

—A las Hermanas, á los padres y á nosotras. Son costureras,

lavanderas, planchadoras y galopinas, al servicio de centenares de personas. No se les enseña sino á trabajar como á los esclavos; es decir, á cambio de un pésimo alimento, y á rezar para entretener la imaginacion durante el trabajo; y por último, nada se les enseña para ilustrarlas.

—Quisiera ver el Departamento.

—Eso está prohibido. Esas jóvenes no deben jamas ni aún dirigirnos la palabra. Hace poco que por una ventana se presentó una jóven del Departamento á hablar á una pensionista: una de las Hermanas le oyó, inmediatamenté se le condujo á presencia de todo el colegio: se le echó en cara su baja y desgraciada condicion, extrañándole duramente por su audacia en haber dirigido la palabra á una pensionista. Se la obligó á besar los pies á todas las pensionistas, y en seguida se le aplicaron otros castigos en el departamento. Era una muchacha hermosísima, huérfana de un campesino de Alost. La madre ocurrió á la caridad de las Hermanas por falta de medios para educar á sus hijos, y fué recibida en departamento.

—¡Desgraciada! no habrá vuelto á dirigir sus ojos al colegio.

—Sus ojos no verán mas. El bochorno que sufrió con tan espantosa reprimenda le fué tan penoso, que cuando la sacaron del calabozo dos dias despues, sufria una fiebre devoradora que le quitó la vida.

—¡Dios mio! Pero al saber esto las familias de las otras jóvenes, ¿cómo es que no las retiran?

—Por dos razones: la primera, porque no viendo á sus familias sino cuatro ó cinco veces por año, y esto en presencia de las Hermanas, les es imposible quejarse. La segunda, porque si alguna se atreviera á hacerlo, como ya sucedió una ocasion, la Hermana negó á mas y mejor, sosteniendo que el carácter indomable de la jóven la inducia á pretender salir por medio de la calumnia.

—¿Y cuál fué el resultado?

—El que era consiguiente. Que hubo de darse mas crédito á una Hermana que juraba por Dios con el descaro mas irreverente, que á la jóven que no podia probar lo que decia en aquellas circunstancias. Fué duramente castigada despues, y sirvió de escarmiento á las demas.

—En la próxima misa procuraré hablar con una jóven del Departamento.

—No podreis, porque tambien en el templo están distinguidas por el lugar y amonestadas para que ni levanten los ojos á vernos.

—Las once, señorita; gritad: ¡Viva Jesus!

La hora vino á dar fin á aquella conversacion, que nuestros lectores deben tomar como la fotografía de los colegios de las Hijas ó Hermanas de la Caridad.

## CAPITULO XI.

### SOR AGUEDA.

Era la tercera noche de colegio para Agustina.

Las letanías habian terminado.

La Hermana Agueda, vigilante del dormitorio en que habia sido alojada la señorita De Buck, en pié á la puerta, miraba entrar á recogerse á todas sus educandas, que en hilera y con un órden militar haciendo el saludo mas respetuoso, besaban su mano derecha.

Tímida aún la señorita Agustina, era de las últimas. Al tomar la mano de Sor Agueda para besarla, ésta la detuvo cariñosamente apartándola y dejando pasar á las demas.

Cuando hubo penetrado la última, Sor Agueda, atrayendo de la mano á Agustina, se sentó en una banca cercana á la puerta, y acariciando su frente de la manera mas expresiva, le decia:

—Y bien, Agustina, ¿estás contenta?

Agustina sabia ya á qué atenerse. Sabia que toda queja era inútil; que cuanto ella repugnase seria lo que se le ordenaria practicar. Así es que mas por necesidad que por carácter, comenzó á ser hipócrita y contestó:

—Sor, demasiado contenta.

—Pues bien, si algo llegase á disgustarte, avísamelo. Yo soy tu madre, ya que Dios quiso ponerte á mi cuidado; y deseo que

mientras estés en el colegio, veas todo el amor con que te llevaré por el buen camino; y por fin, que al separarte de nosotras lleves siempre el mas grato recuerdo de nuestra comunidad.

—Sor: yo jamas podré ser ingrata á las atenciones que me prodigais, y os recordaré siempre como recuerdo á mi padre y á mi hermano.

—Hija mia, yo no hablo del recuerdo de las personas, sino de la perseverancia en las virtudes que ellas nos inspiran. El Señor nos manda practicarlas, pero no mortificar nuestro ánimo con la memoria de nuestros deudos, que sin duda sufren con la idea de que su ausencia nos apena sin cesar.

—¿Pues qué debo hacer, Sor?

—Debes hacer comprender á tus parientes que te hallas demasiado contenta en el colegio, y que no sufres por su ausencia, porque comprendes que ellos estarán tranquilos con tu bienestar.

—¿Y esto no me hará perder el amor de mis parientes?

—Si Dios llegase á disponerlo así, no debes olvidar que Él ha dicho: "Ama á tus prójimos," no á tus parientes. Es decir que no debes dar preferencia á los unos sobre los otros.

—Pero Sor, yo recuerdo cuando dice: "Ama á tu padre y á tu madre."

—Nosotras, hija mia, ocupamos ese lugar. Tus compañeras son tus hermanas. Así es que para vivir tranquilamente en el colegio, debes apenarte menos por tus parientes y fijar tu atencion en las personas de quienes Dios te ha rodeado. Cuando salgas de entre nosotras estoy segura que llevarás dulcísimos recuerdos. Como madre, yo veo cuando sufres aunque no me lo digas. ¿Has estado contenta en el refectorio?

—Sí, Sor.

—No mientas. La comida te ha desagradado. ¿Es cierto?

—Un poco.

—Ya ves que leo tus pensamientos. Pues bien, desde mañana yo te procuraré lo mejor. Pero sé ingenua; ábreme tu corazon. Y añadia levantándose y abrazando tiernamente á la jóven: cuando tengas pesares, ven á mi corazon como una hija.

La jóven empezó á conmoverse. El mas profundo silencio reinaba en el colegio. La luz de los faroles dibujaba en sombra á lo

largo del corredor aquel pequeño grupo. Agustina sollozando balbutió:

—Sor, vuestras palabras me recuerdan á mi madre.

La Hermana levantó cariñosamente por la barba la cabeza inclinada de la jóven, y fijando su mirada en aquellos ojos donde asomaban dos lágrimas, contestó con la mayor ternura:

—Hija mia, yo te amaré como ella si eres buena. Si tú padeces será porque me dejas; mas yo á tí, nunca.

En seguida le besó ambas mejillas con ternura, y encaminándose al dormitorio, añadia:

—Ve á descansar, Agustina, que yo velo por tí como tu madre. Hasta mañana.

A la luz de una lámpara colgada del techo, Agustina se dirigió á su cama para recogerse. Sor Agueda se descalzó para comenzar silenciosamente su cuarto de vigilancia.

Pocos minutos despues todos dormian, excepto la Hermana, que recorria el dormitorio, cada vez que alguna respiracion agitada ó algun movimiento llamaban su atencion.

Agustina soñaba que á la plateada luz de una estrella, su madre la llenaba de caricias diciéndole: "Si tú padeces, será porque me dejas; mas yo á tí, nunca....." Y la jóven sollozó un instante.

Sor Agueda se acercó luego; mas viendo que nada ocurria, contempló el rostro angelical de la Srita. De Buck, diciendo:

Es muy bella.... Me ordenan que me ame y me amará.

En efecto: aquella mañana la superiora habia llamado á Sor Agueda para recomendarle con especialidad á su nueva educanda, terminando así su recomendacion:

—"Procurad, en fin, que esa jóven cambie sus afectos mundanos por los que debe tener hácia nuestra comunidad. Comenzad, pues, por haceros amar de ella tiernamente, y porque se asocie á sus compañeras, sin preferencia por ahora. Observadla con empeño."

Sor Agueda inclinó la cabeza: besó la mano de la superiora y salió á cumplir sus órdenes.

Las Constituciones de la Compañía de Jesus dicen así:

"Todo miembro de la Compañía debe despojarse de todo afec-

to hácia sus parientes. De todo afecto exagerado á sus prójimos, y olvide hasta su recuerdo, que le es inútil."

---

Cuando escribimos estas líneas, México y Prusia se preocupan de la existencia de las órdenes de Paulinos y Hermanas de la Caridad: el primero para suprimirlas, el segundo para ponerlas bajo la vigilancia de las autoridades.

Las Hermanas se consagran al servicio de los hospitales, y especialmente, como objeto principal, á la educacion de la juventud. Lo primero ha sido censurado con mas ó menos razones, sobre todo como cuestion administrativa. A veces por su intolerancia con los enfermos por cuestion de libertad de conciencia. Esto es para nosotros secundario. La educacion de las jóvenes encierra la verdadera gravedad de su instituto.

En los colegios que dirigen las Hermanas, reciben una educacion enteramente ascética centenares de alumnas que se arraigan de tal modo á la vida del claustro, que muchas de ellas profesan, quedando como religiosas. Otras, repugnando el trato fuera de la comunidad, salen para vivir en un retraimiento nocivo á la sociedad. Otras, en fin, llegan á formar una familia, llevando á su seno el gérmen del mas acrisolado fanatismo.

La instruccion que reciben en esos colegios no solo es incompleta sino rudimental. Nada que despeje sus facultades intelectuales; nada que ilustre su inteligencia. Cuanto hay de mas retrógrado en el catolicismo; cuanto hay de mas falso é inverosímil en historia antigua; cuanto hay de mas abyecto é hipócrita en educacion, tanto constituye el programa de esos establecimientos. El espionaje y delacion por vigilancia; la distincion de clases por fraternidad; el fanatismo por religion; la hipocresía por moralidad; la supresion de todos los afectos de familia, por base de la sociabilidad. Tales son las bases de esa institucion jesuítica que solapadamente corroe el porvenir del país en que se arraiga.

El tribunal de la penitencia, idea jesuítica llevada á cabo por sus hombres y sancionada por la conveniencia de los Papas, es el arma terrible en todas sus Ordenes religiosas.

Las otras comunidades han explotado el confesonario; pero nin-

guna ha fundado en él todo su poder, como el jesuitismo, que allí encuentra una inspeccion de policía; una Lonja secreta para los negocios; un respiradero donde se escucha lo mas íntimo de las familias.

La esposa lleva á los oidos del agente financiero, político y religioso, las confidencias del esposo; la jóven lleva al corazon del hombre de pasiones los desahogos de sus penas amorosas; el niño lleva al sembrador del retroceso y fanatismo, el feraz y rico terreno de su inocencia y de su debilidad; el doméstico, en fin, lleva su contingente de espionaje y acechanzas para sus patrones.

Quién creyera que hasta el hombre instruido y de mundo busca allí el consejo para sus negocios aún de conciencia y de familia. El confesonario es. pues, para el jesuita, lo que el ejército para el tirano.

La fuerza y la razon de su poder.

Suprimir, pues, esas Ordenes religiosas, es una necesidad.

## CAPITULO XII.

### EL TRIBUNAL DE LA PENITENCIA.

Al salir el P. Marsay de la casa del armador, le habia dicho:

"Como vuestro director espiritual, siempre y en todas partes me hallareis dispuesto á oiros."

"Sábado ó domingo ocurriré á San Cárlos, habia contestado este."

El sábado inmediato una hora despues de anochecer, el P. Marsay saludaba afectuosamente al Sr. De Buck en la casa de este, y tomaba asiento como un amigo en el salon principal. Despues de un cuarto de hora de conversacion, decia el jesuita:

—Me digísteis que sábado ó domingo ocurriríais al confesonario, ¿no es verdad?

—En efecto, Padre, mañana iré en busca de vuestros consejos.

—No lo dejeis para mañana si estais dispuesto hoy.

—Gracias por tanta bondad, Padre. Dispuesto estoy, y si lo ordenais, voy á tomar mi sombrero y á mandar que pongan el carruaje. En cinco minutos estaremos en San Cárlos.

—No hay para qué. ¿Quién os impide hacer aquí vuestra confesion?

—¿Aquí en el salon?

—¿Y por qué no? No ocurrimos á un penitente, en la calle, en el campo de batalla y hasta en una casa de gente perdida? Pues con igual autoridad en la casa de un caballero.

—Creí, Padre, que fuera de esos casos extremos y excepcionales, la confesion debia ser siempre en la Casa de Dios.

—Donde está el sacerdote está la Divinidad. Cuanto él desatare en la tierra.... Esperamos en el templo á nuestros penitentes, porque seria imposible ocurrir á todos; pero las personas de vuestra condicion no deben estar á la altura de la generalidad. Recogeos un momento que ya os espero. Y comenzó á murmurar algo que parecia una oracion.

Un momento despues se levantó de su asiento el Sr. De Buck, é iba á arrodillarse delante del jesuita; mas este con la sonrisa mas cariñosa le detuvo.

—Sentado, hijo mio. Yo soy para vos un padre. Decidme vuestras cuitas. Un buen católico como vos pocas veces trae esos pecados que ruborizan al pronunciarlos. Pero el tribunal de la confesion no solo tiene por objeto la absolucion de los pecados; más que eso debeis hallar en él, ese lenitivo, ese consuelo tan deseado en las tribulaciones que en la vida aquejan y amargan nuestro bienestar. En todas las edades el hombre sufre contrariedades y penas. Cuando niño busca el consuelo en los brazos de una madre que, acariciándole, mitiga su pena y enjuga con sus besos purísimos aquellas lágrimas infantiles. Nuestra religion es una madre tiernísima que abre sus brazos para todos sus hijos. En el confesonario el hombre deposita todas sus penas, no solo sus faltas; todas sus dudas, no solo sus intenciones; y si es posible hasta sus negocios del mundo, que al fin no hay acto de la vida que no influya y se relacione con el bienestar del alma. Sentaos, hijo mio, que ya os escucho.

Era la primera vez que el Sr. De Buck escuchaba en el confesonario un lenguaje tan afectuoso y paternal. Estaba acostumbrado con el padre Fructuoso á consultar uno á uno todos los mandamientos del decálogo, y analizar ruda y claramente á cual habia faltado en aquella semana; despues á ser amonestado recordando los tormentos del infierno, y por último, á recibir la absolucion, pero todo con ese acento y estilo que prestan la falta de ilustracion, de trato social, y por fin de aquella obesidad tan poco venerable. La diferencia era pues demasiado halagadora y grata para el Sr. De Buck que se juzgó desde luego en presencia

de la bondad y de la virtud misma, abriendo su corazon al representante de la Divinidad, en la aptitud mas completa para dirigirle y aconsejarle en todos los actos de su vida. Sus labios, pues, se abrieron para manifestar su corazon.

—Padre mio, ya sabreis que tengo á mi cargo como hijos, á dos sobrinos cuya educacion me interesa vivamente. Hé aquí el asunto que principalmente preocupa mi ánimo. Mis negocios caminan bien, pero yo me inquieto porque el uso que en el porvenir ellos hagan de esa fortuna, sea el mejor.

—Pensais bien, hijo mio, ¿dónde haceis educar á esos jóvenes?

—Francisco, en la casa del Sr. Savigné; Agustina en el colegio de las Hermanas de la Caridad. ¿Podeis aconsejarme algo mejor?

—No por ahora: creo que esos establecimientos son demasiado buenos: solo debeis fijaros en que su religion se acrisole como procurais su instruccion.

—En efecto, Padre, confieso que habia deseado el fijar para Francisco un director espiritual. Os ruego que os encargueis vos mismo.

—Lo haria, sí; pero no somos los hombres aptos para todo; enviadle á San Cárlos en busca del Padre Lambert. Dios le ha dado la mayor aptitud para dirigir la conciencia de los niños; veo el afan con que las señoras le confian á sus hijos.

—Lo haré así.

—En cuanto á la jóven, no puede estar encargada á mejor direccion. Las Hermanas de la Caridad son un modelo de virtudes y de ciencia para conducir á las jóvenes. Estad tranquilo.

—Padre, he oido hablar con frecuencia de las cuestiones de usura. Veo que las leyes cambian, y no sé á qué atenerme para mi conciencia en los diversos negocios que se me presentan.

—Dejad á un lado esas leyes que los hombres forjan á su capricho, y buscad en el fondo de vuestra intencion el uso que haceis de vuestras utilidades. No llegueis á la ruina de vuestros contratantes, pero siempre que podais por medio de vuestras combinaciones hacer un negocio, no lo desecheis. Bien se puede servir á Dios y asegurar el porvenir de la familia.

—Pues bien, Padre. Alguna persona ocurrió á mí con varios

créditos contra el tesoro, y como yo tengo manera de negociar el pago á la par, dudé si deberia tomarlos al veinte por ciento.

—Podeis obrar con libertad en ese punto bastante aclarado por nuestros casuistas. * Desde que falta la imposibilidad en el tenedor de un crédito para hacerse pagar, cuanto le deis será utilidad para él.

—Padre: con frecuencia me ha ocurrido dejar de asistir á misa diaria por algun negocio, aunque lo he sentido demasiado.

—Os diré, hijo mio, que la posicion social de cada uno, y sobre todo, el género de ocupacion que hace ganar la vida, ha hecho hasta discutir á los autores en este punto. ** Pero de cuanto nos dicen se llega á este punto: ni aun á los mismos eclesiásticos es obligatorio consagrarse á Dios todos los dias. De modo que juzgar de ese punto, ateneos en cada caso á vuestro buen juicio, no abandonando vuestros negocios por la oracion, que podeis reparar mas adelante.

—Está bien, Padre.

—¿Qué otra pena sentís, hijo mio?

—Padre. Me ha preocupado con frecuencia esta idea. En mis negocios mercantiles me veo obligado á tratar con los protestantes holandeses, y á fuerza de verles como enemigos de nuestra religion, no les puedo amar yo como á prójimos. ¿Qué debo hacer para nō pecar así mortalmente?

—El amor al prójimo, hijo mio, debe entenderse en términos hábiles. Mal podeis profesar amor á un prójimo con quien tratais por la primera vez, ó que despues de frecuentarle no se hace lugar en vuestro ánimo con su conducta. Esto que es tan lógico como natural, ha hecho resolver á nuestros tratadistas por esta conclusion: "Solo es pecado venial no amar al prójimo." *** De aquí podreis sacar las inducciones conforme al caso, cuando os refírais á los enemigos de nuestra santa religion. Podeis amen-

* Un cortesano puede comprar una deuda á bajo precio cuando sepa que se la hará pagar, tal vez íntegra.—Filliutius.—Tom. 2º—Trat. 35, p. 457.

** «¡Cuándo debemos amar á Dios!»—«Una vez por año á lo menos,» dice el padre Hurtado de Mendoza.—«Los dias de fiesta» dice el padre Enriquez.

*** Padre Bauny.—Sum. cap. 7, pág. 81.

guar el poder pecuniario ó la fuerza física de los enemigos del catolicismo, cuando hasta un religioso puede y debe matar al hombre capaz de perjudicar á su religion, si cree que este tiene la intencion de hacerlo. * Aun cuando ese hombre sea un padre ó un hermano. ** Ateneos, pues, en este punto á los impulsos de vuestra conciencia, mirando antes que todo los intereses de nuestra santa religion. Un dia ú otro habeis de dejar esta vida y comparecer ante Dios. Entonces tendreis que manifestar cuantos elementos de fuerza ó de destruccion habeis dejado en poder de sus enemigos, habiendo estado en vuestras manos la posibilidad de arrancárselos. Habeis de morir, y entonces vuestros deudos acaso tendrán que implorar en vuestro favor la misericordia Divina para que os perdone. Pensad siempre, hijo mio, en ese último dia de la vida, y como nos dice Jesucristo: "estad pronto."

El armador inclinó la cabeza tristemente, y despues de algunos minutos de silencio, continuó:

—Como en verdad no tenemos un solo momento de vida asegurado, he creido conveniente para el buen órden de mis negocios testar desde ahora, supuesto que en plena salud podré ordenar mis ideas y tener mis asuntos arreglados.

—Hareis bien, es una buena precaucion.

—No tengo hijos. Mis buenos sobrinos ocupan ese lugar; á ellos dejaré mi fortuna.

—Sí, instituid herederos á esos niños que son casi vuestros hijos; ellos os bendecirán toda la vida.

—Tengo ofrecido un legado para el convento de Agustinos, ¿lo creeis bueno?

—Siempre es loable prestar algun apoyo á esas santas comunidades.

—Otro legado á vuestro colegio.

—Absteneos de eso, hijo mio; somos pobres, pero no debeis amenguar la fortuna de vuestros sobrinos.

—Padre, doscientos mil francos para cada uno de esos legados no empobrecen á mis sobrinos.

* Padre Amiais.—De just. et jure.—Disp. 36, sec. 5ª.
** Discastillus.

—Sin embargo, yo os pido y aun os ordeno que os abstengais de ese segundo legado para nuestra Compañía de Jesus. Fijaos en el porvenir de vuestros sobrinos y en la promesa que habeis hecho á los padres Agustinos. Esto será loable á los ojos de Dios. No penseis en la pobreza de nuestra compañía. *Deus providebit.*

El Sr. De Buck se arrodilló lleno de emocion para recibir despues de tanta leccion de moralidad jesuítica, la absolucion de sus pecados. En seguida poniéndose ambos en pié, el jesuita se apresuró á tomar su sombrero para retirarse. El Sr. De Buck logró hacerle aceptar el carruaje, separándose con la mayor cordialidad.

El armador no pudo menos que elogiar el desprendimiento con que el jesuita habia rehusado un legado para su convento.

## CAPITULO XIII.

### LA FAMILIA DEL ARMADOR.

La casa del Sr. De Buck era un modelo de bienestar y tranquilidad. Los negocios mercantiles le imprimian vida y movimiento. Los dependientes corrian con la pluma tras de la oreja, de los almacenes al despacho; marineros y criados entraban y salian con bultos de las mercancías que el comercio de todas partes llevaba á Amberes.

No era ciertamente la casa De Buck la primera en capital, pero sí de las primeras en crédito y confianza para todos. Así es que cuanto negocio habia que confiar á la buena fé, llamaba á la puerta del armador. El dinero circulaba con profusion con la pureza de manejo mas completa.

El Sr. De Buck á la cabeza de aquella negociacion, afable, honrado, inteligente y activo, dirigia sus negocios con tino y buena fé. Sus dependientes escogidos y laboriosos le secundaban con actividad. De entre ellos el Sr. Van Dormael y su ayudante Guillermo, gozaban de la mayor confianza el primero, de la mayor estimacion el segundo, por su empeño en distinguirse en el cumplimiento de sus deberes.

Francisco que era para el Sr. De Buck el hijo de su corazon, contiuuaba educándose en el colegio Savigné, y estrechándose mas cada dia el cariño fraternal que el trato y las circunstancias le inspiraban hácia Guillermo.

Los domingos de visita en el colegio de las Hermanas de la Caridad, era dia de placer para el armador y su sobrino, que despues de oir misa se encaminaban ansiosos á saludar á Agustina. No dejaba de ser algo importuna para los visitantes la presencia de una Hermana, para aquellas confidencias que endulzan y dan interes al trato íntimo de familia. Ideas incompletas y palabras entrecortadas sustituian con frecuencia á una respuesta ó á la expresion de un sentimiento. El Sr. De Buck se retiraba siempre del recibidor poco satisfecho, ya porque no podia escudriñar como un padre el corazon de Agustina, ya porque veia disminuirse poco á poco la confianza y ternura de aquella jóven hácia él. Y sin embargo, en la próxima visita llevaba de nuevo sus esperanzas de cariño, sus obsequios de padre.

Francisco decia uno de esos domingos:

—Tio, ¿oiste que Agustina no me dice ya hermanito sino Francisco?

El Sr. De Buck no contestaba. A su vez notaba que ya no se le llamaba tio, sino señor. Y su corazon se oprimia.... Pero decia para sí: no en todas las edades tienen las jóvenes el mismo lenguage. Sobre todo, que aumente en virtudes é instruccion, sus afectos serán mas sólidos aunque sean menos expresivos.

Una tarde el Sr. Van Dormael decia á su principal:

—¿Habeis notado el buen juicio y prudencia de Guillermo? Fuera de su estudio de la contabilidad, observo cuánto ama la lectura y su manera de discurrir.

—Lo celebro infinito. Podrá ser el mejor amigo de mi sobrino.

En efecto, desde que el huérfano quedó establecido en la casa, el P. Lambert que se habia encargado de la direccion de Francisco, confesaba igualmente á Guillermo. El jesuita habia sondeado aquella inteligencia inculta, descubriendo un talento natural, la mas fácil comprension y grande facilidad para exponer sus ideas. Comunicó su descubrimiento al P. Beckx, quien mandó ratificar esas observaciones por mas tiempo y dar parte del resultado. El segundo informe mas satisfactorio que el primero, tuvo por contestacion la órden de atraerle á la Compañía llevándole á uno de sus colegios, tan pronto como su presencia en casa del Sr. De Buck dejase de ser útil.

Entretanto, era el pupilo solícito y afectuoso del Sr. De Buck. Una vez por semana, así como Francisco, ocurrian al tribunal de la penitencia, pues segun el sistema de los jesuitas, la primera edad es la que debe recibir la semilla de los buenos consejos.

En efecto: el confesonario, el púlpito y la instruccion de la juventud, absorben la mas firme atencion de su Orden. Ellos saben muy bien que por tales caminos están á su disposicion el presente y el porvenir.

El Papa Clemente VIII, presidiendo á un Capítulo general de los jesuitas en 1592, en su discurso para exhortarlos á la Reforma, decia:

"..... .....

"El primer grado de orgullo, que es la curiosidad que os mueve á introduciros en todas partes, y mayormente en los confesonarios, para saber de los penitentes todo lo que pasa en sus casas, entre sus hijos y domésticos y otras personas que en ellas habitan ó van á ellas, y del propio modo en el barrio: curiosidad capaz de producir los mas perniciosos resultados."

"..... .....

"Quisiera saber qué haceis todos los dias durante tres ó cuatro horas en el confesonario con personas que se confiesan todos los dias; porque estas almas timoratas que frecuentan tanto los sacramentos, no pueden tener nada, ó casi nada que os digan que necesite absolucion. Yo no puedo inferir de aquí y de este uso, sino una cosa que se os arguye, y es, que por medio de la confesion sabeis muy bien todo lo que pasa en el mundo. ¿Pero puede darse un abuso mas horroroso que servirse de un sacramento tan santo para adquirir noticias tan profanas? Mirad que estoy bien informado de todo lo que pasa en vuestra Compañía: tomaos el cuidado de corregir todos estos abusos, si no emplearemos toda nuestra autoridad para obligaros á ello. *"

Mr. de Fresne, consejero de Estado, embajador de Francia en Venecia, en la carta escrita al rey Enrique IV en 28 de Junio de 1606, dice refiriendo los episodios de la expulsion de los jesuitas de aquella República:

* Teatro jesuítico; 2ª parte, § 4º

"....."

"Averiguóse tambien por sus escritos hallados en Bergamo Padua, y que ellos no tuvieron tiempo de quemar, que empleaban la mayor parte de sus confesiones en inquirir los caudales de cada persona, su ingenio y el modo de vivir de los principales de todas las ciudades donde viven; que de ello tenian un registro tan particular, que sabian puntualmente las fuerzas, los medios, la disposicion de todo este Estado en general, y de todas las familias en particular; lo que no solo se reputó indigno de personas religiosas, sino que manifestó que tienen algun gran designio para cuya ejecucion necesitan de tan grande y penosa curiosidad."

"Con este motivo se me refirió que de todas sus confesiones interesantes forman memorias y registros que sacan cada seis meses los visitadores y los envian á su General."

# CAPITULO XIV.

## EL PODER TEMPORAL DEL PAPA

Cuando Federico de Prusia llamaba á los jesuitas granaderos del Papa, comprendia muy bien la diferencia que habia entre ellos y los monjes, que han encerrado millares de conventos en todas partes. Su decadencia desde el siglo XVIII revelada por el abandono de sus intereses y crápula en su conducta, ha hecho resaltar mas y mas la organizacion sagaz y previsora del jesuitismo. El apoyo eficaz que incesantemente ha prestado á los Papas siempre que estos le han sido propicios, ha hecho que su importancia subsista en primer término en el Vaticano.

Cuando el papado se derrumbe, la Compañía de Jesus se batirá en retirada. El papado y la Compañía se equilibran auxiliándose tanto en lo temporal como en lo espiritual; tanto en religion como en política.

Ya hemos manifestado en el prólogo, aunque á grandes rasgos, el poder de la Compañía en su verdadero orígen; el abuso apoyado en el fanatismo. Vamos á tomar de la historia el orígen temporal de los papas, que ha sido durante diez y siete siglos la fuerza de su existencia y dominacion sobre tantos pueblos.

La Bélgica de hoy no es sino la centésima parte de la Bélgica primitiva.

Formada por los Celtas, que viniendo del Oriente la ocuparon

mas de mil quinientos años antes de nuestra era, comprendia el territorio que encierra el Rhin, los Alpes, los Pirineos y el Atlántico, bajo el nombre de Gall-Tachd, y despues Gallia.

Quinientos años antes de la fundacion de Roma, los Kimris llegaron á reunirse con sus hermanos, y ocuparon el Armorique —*sobre el mar*—y la Batavia—*aguas profundas*.

Aquellos habitantes se llamaban Galos ó Kimris, hasta que no bastándoles aquel terreno, pasaron á las islas británicas donde establecieron nuevas colonias.

De Belgiard—*belicoso*—vino la palabra Bolg, con que mas tarde los designaron los romanos.

De Belg ó Bolg vienen Belga y Bélgica.

Esos Kimris ó Galos se dividieron en varias tríbus, segun el punto que ocupaban.

En Irlanda existian los Menapes bajo el nombre de Fir-Bolgs, teniendo por centro de su colonia á Dublin.

En la region comprendida entre Suffolk y Devonshire, vivian los Atrebates, los Parisii y otros, teniendo por centro á Venta-Belgarum, hoy Winchester.

Todos se ocupaban entonces de la agricultura.

Los Leukes ocupaban á Toul, hoy Francia.

Los Mediomakes á Metz.—Francia.

Los Triboes, los Nimetes, los Vangions y los Caracates, entre los bosques y el Rhin.

Los Trevires á Treves, y todo el Luxemburgo hasta el Rhin.

Los Morins, sobre el mar del Norte y el Paso de Calais, ocupaban la Flandes occidental y todo el país de Terouanne.

Los Nerves, el Cambrésis y los terrenos que hoy forman el Hainaut, el Namur y la Flandes oriental.

Los Aduatiques en el Brabante belga.

Los Eburons entre el Rhin y el Mosa.

Los Menapes en Holanda.

Los Batavos y les Caninefates, en la embocadura de los grandes rios de Holanda.

Y algunas subdivisiones, como los Ambivarites, en Amberes.

Así, la Bélgica fué el centro europeo de donde partieron numerosos pueblos, que mas tarde poderosas naciones como Fran-

cia, Prusia y Holanda la oprimieron y avasallaron. Cuando alguna de esas naciones ha reclamado como suya la Bélgica, tenia sin duda menos título que si ella los hubiese reclamado como madre.

La Bélgica primitiva se hallaba cubierta de inmensos bosques vírgenes y vastos pantanos, poblados de animales feroces.

Los primeros belgas eran de colosal estatura y fuerza prodigiosa, á juzgar por la pintura que César hizo de ellos. Los libres llevaban larga cabellera, y sacrificaban á Odin, víctimas humanas.

César terminó su primera campaña contra los belgas cincuenta y siete años antes de Jesucristo, despues de haber sometido muchas de esas tríbus; mas el resto se defendió con tanto valor, que admirado formó con ellos, mas tarde, las famosas cohortes que protegian los flancos de las legiones romanas, y que le dieron tantos triunfos, distinguiéndose en Pharsalia.

Los gefes mas famosos de las tríbus belgas, que alcanzaron triunfos sobre César, fueron Ambiorix y Vercingetorix.

Una estátua del segundo, levantada en uno de los paseos de Amberes, recuerda sus hazañas.

Pocos años antes de nuestra era, los hijos de Bélgica tomaron lugar en el senado de Roma; otros llevaron las insignias de procónsules, pretores y generales romanos.

En el siglo tercero los francos comenzaron sus ataques contra los romanos.

En el quinto los godos conquistaron á Roma y los belgas unidos á los francos se hicieron independientes en 472. Mas los francos que habian adoptado por gefe á Faramond en Tongres en 420 teniendo por capital á Dispargum — hoy Diest en el Brabante — arrojaron muy pronto á los romanos del resto de la Bélgica.

Clodoveo, fundador de la Monarquía francesa despues de la victoria de Tolbiac contra los alemanes y á instancias de la bella Clotilde su esposa, recibió el bautismo en Reinas de mano de Remigio, quien le tituló desde entonces hijo de la Iglesia romana y cónsul augusto, proclamándole despues soberano de toda la Galia.

Bien mereció la católica esposa por tan señalados beneficios, el honor de ser colocada en los altares, pues á instancia suya Clo-

doveo se prestó á sacrificar la sangre de sus súbditos para obsequiar al sucesor de San Pedro.

Y sin embargo, ¡cuántos con menos título ó por causas mas indignas, han adquirido lugar entre los santos, y hoy son los intercesores oficiales de la humanidad! Ya lo diremos mas adelante.

Desde este momento desapareció la Bélgica para hacer lugar al imperio Franco. El rey Pepino en 751 fué consagrado por el obispo Bonifacio, nuncio del papa Zacarías.

Los Lombardos, enemigos del papado, despues de apoderarse del Exarcado de Ravena, amenazaban á Roma. Aterrorizado el papa Estéban III, huyó á Francia implorando el auxilio del rey Pepino; le consagró de nuevo, así como á Berta su esposa y á sus dos hijos, y aun pretendió consagrar á todos los francos; pero el monarca rehusó tanta largueza, y agradecido marchó contra los lombardos. Vencidos estos y reconquistado el Exarcado de Ravena, lo regaló al Papa, quien gobernándole como á país conquistado, estableció el poder temporal de los papas, que no habia existido jamas.

Orígen tan legítimo como ese han sostenido los pontífices romanos para gobernar y extender sus dominios sobre tantos pueblos, que bajo su yugo tiránico é hipócrita han vegetado durante tantos siglos. De allí han sacado en su orgullo sangre y riqueza para sofocar el progreso, tremolando en sus ejércitos por estandarte el lábaro de redencion de los oprimidos. Despues de su triunfo han distribuido coronas y pueblos como alquerías, á cuantos sostuvieron sus ambiciones y hasta sus crímenes.

La historia del pontificado está llena de escándalos y crímenes como la de cualquier otro trono; solo tiene de especial en ciertos períodos la hipócrita beatitud con que ha querido hacer causa de sus maldades á los intereses espirituales; otros han arrojado con descaro la máscara de tales intereses sin miramiento alguno. ¡Cuántos de estos soberanos pontífices ocupan un lugar en los altares, y lo ocuparán mas tarde los restantes!

El pontificado y la Compañía de Jesus se sostienen mútuamente.

Los jesuitas han pagado á los soberanos de Rusia su proteccion, predicando á los pueblos la sumision, aconsejando á los po-

lacos la paciencia. Los cristianos del imperio ruso sufren incesantemente la tiranía moscovita, y humildemente envían á Su Santidad las ofrendas pecuniarias de su adhesion. Para el papado y para la Compañía las virtudes son accidentales. Cuando les convino dirigir y acaudillar la guerra civil, como hemos referido ya, no perdieron la oportunidad.

Por fortuna, á medida que las sociedades progresan, el jesuitismo decae: la influencia del papado disminuye.

Su caida importará un paso muy avanzado en el bienestar de los pueblos.

# CAPITULO XV.

## PRELIMINARES.

Cuando vemos á los sacerdotes del altar revestidos con sus trages oficiales llenos de uncion y beatitud, ir por las calles humildemente ú oficiar en los templos, es muy difícil persuadirse de que bajo esa beatífica apariencia se oculta la maldad y el crímen. Mas para ello se necesita comprender, en primer lugar, que las apariencias son el medio mas engañoso para juzgar del fondo de las causas y de las personas; y en segundo, que hay apariencias adoptadas expresamente para engañar y seducirnos.

El jesuitismo hace un estudio especial, como los comediantes, de esa exterioridad y de esa mímica que les ha conquistado el título de primeros predicadores de la iglesia.

En efecto, sus oradores cursan la declamacion, y su estilo, bastante estudiado, es el arma que esgrimen con mejor éxito en los lugares públicos y aun en el trato familiar.

Para comprender bien cómo puede guardar en su seno una asociacion religiosa, el cuadro mas completo de la malevolencia, es preciso estudiar á fondo las circunstancias particulares y reservadas de ella, y lo que es mas, el papel especial que representa cada uno de sus miembros.

El General de la Compañía de Jesus está muy lejos de ser el primer observante de una religion; el creyente mas fervoroso de

un dogma; el mas austero sacerdote de la Orden. Nada de todo eso.

El General de la Compañía ni se ocupa de religion, ni sirve al altar, sino cuando importa á sus fines alguna de esas apariencias. El General es el gefe de un gobierno, cuya autoridad alcanza á todos los pueblos habitados donde hay algo codiciable para sus fines. Es el gobernante diplomático, estadista y financiero, que marcha á un fin: la teocracia universal, contando entre otros medios, como el mas eficaz, el catolicismo.

Él gobierna á la Compañía como á un ejército que organiza y mueve conforme á las necesidades de sus intereses; que sufre hoy la derrota de una expulsion de su Orden en un país, consolándose con la entrada en otro; que hoy se le confiscan sus bienes en un pueblo y mañana adquiere una donacion *in artículo mortis* de un creyente que le repara de su pérdida; hoy muere uno de sus buenos capitanes y mañana se le comunica la adquisicion de otro campeon, sacerdote, ministro de Estado de algun país, orador distinguido ó gobernador de algun pueblo. Él tiene posesiones en las cinco partes del mundo, tenga ó no establecida su Orden en todas ellas. Él recibe considerables sumas de todas las Casas Profesas, de todas sus misiones, de todos sus colegios, y los atesora para sus grandes conquistas: retribuye á algunos agentes; paga á sus empleados y servidumbre, provee al establecimiento de nuevas empresas. Está al tanto de la política de todos los pueblos, de sus necesidades, de sus crísis, y aprovecha las circunstancias favorables con oportunidad, porque tiene ojos, brazos é inteligencia en todas partes.

¿Podrá creerse que en este cúmulo y variedad de atenciones será este el sacerdote del altar que se ocupa de la misa, que encanece sobre el Breviario y las Sagradas Escrituras, que ora y que medita en las virtudes? Imposible. Él medita combinaciones, prepara asechanzas, emprende luchas, aprovecha triunfos y repara derrotas. Y para todo esto no repara en que á uno se le arranque la vida, á otro se estreche en su situacion, á otro se le calumnie, á otro se engrandezca y eleve. Va á un fin, no se detiene en los medios.

Para todo este trabajo se aconseja de sus ministros, que ya he-

mos mencionado, y estos á su vez del de los gefes de las provincias, de las misiones y de los colegios. Estos son los gobernadores de provincia de una administracion central. En cada una de ellas hay el número necesario de personas que están en los secretos de la Orden. Los demas son agentes ciegos, obedientes y mudos al servicio de lo que no siempre conocen. Donde no son necesarios constantemente los visitadores, periódicamente saben lo que necesitan.

Comprendida así la Orden, sí puede concebirse la red que el jesuitismo extiende en todas partes y los medios de que se vale para sus fines.

Los agentes directos del gobierno central participan de los secretos que se cree conveniente confiarles, y para llegar á cumplir una órden no se detienen tampoco en los medios.

Trascurria el mes de Setiembre de 1835.

El invierno habia comenzado á tender su manto de nieve sobre las llanuras de la católica Bélgica, dando calor y abono á aquellas tierras, cuya fertilidad enriquece á sus hijos año por año.

Estamos en uno de los corredores cerrados del piso superior del Convento de San Cárlos.

El viento de la noche azotaba por fuera en las vidrieras, dejando oir á cada instante el rugido de sus corrientes como el de una fiera.

Junto á la puerta de una celda sobre la que se leia en una tablilla el nombre del P. Marsay, un sillon forrado de cuero y anchos brazos, servia siempre á aquellas horas de confesonario para hombres. El confesor del Sr. De Buck le ocupaba silencioso, con la frente sobre la mano, oyendo á un individuo que de rodillas á su derecha murmuraba como á débiles silbidos las palabras de su confesion.

De cuando en cuando se oia, viniendo de un corredor cercano, el ruido de algun cuadro que agitado por el viento golpeaba contra la pared.

La luz de un farol colocado en el extremo del corredor delante de una imágen, apenas dejaba reconocer en aquel penitente envuelto en su capa, al fidelísimo tenedor de libros Sr. Van Dormael.

Si el diablo hubiese estado allí habria percibido este diálogo.

—Y bien, hijo: ¿has visto el testamento?

—Sí, Padre, porque del borrador yo mismo le he dictado al Sr. De Buck. En seguida le ha firmado, cerrado y sellado, y le he visto entregarlo al Sr. Lamarre su notario para que cumpliera con su obligacion. Hé aquí una copia.

—No creo muy honrado al Sr. Lamarre, pero, en fin: infórmate como puedas, si en estas horas ha hecho alguna alteracion á las cláusulas que has visto.

—Lo haré, Padre, pero en este momento debe estar el Sr. Lamarre en la casa con sus testigos.

—Pues vé entonces inmediatamente; si hay algo que comunicarme, ven luego, que la puerta se te abrirá. Yo daré la órden. Si no vuelves, creeré que todo está como esta mañana. Reza un *Pater Noster* y ve pronto.

El penitente murmuró su oracion, besó la palma de la mano al jesuita, y poniéndose en pié partió á cumplir aquella órden.

Cuando su sombra se perdió á lo largo del corredor, aquel se levantó de su sillon y penetró en su celda.

Entretanto el Sr. De Buck, sentado junto á la chimenea de su cuarto de trabajo, departia tranquilamente con tres individuos que contestaban á sus indicaciones, guardando una actitud bien respetuosa.

—¿Qué resuelven, pues, los primos de la Sra. Timmerman? preguntó el Sr. De Buck.

—Seguir el negocio ante los tribunales, contestó el mas anciano de sus interlocutores. Yo habia dicho ya á su mayordomo que la señora debia otorgar su testamento, supuesto que el estado de su salud no le aseguraba ser duradero. Pero ya sabeis; no todas las personas tienen vuestro buen juicio para sus negocios. Hay una negligencia extrema para precaverse en el porvenir.

—En fin, añadió el armador, por mi parte ya estoy tranquilo, como si hubiese asegurado la salvacion de mi alma.

—Vuestros deudos tienen ya asegurada su fortuna. Si mañana la muerte os sorprendiera, tendriais á lo menos en ese último instante una pena de menos, y era el arreglo futuro de vuestros asuntos y el cumplimiento seguro de vuestra última voluntad.

Un criado entró llevando en una pequeña mesa china algunas

copas y dos botellas de Ginebra, y las colocó en medio de aquellos caballeros, que no eran sino el notario y los testigos.

—Señores, el norte nos exige tomar un poco de calor.

El armador sirvió en las copas, y tomando cada uno la suya, el notario exclamó:

—Señor De Buck, por vuestra salud, y porque el instrumento que acabais de otorgar se abra lo mas tarde que sea posible, sirviendo siempre para el mejor aseguramiento de la fortuna de vuestros deudos.

—Gracias, señor..... Y todos apuraron el contenido de sus copas.

En seguida, tomando su sombrero se retiraron, quedando el Sr. De Buck solo por un momento. El Sr. Van Dormael se presentó entonces diciendo:

—Señor, veo que habeis terminado con el señor notario, y siento no haber estado aquí. Tal vez se os ofreceria escribir algo, modificar alguna cláusula, buscar algun documento, y yo....

—Gracias, amigo mio; tenia tan meditadas las cláusulas que escribí, que no hube de alterar ni una coma. Podeis, pues, retiraros á recoger, que la noche no convida á sufrir mas la lluvia.

El Sr. Van Dormael se retiró como se le indicaba, deseando á su patron una buena noche.

## CAPITULO XVI.

### EL RIDECK.

Hay en Amberes un rincon donde la gente perdida ha establecido sus reales, compuesto de callejuelas sucias y tortuosas; el arrendamiento de las habitaciones, verdaderas pocilgas, es tan barato que el mas desgraciado puede satisfacer sus pagos. Los propietarios rara vez ocurren á la autoridad para pedir justicia. Con la gorra sobre la oreja, la pipa en la boca y la navaja en el bolsillo, cobran y se hacen pagar sin otra intervencion. Pocas veces penetra allí otra policía que la secreta, pues los esfuerzos de otros agentes son estériles. Cada casa es un escondrijo; cada vecino cómplice; cada comerciante un receptador.

En una sucia cantina del Rideck, nombre de ese barrio, un hombre con el trage de los marineros del país, sentado á una mesa frente á la puerta de la calle, bebia á grandes sorbos un vaso de ginebra, con la satisfaccion y tranquilidad de un hombre que despues de un agitado dia de ocupacion, se regala descansando. Con el vaso levantado apuraba lo último del vaso, viendo á traves de su fondo lo que tenia en frente, cuando se presentó á la puerta un individuo vestido con largo chaqueton de lana, abotonado hasta el cuello; gruesos y anchos pantalones y cubierta la cabeza con una gorra de nutria. Al ver al bebedor se detuvo diciéndole con festivo sarcasmo:

—¡Hola Yan! * Pones tu anteojo para saber mi bandera, pues mira bien: soy la falúa del resguardo, y vengo por mis derechos porque yo te veo pirata.

—Compadre, arrima un banco y toma un trago.

—Yo no tengo frio, contestó este sentándose, sino hambre. ¿Me dirás todavía que no me pagas esos tres meses?

—Paciencia y siéntate.

—Mas paciencia, cuando ya estás rico: puedes adelantarme otros tres, ¿crees que anoche me dormí temprano?

—¿Y qué?

—Mira, Yan, anoche desplumaste un pavo; dame una ála.

—¿Yo?

—¿Niegas, maldito?

—Niego. Anoche me acosté tem....

—Mientes: que á las dos de la mañana pasaste por mi esquina con el Cíclope: veníais de pescar, y ese venia tan cargado que apenas podia andar.

—Ya lo creo, como que traia un buen balazo en el hombro izquierdo. Anda á visitarlo.

—¡Cómo! ¿erraste el anzuelo?

—Oye: supimos que un viejo que salia para Inglaterra vendria antes de amanecer con su equipaje, y le esperamos en el muelle, pues debia llevar su petaca un amigo mio. Mas este se emborrachó, y otro que no era él, le acompañaba. El viejo nos contestó con un balazo cuando llegaba un polizonte, y no pudimos huir sino echándonos al rio. Entre dos aguas nos pusimos fuera de su vista y estoy quitándome el frio del baño.

—¿Y el viejo se salvó?

—Lleva un rasguño en la espalda. Creo que mi navaja le entró hasta la cacha.

—¿Nada recogiste?

—Sí, mi sombrero, que ya se quedaba en tierra.

—Me engañas.

—Anda á ver al Cíclope y él te contará.

—Pues mira, si es mentira te busco á la noche.

* Juan en Flamenco.

—¿Y si es verdad?

—Si es verdad.... No salgas de por aquí porque el polizonte te conoció.

—¿Cómo sabes?

—Esta mañana le decia un oficial de la Aduana.

—¡Malditos gendarmes!

El propietario se levantó para tomar mejores informes del éxito de aquel asalto, y cobrar ó esperar golpes mejores.

Yan se quedó cabizbajo por algunos instantes. Llenó de nuevo su vaso, é iba á levantarlo, cuando un individuo, envuelto en un plaid abigarrado y sucio, llegó, y sentándose sin ceremonia en el banco que habia dejado el propietario, le dijo:

—Señor Yan, ¿quereis que os acompañe á esprimir esa botella? Pediremos otra, y.... si no me conoceis, no importa: algun dia ha de ser el primero.

Y viendo que el bandido le miraba con recelo y llevaba cautelosamente la mano al bolsillo en busca de su navaja, añadió:

—¿Qué opinais de esta pistola, única arma que traigo siempre conmigo?

Yan se apoderó de ella con avidez y viendo que estaba cargada, reteniéndola en sus manos, pidió otro vaso y otra botella y sirvió para los dos con la mano izquierda, diciendo:

—Como no sois del barrio.... no os conozco, en efecto, pero bebamos.

—En efecto, no vivo en el Rideck, pero.... tambien aquí hace frio; bebamos.

Yan tomó su vaso con la mano izquierda y ambos bebieron.

—¿Estais enfermo de la otra mano? preguntó el desconocido.

—Sí, una reuma, contestó Yan.

—Es malo bañarse de noche en el rio cuando empieza á helarse, replicó aquel.

Yan le miró con inquietud, y puso su mano sobre la pistola.

—¿Os agrada ese cachorrito? os lo regalo.

Yan la tomó, mirando ya á su interlocutor, ya el arma.

—¿Me lo regalais? dijo vacilando.

—Os lo regalo. Es vuestro.

—Gracias. Pero.... ¿á quién debo agradecerlo?

—A un amigo que desearia que no volviéseis á bañaros como anoche.

—Amigo, hablad mas claro porque no os entiendo.

—Pues acercaos mas y escuchadme.

Yan se acercó mas, y el desconocido continuó:

—Habeis pasado una noche de perros. El Sr. Bernard morirá hoy tal vez, pues la herida es gravísima. La policía sabe quién fué el asesino y os costará trabajo escapar de sus manos. Hoy os buscan con empeño. ¿Qué pensais hacer?

—Ese es asunto mio. Ya veremos.

—No quiero que me digais vuestro proyecto, solo os ofrezco un recurso.

—¿Cuál es?

—Poneos bajo el amparo de algun fuerte.

—Me pondré mejor fuera del alcance de la policía, y asunto terminado.

— Andareis á salto de mata, escondido, pobre y perseguido.

—¿Y qué?

—Con mi recurso os presentareis, dejareis de ser pobre y sereis considerado.

—¿Sois mágico?

—No. Soy vuestro amigo.

—Pues amigo, por segunda vez hablad claro, porque el tiempo corre.

—Oid: los Padres de San Cárlos necesitan un individuo de valor que conozca á todos los vecinos del Rideck y que sea respetado por ellos para velar por la seguridad del edificio. Acompañarles en sus viajes cuando sea necesario; y en fin, para que esté á su servicio en ocupaciones de ese género. ¿Quereis aceptar?

—¿Y la policía?

—Desde que esteis al servicio del Colegio, nadie os pondrá la mano.

—¿Y lo de anoche?

—Si prometeis enmienda, se os salvará.

—¿Y qué tendré allí?

—Lo bastante para vos.

—¿Una celda y refectorio?

—No, un buen sueldo y tiempo para pasear, pero siempre obediente á lo que se os ordene.

—Y si muere el viejo Bernard, saldré de Amberes.

—Estareis á cubierto por todo lo pasado.

—¿Quién me lo garantiza?

—Los Padres de la Compañía.

—Y lo que me estais diciendo, ¿quién me lo garantiza de verdad?

—Este papel.

—¿De quién?

—Vuestro.

Yan leyó.

—"Julio Trousset."

—Ese sois vos.

—"Ojos negros, boca grande, nariz aguileña, barba negra afeitada." Esto no es verdad.

—Pero lo será tan pronto como querais.

—En efecto, es mi filiacion.

—¿Estais conforme?

—Se dice aquí que soy criado de los Padres de la Compañía.

—Es decir que solo podrá serviros este documento si los Padres os reconocen.

—¿Y si no?

—Seria un pasaporte falso cuya adquisicion tendríais que justificar si lo haceis valer.

Yan reflexionó así:

—Si los Padres cumplen, yo mejoro en todo. Si no cumplen, tiempo habrá para dejarlos. La cuestion es salir ahora bien de lo de anoche, y que este sacristan no sea polizonte, y le miraba al soslayo.

El advenedizo comprendió aquella vacilacion, y exclamó extendiendo la mano para recoger el pasaporte:

—Señor Yan, resolved: la fuga ó el convento.

—¿Cuándo he de ocurrir al convento?

—Hoy mismo, si vuestra seguridad os lo exije.

—¿A quién?

—Al Padre Lambert, que paga á la servidumbre.

Yan murmuró entre dientes:

—¿Ir á entregarse voluntariamente?

—¿Desconfiais? prosiguió el desconocido tocando ya el pasaporte.

—¿Quién diré que me envía? replicó Yan queriendo escudriñar aquel hallazgo.

—Yo, contestó el otro desembozándose y mostrando sobre su chaleco la insignia de agente de policía secreta.

Yan dió un paso atrás, y dejando caer el papel, empuñó la pistola con la mano derecha y buscó con la izquierda su navaja.

—¡Quieto! si viniese para llevarte, tiempo he tenido: asómate á la puerta y verás á dos compañeros que me aguardan. Resuelve: ¿galeras, ó convento?

—Hoy me presentaré.

—Está bien: afeítate toda la barba como un lego. Llega á San Cárlos y preséntate al Padre Lambert con tu pasaporte, yo te recomendaré. Siempre estarás bajo mi vigilancia, solo se te exige una ciega obediencia. No lo olvides.

El agente salió de la cantina, pagó en el mostrador, y embozándose en el abrigo fué á juntarse con sus compañeros, diciéndoles:

—El pájaro voló: seguramente ya está lejos de Amberes. Anoche vino al Rideck, tomó otro trage y salió antes de amanecer. Ya sabremos para dónde.

Y se separaron saliendo cada uno de aquellas callejuelas por diverso rumbo.

Yan, entretanto, recogió su pasaporte, guardó su pistola, y tomando el camino de su casa, decia para sí:

—Si los padres me cumplen, yo mejoro. Si no, veremos.

El cantinero habia percibido una parte del diálogo, pero ni le tomaban de nuevo aquellas escenas, ni oyó lo bastante para comprender todo el negocio; se le pagó con exceso y esto era cuanto le interesaba.

## CAPITULO XVII.

### EL HERMANO JOAQUIN.

Serian las cinco de la tarde de aquel mismo dia, cuando Yan envuelto en una capa corta entró por la portería del Colegio de San Cárlos. El portero entraba á su cuarto con una luz en la mano, y apoyándose en un baston le detuvo diciéndole:

—¿A quién busca, hermano? y le acercaba la luz para verle mejor.

Yan sostuvo aquel exámen, recordando que su nuevo semblante era la mejor careta y contestó tranquilamente.

—Quisiera ver al Padre Lambert.

—Hermano, su paternidad no confiesa esta noche. Mañana es sábado y se sienta casi todo el dia, y arrimó á la pared su baston.

—Sin embargo, quisiera verle: mañana me confesaré, pero hoy debo entregarle unos papeles.

—Démelos, hermano, yo se los entregaré; traeré la respuesta.

—Debo decirle algo tambien.

—Tambien puede decirme, hermano, yo me encargo.

Yan, impaciente, contestó:

—Hermano, déjeme el paso, porque ni el frio ni mi negocio admiten mucha conversacion.

Y diciendo así le apagó la vela y penetró violentamente, subiendo en cuatro saltos la escalera principal, mientras el portero buscaba su baston á tientas en la oscuridad.

Cuando Yan estuvo en el corredor no sabia á qué puerta deberia llamar, ni vió á quién dirigir su pregunta; pero á la luz de una lámpara que ardia delante de un cuadro, vió que sobre cada puerta estaba el nombre del Padre que la habitaba. Entonces á gran prisa recorrió los corredores, hasta que vió el nombre del Padre Lambert.

De puntillas se acercó, y con el corazon palpitante llamó á la puerta.

—Pase, contestaron.

Yan empujó suevamente y con el sombrero en la mano penetró poco á poco.

A la luz de una vela de cera el Padre Lambert, á quien ya conocemos, estaba frente á una pequeña mesa con un libro abierto delante.

Cuando observó que era un desconocido quien entraba, interponiendo su mano entre la luz y sus ojos, levantó la cabeza para mirar mejor.

Yan, con el sombrero entre las manos, de pié en medio de la celda, no sabia cómo darse á conocer.

—¿A quién buscais, hijo? preguntó el sacerdote.

—Al Padre Lambert.

—Yo soy; ¿de dónde venís?

—De.... de mi casa.

—Así lo comprendo, pero ¿cómo os llamais?

—¿Yo? pues.... no recuerdo, voy á deciros. Y sacó violentamente su pasaporte para darlo.

—Cómo, ¿no sabeis vuestro nombre?

—Sí Padre: me llamo Julio Trousset, contestó leyendo.

—Y bien, ¿qué me quereis?

—Pues nada.... presentarme....

—¿Quereis confesaros?

—No padre, no es eso.

—Acabad, pues: ¿quién os envía?

—No sé.... porque.... ved mi pasaporte.

—El Padre tomó aquel documento, lo leyó detenidamente, confrontando con la vista la filiacion. Cuando hubo terminado, exclamó:

—Y bien, habeis sido criado en nuestro Colegio de Alost, y venís ahora como velador, ¿no es así?

—Así es, Padre, contestó Yan balbuceando.

—Ya tenia noticia de que venias. Parece que por allá tenias algun enemigo, ¿no es esto?

—Sí, Padre, un enemigo.

—Pues bien, aquí estarás tranquilamente y en seguridad. Solo se necesita que seas obediente como una máquina, y callado como un poste. Así nuestra Compañía te responde de todo, absolutamente de todo, como si jamas hubieses tenido un enemigo. Pero si no obedeces á cuanto se te ordene, aunque te parezca imposible, injusto ó peligroso, tu menor enemigo podrá confundirte. Si eres obediente y callado, tendrás doble sueldo del que tenias allá; es decir, treinta francos por mes; además, habitacion y armas para la vigilancia del Colegio. ¿Has comprendido bien? Obediencia, prudencia y valor.

—Padre, ya me conocereis. Me bato con seis gendarmes con solo mi navaja. Y llevaba la mano al bolsillo de su pantalon.

—Está bien: ve á recogerte. Saliendo de aquí, á la izquierda, llama á la última puerta. Dí al hermano Joaquin que tú eres el velador de Alost, que te indique tu celda, y puedes pedir lo demas que necesites. Mañana á las diez ven á verme; por ahora descansa.

Yan salió mas diligente de lo que habia entrado, y ya frente al hermano Joaquin habló con desenvoltura y pidió su celda, una luz y algo de comer.

—Tomad aquí un poco de carne y un trago de vino, y despues os conduciré á vuestra celda.

Y diciendo y haciendo tomó ambas cosas de un armario y las puso sobre la mesa, acercando una silla para Yan. Este comia mientras el hermano Joaquin le miraba en pié, con los brazos cruzados sobre su sotana.

—¿Qué tal la pasábais en Alost, hermano Julio?

—Bien, contestó á secas Yan.

—¿Bien? pues dicen que su paternidad el Padre prepósito, no da lo bastante para la despensa, ¿es verdad?

—No da lo bastante.

—¿Pues cómo la pasábais bien?

—Es decir, bien mal. Y Yan tomaba grandes bocados para pensar mientras masticaba.

—Eso sí. Tomad un trago.

Yan apuró su vaso de un sorbo.

—Os serviré mas, dijo el hermano, y lo llenó de nuevo.

Yan le apuró como el primero y le saboreó.

—¿Verdad que es mejor que el de Alost?

—Sí, á fé de Yan.

—¡Cómo! ¿no os llamais Julio?

Yan no contestó, y se introdujo en la boca media costilla como si tratase de castigar su habladuría.

Cuando despues de un grande esfuerzo pudo pasar tan enorme bocado, contestó:

—Es decir, que me llamo.... Julio Yan.

El lego le miraba con una curiosidad de idiota.

Yan se apresuró á concluir, pues temia que si el diálogo continuaba, de allí le sacaban para el patíbulo. Así es que limpiándose los lábios con el dorso de la mano, se levantó, y calándose el sombrero, dijo:

—Hermano, indicadme mi cuarto, pues solo deseo descansar.

El lego encendió otra vela, y tomando la delantera, dijo:

—Vamos, pues, ya que la fatiga le hace hasta olvidar un *Pater noster* despues de comer.

Yan le siguió mordiéndose los lábios.

Al pasar frente al cuadro donde ardia la lámpara en el corredor, el lego se volvió violentamente á su huésped y exclamó deteniéndose:

—¡Descúbrase, hermano! ¿ó no conoce esa imágen?

Yan, aturdido, se quitó el sombrero, y mirando al cuadro con despecho, contestó:

—No recuerdo.... será.... el Padre provincial.

—¡Cómo! ¿no conoce á nuestro Padre San Ignacio?

—¡Por el infierno, hermano, que sois mas pregunton que el Inspector de policía! ¿Adónde está mi cuarto? que solo deseo dormir.

El lego tembló al ver tan poca mansedumbre en su nuevo co-

frade, y abriendo la puerta mas cercana dejó el paso á Yan. Este se introdujo como si pasara por el cuello de una botella, y cerró de un golpe sin decir adios. El lego se quedó afuera como una estátua con la luz en la mano. Pasado un momento llamó suavemente á la puerta, y como no le contestasen, decia acercándose á la bocallave:

—Hermano, ha olvidado la luz, tómela.

Yan contestó sin abrir:

—Hermano, déjemela en el suelo, yo la tomaré despues.

El lego, no queriendo recibir otra reprimenda tan poco edificante, puso la luz en el suelo y se retiró diciendo:

—Este hermano está loco ó nunça ha servido en nuestros colegios. Mañana contaré al P. Lambert.....

A la mañana siguiente, el lego, con una charola en que se veia el mas opíparo desayuno, empujaba con el codo la puerta de la celda del P. Lambert, diciendo: *Ave María.* Éste al verle entrar exclamó:

—Te has anticipado media hora.... pero en fin, lo mismo da.

El lego colocó la charola sobre la mesa y se quedó de pié con los brazos cruzados y la cabeza levantada como de costumbre.

—¿Qué esperas? le interpeló el jesuita. ¿Se ha desayunado ese criado nuevo?

—A ello iba, contestó el lego. ¿Sabe Su Paternidad que yo pienso que ese hombre nos engaña y nunca ha servido en Alost?

—¡Temerario! ¡Y quién te mete á escudriñar la vida ajena! ¡Cuándo dejarás de ser curioso y lenguaraz! Te prohibo preguntarle cosa alguna, ó te impondré una penitencia que te temblarán las carnes! Vete: dale desayuno y dile que le espero.

El lego salió todo corrido, y mirando al techo, decia:

—Ave María Purísima. Maldita lengua..... Mi padre San Juan Nepomuceno me cuide: y corrió á llevar el desayuno á Yan. De puntillas se acercó á la puerta: aplicó el oido, y percibiendo que Yan estaba levantado, puso la charola donde habia puesto la vela, y santiguándose dijo en voz alta:

—Hermano, aquí está el desayuno. Ave María, y dió á correr tapándose la boca con ambas manos. Pero apenas habia llegado á la cocina, recordó que debia avisar á su cofrade que le esperaba

el P. Lambert. Santiguóse de nuevo y corrió á la celda de Yan tapándose la boca; pero al llegar á la puerta, Yan abria para tomar su charola. Temeroso este de decir alguna indiscrecion al curioso lego, á su vez se tapaba tambien apretando los labios.

Ambos se miraron un instante como dos mudos.

— Hermano, el P. Lambert le espera, dijo el lego entre dientes.

Yan le miró sin contestar, tomó su charola y cerró la puerta.

El lego se detuvo diciendo: creo que está enfermo; le preguntaré.... Pero la penitencia.... ¡San Juan Nepomuceno! Ponme un candado, y corrió de nuevo para la cocina.

## CAPITULO XVIII.

### JESUCRISTO ENTRE DOS LADRONES.

Cuando Yan hubo tomado su desayuno, se vistió y arregló lo mejor que pudo, y con el sombrero en la mano se dirigió á la celda del Padre Lambert. En el tránsito dió con el hermano Joaquin que llevaba la charola con ambas manos. Apretó los labios y se cruzaron como sombras, casi sin mirarse.

Yan encontró la puerta de la celda entreabierta. Al ruido de sus pasos el Padre Lambert miró hácia allá, y viéndole llegar, le dijo:

—Entra, hijo; ¿has descansado ya? ¿Estás tranquilo?

—Sí, Padre.

En el centro de la mesa se hallaba un crucifijo. A uno y otro lado de ella, sillas. El Padre se sentó en una de estas y continuó:

—Ya ves que la tranquilidad de esta Santa Casa á nada es comparable. El que vive aquí está bajo el amparo de Dios y de nuestra Compañía. ¿Te quedarás contento entre nosotros? Piénsalo bien.

—Me quedaré contento. Creo que podré salir á la calle, y....

—El quedarte aquí no supone que vas á profesar clausura. Todos los dias tendrás libre el tiempo que te dejen las ocupaciones que se te ordenen. A veces tendrás que viajar, que vivir fuera del colegio; en fin, obedecer ciegamente lo que se te ordene, sin preguntar por qué ó para qué; y abriendo un gran libro mostró á Yan un versículo de la Biblia, diciendo: Dios ordenaba á Moisés:

—Despues de una confesion general, donde todo le seria perdonado como si no hubiese pasado, consagrándose al servicio de

nuestra Compañía y siendo fiel, la Compañía saldria por él para ocultarle, servirle y decir á la autoridad: lo que Dios tiene perdonado, nadie tiene facultad de castigar.

"Conozcan los madianitas que sois sus enemigos, y heridles; porque ellos tambien os han tratado enemigamente y os han engañado con asechanzas....." Y aquí dice: "Airado el Señor le dijo: Toma á todos los caudillos del pueblo y cuélgalos en patíbulos delante del sol para que se aparte mi saña de Israel. Y fueron muertos veinte y cuatro mil hombres." * y Moisés jamas preguntó al Señor: ¿por qué ó para qué haré todo eso?

Yan inclinó la cabeza, y dando vueltas á su sombrero entre las manos, contestó:

—De modo que si yo hubiese matado ayer, por ejemplo, á un calvinista, ¿era pecado?

—Segun quien te lo hubiese ordenado. Si era una persona revestida con la autoridad de Dios, lejos de ser un pecado, cumplias como Moisés. Pero si era por tu sola voluntad, hasta un niño tenia la obligacion de entregarte á la policía.

—Y en este caso, ¿cómo salvarme?

—Confesando tu crímen ante el tribunal de la penitencia y consagrarte al servicio de Dios.

—Pero yo no podria hacerme sacerdote.

—No solo en el altar se sirve á Dios; tambien se le sirve contribuyendo al engrandecimiento de su religion. En nuestra Compañía caben todos los hijos de Dios. Ni es forsozo profesar como sacerdote, ni vestir la sotana. Basta prometer obediencia y sigilo. Y puedes vivir en el mundo; correr á tus negocios; amar á la mujer; divertir tu ánimo; tener amistades; en fin, vivir como todas las gentes. La Compañía en cambio de esa obediencia ciega, te protegeria á todas horas, cuando por esa obediencia te persiguieran. Te daria recursos cuando los necesitaras. Donde quiera que encontrases una casa de nuestra Orden ó á uno de nuestros hermanos, allí están tu casa y tu hermano. Ya ves como se puede servir á Dios sin ser sacerdote: basta la obediencia.

—¿Y si el hombre que entrase á la Campañía fuese un asesino, un ladron, un gran criminal, en fin, se le recibiria?

* Lib. de los Núm. Cap. XXV.

Yan no vaciló mas: levantó la cabeza como si saliese de una pesadilla, y exclamó:

— Padre, quisiera pertenecer así á la Compañía.

— Bien, hijo: harás primero una confesion general.

Yan se miró los dedos y contestó:

— Padre, yo no sé cómo se hace eso.

— ¿Estas pronto á confesarte?

Yan se mordió las uñas y respondió vacilando:

— Y si á pesar de ser de la Compañía me persiguen....

— ¡Incrédulo! ¿Quién te envió aquí?

"El bandido recordó que el polizonte le habia dicho; siempre estarás bajo mi vigilancia."

— Bien, Padre, me confesaré y juraré servir. ¿Y quién me jura su proteccion?

— Yo, en nombre de la Compañía y en presencia de este Santo Cristo Señor nuestro. Y tirando de un cajon de la mesa, sacó una estola y se la puso despues de besar la cruz que tenia en el medio. ¡Arrodíllate y jura! continuó.

Yan se arrodilló teniendo el sombrero entre sus manos.

— Pon la mano sobre estos Santos Evangelios y dí conmigo.

De rodillas Yan á un lado de la mesa, y el jesuita al otro, el Cristo se hallaba entre ambos, como en el Calvario.

Era esta una magnífica escultura respaldada contra una cortina de terciopelo negro que servia para la Capilla de Ejercicios. De tamaño natural, y enclavado segun la tradicion mas verosímil con un clavo en cada pié, su actitud era rígida por el dolor intenso, con el aspecto mas solemne y expresivo. Con la cabeza levantada al cielo, y los labios entreabiertos, parecia decir: "¡Padre perdónalos, que no saben lo que hacen!"

El jesuita decia la fórmula del voto, y el bandido repetia:

— "Yo, Yan Vogel, prometo á Dios Todo Poderoso, en presencia de la Santísima Vírgen, de toda la corte celestial, y de Vos, padre, que representais el lugar de Dios, y á vuestros sucesores, obediencia ciega y secreto fiel entendidos conforme á las constituciones y declaraciones de la Compañía de Jesus." [1]

1 Liturgia.

Cuando hubo terminado, el jesuita le acercó á los labios el extremo de la estola para que la besase. Yan se puso en pié, y viendo cara á cara á su nuevo hermano, exclamó:

— Prometedme lo que me habeis ofrecido.

El jesuitá con la mano sobre la peana del Cristo, dijo:

— Yo te prometo, en nombre de nuestra Compañía, toda su proteccion y ayuda, siempre que cumplas el voto de obediencia que has hecho voluntariamente; que si cumplieres, Dios y nuestra Compañía te lo pagarán; y si faltares, ella te abandonará á la justicia sin misericordia, y Dios te castigará con el infierno para siempre.

En seguida guardó la estola, y sentándose gravemente junto á la mesa, continuó:

— Desde hoy perteneces á nuestra Compañía, y por lo mismo debes reconocer como superiores á todos los padres que la componen, debiendo obedecerles en cuanto te ordenaren, muy especialmente á aquel bajo cuya direccion te pusiere nuestro Padre Marsay á quien te vas á presentar ahora mismo. El Padre Marsay representa aquí á Nuestro Padre General y á Dios vivo. Te arrodillarás para recibir su bendicion.

No olvides nunca que la obediencia sin el secreto es peor que la desobediencia. Y levantándose se caló el bonete, y salió seguido de Yan para la celda del Padre Marsay.

Llamó suavemente y penetró con respeto precediendo al bandido.

El Padre Marsay se puso en pié al ver un desconocido y le miró con atencion.

— Padre Nuestro, dijo el Padre Lambert; este mozo es el que esperábamos de Alost. Está conforme con quedar al servicio de nuestro colegio, y además ha hecho voluntariamente el voto simple de obediencia delante de mí. Os lo hago presente, y viene á pediros vuestra bendicion y vuestras órdenes. Despues hará su confesion general.

— Muy bien: ¿cómo te llamas, hijo?

Yan vaciló, pero el Padre Lambert contestó por él indicándole que se arrodillase.

— Julio Trousset, padre.

El Padre Marsay le bendijo dándole á besar la mano, y en seguida continuó:

—Levántate hijo: ya sabes que en Nuestra Compañía tienes una madre amorosa en todas tus penas y cuidados, que te perdonará con la autoridad de Dios todos tus pecados: pero no podrá perdonarte el sacrilegio de faltar al voto que has hecho de obediencia y secreto, con especialidad á las órdenes del Padre Lambert bajo cuya direccion quedas desde hoy para todo. Y ambos salieron de la celda.

En el corredor decia el Padre Lambert:

—Ve á tu cuarto, hijo; examina tu conciencia; procura recordar todos tus pecados, y esta noche te confesaré en mi celda. Voy á hacer que se te proporcione una ropa decente. Trata de tomar un estilo modesto y respetuoso. La apariencia es necesaria en la vida. No basta pertenecer á nuestra Compañía; es necesario mostrarlo en nuestros modales y lenguaje. Para todo lo que necesites ocurre al hermano Joaquin.

Yan se rascó la cabeza diciendo para sí: empieza la obediencia, y tomó el camino de su cuarto.

Al medio dia el hermano Joaquin llamó á su puerta diciendo:

—Hermano, venga á comer, ya es hora.

Yan pasó al cuarto del hermano Joaquin y principió á comer sin pronunciar una palabra. Al lego se le encarrujaba la lengua por charlar, pero recordaba la prometida penitencia y se santiguaba los labios. Hubo un momento en que sin poderse contener exclamó:

—¿Está enfermo, hermano?

—Estoy preparando mi confesion.

El lego abrió desmesuradamente la boca, y no volvió á oírsele ni la respiracion.

Terminada la comida Yan volvió á su cuarto. Por la tarde recibió casi á su medida un chaqueton y chaleco negros; un pantalon gris; un sombrero; una capa y alguna ropa blanca.

Por la noche hizo una larga confesion ante el Padre Lambert, quien le escudriñó su pasado, sus propensiones, su carácter y cuanto necesitaba para utilizar á aquel bandido, *Ad majoren Dei gloriam*.

## CAPITULO XIX.

### LA FUENTE DEL PROGRESO.

En vano lucha el oscurantismo por ahogar los esfuerzos de la inteligencia en la obra del perfeccionamiento social. En vano los anatemas de los Papas, las hogueras de la Inquisicion, la reprobacion y odio del clero y los devotos, han combatido contra la ilustracion, fuente del Progreso. Este, como esos grandes torrentes que descienden de las altas montañas, bajan rompiendo cauce entre nubes y estruendos; grandiosas cataratas que bramando arrollan á su paso todo obstáculo, y en copos espumosos, gigantescos, parecen convertirse resbalando; bajan al llano trocándose en fecundas corrientes; fértiles praderas en ellas beben riqueza y hermosura. El labrador tranquilo se detiene á la orilla para apagar la sed, percibiendo á lo lejos el eco de la catarata.

¡Allá todo es terrífico, espantoso!.... Quien lleva su barquilla hasta el torrente, ¡insensato suicida!..... ¡Quién pretende en un loco devaneo alzar los brazos blasfemando impío y parar al torrente desde el rio!

Aquí todo es risueño y apacible: crece la planta tomando al sol su luz; dórase la espiga que acaricia el viento, y bordeando las aguas en cenefa, mil flores dan su aroma.—La mirada de Dios allí se siente en la tranquilidad y bienestar.—De lo alto de la montaña baja el pastor conduciendo el ganado á beber en la ori-

lla. ¿Quién osará turbar tanta ventura? ¿Quién pensará en el mal? Entre los surcos, cautelosa se desliza la venenosa serpiente: el labrador se acerca descuidado; gozando va con su esperada cosecha; el pié adelanta, cuando el reptil le ataca, hincándole su diente y su veneno.

De lo alto de la inteligencia, emanacion de Dios, á impulso del trabajo y de la ciencia, bajan cual un torrente entre luchas y sangre, las ideas nuevas, regenerando á la humanidad. Ábrense paso al estruendo de la guerra y de las preocupaciones que se derrumban. Ideas que adquieren forma en descubrimientos de las ciencias; en libertad para los pueblos; en fuentes de riqueza; en luz y verdad para la moralidad de los hombres, y corren cual purísimas aguas á través de los siglos, bebiendo los pueblos en sus ondas prosperidad y dicha.

El hombre se detiene, y de lo alto de la historia, contempla entre la bruma del pasado las ruinas hacinadas de ideas envejecidas y proscritas, sobre las que corriendo van las nuevas á torrentes.

¡Hombres del pasado! contened ese torrente gigantesco. Bajo la catarata, reconstruid ese templo ya en escombros. Allí estuvo el altar del fanatismo, y de pié sobre el ara gritásteis á los pueblos: "Mia es la ciencia; yo sé cómo el Señor formó la tierra y los astros despues; cómo formó los valles, las montañas; quién es el hombre cuya moralidad y enigma solo descifro yo; el código uniforme y teocrático de los pueblos, solo lo formo yo. No hay mas Dios que Jehová, y yo soy su profeta." Reparad el altar, alzad el ara, y ensayad otra vez, negros augures, si el eterno chocar de la Reforma os lo permite ya.

Venid rio abajo, donde os llama la paz y la luz de la ciencia. Venid á contemplar cómo prosperan hoy bajo la libertad las naciones. Vereis otra moral que no se funda en el rezo, el cilicio y la clausura, sino en la igualdad y fraternidad. Otra ilustracion que de pié sobre vuestro Génesis, descorre el azul cortinaje de los cielos, deletreando en su afán la historia del firmamento; que vierten de sus labios la ley para los pueblos, contenida en los derechos del hombre; sin obstáculos para la libertad; sin diques para las ideas venideras.

En ese Eden del porvenir, cuya transicion tocamos entre luchas y sangre, ¿qué serpiente se arrastra entre la yerba? ¿Quién asecha nuestras debilidades y nuestras contiendas? ¡Sois vosotros, soldados del papado! ¡Serpiente que asida por la cola al Vaticano, huzmea por todas partes una víctima! ¡Sois vosotros que desesperando del presente, quereis envenenar el porvenir emponzoñando la semilla! ¡Sois vosotros que embriagais á la madre con vuestro aliento de hipocresía y le arrebatais al hijo para educarle *á vuestra imágen y semejanza!* ¡Malditos! os vencimos en buena lid y ahora venís á robarnos á nuestros hijos, arrastrándolos á los antros de vuestro fanatismo é ignorancia!

La lucha estuvo ayer en el campo de batalla; hoy está en el campo de la ilustracion. Ayer lucharon los ejércitos con las armas; hoy las inteligencias con la enseñanza. Ayer se buscaron los mas mortíferos proyectiles; hoy los textos mas fanatizadores y retrógrados. Ayer estaba un campamento frente á otro; hoy un sistema de enseñanza frente á otro. Ayer una batería frente á otra; hoy una escuela frente á otra escuela. Sobre la una tremola el estandarte del papa; sobre la otra el sol del progreso y de la libertad. ¡Luchemos!

¿Qué quiere el sistema de enseñanza clerical?

Recibe á sus alumnos externos de enseñanza primaria como á jornaleros. Les exige la concurrencia á hora fija, y por sus faltas ó demoras les castiga ó expulsa. A los internos, costumbre retrógrada é inadaptable á las nuevas instituciones, les somete al régimen conventual de otros tiempos; castigando á los morosos y faltistas, les enseña el cumplimiento de sus deberes por el temor, y tal vez castiga la pobreza de sus padres que no siempre pueden enviarles á buena hora. A los internos les aleja del trato social, principalmente del trato con la mujer, á quien debe conocer en todas sus edades, pues que será su compañera y amiga cuando hombre. Le aleja de la familia, cuando ese afecto debe ser cultivado, para aprender á llevar la propia, y para dulcificar las costumbres y los sentimientos. Tuerce tal vez el natural atractivo de los sexos por el alejamiento y timidez con que llega á ver á la mujer. Amengua el brío é iniciativa del hombre, tan esencial para la familia como para la vida pública. La vida del claustro tan nociva para

la sociedad tratándose del monge, lo es mas preparada desde la menor edad en el colegio.

Basa la moral que enseña, en las oraciones en la obediencia y en el aprendizaje de los preceptos de una religion.

Combina á duras penas y sofismas las ciencias en sus actuales progresos, con los textos de sus Escrituras y de sus Santos Padres.

Explica la historia, haciendo seguir á la humanidad las huellas de una religion, y no las de la ilustracion y la libertad.

Separa —y ha conservado su costumbre— á los dos sexos para la enseñanza primaria, cuando juntos se estimulan, asocian y comprenden.

Prefiere el hombre á la mujer, cuando esta por carácter está llamada á enseñar como profesora con igual aptitud y dulzura que enseña como madre, y esto en todos los grados de la enseñanza.

Omite para la mujer toda la instruccion que sobrepasa de leer el devocionario, y mucho se extiende para enseñarle á escribir y algo de dibujo y música.

Oculta verdaderamente para todos toda enseñanza de higiene, aun la doméstica. Cree ofender el pudor de la jóven con que una persona de su sexo le imparta los rudimentos mas necesarios para la salud y bienestar de su persona y de su familia, como si esa alumna hubiera nacido para una donsellez sin término.

Enseña que los impulsos de la naturaleza hácia el amor son sentimientos pecaminosos de que debe huirse. De aquí viene que llegado el caso, las jóvenes ocultan sus pasiones, sin atreverse á pedir consejo ni á sus padres, supuesto que no es natural pedir consejo para normar las malas acciones. Cuando con una moral mas expansiva, los padres podrian guiar y vigilar el corazon de las jóvenes en el paso mas difícil y escabroso de la vida; en la eleccion mas aventurada para el porvenir; en la designacion de esposo.

Enseña que el estado de virginidad consagrado á la Iglesia, es el mas meritorio á los ojos de la Divinidad, y que debiendo consagrarse á su servicio durante la vida, ese estado es digno de la mujer virtuosa. Es decir, que el alejamiento entre lo que Dios crió para unirse y producir la humanidad, es la virtud: que invertir

las leyes de la naturaleza, es lo mas digno de la exaltacion de la educacion clerical. El bello ideal de una sociedad perfectamente moralizada, será, pues, aquella en que los dos sexos verifiquen la mas completa separacion consagrándose al culto en los claustros. Las consecuencias de ese absurdo ¿quién podrá desearlas?

Prefieren para el profesorado á sus propios miembros, que no conociendo mas vida práctica que la del sacerdocio, nada pueden enseñar de afectos de familia que desconocen. Nada de vida social que no les toca; nada de amor patrio que no comprenden; nada, en fin, y esto es lo mas grave, que guie al progreso social. A la mujer le cierra totalmente la puerta para el desarrollo de sus facultades intelectuales, cuando en la instruccion rudimental las materias deben ser estrictamente iguales para las niñas y para los niños; y lo mismo en la instruccion progresiva primaria, sin otra diferencia que las labores mujeriles.

Conservan el degradante sistema de castigos corporales, que hace al niño apocado ó irascible. Se evitan el trabajo de persuadirle de la inconveniencia de una mala accion; de poner ejemplos á los niños del resultado de las que son buenas. Se eximen de discurrir medios de estímulo que despierten una noble emulacion, ya de obrar bien, ya de elevarse en la opinion pública por su saber y sus virtudes.

Es muy frecuente el esfuerzo que los padres tienen que emplear para hacer concurrir á sus hijos á la escuela. La razon de esa resistencia se explica muy bien. El niño en esas escuelas encuentra un profesor severo y frio, que le empuja al templo del saber á empellones y latigazos. Su raciocinio no alcanza á deducir las consecuencias de llegar á la sabiduría. Deja en su casa una madre cariñosa y tierna que lo despide con una caricia, y encuentra en la escuela un dómine de bonete y negra sotana que lo recibe como á un delincuente; que le interroga en la clase como á un reo; que escudriña y explota su memoria, pero no le inclina ni ayuda á desarrollar sus facultades intelectuales; que busca en sus trabajos de memoria la letra de los textos, no la comprension de las ideas. Y cuando esa inteligencia inculta no alcanza; cuando esa memoria no es bastante; cuando la distraccion infantil se divaga, porque no tiene la fijeza que en una edad madura; cuando

la naturaleza de su edad inquieta y locuaz le inducen á cometer faltas involuntarias, porque su organizacion sufre con el silencio y la inmovilidad: entonces se le castiga con un palo, con un latigazo ó con otra humillacion. El profesor que no encuentra otro medio de conducir á sus discípulos, es inepto, no conoce su sagrado ministerio.

La escuela debe ser el asilo para el niño, donde encuentre tanta ciencia como cariño; tanta moralidad como expansion; tanta justicia como indulgencia. Debe pasar de las caricias de la madre á la amabilidad del preceptor.

Así verán á su maestro como á un padre; así aprenderán á ver á sus compañeros con fraternidad; el trabajo con complacencia; el obrar bien como conveniente y útil. En una palabra: hallarán en la escuela otros afectos y atractivos en el preceptor, en sus compañeros y en el estudio. El bello ideal de nuestro sistema moderno es enseñar á los niños en medio del placer y distraccion. Así enseña la madre á los hijos de su corazon. Así nuestra civilizacion quiere instruir y elevar á los niños. Que la escuela primaria sea para el alumno la continuacion de los afectos de familia. Donde la instruccion y las atenciones de la madre no pueden mas para él, allí comienza el preceptor. ¿Quién habrá nacido para tan noble y santo profesorado, el hombre ó la mujer?

Enseñar que fuera del catolicismo no hay moralidad, es contar á la mayoría de los hombres como malvados. Y á tan falsa proposicion no solo falta totalmente la caridad, sino que le sobra lo infame.

Hemos bosquejado someramente el sistema de enseñanza primaria clerical, que en su apogeo llegó á esa altura tan defectuosa, debido á la inteligencia de los jesuitas. Ese cúmulo de aberraciones, visto á la luz de las nuevas ideas, se juzgó el mejor, dando gran crédito á las escuelas jesuíticas, porque se ponia en paralelo con la crasa ignorancia de los profesores sus contemporáneos, entre los que se distinguian los que conocian la cuarterola y escribian *letra gótica*. Hoy, unos y otros profesores y sistemas pertenecen á la historia, debiendo quedar algun modelo en los museos, para que la generacion que crece pueda apreciar lo que debe al progreso.

Los colegios de niñas, entre los que tenian mas crédito algunos conventos de monjas, á su vez llegaron á mejor desarrollo bajo el talento de los jesuitas en la educacion que conservan las Hermanas de la Caridad. Ya hemos manifestado en qué práctica se encierra esa mentida ilustracion y aptitud. Estas han conservado en aquellas la tradicion de la castidad para la moralidad de la jóven. Declarar que esta consiste en la abstencion completa de los goces que la naturaleza ordenó y preparó para la humanidad, es como ha sido siempre, un medio de afirmar el fanatismo.

¿Qué es la castidad?

"La castidad consiste en una severa delicadeza de sentimiento, de accion y de lenguaje; es la práctica de las leyes, del pudor y de la moral, que no permite nada de cuanto puede turbar la pureza de las costumbres, ni ofender la virginidad del alma. No es el combate incesante del hombre contra la voluntad de la naturaleza y de su autor, á la que es inherente la conservacion de nuestra especie, ni la entera abnegacion de los placeres, que no se nos ofrecen para que nos impongamos la privacion, y que una austeridad de principios ordenada por ella, nos presenta como la suprema virtud. Todo eso es un error: la verdadera castidad consiste en templar la fiebre de las pasiones, mas no en contrariar los designios del Criador. Los placeres á que la naturaleza nos convida no son acciones viciosas. El abuso que hacemos de ella, la inmoderacion ó lo prematuro en su goce, es lo que el órden social reprueba y constituye el vicio. Rehusar la participacion discreta y reservada cuando se está autorizado por la edad y por lazos legítimos, ó corromperlos por la incontinencia y la depravacion, es hacerse culpable de ingratitud hácia la Divinidad."

"La castidad es una virtud cuya práctica es comun á los dos sexos: estos no deben permitirse en su comercio nada vergonzoso; nada que los asimile al bruto. Han sido criados para amarse, pero deben amarse con decencia. El hombre tiene el deber de abstenerse en sus palabras y en sus acciones, de cuanto podria ruborizar á la vírgen tímida, de cuanto ofrezca peligros para la inocencia. La mujer tiene que observar leyes mas severas aún; ningun pensamiento, ninguna palabra, debe alterar esa virginidad moral, impuesta á la esposa tanto como á la vírgen. Siendo los

recuerdos de la infancia los que ejercen mayor influencia en el curso de nuestra vida, importa que la conducta interior de los padres ofrezca á sus hijos no solamente sábias instrucciones, sino castos ejemplos: *Maxima debetur pueris reverentia.* Su alma es un templo cuya entrada debe cerrarse á cuanto pueda profanarle. Sus miradas jamas deben ser ofendidas por objetos lascivos ó impuros, ni sus oídos con palabras obscenas ni equívocas."

## CAPITULO XX.

### PRIMERAS LAGRIMAS.

Era el primero de Diciembre.

El Sr. De Buck habia terminado sus ocupaciones en el despacho. Pagos y cobros habian absorbido toda su atencion durante el dia.

La Srita. Elisa habia ocurrido dos veces para observar si las labores del escritorio habian terminado, pues la mesa se hallaba dispuesta; pero á través de las vidrieras se veia que los dependientes trabajaban aún. Francisco iba y venia inquieto como la ama porque llegase la hora de sentarse á la mesa. Por fin se oyeron los pasos y la voz del Sr. De Buck que decia:

—En verdad que ya es tarde. Siempre el fin y el principio de mes son laboriosos. Ya tendrás buen apetito.

Guillermo, que le seguia, contestó:

—Señor: como esta tarde el Sr. Van Dormael me regaló unos higos españoles de una caja que llegó de muestra....

El Sr. De Buck penetró en el comedor donde Francisco y la Srita. Elisa le esperaban. Cada uno tomó su lugar y comenzó la comida.

Pasado un rato, y cuando el apetito empezaba á disminuir y á animarse la conversacion, la Srita. Elisa hizo una seña á Francisco, que esto esperaba con inquietud, y que dirigiéndose al Sr. De Buck, dijo:

—Tio, pasado mañana cumplo años ¿no es verdad?

—Así es; yo creí que no lo recordaseis y te reservaba una sorpresa.

—¿Cuál, tio? acaso hayais acertado en mi deseo.

—Si te lo dijera, la sorpresa terminaba. Dime tu deseo.

—Si yo manifiesto mi deseo, pareceria que no me era tan grata la sorpresa.

—Dímelo y entonces tendrás las dos.

—¿Sereis tan bueno que no he de perder lo uno por lo otro?

—Vamos, explícate.

—Pues tio, mi deseo se limita á que nos acompañe Agustina.

—Hola, hijo, ¡con que ese es para tí el mejor obsequio! Pues ya te lo preparaba.

—Y como llega la Navidad.... interrumpió la Srita. Elisa.

—Exactamente, contestó el Sr. De Buck. Ya me proponia pasar mañana al colegio, y pedir permiso para Agustina por todo el mes.

—Así pasaremos juntos el año nuevo, exclamó Francisco lleno de gozo. ¿No es cierto, Guillermo?

—Sin duda, y yo tendré el honor de conocer á la señorita.

— La conocerás, hijo mio, contestó el Sr. De Buck.

—Ya ves, Elisa, decia Francisco; y tú que temias que mi tio no aceptara.

—Al contrario, contestó el armador, mi placer mas grande será verla otra vez con nosotros.

— Guillermo, añadió la Srita. Elisa, me ayudarás á poner en órden la recámara de la señorita.

—Y yo tambien, dijo Francisco levantándose de la mesa.

Los demás miraban al Sr. De Buck como para que les permitiese seguir al jóven.

—Id, amigos mios, que ya os sigo, exclamó el armador probando su café tranquilamente.

Cuando dejó la mesa, los criados estaban ya en movimiento: se sacudian y cambiaban muebles; se arreglaba el lecho, y los objetos del tocador, guardados hacia tantos meses, volvian á ocupar su puesto.

Cada uno manifestaba su opinion acerca de las modificaciones que se hacian al aposento.

El Sr. De Buck les animaba con su sonrisa, diciéndoles:

—Daos prisa, porque mañana temprano estaré en el colegio.

En efecto, á la mañana siguiente, apenas comenzaba á aparecer la luz, cuando el buen armador saltó de la cama y principió á vestirse mirando al reloj de su tocador.

Cuando estuvo listo abrió una vidriera, y sintió la mas grande contrariedad al ver que la noche anterior habia nevado bastante y el dia parecia continuar de igual manera.

Se sentó un rato, y despues de tomar algo, ordenó á su camarista que hiciese poner el coche.

Al salir de su alcoba, toda la casa estaba en movimiento. La Srita. Elisa, cubierta con un elegante abrigo, iba y venia disponiéndolo todo. Guillermo, vestido con su mejor trage, llevaba unas primorosas macetas para completar el adorno principiado en la noche.

Francisco, envuelto en un plaid, aguardaba inquieto á su tio para partir.

—¿Vamos ya, tio? Son casi las nueve.

—Vamos pues.

Y ambos descendieron la escalera. Al montar al coche el Sr. De Buck hacia algunos encargos al Sr. Van Dormael. Francisco se impacientaba dentro del coche. Montó por fin su tio ordenando:

—Al Colegio de las Hermanas de Caridad.

El carruaje partió, y un cuarto de hora despues el buen armador saludó á la hermana portera.

—Sor, deseo tener el honor de presentar mis respetos á la señora superiora.

—Caballero, voy á manifestárselo. Pasad al recibidor.

El Sr. De Buck era bien conocido de la hermana portera, pues jamas faltaba acompañado de su sobrino los domingos de visita.

Ambos se acomodaron lo mejor que pudieron sin fijarse en la falta de chimenea. El frio era intenso.

Pocos minutos despues se presentó la superiora, saludando con la mayor deferencia á sus visitantes, y tomó un asiento.

—Señora, dijo el Sr. De Buck, vengo á haceros una súplica, apoyado en la indicacion que me habeis hecho de que mi sobrina

podria salir á paseo por algunos dias, mediante vuestro permiso.

— Con el mayor gusto, caballero.... Sentiremos la ausencia de Agustina, pero seguramente será por pocos dias.

— Deseo que nos acompañe el Año Nuevo.

— ¿Desde cuándo, Sr. De Buck?

— Desde hoy, señora, si gustais.

— ¡Ah, Dios mio! Pero el dia ocho debe recibir la medalla de Hija de María. Este mes es todo regocijo para nuestras alumnas.

— ¿Y no podria recibirla despues?

— Imposible, caballero: es una ceremonia solemne que no se repite hasta el último de Mayo, y la jóven ha merecido esa distincion tiempo há.

Francisco rasgaba silenciosamente la piel de su guante sin perder una sílaba.

Contrariado el armador, exclamó:

— ¿Y podriamos verla?

— Debe estar ya en la clase, pero.... voy por ella. Y salió á buscarla.

— Señora....

— ¿Qué hacemos, tio?

— Ten paciencia. Agustina nos ayudará á suplicar, y creo que la llevaremos.

La superiora volvió á poco trayendo á su lado á la jóven.

— Buenos dias, señor, dijo á media voz, y besó la mano de su tio. Y volviéndose á Francisco le tendió la mano, diciéndole:

— Buenos dias, Francisco.

Ya lo sabemos; para el buen armador, Agustina era la hija de su alma. Tanta frialdad manifestada en aquellas palabras, desgarró aquel corazon que parecia ahogarle en un suspiro.

— Hija mia, exclamó la superiora, el Sr. De Buck y tu hermanito deseaban que les acompañases á pasar el Año Nuevo, saliendo á paseo desde hoy. Ya recuerdo que en las últimas asambleas has sido propuesta para recibir la medalla, ¿no es así?

— Sí, señora, el dia ocho debo recibirla, ó de lo contrario, me esperaria hasta el mes de Mayo.

Deseábamos que nos acompañases mañana, porque es mi cumpleaños, dijo con timidez Francisco.

—En efecto, no lo recordaba, contestó Agustina con indiferencia.

—Bien podria, señora, prosiguió el Sr. De Buck, salir hoy y volver el dia siete.

—Pero tio, tenemos que arreglar la capilla, vestir á la Vírgen y otras muchas cosas.

El buen armador sintió que le faltaban las fuerzas; pero haciendo el postrer esfuerzo, añadió:

—A lo menos la Navidad y el Año Nuevo serán nuestros.

—Como lo ordene nuestra madre. Pero las Hijas de María debemos tomar parte en la solemnidad de media noche, ¿no es verdad, madre?

—Sí, debes asistir á la misa y á todas las ceremonias. Y por lo que toca al Año Nuevo, ¡oh Sr. De Buck! no podeis imaginaros el regocijo de estas señoritas en ese dia. Os arrepentireis de haber privado á vuestra sobrina de tanto gozo: os lo aseguro.

—Así me lo ha referido nuestra madre Agueda y mis compañeras. Espero ese dia con ansia.

El último golpe estaba dado. El Sr. De Buck sintió que se le hundia el asiento, y no pudo articular una sola palabra. Francisco pidió el golpe de gracia.

—¿De modo que no nos acompañas ni hoy ni el Año Nuevo?

—¿Y cómo podria yo estar en las dos partes, Francisco?

Ambos se levantaron con el corazon oprimido: el jóven por el despecho, el caballero por la angustia.

—Señora, decia este, ignoraba que tantos atractivos tuviese el colegio.... pero solo se trataba de una reunion de familia.

—Caballero, nosotras estamos en el deber de procurar á nuestras educandas todo el bienestar que sea compatible con la buena moral y la religion. Cada uno de esos dias tiene al lado de un solaz de colegio, una solemnidad religiosa. Agustina se confesó esta mañana y comulgará el dia ocho para recibir la medalla. Dios ha puesto en ella una alma dócil á las buenas ideas. Ya vereis, señor, será un modelo.

Ambos visitantes se despidieron. Agustina salió hasta la puerta del recibidor, besó la mano á su tio, y usando el mismo lenguaje que antes, les dijo adios.

Ellos montaron en el coche para regresar, silenciosos y agobiados por el dolor. El Sr. De Buck inclinó la cabeza, recordó que aquella niña habia sonreido y jugueteado en sus brazos siendo pequeñita; que le habia enseñado las primeras palabras y enjugado sus primeras lágrimas; que mas grande, por las mañanas ella corria á su cama para acariciarle; que era, en fin, su hija por el cariño.... y que hoy le era indiferente.... y su corazon se oprimia.... y una lágrima cayó de sus párpados.

Francisco no se atrevia á romper aquel doloroso silencio.

Cuando llegaron á la casa, la Srita. Elisa estaba á la puerta esperando llena de regocijo á Agustina. Los demás criados estaban detras. Todos esperaban ansiosos y contentos.

Cuando se acercó el carruaje, todos querian ser los primeros en saludar á la jóven. La Srita. Elisa se llegó á la portezuela, mas al ver que Agustina no venia, se detuvo. El Sr. De Buck bajó sin ver á su alrededor, seguido de su sobrino.

—¿Y mi señorita? aventuró la ama.

—No vino, contestó secamente el caballero, y se dirigió al despacho para evitar mas explicaciones.

Ella tomó entonces la mano de Francisco, y ambos subieron dirigiéndose involuntariamente á la alcoba preparada para Agustina.

Todos los criados volvieron á sus ocupaciones, aventurando sospechas, ya de enfermedad, ya de otras causas que hubiesen impedido la deseada visita.

Solo la Srita. Elisa tuvo el derecho de hacer un interrogatorio al jóven, que sentado en el sofá de su hermana veia con dolor todos los preparativos de aquella mañana.

—¡Qué ha pasado, por Dios! ¿Está enferma mi señorita?

—No, Elisa. La superiora nos ha dicho que mi hermana va á recibir una medalla de María; que va á comulgar; que debe asistir á las fiestas de Navidad y á las de Año Nuevo, y en fin, que no podia venir. Agustina, por su parte....

—Habrá llorado y suplicado, interrumpió la Srita. Elisa.

—No, Elisa.... Agustina ha apoyado la opinion de la superiora, manifestando su preferencia por quedarse en el colegio.

—Pero no le habreis dicho que era vuestro cumpleaños.

—Sí, pero me dijo que no lo recordaba.

—¡Pues qué pasa, Dios mio!

—Pasa que mi hermana no nos quiere ya, y prefiere á sus compañeras, contestó Francisco paseándose á lo largo de la alcoba. Pasa que mi tio casi ha llorado de sentimiento, y yo, añadió dando un puntapié á una pieza de cristal, yo no vuelvo al colegio.

La Srita. Elisa se cubrió el rostro con ambas manos. Sus lágrimas corrian, y angustiada sollozaba de dolor.

Por la noche, el Padre Marsay tuvo noticia de todo el drama que habia tenido lugar en la casa de su penitente.

A la mañana siguiente un carruaje se detuvo á la puerta. El jesuita se hizo anunciar, y fué recibido por el Sr. De Buck, con la cordialidad de costumbre, y que correspondia con su amable conversacion.

—Hoy que es la fiesta de mi padreSan Francisco Javier, no he podido menos que recordar el cumpleaños de vuesto sobrino. Hacedme el obsequio de presentarle en mi nombre este recuerdo.

—Gracias, mi Padre, contestó el armador, y la conversacion se divagó en otras ideas.

—¿Habeis estado enfermo Sr. De Buck? parece que la noche no se pasó bien.

—En efecto, Padre. Tuve ayer un ligero disgusto cuyo recuerdo me dura aún.

—¿Qué fué ello?

—Mi sobrino y yo tuvimos el deseo de que Agustina nos acompañase durante este mes, por las distracciones de familia. Hasta los criados se manifestaron deseosos de ver á mi sobrina. Ayer ocurrí acompañado de mi sobrina al Colegio, para solicitar de la superiora el permiso necesario. Esta Señora me hizo presente que Agustina debia de recibir el dia 8 la medalla de María, y tomar parte en las dos fiestas próximas; todo lo que impedia acceder á mi deseo. En seguida trajo á mi sobrina, que como ya os he indicado, poco á poco se desprende de nuestro cariño, y esta no solo estuvo indiferente á la contrariedad que yo sufrí, sino que amplió mas aquellas razones, demostrando con toda claridad que preferia su colegio á la familia. Esto me ha hecho sufrir sobremanera. Una ingratitud semejante....

—Perdonad, Sr. De Buck, interrumpió el jesuita. No acuseis así á vuestra sobrina. Cuando se vive en familia y entre los negocios, no es fácil comprender cuanto alcanzan al corazon, cuanto se posesionan del ánimo, esos adelantos en el colegio, esas distinciones que se ganan entre centenares de compañeras, á fuerza de talentos y de virtud. ¿Sabeis lo que es para una alumna recibir la medalla de que hablais, antes de un año de Colegio? Pues sabed que son muy pocas las jóvenes que en tan poco tiempo llegan á esa altura. Sabed que esa distincion la adquieren por el voto de todo el colegio, que todo esto es demasiado agradable, y que por nada lo cambiará una jóven que espera con ansia ese momento. Segun sé, antes del dia de la solemnidad deben prepararse por los sacramentos, la meditacion y algunos rezos. Debeis, señor, disculpar á vuestra sobrina. Si hay alguna preferencia, no es ciertamente ofensiva para vos. Será por la religion y la virtud.

—¿Y las otras dos festividades? preguntó el armador empezando á calmarse.

—Ella os lo ha dicho. Siendo ya Hija de María, tiene la obligacion de tomar parte en ellas. Serán, hijo mio, las primeras solemnidades en que va á presentarse condecorada con la insignia de sus virtudes. Perdonadla: si en todo eso hay algo que parezca egoismo, no es sino decision por la virtud: preferencia por las cosas de Dios antes que las del mundo. Hé aquí todo.

—Padre, siempre son saludables para mí vuestras palabras. Casi me conformaria si no recordara cierta frialdad y despego en el lenguaje de Agustina.

—Sr. De Buck, cuando la virtud se posesiona del corazon, los ojos solo ven á lo alto. Cuando el alma se eleva, todo pasa sin que de ello se perciba. Quién sabe si mañana tendreis que bendecir ese cambio de vuestra sobrina como el primer paso de abnegacion, como el primer indicio de su desprendimiento á las cosas de este mundo.

—¿Cómo, Padre, creeis que Agustina llegará á pensar en el claustro?

—Dichoso vos si el Señor os concediera esa felicidad. ¡Como agradeceríais esa dicha de verla entregada á la virtud, elevada sobre todas las miserias de la humanidad, antes mil veces que

ir á llorar á el lado de un esposo que no conoceis, y que menos hay de que sea un hombre que la haga dichosa en los tiempos que corren. La primera y mas santa virtud es la castidad.

—¿Y si Agustina no ha nacido para el claustro?

—Entonces no lo pedirá. Estad tranquilo; entretanto sed indulgente con sus virtudes.

—Me será penoso ver su despego.

—Vedle como debeis, como el resultado de su ascenso en el camino del cielo.

El buen armador se habia tranquilizado poco á poco. La idea de que si se le posponia era á la Divinidad, le consolaba mucho, y comenzó á ver todo bajo otro prisma casi halagador.

El sacerdote se retiró despues de haber dado tan saludables consejos.

En la mesa, cuando á la Señorita Elisa se escapó una lágrima de dolor por la ausencia de su Señorita, el Sr. De Buck repitió una tras otra las ideas que el jesuita habia sembrado en su ánimo; el fanatismo estaba poseido de aquella familia, y pronto se consoló del suceso.

Agustina comenzó á ser vista casi con veneracion.

## CAPITULO XXI.

### LA CORONA DE NUESTRA SEÑORA.

No frecuentaba el Sr. De Buck la sociedad del Padre Lambert. Sin embargo, como director espiritual de Francisco y de Guillermo, escuchaba sus consejos acerca de la educacion de los jóvenes. Un dia que el armador entraba á la sacristía de San Cárlos, el Padre Lambert, despues de celebrar la misa, se despojaba de los ornamentos sacerdotales delante de una gran cómoda. Cuando hubo terminado, se dirigió á él, y llamándolo aparte, le saludó con toda cordialidad. En seguida, con el aire mas misterioso le decia:

—¿Cómo van mis hijos? mañana les espero para confesarlos.

—Van perfectamente, á mi juicio; pero Vuestra Paternidad sabrá mejor que yo su conducta.

—Perdonad Sr. De Buck: ¿cuánto dais á vuestro sobrino para golocinas?

—Un franco cada domingo, padre.

El jesuita reflexionó un poco, y continuó:

—¿Tendriais inconveniente en darle dos?

—Ninguno padre, se los daré.

—Está bien, hacedlo sin llamar la atencion. Sabed que vuestro jóven Guillermo ha despertado mucho.

—He notado sus buenas cualidades.

—No solo; sino que revela un talento digno de ser cultivado. Podeis hacer de ese jóven una notabilidad.

—Por mi parte estoy pronto. Vos, padre, que le dirigís, podreis indicarme.

—Creo, caballero, que ha nacido para las letras mejor que para el comercio.

—No me es esencial en el despacho, de modo que con la mayor complacencia le dedicaré á esa carrera.

—Pues pensadlo bien, y hablaremos.

—Padre, estoy á vuestras órdenes. Y se separaron cordialmente.

—El Sr. De Buck se retiró á su casa buscando en su imaginacion alguna causa que motivara ese aumento á dos francos para Francisco. Comprendia que uno era bastante para satisfacer durante la semana sus deseos. Además, que cuando manifestaba deseo de comprar algo extraordinariamente, su tio daba con la mejor voluntad, aunque con moderacion. El hubiera querido interrogar á su sobrino sobre el orígen de aquella recomendacion, pero se le habia encargado la prudencia.

Cuando llegó á su casa, estuvo tentado de preguntarle si necesitaba dinero; pero le pareció algo indiscreto y hasta cierto punto inoportuno.

Corrian los meses.

El Padre Lambert habia dicho á Francisco en el confesonario: "Hijo mio, siempre que emprendas algun trabajo, implora la Misericordia Divina. Cuando vayas al Colegio por la mañana, pasa un instante á algun templo, y pide al Señor su luz. Él te la concederá."

No necesitaba el jóven repetidas instancias para tan piadosas prácticas. Así es que todas las mañanas, con el libro debajo del brazo, entraba á alguno de los templos de su tránsito, rezaba de rodillas alguna oracion, y partia para su colegio.

Una de esas mañanas, como de costumbre, entró á San Cárlos: llegó hasta el presbiterio, y de rodillas dijo, mas que rezo, algunas oraciones, pues mucho le distraia el trabajo de dos sacristanes que despues de quitarle la corona y otros objetos á una

imágen de María, y colocados estos junto á una lámpara cerca de donde estaba Francisco, bajaron tambien la imágen y la introdujeron á la sacristía. El jóven se acercó á la lámpara para besar la corona, y en seguida, dando media vuelta, se dirigió á la puerta.

Iba vestido con un paltó largo, de dos bolsas grandes delanteras para guardar las manos del frio.

La iglesia estaba casi escueta. Solo detras de una banca, una vieja toda encorvada con su devocionario en una mano y un gran lente en la otra, silabeaba algunas oraciones en la actitud de quien observa una sabandija en un microscopio, y dos devotos, uno cercano á la puerta y otro frente al altar en que se practicaba aquella operacion.

El cancel de la puerta del templo estaba como de costumbre, cerrado. El postigo lateral que servia de entrada ordinaria, tenia arriba una carretilla por la que pasaba una correa, teniendo un extremo clavado en la pared y en el otro una gran bala de plomo que colgaba hácia adentro. Este género de retenida tenia por objeto hacer que el pórtico se cerrase solo por el peso de la bala que recogia la correa que pasaba por la carretilla. Aun se conservan algunos de esos aparatos molestos y sonoros en algunos templos donde no ha entrado la civilizacion á dar preferencia á un resorte de presion.

Cuando el jóven se dirigió á la puerta, el devoto que estaba cerca de ella se puso en pié y le siguió para salir. Francisco, que llegó primero, se puso el sombrero bajo del brazo, y con ambas manos tiró del postigo para abrir. El que lo seguia se le acercó hasta tocarle. Ambos salieron: el chico se puso el sombrero y echó á andar. El otro marchó de prisa en sentido opuesto y pronto se perdió entre la multitud.

Apenas habia dado unos veinte pasos, cuando uno de los sacristanes salió de la iglesia á todo correr, y dirigiéndose al primer policía que pasaba, le dijo todo azorado:

—Señor, aquel jóven del paltó acaba de robar del templo una corona de la Vírgen.

En dos brincos el policía alcanzó á Francisco, y tomándole por el cuello, le dijo:

—Párate, pilluelo.

Francisco se detuvo espantado de la accion y del lenguaje.

—¿Qué llevas en tus bolsillos?

—¡Yo! balbuceó el jóven.

El policía metió las manos en los bolsillos del paltó, y extrajo de una de ellas una corona de perlas enteramente igual á la que habian puesto junto á la lámpara.

Francisco, anonadado, miraba á la corona como á una víbora.

—¿De dónde has tomado eso?

—Yo no lo he tomado....

—¿Pues cómo está en tu bolsillo?

—¡Dios mio! yo no la he tomado.

—¿No la conoces? preguntó el sacristan....

—La ví junto á la lámpara, pero no la tomé....

—¿Pues cómo está en tu bolsillo?

—Os juro que no la toqué.

—Pues ven conmigo.—Y sin soltarle del cuello entró al templo con él, seguido del sacristan.

Llegados al presbiterio, el policía le interrogó:

—¿Dónde viste la corona?

—Sobre esa lámpara.

—¿Y vos, preguntó al sacristan, le vísteis cuando la tomó?

—Yo no, pero sí este caballero que entró á darme aviso.

El policía se volvió á aquel individuo, que no era sino el devoto que estaba arrodillado frente al altar.

—Yo le ví acercarse y ponerse en el bolsillo la corona.

—Pero eso es mentira: yo no la toqué mas que para besarla, exclamó Francisco llorando.

—Calla, pilluelo. Vamos á la comisaría.

Y dirigiéndose á el sacristan y al testigo, añadió:

—Vosotros tambien, hacedme el favor de venir conmigo.

Todos salieron de la Iglesia, y se dirigieron á la comisaria. Francisco estaba abismado, creia estar soñando. Pero la mano acerada del policía sobre su cuello le hacia percibir la realidad.

El interrogatorio fué corto. El robo estaba tan plenamente probabo, que no habia duda que comprobar.

En aquellos instantes se presentó el Padre Lambert. El comisario se levantó para saludarle.

—Señor comisario, se me acaba de decir que ha sido aprehendido un individuo que nos robaba una corona de la Vírgen.

—Es cierto, padre. Aquí teneis la corona y al ladron.

El jesuita miró la corona, y volviéndose al jóven, exclamó con el asombro mas trágico.

—¡Cómo! ¡tú, Francisco!

El jóven calló de rodillas:

—¡Por Dios que no la he tocado!

—Señor comisario, ¿quereis referirme el caso?

—Padre, el testigo os lo referirá mejor. Y dirigiéndose á este, continuó: decid lo que habeis visto. En pocas palabras repitió este su declaracion.

Francisco, alentado con la presencia de su confesor, exclamó: Ese hombre miente. Yo no he tomado la corona.

—Pues ¿cómo vino á tu bolsillo? preguntó el comisario.

—Señor.... no lo sé.

—¿Comprendeis eso, Padre? replicó el comisario.

—Dí, Francisco: ¿Cómo pasó á tu bolsillo?

—Padre, yo no lo sé.

—Pues este caballero sí lo sabe, dijo el comisario indicando al testigo.

—Señor comisario, dijo el Padre Lambert: perdonadme una palabra, y ambos pasaron á otra pieza. El jesuita exclamó:

—El hecho parece cierto.

—Precisamente, Padre.

—Sí por desgracia. Pero..... Ya veis, pertenezco á la comunidad que ha sido robada. Y sin embargo, voy á pediros una gracia.

—Decid, Padre, ¿en qué puedo serviros?

—Oidme: este jóven pertenece á una familia excesivamente honrada y virtuosa. Es sobrino del Sr. De Buck, rico armador de Amberes.

—¡Dios mio! conozco á este caballero.

—Pues bien: imaginaos qué golpe va á ser este para él.

—¡Oh! espantoso.

—¿Qué podreis hacer en su obsequio?

—¿Qué quereis que haga, padre? mi deber es....

—Comprendo vuestro deber, pero..... la comunidad no le acusa.

—Pero la autoridad procede de oficio. Además que el sacristan ha ocurrido á un agente.

—El sacristan no diria otra palabra mas.

—Padre, lo que me insinúais es imposible.

—¡Pero el Sr. De Buck va á morir de verguenza!

—¿Qué quereis Padre? Si hoy no se castiga á este jóven, mañana será un gran criminal. Ya veis con qué aplomo niega.

—¿Qué hareis, pues, con él?

—Lo que ordene la ley. Se trata de un robo sacrílego.

—Os suplico que esto pase sin evaporarse á lo menos.

—Os prometo en cuanto esté á mi alcance, que no se divulgará.

El jesuita salió por la otra puerta, y se encaminó á participar al Padre Marsay el éxito de su plan.

A la entrada de la portería estaba el devoto que habia salido del templo con Francisco, y que no era sino nuestro conocido Yan, que con la mayor destreza habia puesto en el bolsillo del jóven una corona igual á la que este habia besado junto á la lámpara.

Cuando el sacerdote entró, Yan se entretenia en contemplar unos cuadros colgados de la pared, que representaban ejemplos de los pecados mortales. En uno de aquellos se veia al diablo atormentando á un calumniador, abriéndole la boca con hierro ardiendo y llenándosela de plomo derretido. Esto decia la inscripcion.

Cuando Yan vió al jesuita, se sonrió, y con aire joco-serio le preguntó:

—¿Esto ha de suceder á los calumniadores en la otra vida?

El jesuita contestó sin detenerse:

—Sí, pero no á los de casa.

Pocos minutos despues el Sr. De Buck recibia la visita intempestiva de los dos jesuitas. Solo el Padre Marsay entró al salon con él, tomó aliento, y despues del preámbulo mas edificante é hipócrita, decia:

—Dios nos envía las grandes calamidades para probar nuestra paciencia, por eso debemos recibirlas con resignacion y decir como María; hágase en mí tu voluntad.

—¿Pero qué es lo que pasa, Padre?

—Una verdadera desgracia, á la que procuraremos todo el remedio posible.

—Decidme, Padre....

—Vuestro sobrino ha cometido una falta grave.

—¿Francisco? ¿Qué ha hecho?

—Pues.... entró á rezar sus devociones á San Cárlos, y....

—¡Decidme, por Dios!

—Y tomó de junto á un altar una corona de la Vírgen, que se puso en el bolsillo.

—¡Francisco, ladron!

—¡Dios mio! es una desgracia, pero es la realidad.

—¿Pero cómo fué eso? decidme.

—El Padre Lambert, que ocurrió en defensa del jóven, tiene los pormenores.

El desgraciado se levantó é hizo entrar al otro jesuita.

—¿Dónde está mi sobrino, Padre?

—Caballero, está detenido en la comisaría.

—¿Habeis presenciado el caso?

—Mas valiera. Habria evitado el escándalo.

—¿Pues cómo ha pasado ello?

El jesuita refirió el caso con todos sus pormenores, excepto el de que álguien se habia acercado al jóven al salir del templo.

—¿Y el testigo dice haber visto á Francisco tomar la corona?

—Sí, señor; pero aunque no lo dijera, ¿qué mayor prueba quereis que llevarla en el bolsillo?

—Pero eso es increible. ¡Mi sobrino haber robado! y se cubrió el rostro con ambas manos llorando en silencio.

Los dos sacerdotes se miraron tranquilamente.

—¡Dios mio! ¿Qué va á ser de nuestra reputacion?

—Escuchadme un poco, hijo mio, dijo el Padre Marsay. Apenas hay cuatro ó cinco personas que conocen el caso; de modo que ello no se divulgará. El Padre Lambert ha conseguido del señor Comisario que mantendrá el asunto en el secreto posible. Vuestra reputacion no sufrirá.

—Pero el desgraciado va tal vez á la cárcel pública. ¡Qué vergüenza!

—Creo que conseguiremos que no sea así. Calmaos un poco.

—Voy, pues, á la Comisaría.

—Eso llamará la atencion.

—Quiero ver á Francisco, quiero cerciorarme de....

—Eso es inútil, Sr. De Buck. ¿Qué vais á decirle? Vais solo á sufrir mas.

—Sabré cómo ha hecho eso.

—¿Y qué hareis cuando os lo confiese?

—¡Le mataré!

—Vamos, caballero, dejadnos el arreglo de todo el negocio. Tened la seguridad de que el asunto terminará sin divulgarse y de que el jóven no irá á la cárcel pública.

—¡Pero Padre mio! exclamó el armador juntando las manos: vosotros sois los robados; retirad vuestra queja, y yo enviaré á Francisco muy lejos de aquí. Toda mi fortuna....

—Señor, contestó el Padre Lambert, nosotros no hemos acusado al jóven. Lo que nos pedís lo he suplicado al señor Comisario. Le he dicho que el sacristan que habia ocurrido al policía no diria una palabra mas.

—¿Y qué ha contestado?

—Que la autoridad procedia de oficio. Que no podia omitir su deber. Que en mi obsequio mantendria el negocio en reserva, y que de acuerdo le llevariamos por el camino menos malo.

—¿Y cuál será ese camino?

—Dejadnos totalmente el asunto. ¿Teneis en otra persona mas confianza? indicadla.

—Solo vos, Padre mio. Tomad el asunto como yo lo haria.

—Calmaos, hijo, yo haré todo con el mas grande empeño.

En seguida se despidieron, encargando que se le tuviera al tanto de cada paso que se diera.

El Sr. De Buck se dejó caer en un sillon, y con el corazon afligido lloró como un niño.

Dos horas despues de los sucesos que hemos referido, el Padre Lambert volvia al lado del Comisario y conseguia de él que el jóven fuese detenido en una casa de correccion. Que en este establecimiento no fuese inscrito con su nombre, y por último que se guardaria en todo el asunto la reserva posible.

Con todas estas conquistas volvió al lado del Sr. De Buck, á quien encontró en su alcoba en el mayor abatimiento. Habia dado órden de que solo se permitiera la entrada á los Padres de la Compañía, y por consiguiente fué recibido desde luego. Antes de saludarlo exclamó:

—¿Qué ha pasado Padre?

— He conseguido todo cuanto deseábais.

—¿Es decir que todo existe?

—Sí, por desgracia, caballero.

—¡Dios mio, qué vergüenza!

—No os afecteis mas. Es preciso resignarse á las pruebas con que Dios nos hace ejercitar la paciencia.

—Y bien, ¿qué habeis arreglado?

—Que vuestro sobrino no irá á la cárcel pública, sino á la casa de correccion.

—¿Es decir que no cabe la defensa?

—Cabe, señor, si quereis que el juicio siga todos sus trámites; pero entonces se divulgará y vuestro nombre andará de boca en boca.

—Poco importaria, si Francisco quedase vindicado.

—Pero eso me parece imposible. ¿Qué defensa quereis exponer cuando no niega ni puede negar que el policía le halló la corona en el bolsillo? ¿Qué quereis añadir cuando un testigo dice: "Yo le ví tomarla y ponérsela en la bolsa?" Todo seria inútil.

—¿Qué hacer entonces?

—Dejar que se le castigue correccionalmente, y despues enviarle fuera de Amberes.

—Solo será tal vez peor.

—No irá solo. Ya veremos.

—Pues tampoco será conmigo, porque no tengo valor para verle mas.

—Dejad que pase el tiempo.

—Pero decidme, Padre: vos que conoceis su índole y su corazon, ¿qué en mi sobrino habiais encontrado propensiones al robo?

—Jamas él se acusó de falta semejante, os lo aseguro; pero sí creí descubrir en el fondo de sus instintos algun apego al dinero.

Temí que cometiera alguna falta de este género, y, recordadlo bien, os pedí que le proporcionárais mas amplitud para sus pequeños gastos.

—¿Creeis, Padre, que yo por economía haya contribuido á que cometiese el crímen?

—No, caballero. Ni se quejó jamas de ello, ni se acusó de falta semejante. Pero ya sábeis; la práctica del confesonario nos hace á veces si no prever lo futuro, sí al menos procurar prevenir un mal que puede venir.

—Obrad entonces como sea menos escandaloso. Ya veo que Dios lo ha querido así.

—Obraremos, señor, como lo haríais vos mismo.

—Gracias, Padre. Tenedme al tanto de cuanto acontezca.

—Una palabra: si el Comisario quisiera dejar libre á Francisco, yo le daria cuanto me pidiera.

—Caballero, esa proposicion con diversas palabras le indiqué esta mañana, pero me fué rechazada.

—Pues me resignaré.

En seguida se separaron volviendo el jesuita á su convento. Llegó á la celda del Padre Marsay, y penetrando sin ceremonia, exclamó llegando al asiento de este:

—Padre, me parece que vuestro penitente tiene pensado sobornar al comisario.

—Hermano, si lo consiguiera, no desbarataria el plan completamente; pero no será así, porque el Comisario me obedece, y además le amenazaré indicándole los peligros en caso de que se sepa.

—Decidle mejor que ya se sabe, y que una persona de alta posicion ha venido á preguntaros sobre el caso con interes, y que como la vísteis perfectamente informada, no pudísteis negar y le referísteis todo. Así ya se cuidará de acceder al soborno.

El Padre Marsay se levantó, y tomando el manteo y el sombrero, salió para la casa del comisario.

Media hora despues estaba de vuelta. Habia asegurado su plan de modo que el comisario quedaba casi amenazado si se dejaba seducir por el armador. Y sin embargo de aquella conversacion, no se habia revelado el menor empeño del jesuita en agravar la suerte de Francisco. Por el contrario, todo habia sido lamentarse

de la desgracia del jóven, y de que la publicidad del hecho no permitiese ni el recurso del disimulo.

Serian las once de la noche de ese mismo dia, cuando el Sr. De Buck con las manos en los bolsillos se paseaba por el salon lamentando á solas su desgracia. La casa estaba en el mas profundo silencio.

—¿Qué, se decia, yo habré formado y educado á este niño para que sea la deshonra y el oprobio de mi casa? ¿Acaso le faltaria con que satisfacer sus pequeños deseos con lo que le daba? ¿Pero qué deseos podia tener cuando aquí lo hay todo en abundancia, cuando jamas he omitido el satisfacer hasta sus caprichos? Si se hallara en otra edad, yo comprenderia que tuviese otras necesidades, y obraria tambien de acuerdo con ellas. Si fuese una calumnia.... —Y su corazon se ensanchaba por un momento. —Pero si la corona fué hallada en su bolsillo, de allí la extrajo el agente.... Y hay un testigo que le vió tomarla. ¡Qué hacer, Dios mio! En mi posicion, con mi crédito, sufrir la vergüenza de esto ante la sociedad!.... ¿Y de qué me sirve esa posicion? ¿Para qué el dinero si no puedo salvarme ni salvar á Francisco? Dicen que todo se puede con el dinero. ¿Pero cómo ahogar con dinero la pública deshonra de mi casa? Si el comisario callase y ese testigo desapareciese, yo les haria ricos..... yo..... Probemos.

Y tomando su sombrero y una larga capa, salió de su casa y se dirigió á la Comisaría.

Un policía se hallaba á la puerta de la oficina. El Sr. De Buck se dirigió á él.

—Deseo hablar al señor Comisario, dijo.

—¿Ocurre algo, caballero? abajo está el reten.

—No, es un asunto particular.

—Pasad entonces y llamad á la segunda vidriera.

El Sr. De Buck penetró, y con el corazon palpitante, tocó suavemente sobre el cristal.

—¡Adelante! le contestaron.

El comisario, recostado en un sofá, repasaba solo los periódicos de la tarde. Se incorporó un poco, y dejando á un lado el papel, preguntó:

—¿Qué mandais, caballero?

—Señor Comisario, dijo el armador desembozándose. El Comisario le reconoció en el acto, y levantándose, le tendió la mano.

—Señor De Buck, no os habia conocido. Sentaos y decidme....

—Señor Comisario, ya comprendereis el asunto que me trae, puesto que el Padre Lambert os ha dicho quién era el jóven de esta mañana.

—En efecto, caballero, he tenido la pena de saber que pertenecia á vuestra familia.... Pero qué quereis, señor.... Uno no puede responder del corazon de todos los suyos.

—Así es, pero la sociedad piensa de otro modo; y si no llama á los padres ni á los maestros ante los tribunales para que respondan de la conducta de sus hijos ó educandos, en donde tendriamos el derecho de defendernos, sí es bastante injusta para arrojar sobre nosotros la culpabilidad y hasta la primera causa de tal conducta. Y en ese tribunal del público, donde el procedimiento es arbitrario, donde todo el mundo es juez, acusador y testigo, no cabe otra defensa que el suicidio ó la deshonra.

—Señor De Buck, vuestra reputacion sin mancha....

—Esa, esa es la que el público se encarga de hacer trizas; mañana ya no estará sin mancha.

—Habrá acaso quien os atribuya...; quien os diga....

—Nada señor, nada me dirán; porque os lo repito, en ese tribunal no hay audiencia, ni cargos, ni defensa, solo el fallo que se publica por todas partes antes que lo conozcamos.

—Por mi parte, caballero, he ofrecido á los Padres de San Cárlos que evitaré por cuantos medios estén á mi alcance la mencion de vuestro nombre en el negocio.

—¿Y nada mas podreis hacer en mi favor?

—Cuanto esté á mi alcance, caballero.

—Oidme, señor comisario. Los Padres no acusan á mi sobrino; el caso no se ha hecho público, vos solo habeis tenido conocimiento de él. ¿Quién os impedirá decir que no ha pasado tal robo?

—Sr. De Buck, estais en un error. El agente que ha hecho la aprehension ha dado parte ya á su gefe inmediato de todo lo ocurrido durante el dia; pero lleva un nombre supuesto para vuestro sobrino, que en virtud de su corta edad, no irá á la cárcel pú-

blica sino á una casa de correccion. Ya veis que vuestro nombre está salvado.

—Gracias, señor, sois muy bondadoso; pero ¿qué va á pasar con Francisco? ¡Cuánto va á sufrir.... tal vez inocente!

—Sr. De Buck, ¿suponeis que yo he obrado sin causa? Vuestra angustiosa situacion me obliga á enseñaros las declaraciones; y tomando de entre varios legajos uno, comenzó á hojearle mostrando al armador lo que iba diciendo. Aquí teneis la declaracion del jóven: declara que vió poner la corona en la lámpara; que se acercó á besarla; que salió á la calle y que el agente le ha sacado del bolsillo la misma corona. Aquí está la en que dice el testigo haberle visto tomarla y ponerla en la bolsa. Aquí teneis la del sacristan que dice haberla puesto junto á la lámpara, y que cuando se le avisó el robo por el testigo, salió y notó que la corona no estaba en su sitio; que ocurrió el agente y este la extrajo del bolsillo del jóven. El hecho está plenamente probado; se palpa la evidencia, ¿qué quereis remediar?

—Pero señor, los antecedentes.

—¿Qué antecedentes quereis llamar de reo de tan poca edad? y esto teniendo en frente la evidencia. Lo que puede atenuar el caso es esa poca edad; hé aquí por qué no sufre el castigo que la ley impone al ladron sacrílego.

El Sr. De Buck se cubrió el rostro con las manos, diciendo:

—¡Sacrílego! ¡Sacrílego!.....

—Señor comisario, disponed de mi fortuna: dadme á mi sobrino, yo lo castigaré. ¡Pero un sacrílego en mi familia!

—Caballero, es imposible. ¿Qué hareis con él?

—Le enviaré fuera del país, pero no tendré el rubor de su prision.

—Eso seria dejarle sin castigo, y soltarle sin freno al crímen. Os salvais del caso presente para caer sin duda en otros peores.

—Usaré de otros medios, pero salvadme del presente. Haced callar al agente.

—¿Creeis, señor, que solo el gendarme lo sabe á esta hora?

—¿Decidme á cuántos mas debo pedir su silencio?

—En primer lugar os diré que uno de los magistrados, amigo del P. Marsay, le ha visitado esta tarde, para informarse si era cierto que habian sido robadas las alhajas del convento.

—¿Y qué le contestó?

—Que solamente un pilluelo habia tomado una pequeña corona, pero que habia sido recobrada en el acto, y que el chico que era muy pobre, habia sido consignado á la Casa de Correccion. Ya veis que seria imposible borrar el suceso con la facilidad que deseais.

—¿Qué hacer entonces?

—Ha sido sentenciado á la mitad del tiempo que debiera. Se le recomendará para que no sufra grandes humillaciones. Se os permitirá verlo si gustais. Todo esto es lo contrario de lo que se practica con los demas. Se le enviará á Vilvorde.

—Señor comisario, ofrecedme que si el asunto no se divulga mas, podremos entrar en un arreglo.

—Mañana hablaré con mi superior y os participaré el resultado.

—¿Y adónde puedo ver á mi sobrino?

—Mañana sale para su destino. Si permanece muchos dias en Amberes, sobrará quien le vea y le reconozca.

El Sr. De Buck se levantó, y despues de despedirse con la mayor atencion del comisario, volvió á su casa con el corazon oprimido. Alguna esperanza abrigaba para el dia siguiente, y se resignó.

Al dia siguiente, despues de una noche del mas penoso insomnio, el Sr. De Buck recibió un periódico y una tarjeta en que se le decia: "La entrevista de que os hablé fué del todo adversa; y sobre todo ved el párrafo de ese periódico que ya no deja lugar á otra cosa." El párrafo decia: "Ayer un pilluelo robaba en San Cárlos una pequeña corona de Nuestra Señora, pero fué aprehendido en el acto. En atencion á su corta edad, se le aplicará una severa correccion."

*Interior del Gesù*

## CAPITULO XXII.

### EN EL ABISMO.

Mientras Francisco permaneció en las detenciones de Amberes, su afliccion era inmensa; mas á todas horas creia ver aparecer á su tio para justificarle y llevarle consigo. Pero amaneció el dia siguiente, y se sintió morir de dolor cuando se le notificó que como una consideracion á su corta edad se le conduciria á la casa de Vilvórde. Los jesuitas obraron con tal astucia, que consiguieron que en la misma tarde saliese el jóven para su destino. Así es que, cuando el Sr. De Buck quiso ver por la noche al jóven, este se hallaba lejos de Amberes.

Serian las cinco de la tarde cuando el agente que conducia á Francisco llamó á la puerta de la Casa de Correccion.

Entre Am sɘɹɘby Bruselas, y cercana á esta, se encuentra una poblacion hermosa y pintoresca llamada Vilvorde. Desde allí se ven los dos pequeños pueblecitos de Perck y Elcroyt, que habitaron los dos célebres maestros de la pintura flamenca, Rubens y Teniers. Sus cuadros tan celebrados por todos los viajeros, adornan y dan interes á los templos del país.

En una de las capillas de la Catedral de San Bavon, se encuentra una de las obras maestras de Rubens: "San Bavon en la abadía de San Amand." Aun se conserva en el museo de Amberes el viejo sillon en que descansaba tan célebre maestro.

Vilvorde tiene una poblacion de cerca de 8,000 habitantes.

Allí se encuentra una Casa de Correccion, notable por los talleres que encierra, dando trabajo á los detenidos, y proporcionándoles para lo futuro un medio honesto de ganar la vida.

En la época á que nos referimos, el director de ese establecimiento era Eduardo Ducpetiaux, que pasaba por un hombre tan honrado como apto para el puesto que desempeñaba. Y sin embargo, no era en realidad sino un discípulo y adepto de la Compañía de Jesus, que recomendado por ella, encomiaba sus cualidades y virtudes por todas partes.

Era este tan fanático como severo. Aconsejaba con los preceptos del Evangelio, antes de hacer aplicar veinte latigazos al que infringia el reglamento por segunda vez, pues por la primera le privaba de la comida al dia siguiente, y se embolsaba lo que correspondia á esa racion economizada. Si se cometia tercera infraccion, aplicaba las dos penas reunidas.

El jóven fué recibido, así como el parte con que se le remitia, aunque con diverso apellido. Se le inscribió desde luego y se asentó su filiacion, quedando bajo el número 175, con el que se le reconoció desde ese momento, pues allí ninguno conserva su nombre sino que este se sustituye con el número que le toca. Tambien como lo lleva á la espalda en la blusa y demas objetos que se le dan para su uso, como tarima para dormir, tosca ropa de cama, y las piezas mas necesarias para servicio en la mesa.

Como todo detenido tiene el derecho de escoger el oficio que debe aprender, el Sr. Ducpetiaux interrogó á Francisco sobre el asunto, y este eligió la carpintería, casi sin saber lo que decia.

Inmediatamente se le obligó á cambiar de trage, y como en esto llegase la hora de ir al refectorio, allí se presentó por la vez primera con uno de los celadores que le colocó bajo el número que le correspondia.

Aunque despues de su aprehension no habia comido sino con irregularidad y pobreza, en el refectorio sufrió tal angustia al ver la realidad de su desventura, que apenas probaba la mísera comida que le sirvieron.

El celador le encargó, para que le advirtiese las prácticas que pudiese olvidar, al número 174 su vecino.

Cuando terminó la mesa, Francisco tomó como los demas su plato y fué á lavarlo precedido de su compañero, pues estas operaciones se practican en un órden militar.

Media hora despues la campana indicó el momento de recogerse, y cada uno tomó el camino de su dormitorio. De rodillas cada recluso junto á su cama, y bajo el cuidado del celador del dormitorio resaba el rosario, y en seguida se recogia á dormir.

Cuando Francisco estuvo acostado y notó el silencio que le rodeaba, puede decirse que fué el primer momento en que se halló en actitud de medir su desgracia. Aquel fué el primer instante en que le fué dable entrar en sí mismo y decirse: ¿Qué me pasa?.. ¿dónde estoy? ¿porqué he venido?..... ¿yo he robado?..... Yo he besado la corona, pero no la tomé; ¿cómo pasó á mi bolsillo? Nadie se acercó á mí sino el hombre que salió á mi lado. Seria preciso suponer que habia tenido la intencion de criminarme. ¡Y para qué, si yo no le conozco ni le he hecho mal! Apenas le ví; tal vez no le reconoceria. Y aunque así fuera, ¿cómo podia tomar la corona para embolsármela cuando no se acercó á la lámpara, pues estaba demasiado lejos de ella? ¡Dios mio! ¡Qué ha pasado por mi! ¿La tomaria yo sin pensarlo? Pero eso no puede ser. No, no la tomé. ¿Pues cómo ese hombre ha dicho que me vió tomarla, y me acusó? Yo no le conozco, ni él me conocerá; tampoco le he hecho yo mal, no puede ser mi enemigo. ¿Por qué, pues, me calumnian? Yo no la tomé. No, no, no.

Y las lágrimas corrieron por sus mejillas silenciosamente.

No he robado, no. Y sin embargo mi tio me ha abandonado. Si él viniera yo le diria, no soy ladron, tio, no. El lucharia con el comisario, pero le venceria. El me oiria y quedaria convencido. El me preguntaria como el comisario: ¿Tú has tomado la corona? Yo le diria, no tio: ¿acaso he robado alguna vez? Y mi tio sabe que nunca lo pensé.... ¡Dios mio! pero si me preguntaba ¿cómo estaba en tu bolsillo? ¿qué le responderia yo? ¡Ay, no lo sé!.... Y tal vez mi tio tambien dudaria.... y el testigo y el policía, y el comisario, todos, todos me declararian ladron. Solo yo lo niego. Sí, lo niego: ¡Pero cómo vino á mi bolsillo! ¿La tomaria yo?.. ¿Qué tambien yo dudaré si he robado? ¿Tambien yo?.... ¡Qué me ha pasado, Dios mio! ¡Qué me pasa!

Y sollozaba con la mas intensa amargura.

Algun movimiento de entre los demas le hizo salir de estas ideas. Entonces se incorporó por un instante y miró á su alrededor.

El cuadro que se presentó á sus ojos, á la luz de la lámpara que pendia del techo, era repugnante y sombrío. Solo recordaba haber visto algo semejante en el hospital de Amberes, donde dos ó tres veces su tio lo habia llevado para dar limosna á los enfermos. Aquí como allá las tarimas se encontraban con la cabecera á la pared: en todo el rededor del dormitorio dormian todos abrigados con pardos corbetores. Solo junto á la puerta estaba una cama alta donde descansaba el celador. La respiracion que se percibia de algunos, el silencio que se notaba de á fuera, interrumpido á intervalos por la campana del vigilante; todo era sobrado para agobiar el alma de un jóven de diez y ocho años, educado en medio de las atenciones de su familia, sin contratiempos ni aflicciones, sino en constante bienestar y abundancia.

El jóven sintió que su pecho se oprimia al pensar en su familia Todos fueron pasando ante su imaginacion con los recuerdos mas dulces y halagadores. Su tio, cariñoso, con su sonrisa paternal; Agustina con su desden religioso, pero buena y amable en el fondo como aseguraba su tio. Guillermo, cariñoso, sincero, compañero en sus paseos y distracciones. La Señorita Elisa, afectuosa y solícita como una madre para todos sus deseos y caprichos. Los dependientes, los criados, la casa, su alcoba, su lecho, en fin, tan diverso de aquel en que sufria tanto dolor y amargura, tanto aislamiento y abandono.

¿Qué hice yo para venir aquí? se decia. Si no recuerdo haber hecho mal á nadie; haber robado á nadie; ¿por qué todos me han abandonado y ninguno viene para defenderme? ¡Mi tio, Elisa, Guillermo...., ¡quien podrá decir que yo he robado!

Cuando M. Savigué sepa que yo he robado, ¿no vendrá para decir que yo no soy ladron, que era cumplido y bueno en el Colegio? todos mis compañeros podrán decir que soy ladron, cuando les daba lo que tenia, y hasta pedia á mi tio para obsequiarles siempre; y todos, todos me llamarán ladron, porque no puedo explicarles como vino á mi bolsillo la corona. Si todos juntos me preguntaran, ¿qué les diria yo? No podria explicarlo, y entonces tam-

bien me llamarán ladron. ¡Dios mio, solo tú sabes que yo no he robado, solo tú sabes que soy inocente. Dilo á mi tio, á mi hermana; dilo al Sr. comisario! ¡Ah! entonces vendrán por mí y me justificaré. Sí, es imposible que mi tio deje de buscarme, y yo me defenderé, y me creerá y me llevará de aquí. Tal vez mañana estará á mi lado; tal vez mañana....

Aquella organizacion no podia soportar tan larga vigilia. La noche anterior no habia dormido una hora. Era imposible resistir la segunda. Poco á poco la fatiga se sobrepuso al trabajo de la imaginacion, y se quedó dormido.

Las horas pasaban en el silencio de la noche sintiéndose en el péndulo sus pisadas, y oyéndose su voz cada vez que una llegaba donde se perdia la otra.

Francisco soñaba que un ángel ceñia sus sienes con una corona de perlas negras, diciéndole: "Bien aventurados los que lloran porque ellos serán consolados." El infeliz lloraba implorando misericordia.....

En aquel instante sintió que le tocaban, y despertó á la realidad.

## CAPITULO XXIII.

### EL PADRE ESPIRITUAL.

Francisco despertó con el asombro de quien no sabe de pronto dónde se halla.

Su vecino el 174 estaba con una rodilla en la tarima, diciéndole:

—Ya es hora de levantarse: vístase pronto, porque aquí todas las reprimendas son con el látigo.

Francisco sintió que se le anudaba la garganta, pero se vistió con violencia. Arregló su cama como su vecino y salió detras de él para la capilla, donde á los primeros albores se celebraba la misa.

Las creencias forman el sentimiento. Creer es el todo para la religion, para el patriotismo, para la virtud, para el crímen.

Creer que sobre el altar donde está el ara, Dios vivo, baja y contempla á sus hijos y les oye, es verle con el alma, con la creencia, con la fé. Y Francisco creia. Cuando el sacerdote levantó en sus manos la hostia, el jóven, de rodillas, sintió en su alma como el arrobamiento excelso y grande de quien recobra el ser. Sus ojos la miraron con el ansia que vale á su bien; su corazon se ensanchó levantando su pecho en un suspiro que desahogaba el alma de un dolor infinito.

—¡Dios mio, Dios mio! decia casi sin mover los labios. ¿Por qué me has abandonado?

Y sus ojos enrojecidos volvian á verter llanto.

¡Señor: quién me defenderá en tanta desgracia! ¡Quién me dará la mano para levantarme! ¡Cuando tantos me amaban ayer, todos me han olvidado. ¡Tú solo sabes mi inocencia; yo no he robado! ¡Defiéndeme, Señor!

Cuando el sacerdote levantó el cáliz por última vez, Francisco inclinó la cabeza sobre el pecho y se encerró en su duelo.

¿Quién dirá lo que su alma murmuraba en aquel coloquio de agonía? El se sentia frente á frente con la Divinidad, y su alma atribulada, implorando fuerzas para tanto penar, debió exclamar como Jesus: "Padre, traspasa de mí este cáliz, y en su afliccion gemia.

Cuando la ceremonia terminó, se sintió reanimado con la esperanza.

De la capilla todos los reclusos fueron á asearse en el mismo órden que habian entrado á misa y que seguian para toda distribucion.

Siguiendo siempre al 174, llevaba ese número frente á sus ojos, pues cada recluso lo llevaba á la espalda. Habia visto su blusa que igualmente tenia el número 175, y sentia que le pesaba como si fuese de hierro. La pobreza de su uniforme le desagradaba, pero la marca del número le oprimia, le humillaba. Para su vida de reclusion tenia el deber de ser número; esto le inquietaba tanto, que cada vez que veia el número de un compañero creia sentir que el suyo ardia y le quemaba la espalda.

En el refectorio estuvo silencioso. Terminado éste siguió todavía al número 174, que como él, se dirigia á la carpintería. Iba á entrar allí, cuando un celador le llamó para que pasase á la habitacion del director.

La noche anterior se habia dicho: Mi tio vendrá tal vez mañana. Y despues de la misa habia sentido esperanza. De consiguiente creyó que era llegada la realidad.

Cuando estuvo frente al director, se encontró al lado del Padre Lambert. El jóven se arrojó en sus brazos. Aquel le recibió con el lenguaje mas tierno y expresivo. El director se retiró dejándolos solos. Francisco, incorporándose violentamente, exclamó:

— ¿No es verdad que no me creeis ladron?

—No hablemos ya de eso, hijo mio.

—¡Cómo, padre!

—Ahora debemos pensar, continuó el jesuita, en pedir á Dios resignacion y fuerza para llevar esa cruz.

—¿Con que debo resignarme á sufrir cuando no he robado?

—¿Jesucristo habia merecido el ser encarcelado, azotado, coronado de espinas y crucificado como un ladron?

—¿Y yo debo sufrir dos años de prision cuando vos, padre, sabeis muy bien que soy inocente?

—Hijo mio, yo no te he sentenciado, ni menos acusado.

—Pero podeis decir al señor comisario que.....

—Todos hemos dicho que eres un jóven honrado, incapaz....

—¿Pues por qué estoy aquí, padre?

—Porque nadie, ni tú mismo, puede decir: la corona no estaba en mi bolsillo.

Francisco se retorcia los brazos en su impotencia.

El jesuita proseguia:

—Para que puedas juzgar de los demas, ponte en su lugar. ¿Qué haríais con un reo que dice: no he robado y el robo está en su bolsillo, y hay un testigo que dice: yo lo ví?

—¡Dios mio, me volveré loco!

—Para eso debes pedir á Dios fuerza; rogarle con el corazon que te dé aliento para llevar con una resignacion cristiana tu cruz.

Francisco buscó otro recurso, y exclamó:

—Padre, ¿qué piensa mi tio de mí?

—Piensa que solo un milagro podria explicar el suceso, y que mientras ese milagro no se verifique, ningun poder de la tierra podrá sacarte de aquí.

—¿Es decir que no hay remedio?

—Por ahora solo la paciencia.

Francisco inclinó la cabeza aniquilado por el desengaño. En seguida levantó su pálido rostro y miró al jesuita como si quisiese escudriñar su corazon. Este sostuvo con audaz hipocresía aquella mirada, y creyendo que no debia arrancar la esperanza de aquel desgraciado, continuó:

—Hijo mio, tú sabes cuánto te amo, y cuánto vales en el cari-

ño de tu tio. Ni él ni yo podemos conformarnos con esta situacion. Así es que nuestros esfuerzos continúan y no cesarán hasta conseguir que la justificacion sea completa. Dios es omnipotente; para él no hay imposibles. Espera, que nosotros no descansamos. Solo en obsequio tuyo he solicitado de mi superior el trasladarme á Bruselas para estar cerca de tí. ¿Estás conforme?

Estas palabras empezaron á calmar al jóven, y contestó:

—Gracias, padre, de modo que os veré con frecuencia aquí.

—A lo menos una vez por semana para confesarte. Yo comprendí que el abandono sería para tí mas penoso que la misma reclusion, y te he seguido. Dentro de una semana estaré en Bruselas.

—¿Pero trabajareis por mi libertad?

—Con el mismo empeño, hijo mio. Allí estaré cerca de la corte, y tal vez mis trabajos serán algo fructuosos.

—Entretanto no sé cómo sufriré aquí tanta humillacion.

—Ahora voy á hacer al Sr. Ducpétiaux la mas grande recomendacion de tí para que tus penas sean menores. El es buen católico, y me oirá. Cálmate y ten paciencia. Antes de una semana vendré á verte. Retírate para que yo hable con él.

El jesuita se levantó y estrechó contra su pecho á su hijo *espiritual* para despedirse. Este salió para continuar sus trabajos, y el Sr. Ducpétiaux ocupó su asiento.

—Ya os he calmado al chico, señor director.

—Gracias, padre; el celador me dice que no durmió anoche un solo instante, y que esta mañana estaba agobiado. Pero esto pasa con todos. Hay que dejar á los reclusos uno ó dos dias para la reaccion. Hay algunos que llegan furiosos; pero tambien pasado este término entran en calma. Este, como todos, dice ser inocente. Ya sabeis.

—Lo mismo pasa en todos los tribunales; solo en los tribunales de la penitencia no hay falsedad ni mentira. El dia que se nos confie la administracion de justicia, el inocente será respetado.

—Pero el sigilo, padre, ¿cómo lo salvariais?

—Con el mismo poder con que lo impusimos, lo revocariamos.

—En efecto, así sabríais si este jóven era realmente inocente.

—Para este caso no se necesita la confesion.

— ¿Creeis que sea inocente en realidad?

— ¡Cómo habré de creerlo cuando se le encuentra el robo en el bolsillo!

— ¡Qué audacia!

— Apenas hallareis un reo entre cien que confiese su crímen.

— Es verdad, padre, yo lo veo aquí todos los dias.

— ¿De modo que este necesita todo el rigor de los reglamentos?

— Os diré, Sr. Ducpétiaux. Por ahora, sed con él un poco indulgente. Su tio, que es un buen católico y hombre honrado, vendrá seguramente para visitarlo. Si ve que el rigor es grande, como lo ama entrañablemente, hará un esfuerzo supremo, y tal vez el jóven se quede sin el castigo que merece. Yo vendré á confesarlo cada ocho ó quince dias, y os iré indicando el camino.

— Pero siempre sujetándole al reglamento.

— Sujetadle, sí, pero sin rigor. Podeis contar con veinte francos por mes para aquellos gastos y deseos que no alteren el órden del establecimiento; pero esto mientras se vea que el jóven se conduce con docilidad y paciencia. De lo contrario se le retirarán.

— ¿Y cómo puedo infundirle la paciencia?

— Trayéndole aquí á ciertas horas de recreo, aconsejándosela con benevolencia.

— Lo haré con todo gusto, padre.

— ¿Cuándo vendrá su tio?

— No lo sé. Pero os advertiré que de ninguna otra persona conviene que le dejeis ver.

— Estad sin cuidado, nadie lo verá.

— El jesuita se levantó, y dando á besar su mano al director, se retiró satisfecho de su conducta paternal.

## CAPITULO XXII.

### LA CASA DEL CRIMINAL.

Desde que Francisco faltó de su casa, los comentarios de criados y dependientes fueron aventurados, y cada uno inquiria, sospechaba y resolvia la duda como le parecia mas probable.

El primer dia, como hemos referido, fué de verdadera desolacion para el armador. Mas cuando á la mañana siguiente se persuadió de la dificultad que habia para sepultar el caso en la oscuridad; que era imposible justificar la aparicion de la corona en el bolsillo de su sobrino, entonces se resignó á esperar, y tomó su partido. Dijo que le habia enviado á Paris para que terminase sus estudios y viajase un poco; que para evitar dolorosas despedidas, habia preparado todo de antemano, y la marcha se habia verificado sin que nadie lo supiese.

Como nadie tenia el derecho de preguntarle por el jóven, el viaje fué creido, ó se aparentó creerlo.... Pero la angustia no se reserva mucho tiempo.

Al dia siguiente del suceso, el Sr. De Buck se presentó á la mesa seguido de Guillermo que ocupó el lugar de Francisco. La Srita. Elisa á la izquierda. El silencio mas completo reinó allí. Todos querian hablar de un mismo asunto, pero nadie se atrevia á hacerlo antes que el caballero. Hubo un momento en que faltó agua en un vaso. Le tomó, y alargándoselo á Guillermo, le dijo:

—Sírveme agua, Francisco.

El nombre que estaba en su corazon saltó á sus labios.

Ninguno se atrevió á hablar. Las lágrimas brotaron de los ojos de la Srita. Elisa. El Sr. De Buck llevó el vaso á sus labios, pero su garganta estaba cerrada por el dolor. Se levantó sin decir una palabra, y se retiró á su cuarto.

Desde aquel dia el armador comió solo servido por su camarista. Guillermo con los dependientes.

La Srita. Elisa variaba todos los dias de comedor.

La intimidad que habia llegado á establecerse entre Francisco y Guillermo, hacia que ambos jóvenes diesen cierta animacion á la casa con sus juegos, paseos y conversaciones, complaciendo al buen tio, viendo que les hacia felices con su proteccion. Cuando faltó Francisco, Guillermo quedó en la casa como aislado. Se diria que la vida se habia suspendido en la familia. Todo era monótono y triste.

El sábado siguiente, conforme á la costumbre, el Sr. De Buck ocurrió al tribunal de la penitencia. Su confesor le recibió con una solicitud verdaderamente paternal. Le aconsejó resignacion y esperanza en Dios. No dar paso ninguno sin consultárselo, pues se exponia á divulgar un hecho que estaba en total reserva, supuesto que no era dable justificar la conducta del jóven, y añadió:

—¿Además, hijo mio, quién puede responder de las acciones de los demas? Estos son los grandes sinsabores de la paternidad. Formais á un jóven en medio de la moralidad y buenos ejemplos, y tal vez mañana desmintiendo vuestros afanes y virtudes, se lanza en la carrera del crímen. Esta es la razon porque con dificultad se encuentra quien quiera hacerse cargo de un huérfano cuyos antecedentes desconoce.

—En efecto, padre. Ayer pensaba yo qué conducta seguirá Guillermo en lo futuro.

—Teneis razon, hijo mio: yo no os aconsejaré que le abandoneis, pero debeis vigilarle con el afan de un padre: consagraos á él sin descanso.

El armador reflexionó un poco, y contestó:

—No es fácil, padre, que los negocios y los pesares me dejen el ánimo bastante para cumplir tan sagrada mision, cuando acabo de ver lo que ha pasado.

— ¿Pues qué hareis con él?

— Padre, recuerdo que su confesor me decia que notaba en el jóven grande disposicion para otra carrera. Le pediré consejo.

— Hareis bien; el padre Lambert me habló, en efecto, de las virtudes y disposicion de Guillermo para las letras. El padre no está aquí, pero yo arreglaré con él el asunto, y si estais dispuesto y el jóven no se opone, podemos darle en uno de nuestros colegios un lugar de gracia para que haga otra carrera.

— Padre, siempre sois bondadoso, y solo á vuestros piés hallo consuelo. Hoy hablaré con Guillermo, y mañana despues de misa os participaré el resultado.

— Bien, hijo mio; mañana vendreis á comulgar, y en seguida os espero á desayunar en mi celda.

Terminó la confesion á poco, y levantándose el caballero se retiró pensando que iba á desprenderse de un cargo que tal vez mas tarde podria darle grandes pesares.

Cuando el armador volvió á su casa, llamó á Guillermo á su cuarto y le propuso pasar á un colegio. El jóven se encontraba ya preparado, tanto por las conversaciones del Sr. Van Dormael, como por las indicaciones de su confesor. Así es que creyó ver un beneficio en aquella indicacion, y se mostró dispuesto. Mas concentrándose un momento en sí mismo, exclamó:

— Señor, me habeis tratado como un padre, y me habeis ordenado que os hable con la ingenuidad de hijo, ¿no es verdad?

— Sin duda, háblame con ingenuidad.

— Pues bien, señor: ¿no me haceis esta proposicion porque haya cometido alguna falta involuntaria, y vuestro buen corazon solo os permite castigármela con un destierro benéfico, provechoso?

El Sr. De Buck vaciló por un momento, y contestó:

— Hijo, yo no tengo la menor queja de tu conducta. Muy al contrario, tus buenas cualidades me inducen á buscar para tu talento un horizonte mas extenso que el estrecho de mis negocios comerciales. Tú puedes brillar en otra esfera, elevándote por el estudio y la ilustracion, y no seré yo, que te he recibido como á hijo, quien limite tus alcances al círculo en que podria dejarte co-

locado en mi casa. Los Padres de San Cárlos tienen medios de sacar al gran mundo á los que son dignos de ello por su aptitud. Ellos te abren las puertas de sus colegios. Anda, hijo mio, estudia, elévate, Dios te llama en ese camino; sé grande sin olvidar que en todo tiempo mi casa es tuya y mi corazon es el de tu padre.

Guillermo se arrojó en los brazos de su benefactor con la efusion de la mas acendrada gratitud.

—Señor, exclamó incorporándose: os juro que jamas olvidaré que de mendigo me habeis recogido; que vuestra casa ha sido mi cielo y vuestro cariño mi salvacion. Os juro que seré siempre para vos y para todos los vuestros, el mas fiel y el mas solícito de vuestros protegidos.

El armador sintió dentro de sí un presentimiento doloroso; su corazon se oprimió por un momento. Entonces, poniéndole una mano sobre el hombro y mirándole cara á cara, le dijo con el acento mas solemne:

—Guillermo, dicen que las dotes con que Dios te ha adornado, te llaman á elevados puestos y distinciones de la sociedad. Júrame que si alguna vez mis sobrinos necesitan de tu apoyo y proteccion, serás para ellos lo que yo he sido para tí.

Guillermo retrocedió al oir aquellas palabras. ¡El mendigo, el desgraciado, el huérfano, podia llegar á ser alguna vez el amparo de su protector, de su padre! El pobre niño, que agobiado de hambre y de frio habia venido á aquellas puertas para ser algo, ¡podia prestar apoyo á los que le habian devuelto la vida llevando el pan á sus lábios con la mas exquisita caridad! Otro corazon menos elevado que el del jóven, habria sentido orgullo al entrever un porvenir que antes de abrirse para él, ya le ponia en actitud de ofrecer proteccion á los demas. Pero el pobre mendigo de la catedral tenia una alma superior, incapaz de mirar al mundo por el lado de la ruindad y la miseria. Su corazon sintió pena al pensar que sus benefactores podrian llegar á descender de su alta posicion para implorar del protegido un apoyo.

Todas estas reflexiones pasaron por su imaginacion como un relámpago, y solo pudo mirar con asombro al armador. Este continuó:

—Júrame por lo mas sagrado que si alguna vez mis sobrinos llegan á tus puertas en la desgracia, antes que otra consideracion les abrirás tus brazos y tu corazon como á tus hermanos!

—Señor, contestó Guillermo cayendo de rodillas: os juro por el último suspiro de mi madre, que vuestros sobrinos serán para mí dos hermanos consagrados por la mano de Dios.

El Sr. De Buck le levantó, y estrechándole en sus brazos, desahogó sus pesares con el llanto que hubiera debido derramar sobre la cabeza de un hijo.

Cuando se hubo tranquilizado un poco, prosiguió:

—Mañana participaré al Padre Marsay tu resolucion de ir al colegio. No olvides que donde quiera que estés, tus necesidades serán atendidas por mí con la misma voluntad que hasta ahora. Estudia, sé bueno, y jamas olvides tu juramento.

Al dia siguiente, en presencia del jóven, quedó concertado entre el Padre Marsay y su confeso, que Guillermo partiria para Italia al Colegio Romano; donde haria sus primeros estudios para tomar en seguida la carrera que mas le agradara.

De vuelta á su casa, ya no se ocupó de otra cosa que de los preparativos de su marcha.

La Señorita Elisa con las lágrimas en los ojos, veia desmoronarse aquella familia que habia vistò crecer y juguetear á su lado. Veia desaparecer á sus queridos señoritos que en fuerza del trato y de su buena índole, miraba con un afecto maternal. Ella que no habia formado una familia, la habia encontrado allí, y habia desahogado su necesidad de amar, consagrando á aquellos niños todos sus afectos.

Arregló, pues, la pequeña maleta del jóven y la puso en sus manos, diciéndole:

—Tambien tú nos abandonas, Guillermo. Adios, abrázame; ¡quién sabe si volverás á verme! Al menos me puedo despedir de tí. ¡Ojalá lo hubiera podido hacer así con Francisco! Tal vez tú serás mas dichoso que yo, y volverás á verlo allá adonde vàs. Yo me quedo sola con el caballero, supuesto que mi Señorita Agustina poco á poco se va quedando en el colegio.

—Pero yo volveré, Señorita Elisa. Voy á estudiar, y las vacaciones las pasaré acá. Ya vereis.

—¡Quién sabe, hijo mio, vas muy lejos! ¡Cómo va á quedar esta casa! Va á parecer un sepulcro. Ya no te veré correr con mi señorito; ya no os cuidaré ni atenderé; ya no se oirán vuestros juegos y bullicio. ¡Qué tristeza, Dios mio!

—Vamos, Señorita Elisa, no lloreis. Yo volveré y Francisco tambien, y nos vereis como antes. No os aflijais mas.

—Guillermo, mi corazon me dice que no volveré á veros.

La voz del Señor De Buck se oyó.

—Guillermo, despídete; ya te espero.

La Señorita Elisa le estrechó en sus brazos llorando, y apenas pudo decirle adios.

En el mismo dia salió para Roma, y una semana despues comenzaba á estudiar latinidad en el colegio de San Ignacio.

# CAPITULO XXIII.

## LA CINTA BLANCA.

Dos años habian pasado desde que la Srita. Agustina habia llegado al Colegio de las Hermanas con la mas intensa repugnancia. Y sin embargo, desde la primera caricia que recibió de Sor Agueda, su ánimo fué ensanchándose poco á poco, hasta llegar á sentir el afecto mas tierno, el amor mas firme, y por último, la total preferencia del colegio á su familia y á cualquiera otra sociedad.

Los halagos, las preferencias y los honores habian verificado ese cambio tan marcado en sus sentimientos.

Al terminar el año de 1837, la jóven habia recibido la cinta del Santísimo Sacramento. Esta cinta no es una escala entre las Hijas de María; es un premio á la buena conducta, á la docilidad mas absoluta, á la decicion mas completa por la comunidad.

Las jóvenes mas distinguidas, aquellas que deseen entrar á la Orden, son promovidas á la cinta blanca, que con una M bordada al lado izquierdo, y una custodia sobre la letra, constituye la ambicion de todas las colegialas.

Anticipadamente se les participa por la superiora que en la asamblea han sido promovidas, y está aprobado su premio, á fin de que se preparen por medio de la confesion y comunion para recibirla debidamente.

El dia fijado, todas las jóvenes que deben recibirla, vestidas con trages blancos concurren á una misa solemne seguidas de todo el colegio. Toman lugar en el presbiterio donde permanecen de rodillas durante toda la ceremonia.

Las nubes del incienso, los acordes de la música, la presencia de toda la comunidad, de todo el colegio y del público, unido todo esto á la solemnidad de las ceremonias, elevan la imaginacion de las agraciadas á las regiones del misticismo mas exaltado. Cuando se les ha dicho que el mundo es un valle de miseria y llanto; que la sociedad no produce sino males sin cuento; que fuera de la puerta del claustro no hay ventura, el momento solemne de recibir la cinta es el momento de la felicidad.

Terminado el evangelio, el celebrante toma la cinta, y despues de exigirles promesa de ser obedientes, modestas, observantes de la religion y con especialidad del Sacramento, pone al cuello de cada una la codiciada cinta blanca.

Todas las religiones, tratando de arrebatar la imaginacion al punto que desean, han revestido su ceremonial con todos los atractivos que tocan con mas energía las fibras del sentimiento.

Un sermon alusivo sigue á este acto, excitando al cumplimiento de las promesas á las nuevas Hijas del Sacramento, y á las demás para que procuren por medio de sus virtudes hacerse acreedoras á esa gracia.

Antes de consumir el celebrante les da la comunion, y con la misa termina la ceremonia que dispone á las premiadas á todas las distinciones que pueden disfrutar en el colegio.

Agustina bajó del altar con el firme propósito de no abandonar nunca el colegio, vagando su imaginacion en el ideal grandioso de cambiar su blanca vestidura por la túnica de las Hijas de la Caridad.

El Sr. De Buck la esperaba en la habitacion de la superiora.

El armador habia cambiado mucho: sus cabellos empezaban á encanecer, y una profunda arruga asomaba en su frente, como la huella de un pesar, de un recuerdo angustioso que incesante cruzaba por su cerebro.

Poseido del fanatismo religioso mas exasperado, empezaba á mirar como una dicha la clausura de su sobrina, temiendo para

ella en el mundo tropiezos y desventuras que habia creido lejos de su casa antes de la catástrofe de Francisco.

Al verla llegar condecorada con la cinta blanca, la estrechó entre sus brazos sin poder articular una palabra.

—Sr. De Buck, decia la superiora, me entregásteis una jóven deseosa de brillar en la sociedad. Yo os presento ahora á una hija del Santísimo Sacramento deseosa de brillar en las virtudes.

—Gracias, Sor; mi sobrina no será indiferente nunca á tanta felicidad y distincion. ¿No es verdad, Agustina?

—Tio, creo que solo aquí está la felicidad. Yo deseo no abandonar jamas á las Hermanas.

—¿Piensas acaso entrar á la comunidad?

—Lo deseo con todo mi corazon.

—Piénsalo mucho, exclamó la superiora. Dios te iluminará.

Al siguiente dia, el Padre Marsay recibia la noticia de que la señorita De Buck habia manifestado su deseo de pertenecer á la comunidad.

En efecto, pocos meses despues frecuentaba las casas de caridad con el carácter de postulante.

Cuando Vicente de Paul derramó la semilla de su célebre institucion, adoleció desde luego de la exageracion de su misticismo, marcado perfectamente en el párrafo 5° de sus "Reglas comunes de las hijas de la caridad, siervas de los pobres enfermos." Y sin embargo, en ellas previene lo que estamos muy lejos de haber alcanzado en las comunidades actuales.

La diferencia entre las disposiciones que contiene el párrafo 2° y lo que hoy existe, haria creer que las comunidades que conocemos pertenecian á diversa institucion.

Para poder comparar, tomamos las "Reglas" mencionadas:

## "Reglas comunes de las hijas de la caridad, siervas de los pobres enfermos.

### DEL FIN Y VIRTUDES FUNDAMENTALES DE SU INSTITUTO.

1. El fin principal para que Dios ha llamado y reunido á las Hijas de la Caridad, es para honrar y venerar á nuestro Señor Jesucristo, como manantial y modelo de toda caridad, sirviéndole

corporal y espiritualmente en la persona de los pobres, ya sean enfermos, niños, encarcelados, ú otros cualesquiera que por rubor no se atreven á manifestar sus necesidades. Por tanto, para que pueda corresponder dignamente á tan santa vocacion é imitar un modelo tan perfecto, procurarán vivir santamente, y trabajar con mucho cuidado en adquirir su propia perfeccion, reuniendo los interiores ejercicios de la vida espiritual á los ejemplos exteriores de la caridad cristiana, que ejercitarán con los pobres conforme á las reglas siguientes, las que procurarán practicar con fidelidad, como que son los medios mas á propósito para conseguir este fin.

2. Tendrán presente que aunque no vivan en una religion, por no ser compatible tal estado con los empleos de su vocacion, con todo, hallándose mucho mas expuestas que las religiosas en todo lo exterior, pues no tienen ordinariamente por monasterio sino las casas de los enfermos, por celdas, cuartos de alquiler, por capilla la iglesia de la parroquia, por claustros las calles de la ciudad ó las salas de los hospitales; por clausura la obediencia, por rejas el temor de Dios; y finalmente, no teniendo otro velo que la santa modestia, deben, en fuerza de estas reflexiones, tener una vida tan virtuosa como si fuesen religiosas profesas, y portarse en todas partes donde se hallen entre gentes con tal recogimiento, pureza de corazon y cuerpo, desasimiento de las criaturas, y con tal edificacion como se portaria una verdadera religiosa en el retiro de su monasterio.

3. La primera cosa que procurarán observar inviolablemente, será el apreciar mas la salvacion de sus almas que todas las cosas de la tierra, y no omitir medio alguno para mantenerse siempre en gracia de Dios, huyendo para esto del pecado mortal mas que del demonio y de la muerte, y haciendo todo lo posible con el auxilio de Dios para no cometer los veniales con propósito deliberado; mas para conseguir del Señor las gracias para esto necesarias, y recibir las recompensas que promete á los que se emplean en el servicio de los pobres, deben, además, aplicarse con el mayor conato á adquirir las virtudes cristianas, especialmente las que se les recomiendan en las reglas siguientes.

4. Practicarán todos sus ejercicios, tanto espirituales como corporales, con espíritu de humildad, sencillez y caridad, y en union

de los que Nuestro Señor Jesucristo hizo en la tierra, dirigiendo su intencion á este fin desde la mañana, y al principio de cada accion principal, y con mas particularidad cuando van á servir á los enfermos, y no deben olvidar que estas tres virtudes son como las facultades del alma, que deben animar á todo el cuerpo en general, y á cada miembro en particular, ó de su congregacion; en una palabra, este será su espíritu propio y particular.

5. Mirarán con horror las máximas del mundo, y abrazarán las de Jesucristo, especialmente las que recomiendan la mortificacion interior y exterior, el desprecio de sí mismas y de las cosas de la tierra, prefiriendo los empleos bajos y repugnantes á la naturaleza, á los honrosos y agradables, tomando siempre el último lugar y el despojo de las demas, y persuadiéndose que aun así se les trata mejor de lo que por sus pecados merecen.

6. No tendrán apego á cosa alguna criada, y en particular á los lugares ó países, á los empleos ó las personas, *ni aun á sus mismos parientes* y confesores; estarán siempre dispuestas á dejarlo todo cuando lo exige la obediencia, acordándose de que nuestro Señor dice que no somos dignos de él, si no dejamos á nuestro padre, madre, hermanos y hermanas; si no renunciamos á nosotros mismos y á todas las cosas por seguirle.

7. Sufrirán de buena gana y por amor de Dios las incomodidades, contradicciones, burlas, calumnias y otras mortificaciones que hasta de bien obrar podrá sobrevenirles, acordándose de que nuestro Señor, que era la misma inocencia, padeció muchas mas y mayores, rogando al mismo tiempo por los mismos que le crucificaban; y que todo esto no es mas que una pequeña parte de la cruz que quiere lleven en pos de él en la tierra, para que merezcan hacerle compañía despues en el cielo.

8. Tendrán una grande confianza en la Divina Providencia, abandonándose enteramente á ella como niño á la nodriza; persuadiéndose que si ellas de su parte procuran ser fieles á su vocacion y á la observancia de sus reglas, las tendrá Dios siempre bajo su proteccion y las asistirá en cuanto fuere necesario, tanto por el cuerpo como por el alma: esto aun cuando les parezca que ya todo está perdido.

Observarán la santa pobreza en sus mismas enfermedades, con-

tentándose con la asistencia de los pobres en medicina, alimentos y demas auxilios necesarios, sin impacientarse ni censurar el no ser tratadas segun su gusto.

Esta es la ocasion en que deben considerar que las siervas no han de ser mejor tratadas que sus amos, y que es para ellas una gran dicha el poder sufrir alguna cosa por amor de aquel Dios que se vale de este medio para ejercitar su paciencia y aumentar su mérito; además de que no saben lo que les conviene tan bien como el médico y enfermeras, á quienes por consiguiente es justo que dejen el cuidado de su salud; por lo que no comerán sino á las horas que les prescriban, ni tampoco en otros parajes que en la enfermería ó en el refectorio, y no recibirán ni harán cosa alguna sin licencia de la superiora ó de la hermana sirviente; tampoco les darán cosa alguna las demas hermanas que las visiten sin el mismo permiso. Si alguna persona de afuera quisiere tratarlas con mas delicadeza y abundancia, agradecerán con mucha humildad y cortesía su buena voluntad, y les suplicarán, aunque con respeto, que no les impida la observancia de las reglas en este punto, las cuales no por esto les prohiben recibir algun alivio con permiso de la superiora ó de la hermana sirviente, cuando de él tuvieren verdadera necesidad.

9. Permaneciendo en la casa en que reside la superiora, se guardarán bien de dar de comer ni de alojar en ella á personas externas sin permiso; las hermanas que viven en las casas de parroquia ó en otras muy distantes, guardarán la misma regla con su hermana sirviente, la cual no lo permitirá sin grave necesidad, y sin licencia particular ó general de la misma superiora, y aun esto tan solo con las personas de su mismo sexo, aunque en ello no hubiere otro mal que el de disponer de unos bienes que no les pertenecen, y cuyo uso está limitado á la necesidad de sus personas.

## CAPITULO III. — DE LA CASTIDAD.

1. Harán todo lo posible para conservar la perfecta pureza de cuerpo y corazon, á cuyo fin desecharán con prontitud toda suerte de pensamientos contrarios á esta virtud, huyendo cuidadosamente

todo cuanto pueda en cualquier modo marchitarla, y en particular el deseo de parecer agradables, la vanidad y la afectacion en los vestidos, en el andar y hablar, como tambien la curiosidad de oir y ver á las gentes, sea por la ventana, ó andando por las calles; el presumir de sí mismas, y el frecuente trato con los externos fuera de los casos de verdadera necesidad. En fin, evitarán cuanto les sea posible todo lo que pueda dar al prójimo la menor ocasion de sospechar de ellas, aun en la cosa mas mínima del vicio contrario; porque esta sola sospecha, aunque infundada, seria mas perjudicial á su congregacion y santos ejercicios, que todas las demas culpas que falsamente les pudieran imputar.

2. Siéndoles tan necesaria la santa modestia, no solo para edificar al prójimo, sino tambien para conservar la pureza angelical, que fácilmente se marchita con los actos de inmodestia, serán solícitas en guardarla en todo tiempo y lugar; á cuyo fin pondrán cuidado en llevar los ojos bajos, particularmente por las calles, iglesias, en las casas de los externos, y sobre todo, hablando á personas de otro sexo, y aun estando reunidas ellas mismas en su sala durante el tiempo de la oracion, de las conferencias, del silencio y de la comida. Evitarán asimismo la precipitacion en el andar y en sus demas acciones, y conservarán la limpieza en sus vestidos y muebles, pero sin afectacion alguna. Se abstendrán tambien en sus recreaciones de toda ligereza pueril, de reir desmesurado, de discursos y gestos descompuestos, y de todo juego prohibido, ó que incite á alguna cosa menos decente. Jamas se tocarán unas á otras sin necesidad, ni aun por chanza ó señal de amistad; pero podrán abrazar en espíritu de caridad, á las nuevamente recibidas en la comunidad, á las que vienen de afuera, y tambien para reconciliarse con alguno á quien hubieren contristado; en cuyos casos les es permitido el besarse solamente en la mejilla, no en la boca, y esto no ha de ser en las calles ni iglesias, y siempre de rodillas.

3. Huirán con sumo cuidado de la ociosidad, como madre de todos los vicios, y en particular de la impureza: á cuyo fin, si el cumplimiento de sus oficios ó ejercicios notados en el empleo del dia, propio de cada una, les diere algun rato de descanso, le em-

plearán fielmente en hilar, coser, ó en otra cosa semejante; y si no tuvieren ocupacion alguna, rogarán á la superiora ó á su asistenta que se la dé y las hermanas de las casas distantes la solicitarán de la hermana sirviente. No tendrán en paraje alguno pájaros, perritos, ni otros semejantes animales para diversion, que puedan darles ocasion de emplear mal el tiempo, y se harán cargo de conciencia, si malogran un solo instante, acordándose de la estrecha cuenta que les pedirá Dios de él. Tampoco se ocuparán en los dias de trabajo, en otras oraciones que en las prescritas en su empleo del dia, ni se detendrán á oir mas de una misa, á no ser que se vean precisadas á ello.

4. Como el trato desarreglado con los externos puede perjudicar á su pureza, aunque les sea ventajoso y meritorio cuando es por obediencia y para el cumplimiento de sus obligaciones con los pobres, por tanto, no saldrán de casa sin licencia de la superiora, á quien expondrán el motivo por qué salen y á donde van, y á la vuelta se presentarán á la misma, dándole cuenta de su viaje. Las hermanas de las parroquias y de las demas casas harán lo propio con su hermana sirviente, la cual les nombrará compañera antes de salir, y todas en esta ocasion se acordarán de tomar agua bendita, y de ponerse de rodillas en la capilla ú oratorio, para ofrecer á Nuestro Señor al salir lo que van á hacer, pidiéndole su bendicion y gracia para no ofenderle; lo propio harán á la vuelta para darle gracias por las mercedes que les hubiere hecho, y pedirle perdon por las faltas que hayan podido cometer.

5. No harán visita alguna sino por necesidad y con licencia de la superiora ó hermana sirviente; y si en alguna ocasion se vieren precisadas á presentarse á magistrados, administradores, ú otras personas semejantes, irán siempre de dos en dos, de modo que la compañera no pierda jamás de vista á la otra hermana; y si ninguna de sus hermanas pudiere salir, por compañera tomarán alguna niña de la escuela ó alguna mujer del vecindario, á quienes suplicarán que no se separen de ellas.

6. Siempre saldrán acompañadas del modo dicho cuando vayan á llevar la racion de caridad á algun pobre eclesiástico enfermo ó á cualquiera otra persona existente en los colegios, cárce-

les ó en otros lugares, donde con razon deberán ir mas sobre sí mismas. Tambien procurarán, si posible les fuere, que por otra mano se den los remedios á las citadas personas, y de ningun modo los darán á las que estuvieren en lugares sospechosos; ni tampoco les llevarán la racion ordinaria de caridad, y no cuidarán poco ni mucho de las personas desacreditadas por el vicio de la impureza, ó por acometimiento del mal que de ella procede. En cuanto á los pobres enfermos, especialmente de otro sexo, irán siempre con una grande precaucion al darles los remedios, ó haciéndoles cualquiera otro servicio, y no se les acercarán demasiado, aun durante la agonía, y exhortándoles á bien morir.

7. Si algunas personas de afuera vinieren á visitarlas, no las hablarán ni harán que las hable hermana alguna sin haber antes obtenido el permiso de la superiora ó de la hermana sirviente, y entonces irán á hablarles á la puerta ó á algun otro lugar inmediato, si es que le hay destinado para recibir dichas personas; pero no les introducirán mas adentro en el cuerpo de la casa, y aun mucho menos en sus habitaciones, sin órden expresa del superior; esto aunque sean personas del mismo sexo, y no pretendan otra cosa que ver la casa. Tampoco harán entrar en ella á los eclesiásticos ni á sus confesores, á no ser que estuvieren enfermas, en cuyo caso habrá siempre á lo menos una hermana presente en algun lugar bastante cercano, desde el cual pueda verlos; de la misma precaucion se servirán tambien con el médico, boticario, cirujano y demas personas que tengan permiso de visitarlas en sus enfermedades. Con mayor razon omitirán visitar á sus confesores ú otros eclesiásticos en sus mismos cuartos, á no estar gravemente enfermos, porque en este caso bien podrán ir, pero siempre dos juntas sin separarse; y si fuera de este caso fuere necesario hablarles, lo harán en la Iglesia ó en la entrada de la casa con presencia de testigos, y nunca á deshora. Si por casualidad se hayase alguna sola con algun hombre, sea el que fuere, no se detendrá con él ni un instante, á no ser que estuvieren las puertas cerradas.

8. Siempre que se encuentren con personas de otro sexo, serán muy comedidas en el hablar y en todo lo exterior, huyendo de

manifestarles demasiado afecto y complacencia, y cortando brevemente la conversacion, aunque sus discursos sean de cosas piadosas, ó que miren al bien de los pobres, ó de alguna otra cosa útil para lo mismo. No harán que las enseñen á escribir hombres, y menos sufrirán jamás que ninguno las bese ni las toque bajo ningun pretexto.

9. Cuando vayan por las calles ó casas en que tengan que hacer para el servicio de los pobres, no se detendrán con los externos sin grave necesidad, para lo cual procurarán satisfacer á sus preguntas con pocas palabras, y desviando prudentemente con algun buen discurso las noticias que les refieran del siglo, de las cuales se abstendrán todas de informarse por curiosidad, no solo por parte de los externos, sino tambien por parte de las hermanas. Tampoco averiguarán los negocios particulares de las familias, ni aun con pretexto de consolar á los pobres, por ser todo esto contrario al espíritu de devocion y al buen ejemplo que deben dar al prójimo.

10. Contribuyendo tanto la sobriedad y el buen órden en el comer para la salud del alma y del cuerpo, y en particular para conservar la pureza, procurarán conformarse en esto al reglamento que se observa en la casa de la superiora, así en la calidad y cantidad de la comida y bebida, como en cuanto á las horas y tiempo determinados; pero si alguna tuviere necesidad de comer ó beber fuera de las horas ó fuera de casa, ó bien de tomar algun alimento extraordinario, pedirá licencia para ello á la superiora ó á la hermana sirviente de la casa en que se hallare; mas á ninguna se concederá beber vino sin expresa licencia del superior de su Congregacion.

11. Aunque las continuas fatigas de las Hijas de la Caridad no les permiten hacer muchas penitencias y austeridades corporales, con todo, podrán alguna vez practicar algunas con licencia de la superiora en casos ordinarios, y con la del superior en los extraordinarios. Ademas ayunarán todas las vigilias de las fiestas de precepto de Nuestro Señor y de la Vírgen Santísima, y tambien todos los viérnes del año, á excepcion de los que hay desde Pascua de Resurreccion hasta Pentecostes, de los viérnes en que caiga la

fiesta del titular ó dedicacion de la parroquia, y finalmente, se omitirá tambien cuando hubiere otro ayuno en la semana. Guardarán ademas abstinencia los miércoles de Adviento y el lúnes y mártes de Quincuagésima; pero en todos estos dias las enfermizas, las que van á servir á los enfermos, y las que estén empleadas en otros trabajos pesados, podrán tomar por la mañana un poco de pan ó alguna otra cosilla por medio de medicina: lo propio podrán hacer en los dias de ayuno prescrito por la regla con licencia de la superiora ó de la asistencia en su ausencia, ó bien de la hermana sirviente en los parajes distantes; y en los ayunos prescritos por la Iglesia, lo podrán hacer con la aprobacion del superior ó director. Por lo demas, deberán estar persuadidas de que las mortificaciones exteriores valen poco si no van acompañadas de las interiores, que consisten en someter el propio juicio y voluntad á las disposiciones de los superiores, y en combatir y vencer las pasiones y malas inclinaciones, no dando á los sentidos las satisfacciones que pretendan, fuera de los casos de necesidad.

## CAPITULO IV.—DE LA OBEDIENCIA.

I. Las Hijas de la Caridad honrarán y obedecerán en lo que fuere conforme á su instituto, á los señores obispos en cuya diócesis se hallaren establecidas; tambien obedecerán al superior general de la Congregacion de la Mision, como á superior que es de su Congregacion, y á los que este hubiere diputado para dirigirlas ó visitarlas; asimismo á la superiora, y en su ausencia á la asistenta y á las demás oficialas de la casa en cuanto fuere concerniente á sus oficios; á las hermanas sirvientes que les fueren nombradas en las parroquias y en otros parajes en que se hallaren establecidas, á las hermanas oficialas de los hospitales, y á las que van con el cargo de las demás en los viajes. Obedecerán tambien sin ninguna tardanza al sonido de la campana como á la voz de nuestro Señor que las llama á los ejercicios de la Comunidad.

2. Sobre todo procurarán una obediencia puntual con sumision de juicio y voluntad en todo aquello en que no se vea pecado, y esto para toda clase de superioras y oficialas, tanto perfectas y

agradables cuanto imperfectas y desapacibles; teniendo presente que no tanto se obedece á las personas cuanto á nuestro Señor Jesucristo, que manda por medio de ellas, y que dice el mismo Señor á los que están encargados de otros: "Quien os escucha, me escucha; y quien os desprecia, me desprecia."

3. Cuando fueren enviadas á alguna parroquia para permanecer en ella y servir á los pobres enfermos, la hermana sirviente, acompañada de alguna de sus hermanas, irá á recibir de rodillas la bendicion del señor cura; y mientras permanecieren en su parroquia le prestarán toda suerte de honor y respeto, y aun obediencia en lo que mira á la asistencia de los enfermos, particularmente en lo concerniente á los socorros espirituales á que ellas pueden contribuir. Tendrán asimismo grande respeto á todos los demas eclesiásticos, y particularmente á los que les fueren señalados para confesarlas, y lo propio á los confesores de los pobres, mirándolos siempre casi con la misma veneracion con que los mirarian si estuviesen en el altar, y sometiéndose á su órden y dictámen en todo lo que no fuere pecado ó contrario á las reglas y prácticas de su Congregacion, ni opuesto á la intencion de sus superiores; pero si alguno de estos no cumpliese con su deber para con los enfermos, no se tomarán la libertad de reprenderlo, sino que suplicarán al señor cura le advierta su obligacion.

4. Tambien reverenciarán y obedecerán en lo que mira al servicio de los enfermos, á los administradores de los hospitales en que se hallaren establecidas y á las señoras de la Caridad encargadas de las parroquias que estuvieren de semana ó en ejercicio, pero á cada una segun su oficio, conforme á los reglamentos del paraje y á las reglas de su Congregacion. Obedecerán ademas, á los médicos, cumpliendo puntualmente sus órdenes, tanto relativas á los pobres como á las hermanas enfermas; y estas obedecerán del mismo modo al médico y á la enfermera en lo que pertenezca á su oficio que no fuere contrario á sus reglas.

5. No abrirán las cartas y esquelas que les escribieren, sin permiso de la superiora, la cual debe leérlas antes, ni tampoco escribirán sin el mismo permiso; obtenido este, entregarán á dicha superiora las cartas que hubieren escrito para que las vea, y re-

mita ó retenga segun bien le pareciere. Las hermanas que se hallaren distantes de la casa de la superiora, harán lo propio con su hermana sirviente, á quien toca ó compete el abrir las cartas que se dirigen tanto á ella como á sus hermanas, y las que estas escribieren á otras personas.

6. No obstante, todas deberán saber que la regla anterior no obliga á manifestar las cartas que se escriben al superior, al director ó la superiora, ni las que reciban de estos, las cuales no deben manifestar á los externos, ni aun á sus propias hermanas, contentándose con decirles de palabra, las cosas de que sea á propósito que tengan conocimiento. Además, deberán saber todas, que las cartas que escriban á los externos ó personas particulares de su Congregacion, las hermanas sirvientes, ó las que estuvieren al frente de otras hermanas, deberán remitirse á la superiora abiertas, y sin cerrar otra carpeta que la de encima, la cual debe dirigirse á la misma superiora cuando las tales cartas se envian ó han de pasar por el lugar en que ella reside.

7. Las hermanas sirvientes que viven fuera de Paris, cuidarán de escribir dos ó tres veces al año á la superiora, dándole cuenta de sus empleos y del estado de sus hermanas, y unas y otras podrán escribir á dicha superiora ó al superior siempre que tuvieren cosa importante que comunicarles; las hermanas sirvientes darán siempre plena libertad á las demas, para escribir á los superiores, sin manifestar deseo alguno de ver sus cartas, ni las que de ellos recibieren. Las hermanas que no sepan escribir, podrán suplicar á alguna de sus hermanas, al señor párroco, ó alguna persona de confianza, que les haga este favor, del cual usarán en toda ocasion con suma prudencia, no dictándoles cosa alguna que no puedan manifestarles sin faltar á la caridad.

## CAPITULO V.—DE LA CARIDAD Y UNION QUE DEBEN TENER ENTRE SÍ.

1. Acordándose del nombre de Hijas de la Caridad, procurarán hacerse dignas de él, con un sincero y verdadero amor de Dios y del prójimo, y especialmente amándose unas á otras como hermanas unidas por nuestro Señor para su servicio, con una

particular profesion de obras de caridad, y harán todo lo posible para conservar entre sí la union mas perfecta. Por esto echarán con prontitud de su corazon, todo movimiento de adversion ó de envidia contra sus hermanas, y se guardarán bien de prorumpir en palabra alguna, desabrida ú ofensiva, tratándose todas con mansedumbre cristiana y respetuosa cordialidad, la cual debe siempre resplandecer en sus semblantes y palabras.

2. Disimularán gustosas las imperfecciones de sus compañeras como quisieran ser toleradas en las suyas, y se acomodarán cuanto puedan á su dictámen y génio en todo lo que no fuere pecado ni contrario á las reglas, teniendo un especial cuidado de manifestar mucha caridad á aquellas cuyo humor tenga menos simpatía con el suyo, porque esta santa condescendencia acompañada del sufrimiento, es un excelente medio para mantener la paz y union en la Comunidad.

3. Si por humana fragilidad sucediese que alguna hermana haya causado motivo de sentimiento á otra, le pedirá sin falta perdon de rodillas en el mismo instante, ó á mas tardar antes de acostarse, y la ofendida recibirá con humildad y agrado la humillacion de su hermana, pues esta santa costumbre es un remedio eficaz para curar con prontitud la amargura del ánimo y el resentimiento que pudiera quedar de la falta cometida; mas para no impedir el efecto saludable de esta santa práctica, se abstendrá la ofendida de valerse de la humillacion de su hermana para satisfacer á su mala inclinacion, exagerando la falta ó diciéndole palabras ásperas: tampoco la reconvendrá, aunque hubiese caido repetidas veces en el mismo defecto.

4. Tendrán particular cuidado de las hermanas enfermas, en especial de las que están fuera de la casa de la superiora, mirándolas como siervas de Jesucristo, pues lo son de sus miembros, los pobres, y como á propias hermanas, pues que todas son de un modo particular hijas de un mismo padre, que es Dios, y de una misma madre, que es la Congregacion; por cuyo motivo les servirán con todo el afecto y puntualidad que les sea posible. Tendrán sobre todo un cuidado particular en avisar con tiempo al confesor, cuando alguna hermana estuviese enferma y de pro-

curar que reciba los Santos Sacramentos y demas socorros espirituales de que tenga necesidad. Por lo que respecta á la asistencia corporal, guardarán lo prevenido en el núm. 6 del capítulo II de la Pobreza, y en las reglas siguientes.

5. Siendo la demasiada delicadeza consigo mismas muy contraria á la caridad bien ordenada, y aun al moderado cuidado de la propia salud, y pudiendo ella con frecuencia inclinar á las hermanas, especialmente de las parroquias, á manifestar sus malecillos á los médicos de los pobres, los cuales medicinándolas con facilidad, las expondrian á peligro de arruinar su salud en lugar de procurársela, por tanto, no harán uso de remedio alguno, ni de sangría, ni para esto consultarán al médico ni á otras personas de igual profesion sin permiso de la superiora, si es que residen inmediatas á ella, ó en las parroquias de la ciudad en que ella vive, á no ser que la enfermedad sea muy ejecutiva, como la apoplegía, hemorragia, etc. Mas sea la enfermedad que se fuere, darán aviso de ella á la misma superiora el segundo ó á mas tardar el tercer dia. Por lo que toca á las que estuvieren distantes, pedirán esta licencia á la hermana sirviente, quien no la dará sin conocida necesidad, y procurará dar ella misma ejemplo á las demás en el cumplimiento de esta regla. Todas las hermanas, despues de recobradas, seguirán la vida comun, sin pretender usar por mas tiempo de las licencias particulares concedidas durante la enfermedad.

6. Asistirán al entierro de las hermanas que murieren en el lugar de su residencia, y aun en los inmediatos, si les avisaren con tiempo. Ofrecerá cada una por el reposo de la difunta las tres primeras comuniones de los dias acostumbrados, y nueve partes de rosario en los dias siguientes; harán ademas celebrar por cada difunta una misa cantada y tres rezadas, y en los demas seguirán la costumbre de su Congregacion, tal cual se observa en la casa en que reside la superiora. Asistirán tambien al entierro de los pobres á quienes hayan servido, si sus ocupaciones lo permiten, y rogarán á Dios por el reposo de sus almas.

---

## CAPÍTULO VI.—DE ALGUNOS MEDIOS PARA CONSERVAR ENTRE ELLAS LA UNION Y CARIDAD.

1. Aunque todas deben tenerse un grande amor, evitarán no obstante con cuidado las amistades particulares, que son tanto mas nocivas cuanto menos lo parecen, por ir disfrazadas ordinariamente con el velo de la caridad, no siendo en realidad mas que un desordenado afecto de la carne y sangre; por esto huirán de ellas con tanto y aun mas cuidado que de las aversiones, por ser capaces estos dos estremos viciosos de perder en poco tiempo toda una congregacion.

2. Para evitar la ocasion de las murmuraciones, no menos perjudiciales á la paz y union de una comunidad que los dos vicios precedentes, naciendo estas ordinariamente de la curiosidad de saber cuanto pasa, bajo el pretexto de un falso celo del bien comun, por esto no indagarán ni hablarán del gobierno de la congregacion, ni de los motivos por los cuales envían á esta y retiran á la otra hermana de sus empleos, ni tampoco de los oficios de las demás, pues no deben entrar ni ingerirse en ellos sin permiso; finalmente, tampoco discurrirán sobre las reglas de su congregacion para hallar que decir contra ellas, y mucho menos para quejarse. Mas si advirtieren alguna cosa que les parezca de consecuencia, expondrán con humildad y sencillez su pensamiento al superior, al director ó á la superiora, sin pensar mas en ello, y se guardarán bien de censurar su conducta ó el proceder de la hermana sirviente; pues todas estas especies de murmuraciones son un manantial de escándalos y divisiones, que atraen la maldicion de Dios, no solo sobre las personas que las promueven, sino tambien sobre las que las escuchan con complacencia, y aun sobre toda la comunidad.

3. Se guardarán mucho en sus conversaciones de hacer platillo de los defectos del prójimo, y mucho menos de sus hermanas, y si no es á los superiores, no referirán nada dentro de la casa de lo que de este particular oyeren fuera de ella;

pero si hasta tal punto se olvidare alguna de su obligacion, que pretendiese tener semejantes discursos contrarios á la caridad delante de sus hermanas, lejos de oirla estas, harán lo posible para impedir que continúe, arrodillándose, si fuese necesario, para suplicarla que cese; y si esto no bastare, se retirarán con presteza de su conversacion, como si oyeren el silbido de una serpiente.

4. Siendo el silencio el mas eficaz medio para evitar, no solo una multitud de faltas contra la caridad que se cometen por la lengua, sino tambien de otros muchos pecados que resultan de hablar mucho, segun el testimonio de la Sagrada Escritura, por tanto procurarán con todo cuidado observar esta virtud con toda exactitud en las horas prescritas en la distribucion del dia, y en especial desde la plegaria de la noche hasta despues de la misa del dia siguiente, la cual la oirán á las siete, poco mas ó menos; y tambien desde las dos hasta las tres de la tarde, de modo que se acuerden siempre, y aun andando por las calles, que dicha hora está dedicada de un modo particular al silencio; y si en este tiempo se vieren precisadas á hablar con otras, lo harán con pocas palabras y en voz baja. Tambien observarán el mismo silencio en las iglesias y sacristías de los hospitales que estuvieren á su cargo, en los oratorios privados y en el refectorio, especialmente durante la comida. Evitarán, además, el hacer ruido en los cuartos andando por la casa, y cerrando ó abriendo las puertas, particularmente de noche; y aun en los tiempos en que les es lícito conversar juntas, irán sobre sí para no levantar la voz, y procurarán hablar siempre en un tono muy moderado, segun conviene á su profesion y á la edificacion que deben al prójimo.

## CAPITULO VII.—DE LA CARIDAD CON LOS POBRES ENFERMOS.

1. Siendo su principal instituto el servir á los pobres enfermos, procurarán desempeñarlo con todo el cuidado y afecto que les sea posible, considerando que no tanto sirven á ellos cuanto al mismo Jesucristo. Bajo este supuesto, ellas mismas les llevarán la comida y remedios, tratándolos con dulzura, compasion, cordia-

lidad, respeto y aun devocion, por mas enfadosos que sean: del mismo modo se portarán en el servicio de aquellos á los cuales sintieren alguna repugnancia ó menos inclinacion, y se harán cargo de conciencia si los dejaren padecer, por no haberles dado precisamente en el tiempo y el modo conveniente los socorros que necesitan, sea por olvido culpable, por negligencia, ó por alguna aficion desordenada á sus ejercicios espirituales, los cuales, si fuere necesario, deben posponer á la asistencia de los pobres enfermos.

2. No se olvidarán de decirles de cuando en cuando algunas palabras de edificacion, exhortándoles á la paciencia, y procurando disponerlos á hacer una buena confesion general, y á morir ó vivir bien. Sobre todo pondrán un particular cuidado en enseñar las cosas necesarias para salvarse, y procurarán que reciban con tiempo los sacramentos, y estos mas de una vez si recayeren enfermos despues de convalecidos: todo segun el órden y modo prescrito en las reglas particulares de sus oficios acerca de los enfermos.

3. Siendo la caridad desordenada no solo desagradable á Dios, sino tambien perjudicial al alma de aquellos que así la practican, las Hermanas no emprenderán jamás el alimentar ni medicinar á enfermo alguno contra la voluntad de las personas de quienes ellas dependen, ni tampoco contra las órdenes que hubieren recibido, sin que á esto se muevan por las quejas que suelen dar los pobres descontentadizos, á los cuales no obstante procurarán consolar y satisfacer lo mejor que puedan, manifestándole compasion de sus males, sentimiento de no poderles asistir como ellos desean, y excitando cuanto sea posible á las señoras de la Junta de Caridad y á otras personas, á que hagan á los enfermos todo el bien que puedan.

4. Si algunas personas caritativas les dieren limosnas para los pobres enfermos de la parroquia en que ellas habitan, ó para otros necesitados, serán muy exactas en distribuirselas en la forma que los bienhechores les hayan prescrito, y no harán ellas participantes á otros pobres, pues no es lícito disponer de tales limosnas, sino conforme á la intencion de las personas que las hayan depo-

sitado en sus manos. Si ellas tuvieren parientes pobres, invitarán todavía con mas cuidado el faltar á este precepto, no sea que el amor natural las engañe con pretexto de caridad, ni tampoco pedirán á personas de afuera asistencia alguna para ellos sin permiso de la superiora.

5. No se encargarán de velar enfermos fuera de la casa ú hospital en que ellas habiten, y mucho menos á las personas ricas, de cuyo cuidado y servicio no deben encargarse, estén sanas ó enfermas las tales personas, ni tampoco de sus criados enfermos á no ser que estén recibidos en el número de los que reciben la racion de caridad, por no ser esto conforme á su instituto, que tiene por objeto la asistencia de los pobres; no obstante, si en alguna urgente necesidad, no se pudiese hallar en algun pueblo, médico ni cirujano, podrán ellas en este caso suministrar á las personas ricas los ordinarios socorros que suelen dar á los demas enfermos; pero con tal que los pobres sean primero servidos.

6. No se asociarán en sus empleos criada alguna, ni otra persona de afuera, sin expresa licencia del superior de su congregacion, ni admitirán educandas en ninguna de sus casas, ni tampoco otras personas de su sexo, para hacer los ejercicios espirituales, por mas de ocho dias, y aun esto tan solo puede hacerse en la casa en que reside la superiora, y no en otras, sin expresa licencia del superior.

### CAPÍTULO VIII.—DE LAS PRÁCTICAS ESPIRITUALES.

1. Procurarán cumplir con fidelidad sus ejercicios espirituales, como que de ellos tienen una particular necesidad, para conservarse en gracia de Dios, y en el fervor para perseverar constantemente en las tareas de su vocacion; y aunque no deben hacer escrúpulo de mudar algunas veces las horas, y aun de omitir algunos de ellos, cuando las urgentes necesidades de los pobres lo exijan, no obstante, deberán ir muy sobre sí mismas para no faltar jamás por negligencia, indevocion, ó por demasiada inclinacion á las cosas exteriores, la cual á veces se cubre con un falso pretexto de caridad.

2. Se confesarán todos los sábados y las vigilias de las fies-

tas con el confesor que el superior les haya nombrado, y no con otros sin su licencia. Las que habiten en Paris harán cada mes una confesion de las principales faltas que en él hayan cometido, con el director ó con algun otro diputado por el superior Tambien se presentarán al fin de cada mes á la superiora para darla cuenta de sus empleos y proponerla sus dificultades; mas si en esta ocasion no pudieren hacerlo, lo dejarán para otro dia.

3. Todos los años harán en el tiempo que les fuere prefijado, los ejercicios espirituales y la confesion anual de las faltas cometidas desde los últimos ejercicios; y siempre y cuando se les avisare que hay asamblea ó que el superior ó algun otro de su parte hace conferencia en la casa de la superiora, serán puntuales en asistir á ella, si no todas, á lo menos por turno, procurando siempre el no perjudicar al servicio de los pobres ni á los demas empleos de obligacion mas estrecha. Las que vivieren lejos de la casa de la superiora á la sola distancia de una ó dos jornadas, procurarán venir unas despues de otras, á lo menos una vez cada año, para hacer en ella los ejercicios espirituales; mas para esto deberán pedir y obtener antes el permiso de la superiora ó del director, y tambien convenirse sobre el dia cómodo para la partida con la hermana sirviente, la cual contribuirá por su parte en cuanto pueda á procurarles este consuelo. Las que habitaren establecimientos mucho mas distantes, recurrirán por lo que toca á dichos ejercicios y demas socorros espirituales de que tuvieren necesidad, á las personas que el superior de su congregacion les asignare para este efecto en el lugar de su domicilio, y tambien al visitador, quien á veces podrá enviarles alguno para esto; pero ni las que estuvieren cerca de la superiora ni las distantes, se alistarán en cofradía alguna sin expresa licencia del mismo superior.

4. Comulgarán los domingos y fiestas de precepto, y algunas otras de nuestro Señor y de la Vírgen que no lo son: pero no con mas frecuencia ni tampoco tres dias seguidos sin permiso del superior ó de quien él deputare: tampoco comulgarán dos dias se-

guidos si para hacerlo tuvieren necesidad de confesarse, y para obviar los abusos que podrian originarse de esta licencia general de comulgar los susodichos dias, como tambien para juntar el mérito á la obediencia á la recepcion de este Sacramento, las que habitaren en la casa de la superiora, la pedirán cada vez licencia para comulgar, y la de las parroquias y de los demas establecimientos harán lo propio con su hermana sirviente, y tanto unas como otras se someterán humildemente y sin murmurar á la negativa que puede dárseles; además, de ningun modo pretenderán comulgar si el confesor ó director no se los permitiese.

5. Todos los viérnes, á excepcion del de Semana Santa y de aquellos en que caiga fiesta de precepto, se juntarán las Hermanas á las siete y media para hacer la plegaria y asistir á la breve conferencia que hace la superiora ó quien la represente, acerca de las faltas cometidas contra las reglas, á fin de corregirse de ellas: para este efecto cada una dirá su culpa y en presencia de las demas del modo acostumbrado, y recibirá de buena gana los avisos y penitencias que las dieren, pidiendo perdon á las hermanas á quienes pudiere haber dado ocasion de mortificarse, ó mal ejemplo. Cada una pedirá además una vez cada mes que la adviertan públicamente los defectos que en ella hayan notado, lo cual practicarán las demas en espíritu de humanidad y caridad, sin que ninguna avise jamas de faltas cometidas contra ellas en particular: y las hermanas á quienes advirtieren de sus faltas, recibirán este favor con humildad y deseo de enmendarse, sin justificarse ni manifestar sentimiento alguno por las advertencias que le hubieren hecho. Las que vivieren en las parroquias y en otros establecimientos, harán lo propio con su Hermana sirviente.

6. Para impedir muchos inconvenientes de consideracion, que acabarian por destruir la Congregacion, si cada uno tubiese la libertad de desahogar su corazon con quien quisiese, no comunicarán sus tentaciones y demas penas interiores á sus hermanas, y mucho menos á personas de afuera, sino que en este caso se dirigirán al superior ó al director deputado por este, ó á la superiora, y en caso de urgente necesidad, á la hermana sirviente,

pues son personas destinadas por Dios para esto, y no las demas. Mas si alguna juzgare delante de Dios tener necesidad de pedir dictámen ó comunicarse con alguna persona de afuera, lo podrá hacer, pero no sin permiso del mismo superior, del director ó de la superiora, no sea que haciéndolo de otro modo, permita Dios que le den un mal consejo en castigo de su desobediencia.

7. Sobre todo callarán con mucho cuidado las cosas que obligan á secreto, especialmente lo que se dice ó hace en las conferencias, comunicaciones ó confesiones; estando ciertas de que además de la ofensa que se comete contra Dios revelando el secreto, se hace tambien que todas estas santas prácticas lleguen á ser odiosas, inútiles y aun á veces perjudiciales á muchas personas. No por esto se prohibe el conversar acerca de alguna buena reflexion que el superior, el director ó alguna hermana habrá dicho en tales ocasiones, con tal que esto se haga para edificar á las demás, y sin decir determinadamente, donde se ha oido, si esto ha sido en la confesion; pero jamás es permitido hablar de dichas cosas por bulla, y mucho menos para quejarse ó murmurar. De ningun modo manifestarán sus reglas á externo alguno sin expresa licencia del superior ó director de su Congregacion, y la hermana sirviente las tendrá cerradas bajo llave en algun aposento, sin sacarlas fuera de casa, ni dejarlas expuestas á la vista de las personas de afuera, ni tampoco dejará sacar copia alguna de ellas.

8. No pudiendo el superior y superiora remediar los defectos que puedan introducirse en la Congregacion, si las que tienen conocimiento de ellos no se los participan, y estando expuesta la Congregacion al peligro de menoscabarse con el tiempo por falta de estas noticias, por esto tendrá cada una cuidado de manifestar humilde y caritativamente al superior ó al director, ó á la superiora, y aun en caso de necesidad á la hermana sirviente, las faltas de alguna consecuencia, ó las tentaciones peligrosas que haya notado en sus hermanas; y del mismo modo llevará á bien ella el que sus defectos sean igualmente descubiertos al mismo superior ó superiora, recibiendo con agrado y sin excusarse, las advertencias que la hicieren, tanto en público como en parti-

cular; y se guardarán bien de reconvenir jamás ni manifestar descontento á aquellos ó á aquellas personas de quienes pueda creerse que hayan dado aviso de los defectos por los cuales ha recibido dichas advertencias.

## CAPÍTULO IX.—DE LA DISTRIBUCION DEL DIA.

1. Se levantarán á las cuatro al primer sonido de la campana, haciendo la señal de la cruz, y elevando á Dios el primer pensamiento; luego se vestirán con diligencia y modestia, acomodándose á lo ménos los primeros vestidos antes de levantar las cortinas de la cama; despues de vestidas tomarán agua bendita, y se pondrán de rodillas para adorar á Dios, darle gracias y ofrecerse á él con todas las acciones del dia: finalmente, harán con prontitud la cama, y acabarán de vestirse.

2. A las cuatro y media harán en comun su plegaria, la cual comenzarán por el *Veni, Sancte Spiritus* y por los cinco actos acostumbrados del ejercicio de la mañana; luego oirán leer los puntos de la meditacion, la cual harán hasta las cinco y cuarto, terminándola con el *Angelus*, las letanías del nombre de Jesus y demás oraciones acostumbradas, despues de la cual comenzarán su rosario, del que rezarán una decena, y luego harán la repeticion de la oracion hasta las seis.

3. A las seis cada una procurará cumplir en silencio con las obligaciones mas urgentes de su oficio, segun se le haya prescrito; y á las seis y media, las que tengan licencia para aprender á leer, se aplicarán á ello hasta las siete, poco mas ó menos: cerca de las siete irán juntas á oir misa de dos en dos, si es que pueden oirla entonces, y si no, lo harán á otra hora mas cómoda y por turnos, segun la superiora ó la hermana sirviente lo juzgare á propósito; y mientras se comienza la misa ó despues de comenzada hasta el Evangelio, rezarán algunas decenas de su rosario.

4. Despues de la misa irán todas á desayunarse al refectorio, en el cual comerán un pedazo de pan, á no ser que la superiora ú otras oficiales, ó bien la hermana sirviente, juzgue á propósito dar á algunas, á causa de su indisposicion, ancianidad ó por trabajo de

mucha fatiga, alguna otra cosa para comer con el pan; pero en este tiempo guardarán todas silencio. Las que hubieren de oir muy tarde la misa, no harán escrúpulo de desayunarse en los dias de trabajo antes de oirla; pero sin permiso de la superiora ó de la hermana sirviente, ninguna se desayunará despues de las nueve y media.

5. Concluido el desayuno, cada una volverá á su empleo; y si trabajan juntas, podrán tratar de alguna cosa de piedad, pero con formalidad, y no por modo de recreacion.

6. A las once y media harán el exámen particular por espacio de uno ó dos *misereres*, deteniéndose en examinar las resoluciones que hubieren tomado por la mañana, y particularmente los actos de la virtud que tienen por práctica: luego, echado el *Benedicite*, que comienza la superiora y prosiguen las otras, comerán toda la porcion que á cada una se dará por separado, y entretanto escucharán atentas la lectura espiritual que hará una de ellas, terminando dicha lectura con el Martirologio del dia siguiente. Cuando toquen al *Angelus*, le rezarán, aunque no hayan acabado de comer, y despues de haberse levantado de la mesa, darán las gracias del mismo modo que echaron el *Benedicite*, y resarán una decena de su rosorio. En las parroquias en que por no haber mas de dos hermanas no se pudiere hacer la lectura durante la comida, la harán inmediatamente antes de ella, y luego comerán en silencio, reflexionando interiormente sobre lo que se hubiere leido.

7. Despues de la comida irá cada una á su oficio, si fuere necesario, y si no, hilarán ó coserán juntas, hablando por espacio de una hora de cosas de edificacion, por modo de recreacion alegre y modesta, acordándose de levantar con frecuencia el corazon á Dios; y si incurriere en alguna inmodestia ó discurso ilícito, dirá una hermana que para esto estará destinada: *Acordémonos de la presencia de Dios.*

8. A las dos, despues de haber dicho *Veni, Sancto Spiritus*, hará una hermana la lectura espiritual en voz alto por espacio de un cuarto de hora, la cual concluirá con estas palabras: *Deus charitas est, et qui manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo.* Las demás escucharán esta lectura trabajando al mismo tiempo, y conti-

nuarán su labor con grande silencio hasta las tres, aplicando entretanto el pensamiento á alguna buena reflexion, ó bien á la instruccion que en el mismo lugar se hace en esta ocasion á las hermanas que se hallan en la casa en que reside la superiora, para enseñarles las obligaciones de buenas cristianas y de verdaderas Hijas de la Caridad; por esto procurarán asistir á ella siempre que las ocupaciones se lo permitan.

9. A las tres se pondrán de rodillas, y una hermana dirá en voz alta: *Christus factus est pro nobis obediens usque ad mortem, etc.*, y todas juntas adorarán al Hijo de Dios, que muere por la salud de nuestras almas, ofreciéndolo al Padre Eterno en el mismo instante en que dió su espíritu, y rogando que aplique el mérito de su muerte particularmente por los que se hallan en la agonía ó en pecado, y tambien por todas las almas del purgatorio. Hecho este acto por espacio de tres Padre nuestros y Ave Marías, besarán la tierra levantándose luego. Las que asisten á la escuela harán este acto antes de entrar en ella; y las que se hallaren en dicha hora con esternos ó por las calles, harán interiormente el mismo acto, pero sin arrodillarse; y las que de ningun modo hayan podido hacerle en esta hora, procurarán hacerle en la primera ocasion.

10. Si despues del acto de adoracion han de continuar juntas su trabajo, podrán hablar de alguna cosa de edificacion, pero con mas formalidad, devocion, y con voz mas baja que despues de comer, pues que ya no es tiempo de recreacion. Las que tengan licencia para escribir, podrán emplear en esto á lo mas media hora por la tarde en el tiempo que la superiora ó hermana sirviente juzgue á propósito como libre de toda ocupacion necesaria, y de tal modo se aplicará cada una á este ejercicio que esté siempre dispuesta á interrumpirle, y aun omitirle del todo, en aquellos dias que la superiora ó la hermana sirviente juzgue ocupados con algun empleo de obligacion mas estrecha, á fin de que este no perjudique de modo alguno al servicio de los pobres ni á ninguno de los deberes de su Congregacion.

11. A las cinco y media harán la oracion hasta las seis, á no ser que la hayan hecho antes, como se observa en los hospitales: en seguida harán exámen particular, como antes de la comida; luego

irán á cenar diciendo el *Benedicite*, las gracias, y haciendo la lectura de la mesa sin leer el Martirologio; en seguida rezarán el *Angelus* con una ó dos decenas de rosario, y observarán lo demás que se ha dicho hablando de la comida.

12. Despues de la cena una se empleará en las cosas de su oficio si fuere necesario, y si no trabajarán juntas, y observarán lo que se les ha prescrito para la recreacion del medio dia.

13. A las ocho se juntarán al toque de campana para hacer el ejercicio de la noche en el mismo lugar en que suelen hacer la lectura de las dos, y habiendo dicho la Superiora á la hermana sirviente el *Veni, Sancte Spíritus*, volverá cada una á tomar su labor, y escuchará la lectura de los dos primeros puntos de meditacion, que leerá en voz alta la hermana que estuviere de semana. En seguida, esperando á que toque el cuarto para las nueve hará la superiora ó la hermana sirviente repetir á algunas hermanas lo que con particularidad hayan notada en el objeto propuesto y leido, ó bien dirá la misma superiora ó la hermana sirviente alguna cosa sobre el mismo asunto para facilitar la meditacion á las nuevas; pero en los sábados y vigilias de fiesta no se hará la lectura de la meditacion hasta despues de la plegaria, y en lugar de ella se hará entónces la lectura del Evangelio del dia siguiente, que oirán todas de rodillas, y despues volverá cada una á tomar su labor, poniéndose en su lugar. Si cayere alguna fiesta en domingo, se leerá tan solamente el Evangelio de la fiesta que la Iglesia celebra en aquel dia.

14. A las ocho y cuarto irán á la capilla ú oratorio para hacer el exámen general y las oraciones acostumbradas, despues de las cuales se leerá tan solamente el tercer punto de la meditacion, si es que ya se habian leido los dos antes de la plegaria; luego se retirarán en silencio para acostarse, y despues de haber tomado agua bendita, y rezado algunas oraciones por espacio de dos ó tres Padres nuestros, á lo mas, se acostarán con modestia, desnudándose sin dejarse ver de las otras, y teniendo corridas las cortinas de la cama durante la noche.

Procurarán que les coja el sueño pensando en alguna cosa buena, especialmente relativa al objeto de la meditacion del dia si-

guiente, y harán de modo que á las nueve estén todas acostadas y apagadas las luces.

15. En los domingos y fiestas guardarán exactamente el mismo órden que en los demas dias, esceptuando las cosas siguientes: 1º Emplearán el tiempo arriba señalado para el trabajo de manos en ejercicios espirituales, cuales son el uso de los Santos Sacramentos, la asistencia á los oficios divinos, el sermon, el catecismo, pláticas piadosas, lectura de libros de devocion señalados por el Superior, ó por otros diputados por su parte; preguntarse mútuamente el Catecismo, para hacerse capaces de instruir á los pobres y á los niños, de las cosas necesarias para su salvacion, y en otros ejercicios semejantes, conforme á su estado; 2º Las que tuvieren licencia para aprender á leer ó á escribir, emplearán en esto media hora por la mañana en el tiempo que les convenga mejor, y otra media por la tarde, con tal que esto no las distraiga del servicio de los pobres, ó en algun otro empleo de obligacion; 3º No dejarán en dichos dias de hacer sus breves recreaciones ordinarias despues de la comida y cena, segun el tiempo que les quedare: pero no se divertirán en juegos prohibidos ó poco decentes á su estado.

16. Ademas de los ejercicios hasta aquí prescritos, que son comunes á todas las hermanas nuevas, observarán los siguientes que les son propios, durante el tiempo de su aprobacion en la casa de la Superiora; 1º Todos los dias á las ocho de la mañana asistirán á la lectura espiritual que se les hará por espacio de un cuarto de hora y luego á la instruccion, que durará hasta la media para las nueve; 2º A las dos, despues de haber oido la lectura, asistirán cuidadosas á la instruccion que les harán hasta las tres; 3º Todos los miércoles tendrán una conferencia semejante á la que se hace el viérnes por la noche para toda la Comunidad, y aun las hermanas nuevas que residan en las parroquias de Paris, vendrán á la casa de la Superiora para asistir á ella si sus ocupaciones con los pobres se lo permitiesen: no obstante, no deberán venir dichas hermanas á los otros dos ejercicios que se hacen cada dia á las ocho de la mañana y á las tres de la tarde: pero procurarán, si pudieren, suplirlas las hermanas sirvientes, haciéndoles algunas instrucciones semejantes á las que se hacen en la casa matriz, y á ellas

asistirán las hermanas antiguas que se hallaren en su compañía si sus ocupaciones se lo permiten, no solo por la utilidad espiritual que ellas pueden sacar, sino tambien por el buen ejemplo que deben dar á sus hermanas.

17. Harán todas mucho aprecio de las reglas, santas prácticas y costumbres laudables que hasta la presente han observado, considerándolas como medios que Dios les ha dado para adelantarse en la perfeccion propia de su estado, y para conseguir mas fácilmente su salvacion. Para esto se leerá ú oirán, junto con las de sus oficios particulares, una vez al mes en cuanto les sea posible, y pedirán perdon á Dios de las faltas en que adviertan haber incurrido, procurando concebir al mismo tiempo nuevos deseos de observarlas exactamente hasta la muerte; y si algunas hubiere que repugnen á su juicio y modo de pensar particular, procurarán vencerse y mortificarse en esto, teniendo presente que nuestro Señor ha dicho: El reino de los cielos padece violencia y los que se la hacen le arrebatarán."

## CAPÍTULO XXVI.

### EL COMPAÑERO DE FRANCISCO.

Quince dias despues de la visita del Padre Lambert á la casa de correccion de Vilvorde, y cumpliendo con las instrucciones que este le habia dejado, el director se dirigió al taller de carpintería donde trabajaba Francisco, y llamando á éste se lo llevó por su aposento.

—Siéntate, hijo: voy á darte una buena noticia, le dijo al llegar.

—¡Una buena noticia, exclamó Francisco con loca alegría: mi tio está aquí, ha venido á verme!

—Cálmate, que te equivocas: tu tio no ha venido, y quién sabe cuándo vendrá. La noticia que quiero darte es la siguiente: he visto con gusto que tu conducta es muy buena, pero que no has encontrado ningun amigo entre todos tus compañeros los detenidos. Esto me ha causado pena; deseo verte mas comunicativo, y menos melancólico y retraido. Es cierto que no te conviene tener amistad con ninguno de ellos; pero ayer ha llegado aquí un jóven muy decente que no ha cometido falta muy grave: lo que hizo fué una locura de juventud. Deseo que sea tu amigo. Vas á conocerle.... y tiró del cordon de una campana: un empleado se presentó, y el director le dió órden de enviarle el núm. 179.

Un momento despues se presentó en la sala un jóven de veinte años, alto, delgado, de muy buena presencia: apenas sí un ligero bozo sombreaba su lábio superior. Estaba pálido, y un profundo abatimiento se dejaba ver en su semblante. Al entrar en la pieza se quedó inmóvil con el gorro en la mano, sin pronunciar una palabra.

—Núm. 179, le dijo el Sr. Ducpetiaux, te he mandado llamar para presentarte á un compañero de trabajo; este jóven lleva el núm. 175, y deseo que los dos sean amigos desde este momento.

Los dos son demasiado decentes para revolverse con los otros detenidos, y la ligera falta que ambos cometieron les hace acreedores á mi benevolencia; el núm. 175 tiene buena conducta, y espero que tu tambien la tendrás; y sacando de su bolsa diez francos, se los dió á Francisco, diciéndole: Aquí tienes un poco de dinero para distraerte con tu nuevo compañero, y cuando se te habrá acabado podrás pedirme más; que ya sabes que tu tio me ha hecho remitir algo mas por conducto del reverendo Padre Lambert. Ahora pueden retirarse: por hoy les dispenso ir al taller.

Los dos jóvenes se retiraron timidos y avergonzados.

Cuando hubo quedado solo el director, murmuró algunas palabras entre las cuales se pudieron distinguir las siguientes:

—El Padre Lambert me dijo que es necesario ponerle toda clase de acechanzas para que se vuelva vicioso: dándole dinero á cada momento, estoy seguro de que se hará jugador; dándole por amigo á éste núm. 179, quiero que se haga lúbrico... Sí, es indispensable que se haga vicioso, para que tengamos pretesto de hacerle castigar y perderle completamente. Nuestro reverendo Padre Provincial reconocerá entonces mi talento, y la proteccion de la Compañía me elevará á los mas altos puestos....

Voy, pues, á enviar un correo á Bruselas, para que sepa el padre Lambert, lo que acabo de hacer; y el Sr. Ducpetiaux salió de la sala con la sonrisa en los lábios.

Más tarde veremos de que clase de correo disponia el director de la casa de correccion de Vilvorde.

Volvamos á nuestros jóvenes, que se habian dirigido al patio.

El nuevo compañero de Francisco podia tener como veinte años;

nadie al encontrarle en la calle hubiera pensado un solo momento que era capáz de cometer alguna falta bastante grave para encerrarle en una cárcel. A primera vista se reconocia en él un jóven apacible, sencillo y honrado.

Cuando los dos compañeros se encontraron solos, Francisco preguntó á el núm. 179: ¿Cómo os llamais?

—Teófilo Lacourte, contestó este.

—Yo, continuó Francisco, me llamo Francisco De Buck.

Soy inocente del crímen de que me acusan; pero las apariencias están contra mí, y cualquiera me juzgaria culpable. Y sin embargo, tengo en Amberes un tio muy rico que hubiera podido sacarme de aquí ó impedir me hubiesen condenado. ¿Porqué me abandonó? lo ignoro y no puedo comprenderlo.

—¡Cómo, exclamó Teófilo, sois inocente! ¡Pero yo tambien lo soy! No he cometido tampoco el crímen de que me acusan. Ni las apariencias tengo contra mí.... pero os contaré, amigo, mi triste historia; y pues que los dos somos unas desgraciadas víctimas de la mala fortuna, los dos seremos amigos.

—¡Ah! dijo Francisco, ¿cuántos inocentes no habrá encerrados aquí.... ¡No hay, pues, justicia en la tierra!

—Acabais de decir una gran verdad, amigo Francisco; no debemos esperarla de los hombres. Dios solo es justo é infalible.

No os hagais ilusiones, y tened resignacion; no debeis desesperaros, ni rebelaros contra nadie. Sufriremos con paciencia y como hombres; dia vendrá en que se nos hará justicia; si no en esta tierra, á lo menos allá arriba.

Estas palabras calmaron á Francisco, que quedó sumido en profundas reflexiones.....

—Francisco, continuó su compañero, el dinero que os ha dado el señor director no debeis gastarlo en cosas malas: con él compraremos libros, papel, tinta, etc.; estudiaremos y aprovecharemos el tiempo. Así no olvidaremos lo poco que podemos saber.

—Teneis razon, y ya lo habia yo pensado: en mi bolsa tengo diez francos que se me dieron anteriormente, y no he gastado ni un centavo; con los diez que acabo de recibir son veinte francos

Veamos ahora quien era el núm. 179 de la casa de correccion.

Teófilo Lacourte era hijo de un maestro de escuela del pueblo de Frameries, poblacion de tres mil habitantes, poco mas ó menos. Su padre era un maestro de escuela que poseia un muy buen método de instruccion: honrado, cumplido, todo el mundo lo respetaba en el pueblo. Pobres y ricos concurrian á su escuela, que estaba dividida en tres clases: sobre el primer banco de cada una de ellas estaban sentadas las niñas. Ninguna distincion existia entre los doscientos pequeños alumnos: el mérito solo los sentaba en los primeros asientos. Desde muchos años el Sr. Lacourte tenia á su cargo la escuela del pueblo: nadie jamás habia tenido que quejarse de él. Todo el pueblo tenia la mas grande confianza en el anciano.

Su hijo Teófilo le ayudaba en sus trabajos, y debia segun todas probabilidades, sucederle en la direccion de la escuela.

Un solo defecto tenia el maestro á los ojos del cura del pueblo: no era bastante religiosio, ó lo que es lo mismo, fanático. A cada momento el cura regañaba al maestro, quien con modo sencillo le contestaba que las buenas obras hacen el buen cristiano.

El jesuitismo no podia ver con tranquilidad que el pueblo de Frameries habia hasta entónces escapado á las plagas clericales: los hijos de Loyola se pusieron en campaña.

Un dia corrió repentinamente la voz en el pueblo que un gran escándalo habia tenido lugar en la escuela: era el mes de Noviembre, una vara de nieve cubria la tierra, y los árboles y los techos desaparecian debajo de la blanca y helada materia; una grande estufa calentaba la escuela. A las doce del dia, el maestro habia salido despidiendo á los niños y niñas; pero como el frio era intenso, algunos de ellos se habian quedado un momento mas para calentarse las pequeñas manos. En la plaza pública que existia frente á la escuela, los niños que habian salido jugaban á las bolas de nieve; en el tiempo que unos se las tiraban á la cabeza con estrepitosas risas, otros, la nariz amoreteada, los dedos casi helados, las hacian rodar en el suelo, aumentándose así rápidamente de volúmen, y acabando por formar unas grandes mazas, que pocos momentos despues los pequeños artistas habian trasformado en estátua, que el primer rayo de sol cambiaba en lodo y agua.

Imágen de las grandezas humanas.

Todo el mundo estaba feliz: pero el jesuitismo semejante al lobo husmeando el redil de las ovejas, el jesuitismo los ojos bajos, la faz lívida, la mirada fria como el acero, el corazon como el hielo que cubria la tierra, el jesuitismo solapadamente habia resuelto de otra manera.

El cura salió del curato que se encontraba en el mismo edificio que la escuela; dió dos ó tres vueltas sobre la plaza, y se dirigió en seguida á la escuela: en ella se encontraba todavía una niña como de doce años, calentándose á la estufa; el hijo del maestro de escuela se ocupaba en arreglar los pizarrines, los bancos, los tinteros, etc., platicando en alta voz con la inocente niña, y riéndose los dos á carcajadas.

Al entrar el cura en la escuela, los dos guardaron silencio.

El sacerdote envió una rápida mirada en la pieza, y viendo que no habia en ella ninguna otra persona que Teófilo y la niña Virginia, alzó la voz y se le oyó decir:

—¡Cómo, bribon, os atreveis á semejante cosa; vos el hijo de ese maestro tan honrado, veneis cometer en la misma escuela semejante atentado al pudor! ¡Infame, malvado, pagareis caro vuestra desvergüenza! ¡Atreverse, Dios mio, á levantar el vestido de esta inocente niña, y llevar las manos en partes indecentes! ¡Salgad de aquí, malvado, que el castigo no se hará esperar!

Y como el jóven, completamente aturdido, no hacia un movimiento, el cura le agarró de la oreja y así lo condujo hasta la puerta de la escuela, donde volvió á levantar la voz y á repetir delante de los niños que todavía se quedaban en la plaza y que se habian agrupado al oir la voz del cura, los insultos que acababa de prodigar al desgraciado. En seguida le echó de la escuela prohibiéndole volver á ella. Los niños todos asustados, desaparecieron como una bandada de pájaros que acaban de ver á la ave de rapiña.

El cura volvió á entrar en la escuela, y tomando de la mano á la pobre niña que lloraba amargamente, le dijo:

—Vamos, pequeña perdida, voy á conducirte á tus padres; y arrostrándola, cerró la puerta de la escuela y se puso la llave en la bolsa.

Una hora despues, todo el pueblo sabia que Teófilo, el hijo del maestro de escuela, habia atentado al pudor de la niña Virginia Duchene.

Al dia siguiente la escuela quedó cerrada: era un sábado.

El domingo, á la misa de las diez (la grande misa como la llaman los aldeanos, porque en ella se hace uso del órgano), el cura subió á la tribuna, y con terribles colores pintó el crímen sin ejemplo que se habia cometido en el pueblo: gritó, se enfureció, amenazó á todo el pueblo de las penas del infierno; golpeó violentamente el púlpito, de donde no bajó hasta que no se sintió completamente ronco.

Los asistentes temblaban de miedo.

El desdichado maestro de escuela lloraba recostado en su asiento.

A la salida de la misa todo el mundo hablaba de una sola cosa: de la desgracia que acababa de caer sobre el pueblo, y todas las madres se prometieron no volver á enviar á sus hijas á la escuela comunal.

El lúnes, el *Consejo Comunal* se reunió extraordinariamente; todos sus miembros estaban presentes: el cura, el secretario, el burgomaestre, presidente de él, y los demas miembros.

El *Garde Champêtre* (Guarda Campestre), con su casqueta galoneada y su baston, esperaba las órdenes de sus superiores en la pieza inmediata.

La reunion fué tumultuosa: el cura presentó un ocurso de casi todas las madres de familia del pueblo en que solicitaban del Consejo Comunal, para dirigir la educacion de sus hijas, á las Hermanas de la Caridad; porque, decian, despues de tan grande escándalo se rehusaban terminantemente enviar sus hijas á la escuela comunal.

El Burgomaestre (Bourguemêtre) que era liberal, resistió tanto que pudo: pero el resto del Consejo resolvió llamar á las Hermanas de la Caridad. El presidente del Consejo, en vista del escándalo, votó como los demas.

Al dia siguiente, la comunicacion oficial fué redactada, firmada y enviada al *Comisario del Distrito* (jefe político), y este la pasó

al gobernador de la provincia, con dictámen favorable. Quince dias despues, la autorizacion llegó al Consejo Comunal.

Entretanto, Teófilo el criminal, Teófilo el malvado, Teófilo el infame, habia salido del pueblo. Por consideracion al anciano maestro, las autoridades habian perdonado al hijo; pero á la condicion de enviarle lejos del pueblo para corregirle.

El cura aconsejó al desgraciado padre enviara á su hijo á la casa de correccion de Vilvorde.

Hemos visto á Teófilo en ella.

Ocho dias despues de haber salido del pueblo el infeliz, tres Hermanas de la Caridad llegaron del convento de Champion, cerca de Namur, y fueron instaladas en la nueva escuela que se estaba construyendo desde tiempo, y los niños quedaron en la antigua como siempre.

El cura estaba satisfecho: las hijas de Loyola estaban en la plaza.

Veremos mas tarde como se condujeron.

Por ahora volvamos á Vilvorde con nuestros infelices jóvenes.

Como ya le hemos dicho, Teófilo tenia algo de filósofo. Por sus consejos, Francisco volvia poco á poco en sí; la resignacion habia entrado en su corazon. Con el dinero que le daba el director, habia comprado libros y otros objetos de estudio: desgraciadamente el director no dejaba entrar en la detencion otros libros que los de autores jesuitas; lo mismo hacia con la escuela de la casa. Sin embargo, Teófilo comunicaba á su amigo el resultado de sus estudios, y los dos ayudándose, llegaban poco á poco á tener una instruccion bastante despreocupada.

Francisco seguia en su taller de carpintería. Teófilo estaba de ayudante en la escuela.

En las horas de descanso, Teófilo decia á su compañero:

—La vida en esta tierra no es mas que un paso para otra vida mejor.

En la naturaleza todo se metamorfosa: la planta, el animal, el hombre; llega un dia en que la forma desaparece para renacer bajo otra. Nada muere. El espíritu ó alma pasa á ocupar otra forma material, y la materia que le envolvia se trasforma. La muerte no es pues que la puerta de otra vida.

¿Qué deben importarnos las desgracias, las injusticias de los hombres? Nada. La verdadera desgracia es cuando el espíritu tiene que reprocharse algo. Compasion y no cólera debe darnos la maldad de algunos ó su imbecilidad: son unos espíritus atrasados que padecen sobre la tierra por su atraso.

A mí me parece, Francisco, que ya he vivido antes de esta vida, y que viviré otra vez despues de mi muerte. ¿Cómo se verifica todo esto? lo ignoro: pero lo siento, tengo la intuicion de ello.

A mí me importan muy poco la pobreza, la injusticia, la desgracia. ¿Qué es el hombre frente á Dios? Menos que nada.

Dios, el Creador, estableció leyes inmutables que son eternas.

Él es la causa, y lo que vemos el efecto.

Ni la súplica, ni la oracion pueden cambiar las leyes establecidas.

No hay castigo, ni hay recompensa. Todo es un resultado.

Por consecuencia no puede existir el perdon.

Véamos con desprecio la injusticia que se cometió con nosotros; no por eso debemos abandonarnos á la cólera, á la venganza, á la desesperacion. Allá en otra vida, veremos á los buenos elevados, á los malos sumidos.

El amor es la ley de la naturaleza: todo lo grita á nuestros sentidos: sin amor no hay vida posible. Desgraciado de el que no tiene mas que egoismo, que ódio en el corazon. Desgraciado de el falso profeta, que no contento de seguir un mal camino, precipita en él á sus hermanos. El resultado de su conducta le será fatal. Impidió el progreso espiritual: volverá sobre sus pasos en otra vida, para emprender otra vez la tarea que no supo desempeñar.

El bueno, el que no habrá tenido mas que amor para sus semejantes progresará en otra vida, y verá á una inmensa distancia atrás á los que sobre la tierra fueron sus atormentadores.

La materia es una cosa, el espíritu es otra.

Cuántas personas en la tierra son horribles materialmente hablando, y espiritualmente bellísimas como un ideal.

He conocido un hombre mal hecho, jorobado, cojo, con el cabello rojo, la boca grande, la nariz disforme, los brazos largos, las manos disecadas, las orejas largas, tuerto: y sin embargo, su alma

era la mas bella que jamás he conocido; era todo amor; nunca una palabra de ódio, de venganza salió de sus lábios. Su espíritu estaba tan remontado que no veia el lodo donde descansaban sus piés.

Tambien he conocido una mujer lindísima, rica, un modelo para el artista, un ideal para el hombre; y sin embargo, su alma era negra como la noche; su cabeza como sus piés, no salieron nunca del lodo; su espíritu nunca se elevaba hácia el foco donde un dia debe llegar; estaba envuelto en las más profundas tinieblas.

Eso viene á ser lo mismo, Francisco, que tu taller de carpintería: el que trabaja, que pone todas sus facultades al servicio de su cubierta material llegará á ser un obrero, un artista, un maestro; pero el que maquinalmente trabaja, máquina quedará.

Se producirán dos resultados diferentes, mas no habrá ni castigo ni recompensa.

Por consecuencia, no puede haber ni Cielo, ni Infierno, ni tampoco perdon.

Yo no creo en castigos corporales, porque el buen sentido nos dice que desde el momento que nuestra cubierta material se deshace para formar otra cosa, no puede quemarse en un Infierno ó gozar en un Cielo. El espíritu solo escapa á la destruccion ó trasformacion; no hace más que cambiar de morada. El solo, pues, debe sufrir el resultado bueno ó malo de su vida terrestre.

¿Por qué tener horror á la muerte, si la muerte es un paso hácia el progreso? Yo cuando veo morir á una persona, me alegro por ella, porque creo que vá á pasar á un mundo superior, si fué buen obrero aquí abajo; como volverá á un mundo inferior en caso contrario.

Solamente los malos pueden tener miedo á la muerte; para los buenos debe ser un dia de fiesta.

Las injusticias de los hombres deben dejarnos indiferentes, Francisco, así como sus maldades: ¡qué mal pueden causar á nuestro espíritu, si este queda recto! El cuerpo muere, pero la idea queda.

Francisco, alentado con palabras tan lógicas, tan sensatas, rechazó la tristeza que le causaba su prision: su palidez desapareció, y su aplicacion al trabajo fué tal, que á los pocos meses era uno de los mejores carpinteros del taller.

Todos los meses llegaba el Padre Lambert á visitarle con el pretexto de confesarle. Cada vez se volvia á Bruselas mas descontento, y era que las noticias que el Sr. Ducpetiaux le daba de su *protegido*, eran cada vez mas favorables para el jóven: Francisco quedaba honrado y trabajador. Por su buena conducta hubiera debido ya estar propuesto para ser perdonado del resto del tiempo que le quedaba que pasar en la detencion; pero la influencia de la Compañía de Jesus impedia semejante acto de justicia, y Francisco permanecia en la casa de correccion.

Nunca su tio habia ido á visitarle; el padre Lambert solo le traia noticias de su familia.

Así debia pasar Francisco los dos años á que habia sido sentenciado.

## CAPÍTULO XXVII.

### FRANCISCO SALE DE LA CASA DE CORRECCION.

En la casa de correccion, en la parte que habitaba el director, se encontraba un gran palomar donde anidaban unos veinte pares de pichones. Pero estas aves no pertenecian á la clase corriente que en Bélgica poseen las haciendas por bandadas innumerables. Estos últimos comen lo que encuentran en el campo: jamás se les dá de comer en la hacienda.

Los viajeros, al contrario, nunca bajan al campo; su comida deben encontrarla en el palomar. Viajeros eran los del Sr. Ducpetiaux; poseia dos clases diferentes de ellos: el pichon de Amberes que se llama *pacadète*, grande, de ancho pecho, tiene al nacimiento del pico una carnosidad muy pronunciada, así como alrededor de los ojos que son muy grandes; la otra clase era el pichon do Lieja, pequeño, corto, de pico reducido; algunos de ellos tienen el buche adornado con una guirindola, como las de camisas que todavía usan algunas personas.

Esas dos clases de pichones cruzados entre sí, han dado una variedad magnífica para el viaje.

En Bélgica existen hoy dia muchas sociedades particulares que tienen por objeto el mejoramiento del pichon. Cada uno de sus miembros posee un cierto número de estas aves. Cada mes la sociedad

envia por ferrocarril en una canasta de mimbre en forma de jaula, un cierto número de pichones, á cincuenta, cien, doscientas leguas de distancia, dirigidos al gefe de la estacion del ferrocarril; este funcionario al recibir el encargo, dá de comer y beber á los animalitos, y al dia siguiente, al despuntar la aurora, pone en libertad á los interesantes mensajeros.

Todos emprenden su vuelo inmediatamente, y despues de dos ó tres círculos que trazan encima del lugar de donde se levantaron, desaparecen en línea recta con direccion á la ciudad en donde nacieron.

El gefe de la estacion pone entonces un parte telegráfico al presidente de la sociedad que hizo el envío, y le hace saber la hora justa en que los viajeros emplumados emprendieron su marcha.

Un buen pichon viajero hace veinte leguas á la hora, sin descansar en ninguna parte, y si lo hace es para tomar un poco de agua; pero nunca para comer.

Cuando calculan los dueños de ellos que casi van á llegar, suben á su palomar esperando con ansiedad la llegada de sus correos. Al llegar uno de ellos, se trasporta inmediatamente al lugar de reunion de la sociedad, donde el presidente, y el secretario esperan reloj en mano. Se reconoce el pichon que ántes de partir ha sido matriculado con sus reseñas y marcado con los sellos de la sociedad, sobre la parte interior de la ala y hasta de la cola.

Todos los pichones que llegan al dia siguiente son matados sin compasion, por inútiles y de mala raza.

Esos singulares viajeros que reconocen su camino en el acto, no se sabe por qué virtud, hacen dos y trescientas leguas sin perderse, si han podido escapar de las garras del gavilan, su mortal enemigo.

El Sr. Ducpetiaux poseia un cierto número de esos pichones, como hemos dicho; igualmente los poseian entonces todas las casas de jesuitas en Europa.

En una parte del palomar tenian encerrados pichones pertenecientes á las otras casas, y cuando lo necesitaban, enrollaban á una de las plumas de la cola la comunicacion escrita en un papel delgado, para que tuviera el menos peso posible.

Nunca los jesuitas emplearon otro modo de correspondencia que el de cifras; de manera que cuando algun pichon se hubiera perdido, nadie podia leer la comunicacion que llevaba.

Nadie en Europa sospechaba entonces que los pichones que poseian las casas de jesuitas les servian para correos secretos.

Algunos comerciantes hicieron grandes fortunas sirviéndose tambien de los emplumados mensajeros.

Los belgas y los irlandeses tuvieron siempre mucha predileccion para los pichones viajeros, y vemos en la historia que en el año de 1573, sitiados los Hugonotes en la ciudad de Harlem por las tropas españolas, se sirvieron de esos correos para comunicar con su gefe el príncipe de Orange, que se encontraba á la cabeza del ejército de la reforma, combatiendo las fuerzas del católico é infame Felipe II.

Como hemos dicho ya, el Sr. Ducpetiaux tenia en su poder algunos pares de esa raza de pichones; el dia en que designó á T. Lacourte por compañero de Francisco, subió á su palomar y atando á la pluma de una ave un pequeño mensaje, la puso en libertad; el padre Lambert debia recibirlo en Bruselas á los pocos minutos.

Desde la entrada de Francisco en la casa de correccion, el Padre Lambert habia ido cada mes á visitarle y confesarle; pero cada vez se marchaba mas descontento, porque el jóven quedaba honrado y resignado, sin que las asechanzas que se le ponian le hubieran viciado.

Así pasaron dos años sin que el director del establecimiento hubiera una sola vez comprendido al núm. 175 en la lista de los reclusos que proponia para el indulto, conforme al artículo 73 de la constitucion del país. Varios compañeros suyos habian salido ya en libertad perdonados por el rey, pero Francisco y Teófilo habian quedado detenidos, por no convenir á los intereses de la Compañía de Jesus verlos en libertad.

El artículo 25 del Código penal belga, dice: "*El tiempo de la pri-*
"*sion correccional es de ocho dias á lo menos, hasta cinco años, salvo*
"*los casos exceptuados por la ley.*"

Mas nadie podia hacer salir á Francisco de la cárcel sin la prévia solicitud del director.

El dia 10 del mes de Marzo del año de 1839, el criado del Sr. Ducpetiaux vino á decirle que acababa de llegar un pichon que hacia esfuerzos para entrar en el cerrado palomar: el director lo hizo abrir inmediatamente y subió á recoger el mensajero: este llevaba en las plumas de la ala, por la parte interior, un sello que decia: Brugelette, y debajo de este nombre una cruz.

—¡Es del Reverendo Padre Provincial! exclamó el Sr. Ducpetiaux.

Efectivamente, el pichon llevaba enrollado á una de las plumas de la cola un papelito que decia: "En la próxima propuesta para "el indulto, comprenderá vd. á los números 175 y 179."

—De hoy á quince dias, murmuró el director, el Reverendo estará obedecido, y tomando uno de los pichones de Brugelette, contestó al provincial las palabras que acababa de pronunciar.

Efectivamente, quince dias despues, la propuesta de indulto llevando los nombres de los jóvenes y sus números, fué enviada á Bruselas, y un mes mas tarde llegó á Vilvorde la órden de libertad.

El Padre Lambert, prevenido por el Padre Beckx, se habia encargado de comunicar la buena noticia á los dos jóvenes; así es que el dia 24 de Abril el jesuita estaba encerrado con el director de la casa de correccion en el gabinete de éste último, y su conversacion era la siguiente:

—Señor Ducpetiaux, decia el Padre Lambert, no hemos podido llegar á nuestro fin: Francisco ha quedado bueno, y hasta creo que se ha hecho mejor....

— Decis bien, padre: no he podido conseguir el viciarle, y lo mismo ha sucedido con su compañero Teófilo; los dos han quedado buenos, y Francisco ha llegado á ser un muy buen carpintero. El segundo se ha conducido siempre ejemplarmente en la escuela donde estaba de ayudante. Es estraño que hayan resistido á tantas acechanzas; nunca les ha faltado el dinero en la bolsa, y su solo gusto era comprar libros de estudio.

—¿Creo que deben alcanzar algo por su trabajo de dos años?

— Ayer hice la liquidacion de los dos, y en cumplimiento del artículo 27 del Código penal, que dice que las cinco decimas partes

del producto de su trabajo pertenecen al condenado, Francisco recibirá mañana trescientos cincuenta francos.

—Muy bien, contestó el Padre Lambert, con una sonrisa; una vez en libertad, este dinero le servirá para las tentaciones que sembraré bajo sus pasos. ¿Todavía ignora la noticia?

—Todavía, padre: he seguido vuestras instrucciones.

—Inmediatamente que los pongais en libertad, enviareis un correo á Brugelette, dando parte al Reverendo Padre Provincial.

—Así lo haré, padre.

—Hermano, podeis ahora hacer llamar á los dos: aquí les espero.

El director salió para ejecutar la disposicion del jesuita.

Un momento despues los dos jóvenes entraron en la pieza, sorprendidos con este llamamiento imprevisto.

Francisco fué á arrodillarse delante el padre como lo acostumbraba, y éste le dió su bendicion.

Teófilo le besó la mano.

—Ahora, Francisco, ven á mis brazos: tu buena conducta te ha valido el perdon del resto de tu condena, y mañana estarás libre.

—¡Libre!

—Sí: mañana saldrás de aquí para siempre; en la corte he obtenido tu perdon y el de tu amigo Teófilo.

—Gracias, padre, exclamó este con júbilo: nunca olvidaré lo que acabais de hacer por mí.

—No debeis darme las gracias, hijo, porque el deber de un ministro de Dios es socorrer á los desgraciados: he cumplido con él.

—Mañana, padre, dijo Francisco, nos iremos para Amberes; ¿no es verdad? ¡Cuán contentos se pondrán mi tio, Guillermo, Elisa, y tambien Agustina! Teófilo vendrá con nosotros, y se quedará algunos dias en la casa, y despues yo le llevaré á la suya.

—Hijo, es un deber mio desengañarte: Teófilo debe marcharse luego para la casa paterna, en donde le esperarán con ánsia. En cuanto á tí, debo hablarte, pero será mañana; el dia de hoy lo deben acabar en arreglar sus cositas y despedirse de sus compañeros. Yo me quedaré aquí hasta mañana.

Al dia siguiente Teófilo recibió unos cien francos, producto de su trabajo, y cargando un pequeño bulto que contenia su ropa y

algunos libros, tomó la diligencia para Bruselas, llevándose el certificado que le habia expedido el director de la casa de correccion como era de ley.

Despues de la partida de su amigo, Francisco recibió á su turno los trescientos cincuenta francos que le tocaban, y que el Padre Lambert guardó en depósito con el certificado que le dió el director.

—Ahora, Francisco, dijo el jesuita al jóven que esperaba impaciente, debo decirte que el Sr. De Buck ha sido informado por mí hace ocho dias, de tu salida de aquí; le he preguntado cuál era su voluntad, y si debia conducirte á la casa. Su contestacion ha sido que no se sentia con bastante valor para recibirte en sus brazos: que todavía no habia podido olvidar el sacrilegio que cometiste. Me dió mucho dinero y me suplicó tomarte á mi cargo para hacerte viajar algun tiempo, hasta que el acontecimiento fuera completamente olvidado. Ademas, como todos en Amberes creen que estás viajando, es necesario que así sea, para que puedas á tu regreso contar lo que habrás visto, y los lugares que hubieres visitado.

Vamos á tomar un carruaje que me trajo, y nos marcharemos para Bruselas; dále las gracias al Sr. Ducpetiaux y al reverendo padre capellan por sus bondades para contigo.

Una hora despues, un coche rodaba sobre el camino de Bruselas llevando al infame jesuita y á su víctima.

La trama de los jesuitas estaba bien urdida, y por mucho tiempo tenian en su poder al heredero de los ocho millones del armador Pedro De Buck.

Inútil nos parece decir que nunca los jesuitas habian dado parte á éste de la buena conducta de Francisco en la correccional; muy al contrario: le representaban como un vicioso consumado; su mala conducta continua, decian, le habia hecho acreedor á innumerables castigos; nada habia podido aprender, y era necesario llevarle léjos del país para evitar algun nuevo escándalo.

El Sr. De Buck confiando ciegamente en las palabras de los seides del *papa nero*, como llaman los italianos al General que vive en el Gesú, creyó todo lo que le dijeron de su sobrino. Siguiendo el

consejo del Padre Marsay, que habia reemplazado al Padre Lambert en su direccion espiritual, el armador dió á éste último una fuerte cantidad de dinero para sufragar los gastos del viaje.

Quedó convenido que el viaje duraria dos años fuera de Bélgica, y que si entonces se habia corregido Francisco, su tio le perdonaria sus faltas recibiéndole con cariño.

## CAPÍTULO XXVIII.

### EN LIBERTAD.

En la primera entrega de nuestra obra hemos hablado de Bélgica.

Bruselas, la capital del reino, es una ciudad hermosa donde Francisco pudo admirar el Hotel de Ville (Palacio Municipal); la Catedral de Santa Gudula; el Palacio Nacional, donde tiene sus sesiones el Senado y la Cámara de representantes; el jardin botánico; la plaza de los Mártires, donde estan sepultados los restos de los patriotas que murieron en la revolucion de 1830, y varios otros edificios que su director le hizo visitar.

Una cosa llamó particularmente su atencion: cada casa de Bruselas tiene en las ventanas del primer piso unos espejos situados de tal modo, que la persona que está sentada con la ventana cerrada, ve reflejado en los espejos todo lo que pasa en la calle, y la persona que llama á la puerta. De modo que si ésta no es de las que se desea recibir, se puede mandarle decir que no está uno en casa.

Esos espejos se llaman espías, y no celosías como dijo erróneamente Alejandro Dumás en una de sus obritas que trata de sus impresiones de viaje.

De Bruselas pasaron los viajeros á Waterloo á visitar el campo de batalla donde el gran capitan Napoleon fué completamente derrotado por los ingleses, prusianos, etc., aliados para combatir al gran matador de séres humanos.

Francisco dejó gravado su nombre sobre el leon de bronce que los vencedores hicieron construir con una parte de los cañones quitados á los franceses en ese dia memorable. El monumento está levantado sobre una grande altura de tierra que los aliados mandaron levantar. Con la mirada en direccion de Francia, el leon parece decir: ¡Acordaos de vuestra derrota!

Napoleon el pequeño quizo varias veces hacer quitar ese recuerdo insultante de la derrota de su tio; pero Inglaterra, Austria y Prusia cada vez le hicieron contestar amistosamente: *Nones.*

De Waterloo, los viajeros pasaron por Namur, y se alojaron en la casa que habian establecido los jesuitas.

De Namur á Dinant; y atravesándo el Mosa se dirigieron por el Luxemburgo, sobre el entonces pequeño reino de Prusia.

No seguiremos á Francisco en su larga peregrinacion.

Cada mes recibia el Sr. De Buck una carta del Padre Lambert, por conducto del Padre Marsay, en cuya carta el jesuita se quejaba siempre de la conducta de Francisco, y decia al armador que debia abandonar á su mala suerte á su indomable sobrino que debia un dia, decia el infame hijo de Loyola, acabar en el cadalso.

El Sr. De Buck habia llegado á no tener ya ningun cariño á su desgraciado sobrino, que consideraba como un criminal endurecido.

Sin embargo, seguia siendo un jóven honrado y hasta virtuoso, porque todas las asechanzas y todas las tentaciones que su director habia hecho sembrar bajo sus pasos, no habian servido de nada: Francisco caminaba con la cabeza en el cielo, sin ver que sus piés estaban en el lodo.

Los jesuitas estaban furiosos: todos sus ardides no podian nada sobre el alma de Francisco.

Pasaron los dos años fijados por el señor De Buck.

El padre Lambert y Francisco habian llegado á Bruselas de vuelta de su viaje.

El mismo dia de su llegada, un pichon fué enviado á Brugelette con un mensaje escrito con cifras, y que decia:

"Nuestro jóven sigue invulnerable; acabamos de llegar: ¿qué hago?"

Cuando el Padre Beckx recibió esta nota, una expresion odiosa se dejó ver en su semblante: si Francisco hubiera podido verla, se habria espantado.

—¡Oh! exclamó al fin el bandido; desgraciado de él!

¡Todos mis trabajos serian inútiles!

¡Todas mis esperanzas destruidas!

Y sin embargo, murmuró en voz baja y mirando á todos lados con recelo, quiero ser general, y lo seré. Para llegar á mi fin mataré al mismo rey, si es necesario.

Despues de un momento de meditacion, el terrible provincial escribió la siguiente contestacion al Padre Lambert, que un pichon debia llevar:

"Al recibo de ésta, marchar inmediatamente con él á Soignies, donde se alojarán á mi nombre en casa del notario Dumortier."

Al dia siguiente, recibió el Padre Lambert la órden de su superior, é inmediatamente se puso en marcha.

Cuando llegaron á Soignies, el notario habia recibido ya aviso del Padre Beckx, é instaló á los dos viajeros con mucho empeño. Al dia siguiente llegó el provincial en persona.

La conversacion que tuvieron los dos jesuitas con el notario, fué digna de los hijos de Loyola.

—Hermano, dijo el Padre Beckx á Dumortier, siempre habeis probado vuestro amor á nuestra Compañía, hoy es necesario probarlo más que nunca. El jóven que ha llegado ayer con nuestro Padre Lambert posee ocho millones: estos millones deben ser nuestros. Vos sois hombre de ley, y podeis, por consecuencia, ayudarnos eficazmente. Escuchadme con atencion.

Y el jesuita puso al notario al corriente de la posicion de Francisco.

Despues de oirle en silencio, Dumortier dijo al Padre Lambert:

—Y vos, padre, ¿no habeis podido hacerle cometer alguna mala accion?

—Ninguna: parece estar poseido ese malvado del espíritu del bien: no tiene vicio ninguno, y no desea nada.

—¡Diablo! ¡diablo! es necesario entonces caminar con tiento y tomar nuestro tiempo. Entretanto, puede quedarse aquí, y lo trataré como hijo, dejándole toda libertad. ¡Quién sabe si no caerá al fin! Todavía no tiene veintiun años, y es necesario que no llegue á ellos con bien.

—Teneis razon, y mañana el padre Lambert y yo nos marcharemos: yo para Brugelette, él para Amberes. Padre, prosiguió el provincial, podeis regresar á nuestra casa y esperar mis órdenes. Direis al señor De Buck que habeis dejado su sobrino á mi cargo para emplear nuevos medios de correccion. El dinero que os dará para su sobrino, lo guardareis para vuestra casa. Dareis parte de todo al padre Marsay. Señor Dumortier, mandad llamar al jóven.

Un momento despues entró Francisco en la sala á donde se encontraban los tres bandidos. Despues que hubo tomado el asiento que le designó el Padre Beckx, éste le dijo:

—Francisco, el señor Dumortier consiente en tomaros como escribiente en su notaría; nos ha prometido trataros como un hijo: podeis considerarle como vuestro padre, y á su familia como la vuestra. Espero que seguireis siendo bueno y obediente como lo habeis sido con el Padre Lambert en el viaje que acabais de hacer. Vuestro tio, hijo mio, os perdonará al fin, y nuestros consejos le harán desechar las malas disposiciones que tiene para con vos. Paciencia, pues, y constancia. Mañana el Padre Lambert se marchará para Amberes, y dará cuenta al Sr. De Buck de vuestro arrepentimiento y buena conducta.

—¡Gracias mil veces, padres! murmuró Francisco emocionado: nunca olvidaré vuestra bondad para con un pobre desgraciado como yo. El Padre Lambert ha sido tan bueno que no sé cómo pagarle tanta indulgencia. Os prometo, reverendo padre, que el señor notario nunca tendrá motivo de quejarse de mí. Todos habeis sido buenos para el pobre huérfano. Solo mi tio me ha desconocido y retirado su cariño. ¡Quién sabe si nunca consentirá en devolvérmelo y recibirme otra vez en su casa!

Y unas lágrimas corrieron por sus mejillas.

— Hijo mio, le contestó el Padre Lambert, en la religion encontrareis siempre el consuelo de vuestras penas, y en sus ministros todo el amor que deben prodigar á sus semejantes, siguiendo el ejemplo de su divino Maestro Jesus.

—Antes de dejarme, padres, os suplico me deis vuestra santa bendicion.

Y Francisco se arrodilló....

Los dos jesuitas osaron entonces sin temor llamar la bendicion del Gran Hacedor del Universo sobre la cabeza del desgraciado jóven que querian perder y precipitar en el abismo. Con el veneno en el corazon pronunciaron dulces palabras sobre la frente del inocente, y como Júdas le dieron el abrazo de traicion.

Al dia siguiente los dos criminales se marcharon como se habia dispuesto, y Francisco quedó de escribiente en la notaría del jesuita ex-voto.

La familia de éste se componia de su mujer, devota mística, de un hijo de veintiun años y de una hija de diez y seis.

Francisco, recluso á los diez y seis años hasta los diez y ocho; despues viajando hasta los veinte, no podia haberse formado para estar encerrado todo un dia encorvado sobre un escritorio. Carpintero bastante bueno habia salido de Vilvorde, y no habia trabajado desde su salida de la cárcel. Tardó poco en manifestar al notario su deseo de ejercitarse otra vez con el cepillo y el compás.

—Debeis considerar, señor Dumortier, decia un dia Francisco á su patron, que soy poco apto para amanuense: dos años he trabajado de carpintero; me gustó el oficio, y ya no puedo hacer otra cosa. Os suplico, pues, me deis una pieza de vuestra casa para establecer mi taller: con el dinero que tengo guardado compraré mis utensilios. Además, soy un pobre desgraciado que no puede aspirar á nada: seré, pues, artesano.

—No veo inconveniente en lo que pides, y desde mañana tendrás una pieza para establecer tu taller.

Al dia siguiente, el notario hizo conocer á su familia la resolucion de Francisco, estando todos á la mesa. Ni su señora ni su

hijo extrañaron su resolucion, pero no fué lo mismo con su hija Odila: ésta se puso muy colorada, y hablando directamente á Francisco, le dijo:

—No comprendo cómo un jóven como tú puede escoger un oficio semejante: ¿qué mujer quieres que se case con un carpintero?

—Señorita, creo que siendo honrado, es lo mismo ser carpintero que abogado, y que sobran las mujeres que quieran casarse con uno ó con otro.

—Yo nunca me casaré con un carpintero, contestó enojada la jóven, y levantándose salió del comedor.

—¡Vaya! ¡vaya! exclamó el señor Dumortier; qué mosca picó á Odila?

Y quedó un momento pensativo.

—Es extraño, y no estoy lejos de creer que Odila está enamorada de Francisco. ¡Qué partido para mi hija! ¡Ocho millones! Pero ¿y nuestra compañía? No puedo pensarlo, y si supiera el provincial lo que he deseado por un momento, no haria esperar su castigo. Debemos ser un cadáver en manos de nuestros superiores. Sin embargo, no puedo dejar á mi hija con ideas semejantes: la enviaré al convento por algun tiempo. Pero no: me viene una idea, y creo que encontré la llave que debe darnos los ocho millones del armador. Mi hija quiere á Francisco, pero éste no piensa en ella. Vamos: dejaré toda libertad á Odila para que pueda encontrarse con él á cada momento. Nadie espiará á Francisco en su taller. Mi hija es bonita; tiene diez y seis años apenas: no será difícil que caiga en la tentacion. Una buena acusacion pondria á nuestro jóven en nuestro poder: el artículo 370 del Código penal dice:

*"La persona que haya robado ó hecho robar á una hija de menos de diez y seis años cumplidos, no emancipada, que haya consentido en el robo ó que haya seguido voluntariamente al raptor, será castigada, si es mayor de edad, con la pena de dos á cinco años de prision y una multa de cincuenta á quinientos francos, y podrá, además, ser condenado á la interdiccion, conforme al artículo* 33.

*"Si es menor será castigado con tres meses ó un año de prision, y una multa de cincuenta á trescientos francos."*

—Eso es; mañana escribiré al padre provincial, y si aprueba mi idea, será necesario que mi hija se haga robar por Francisco. Los intereses de la Compañía van antes que todo.

Al dia siguiente, un correo particular salió para Brugelette, y la contestacion del Padre Beckx fué la siguiente:

"Vuestra idea es magnífica: si lograis hacerle cometer *eso*, los mas altos puestos os esperan."

Al leer estas líneas los ojos del notario brillaron como carbones candentes, y una innoble expresion de júbilo se dejó ver en su semblante.

El padre habia desaparecido ante el jesuita.

Dos meses pasaron sin que Francisco hubiese cometido la falta que se esperaba; sin embargo, la pobre niña estaba locamente enamorada de Francisco, aunque éste seguia trabajando de carpintero.

Un dia que Odila se encontraba en el taller con el jóven, no pudiéndose ya contener y ocultar su amor, le dijo:

—¿Hasta cuándo, Francisco, dejarás de ejercer ese oficio tan corriente? Dímelo definitivamente, porque yo nunca seré tu mujer si no tomas otra carrera, y sin embargo te quiero mucho, Francisco. Hasta ahora lo he ocultado á todo el mundo, pero ya no puedo aguantar mas.... y Odila prorumpió á llorar.

—¡Cómo, señorita, exclamó Francisco asombrado, os habreis rebajado en querer á un desgraciado como yo! ¿Pero no sabeis que soy un malvado que pasó ya dos años en la correccion?

—Sí, lo sé, contestó la niña sollozando; pero con todo eso te quiero. Dime que me quieres, Francisco, dime.

—Señorita, yo no sé mentir: reconozco que sois muy buena y muy bonita, pero nunca me hubiera atrevido á querer á la hija del notario Dumortier tan rico, cuando soy yo un desgraciado sin pan ni hogar. Ademas, he encontrado en la poblacion una niña pobre como yo, y la quiero: ella tambien me quiere. Tiene diez y siete años, tengo yo veinte. Nos hemos prometido casamiento. Mirad, señorita, estos muebles que estoy haciendo: los destino para ella. No debeis, pues, burlaros de mí, señorita, ni tampoco de mi querida Adela. Quedaré vuestro amigo, y podreis disponer de mí á vuestro gusto.

—¡No: ser vuestra amiga y la de vuestra Adela, jamás! ¡ah! habeis creido que la hija del notario Dumortier se dejaria así insultar. No me conoceis, Francisco, yo me vengaré....

—Por Dios, señorita, calmaos.

—No me hableis ya una sola palabra; adios, y la jóven se retiró furiosa.

Francisco se quedó atónito; pero alcabo de un momento, murmuró estas palabras:

—No quiero mas que á Adela, y ella me quiere; Odila es una loca que pronto me habrá olvidado y que me despreciará; y Francisco tomando su cepillo continuó su trabajo comenzado.

Al medio dia, Odila no pareció á la mesa, habiendo mandado decir que estaba un poco indispuesta.

Despues de la comida, el Sr. Dumortier subió á ver á su hija en su aposento, y abrazándola le preguntó:

—¿Estas enferma, hija, que no bajaste á comer?

Odila no vaciló un momento y contó á su padre todo lo ocurrido, suplicándole hiciera todo lo posible para impedir el casamiento de Francisco con Adela.

—¿Si no me equivoco, dijo el padre á su hija, esta Adela es planchadora é hija de Juan Labry el jardinero?

—Sí, papá, es la misma, y ya comprenderás qué vergüenza es la mia de verme despreciada por esa mujer.

—Sí, tienes razon; Francisco es un ingrato y un loco; pero ya que te ha despreciado, es necesario que salga lo mas pronto posible de mi casa, donde su permanencia seria un insulto para tí. Consuélate, hija, yo te daré un marido mejor que Francisco.

Cuando estuvo solo el Sr. Dumortier, dejó ver en su semblante un gran despecho y murmuró:

—Adios, mis ilusiones; adios, los altos puestos. Y todo por el capricho de un desvergonzado pillo, y la coquetería de una desgraciada planchadora. ¡Preferir la hija de un jardinero á la hija de un notario como yo! Al fin gentes del pueblo que no comprenden que el apellido de Labry no quiere decir nada, y que el de *du Mortier* es noble, porque tiene la partícula *du;* de Buck tambien es noble, y hubiéramos hecho una alianza distinguida. Es necesario olvidar

todo eso, y no pensar mas que en los intereses de la Compañía.

El mismo dia, un correo salió para Brugelette con el siguiente mensaje:

"Todo ha sido inútil. Francisco se enamoró de una desgraciada planchadora, y mi hija llora porque quiere al insolente que la desprecia. Es necesario que salga de mi casa lo mas pronto posible. Enviadme vuestras órdenes."

Al recibir este mensaje, el Padre Beckx se puso lívido y exclamó: ¡Malvado muchacho! ¡Parece que una proteccion oculta le salva de todos los peligros! ¡Pero si el Cielo le proteje, la Compañía de Jesus le persigue! ¡Oh! tú, principio del bien, te desafia el principio del mal por su agente en esta tierra, por la Compañía de Jesus! Y el horrible jesuita levantó su mirada hácia el firmamento con expresion de amenaza.

En este momento, tocaron suavemente á la puerta: la figura del jesuita cambió repentinamente. Como el Sol disipa los negros nubarrones de una tempestad, así desaparecieron de la cara del Padre Beckx las sombras que la cubrian: su frente se hizo serena, y una sonrisa amena corrió sobre sus lábios.

—Adentro, contestó.

—Reverendo padre, dijo el lego que entró, aquí está una carta para vos que acaba de traer el cartero.

—Gracias, hermano, podeis retiraros.

Cuando estuvo solo el provincial miró el sobre y examinó el timbre del correo.

—Una carta de Tournay: debe ser de mi primo Julio, murmuró. Véamos lo que dice. . . . Nada que valga la pena: su salud, la mia, su cariño, su familia: ¿y á mí qué me importa todo esto?.... ¡Satanás! ¿No me darás una buena idea para hacer caer en tus garras á Francisco De Buck? Rey de la noche, ayúdame, que soy de los tuyos. . . .

Como si efectivamente el terrible espíritu del mal hubiese querido protejer al jesuita, éste, despues de un momento, exclamó:

—¡Encontré! Sí, eso es: esta carta ha venido á abrirme los ojos. Escribamos inmediatamente.

Y tomando papel y pluma, el padre Beckx escribió á su primo

de Tournay. Despues de darle las gracias por su deseo de que se conservará en buena salud, y de algunos cumplimientos para su familia, decia lo siguiente:

"Ahora voy á hablar con el hermano, como provincial de Bélgica: de hoy á ocho dias, recibireis un jóven llamado Francisco De Buck con una carta mia; le tratareis como hijo, y dejareis siempre á su disposicion la caja de la casa. Puede gastar lo que guste, pero nunca le dareis el dinero que gastare: es indispensable que él mismo lo tome en la caja. Es una órden que os doy.—A. M. D. G."

Cuando hubo concluido su carta el provincial llamó del cordon de la campana. Al lego que se presentó, le dijo:

—Que venga inmediatamente el Padre Socquet.

Cinco minutos despues se presentaba éste último.

—Padre, le dijo su superior, vais á marchar para Tournay: entregareis esta carta á mi primo Julio Beckx, comerciante en la calle de Epinoy. Pero se la entregareis á él mismo y reservadamente. Despues volvereis á darme cuenta de vuestra mision.

—Así lo haré, reverendo padre. Mañana, á las tres de ella, tomaré la diligencia.

—Llamadme al retiraros, al enviado de Soignies.

El Padre Socquet se retiró, y un momento despues entró el correo del notario Dumortier.

—Aquí tienes la contestacion á la carta de tu patron: mañana temprano marcharás para Soignies. Te recomiendo mucha diligencia.

—Sereis obedecido, muy reverendo padre; y el enviado arrodillándose besó la mano que le tendia el jesuita, retirándose en seguida.

Al dia siguiente el Sr. Dumortier recibió la carta del Padre Beckx, en la que le decia éste lo siguiente:

"Habeis servido muy mal á la Compañía; enviadme inmediatamente al jóven, diciéndole que yo deseo que venga á pasar algunos dias conmigo en Brugelette. Que se traiga toda su ropa, y guardareis su taller de carpintería en el estado que lo deje."

Al leer estas líneas, el notario se puso descolorido y murmuró con voz apagada:

—He disgustado al provincial... ¡qué será de mí! Y sin embargo no debo quejarme. Francisco se vá de aquí, y mi responsabilidad quedará á salvo; además, mi hija le olvidará.... Vamos á darle la noticia: y el notario se dirigió por el taller á donde el jóven trabajaba todo el dia.

—¿Cómo te vá, Francisco? le gritó el notario al llegar.

—Muy bien, señor: os doy las gracias.

—¿Y qué estás haciendo, hijo?

—Señor, estoy acabando este ropero, como podeis ver: aquí está.

—Bonito mueble: lástima que deba quedarse así hasta nueva órden.

—¿Qué decis, señor? ¿Por qué motivo?

—Acabo de recibir una carta del reverendo padre provincial, en la que me dice que desea mucho que vayas á pasar algunos dias con él en el colegio de Brugelette. Creo que no puedes rehusar esta prueba de cariño que te dá, y por consecuencia he resuelto que mañana mismo partas. Acabarás tus muebles cuando vuelvas. Por ahora debes ir á preparar tus baules para tomar mañana la diligencia. Despues irás á despedirte de tus amigos por algunos dias.

—Aunque hubiera preferido quedarme aquí, Sr. Dumortier, con mucho gusto obsequiaré el deseo del reverendo padre provincial, porque todos los padres jesuitas han sido siempre muy buenos para mí.

Francisco cerró su taller y entregó la llave al notario. Hizo sus baules, y fué á despedirse de sus amigos. Su última visita fué naturalmente para la jóven planchadora, que todavía no tenemos el gusto de conocer: aprovecharemos la visita de Francisco para trabar conocimiento con ella.

La jóven Adela, como habia dicho la hija del notario, era planchadora é hija de un jardinero: pobre, pero honrada, tenia diez y seis años; sin ser muy bonita era simpática y modesta. Cantaba todo el dia y parecia una alondra. Francisco habia tenido muy buen gusto, y la muchacha queria á éste con toda su alma.

—Mañana voy á marcharme, dijo Francisco; me han dicho que

es un paseo que no durará mas de ocho ó quince dias; sin embargo, puede suceder algo imprevisto y verme obligado á quedarme mas tiempo. Jurame, Adela, que no me olvidarás nunca y que me esperarás con paciencia sin desconfiar de mí.

—Yo lo juro, Francisco.

—Recibe este anillo que compré para tí. Cuando esté de vuelta acabaré de hacer nuestros muebles, y luego te pediré á tu padre. Adios, querida Adela, voy á despedirme de él.

Los dos jóvenes se abrazaron tiernamente y Francisco se retiró.

Cuando estuvo de vuelta en la casa del notario, fué en busca de Odila, la hija de éste: la encontró en el jardin sentada en un senador.

—Señorita Odila, le dijo Francisco, vengo á despedirme de vos: mañana me marcho para Brugelette, y si teneis algun encargo que darme estoy á vuestras órdenes.

La jóven, un poco pálida, miró á Francisco de un modo extraño. En seguida le dijo:

—¿No nos extrañarás, Francisco? ¿No te acordarás alguna vez de tu amiga Odila?

—Señorita, nunca olvidaré las bondades que habeis tenido para con el pobre huérfano. Cuando vuelva os probaré mi agradecimiento.

—¡Cuando vuelvas! ¡Quién sabe cuando será esto! ¿Ya te fuiste á despedir de Adela?

Francisco se puso muy colorado al oir el nombre de su prometida, y no contestó.

—¡No me habia engañado! exclamó Odila airada. Y levantándose, se retiró dejando á Francisco confuso.

Al dia siguiente nuestro jóven tomó la diligencia, y en la misma tarde llegaba á Brugelette al colegio de los jesuitas.

El Padre Beckx, á quien veia por la primera vez, le recibió con mucho cariño.

Francisco no sabia como expresarle su agradecimiento.

Hacia seis dias que habia llegado cuando el padre provincial le hizo llamar á su celda.

—Hijo mio, le dijo el jesuita, he recibido carta del Sr. Dumortier: en ella me dice que con sentimiento ha tomado la resolucion de no recibiros ya en la casa, porque tiene una hija grande, y que no conviene que siga viviendo en su casa un jóven extraño de vuestra edad.

Sé muy bien que son temores infundados: pero ya sabreis, hijo, que los padres de familia son muy susceptibles y celosos del honor de sus hijas.

—Sí, padre, os aseguro que nunca he pensado en faltar al respeto que debo á la familia del Sr. Dumortier. Sin embargo, no volveré á su casa y sabré trabajar para vivir: soy bastante buen carpintero y me estableceré por mi cuenta en Soignies. Como prueba de que nunca he pensado en la hija del Sr. Dumortier os diré, reverendo padre, que tengo mi prometida y pienso casarme con ella.

—Hijo, creo que sois muy jóven para trabajar por vuestra cuenta; además, la Compañía de Jesus no quiere abandonaros: he escrito á un pariente que tengo en Tournay: consiente en recibiros. No tiene familia y así no estorbareis á nadie; estareis en su casa como si fuese la vuestra. Vuestro tio, antes de poco, dejará su enojo contra vos. Así me lo asegura el Padre Marsay en una carta que me escribió hace tres dias. Por consecuencia, no podeis tomar resolucion ninguna antes de conocer su voluntad.

Al oir hablar de su tio que queria tanto, una lágrima corrió á lo largo de la mejilla del jóven, é inclinando la cabeza contestó al Padre Beckx:

—Haré lo que me mandeis, padre mio.

—Muy bien, hijo: así deben ser los jóvenes honrados y virtuosos. Podeis creer que en el mundo nunca se encuentra la felicidad ni el contento. Sola la religion puede darlos, y nosotros sus ministros somos los que mejor que nadie pueden encaminar á el huerfano en la vía de su felicidad. Id, Francisco, á prepararos: mañana os marchareis para Tournay. Mi primo está ya prevenido y tiene en su poder una cantidad de dinero que os pertenece: podeis, pues, pedirsela sin recelo.

Al dia siguiente, un pichon correo salia de Brugelette para Am-

beres: el pequeño papel de que era portador hacia conocer á los Padres Marsay y Lambert la nueva residencia de Francisco.

Francisco al dejar al Padre Beckx habia escrito á su prometida, Adela, dándole parte de la resolucion que habia tomado y jurándole que un mes más tarde, dia por dia, estaria á su lado.

Al dia siguiente marchó para Tournay.

## CAPITULO XXIX.

### SEGUNDA CONDENACION.

Tournay es una ciudad de 40 mil habitantes, á poca distancia de la frontera francesa. Primitivamente llamada Tornacum, era una ciudad bastante bien fortificada y que sostuvo muchos sitios en varias épocas. En uno de estos, se distinguió la princesa d'Espinoy, que recorria las trincheras animando á sus soldados contra el asaltante. Esta valerosa mujer fué muerta en el sitio. Hoy su estátua colocada sobre la plaza de armas de Tournay, recuerda las hazañas de la patriota mujer.

Además, una de las calles de la ciudad lleva su nombre.

El rio Escalda atraviesa Tournay viniendo de Francia, dirigiéndose por Gante. Cuatro puentes comunican las dos partes de la ciudad. Como todas las ciudades fortificadas, Tournay no pudo extenderse impedida por sus murallas y sus fosos.

En la calle d'Epinoy que ya hemos mencionado, vivia el Sr. D. Julio Beckx, negociante en abarrotes. Viejo solteron, rico, habia sido filiado en la Compañía de Jesus por su primo el padre provincial.

Cuando llegó Francisco, el jesuita ex-voto le recibió con muchas muestras de cariño, y le instaló en su casa como en suya propia.

—Ya sabes, Francisco, le dijo, que esta casa es tuya, y que cuando necesites dinero para tus gastos, si no estoy aquí, podrás tomar en la caja del despacho el que puedas necesitar. No debes tener escrúpulo ninguno, porque tu tio manda al Padre Beckx las cantidades que gastes. Algunas veces me ausento yo por dos ó tres dias, y entonces no puedo darte para tus gastos.

—Os doy las gracias, señor, contestó Francisco, y haré así como habeis dicho.

La vida de Francisco no podia ser mas tranquila en la casa del comerciante: ningun trabajo tenia á su cargo. Despues de haber visitado la ciudad y sus curiosidades, Francisco comenzó á fastidiarse. El recuerdo de Adela que habia dejado en Soignies no le dejaba un momento. Cada semana escribia á la jóven una carta cariñosa: pero, cosa extraña, ninguna contestacion habia recibido.

Por fin, llegó el término del mes que habia fijado Francisco para ir á ver á su novia. La víspera el Sr. Beckx habia dicho al jóven que un negocio urgente le llamaba á Tourcoing, ciudad de fábricas, y que estaria cuatro ó cinco dias ausente.

Francisco quedó solo.

Nuestros lectores comprenderán que si las contestaciones de Adela no llegaban á manos de su prometido era porque la Compañía de Jesus las interceptaba. La última, que el padre provincial habia recibido, decia lo siguiente:

"Muy querido Francisco mio:

"No puedes figurarte el gusto que tengo en pensar que de aquí á ocho dias estarás conmigo. La promesa que me hiciste al marcharte no se aparta de mi mente: *De hoy á un mes, dia por dia, me dijiste, estaré de vuelta aquí aunque fuera por un momento; nada podrá impedirmelo.* Y como te conozco bien, sé que eres incapaz de faltar á tu palabra. Vente, Francisco, vente: tu mujercita te espera por el dia 19.

Entre tanto, recibe un abrazo de la que te quiere más que á sí misma."

ADELA.

Al leer esta carta una sonrisa extraña corrió por los lábios del Padre Beckx, y al dia siguiente un mensaje fué enviado á su primo.

Hemos visto el resultado.

El dia diez y ocho de Mayo del año de mil ochocientos cuarenta, Francisco se dirigió á la caja del almacen y tomó doscientos francos para sus gastos de viaje. En seguida salió á la calle, y fué á comprar en una joyería un anillo de oro que le costó veinte francos; compró algunas otras cositas para regalar á la familia de Adela.

Dió órden á los criados de despertale á las cuatro de la mañana, para poder tomar la diligencia á las cinco. Dejó un papelito en su mesa anunciando su viaje al Sr. Beckx, y diciéndole que habia tomado doscientos francos para su viaje.

Francisco pasó una noche deliciosa: la esperanza de ver al dia siguiente á la mujer que su corazon adoraba, le hacia feliz.

Al dia siguiente el jóven se puso en marcha sin sentir el desagradable movimiento del pesado vehículo que le arrastraba lentamente en direccion de Soignies.

Hoy, una línea de ferrocarril une á Tournay con Soignies, pasando por Ath y Brugelette. En el año de 1839, comenzó la Bélgica á cubrirse enteramente de líneas férreas. Hoy una verdadera red de ellas une toda las ciudades, todos los pueblos entre sí.

Tournay está tambien unido por una línea férrea con la ciudad de Lille, (Francia).

Una tercera línea la hace comunicar con la ciudad de Gante.

En la diligencia, Francisco pensaba en Adela.

—Qué gusto tendrá al verme, decia. ¡Me quiere tanto! Yo tambien la quiero porque es buena, virtuosa y trabajadora; tambien es hermosa. Juro que no tendré otra mujer que ella. ¿Iré á visitar al Sr. Dumortier? Creo que no: su hija Odila está muy mal dispuesta contra mí y tambien el señor notario. No: vale más no ir, y no iré.

Despues de un momento continuaba:

—De hoy en tres meses, tendré veintiun años; seré mayor de edad, y entonces me casaré sin que nadie pueda estorbarmelo. Nuestros muebles están casi acabados ya; los pediré al Sr. Dumor-

tier, y en tres meses podré acabarlos. Una vez casados, trabajaré y ganaré bastante para vivir sin inquietudes. Además, con lo poco que me envie mi tio podré dar á mi mujercita una vida agradable.

¡Pobre Francisco! Soñaba mientras sus enemigos se ponian en campaña.

Al dia siguiente el Padre Beckx recibia de su primo un mensaje que decia:

"Ayer Francisco se marchó para Soignies llevándose doscientos francos. Hice mi declaracion al juez criminal, y éste ha enviado á la gendarmería una órden de aprehension.

Hacia dos dias que Francisco gozaba de una dicha sin nubes, cuando en la mañana del tercer dia el brigadier de gendarmería se presentó á la casa del Sr. Labry, acompañado de un gendarme. Como el honrado hortelano trataba con familiaridad á los agentes de la seguridad rural, les convidó á desayunarse con la familia.

Francisco, por su parte, saludó con una sonrisa á los gendarmes. El brigadier guardó su seriedad y contestó al Sr. Labry:

—Vecino, ya sabeis que nosotros estamos obligados de cumplir con las órdenes que se nos envía. Aquí tengo una que me obliga prender á Francisco....

—¡A Francisco! exclamó Labry, ¡pero es una equivocacion!

—¡A mí, murmuró Francisco: es la segunda vez, y quedó sumido en profundas y amargas reflexiones.

Adela no dijo nada: pero se puso lívida y todo su cuerpo comenzó á temblar. Miró á Francisco con estupor, y precipitándose en sus brazos prorumpió á llorar.

—No llores, Adela mia, dijo Francisco en alta voz: yo tengo la conciencia tranquila; nunca dejaré de ser digno de tí; por lo tanto no te desesperas, que estaré prónto en libertad.

—¿Señor brigadier, tendreis la bondad de decirme por qué motivo se me arresta?

—Francisco, la órden dice: por abuso de confianza.

—Abuso de confianza, repitió el jóven: será una equivocacion; no comprendo nada en todo esto.

Gruesas lágrimas corrian por las mejillas del anciano padre de Adela, y esta sollozaba.

Entonces Francisco dijo al brigadier: ¿Me permitis despedirme de la familia?

—Ciertamente, contestó el buen guardian de la ley con emocion; esperaremos hasta que concluyais.

El jóven tomó por la mano á su prometida, y llevándola en una pieza inmediata, le dijo delante de su padre que les habia seguido:

—Adela mia, te juro que soy inocente de lo que se me acusa; ántes de poco me pondrán en libertad y volveré para casarme contigo; tu padre nos ha dado su autorizacion y muy pronto seremos felices. Señor Labry, creedme, á vos tambien os juro que soy inocente.

—Francisco, le contestó el anciano, te creo; sé que eres honrado é incapaz de cometer una mala accion. Mi hija no dejará de quererte y esperará tu regreso. Yo os bendigo á los dos: y reuniendo las manos de los dos jóvenes llamó sobre sus cabezas la bendicion del Cielo.

Entonces Adela con una resolucion digna de una hija del pueblo, dijo á Francisco:

—Francisco mio, nunca dejaré de quererte; sé muy bien que eres inocente; te esperaré con calma y cariño; si tardas mucho tiempo, no por eso te olvidaré. Puedes irte con confianza: si no soy tu mujer no la seré de nadie.

Un extrecho abrazo acabó la despedida, y un momento despues Francisco atravesaba la plaza pública en medio de los dos gendarmes.

El notario que estaba en acecho, envió inmediatamente un mensaje á Brugelette poniendo al Padre Beckx al tanto de lo que acababa de pasar.

Una mala sonrisa se dejó ver en el semblante de su hija Odila al saber que el jóven que la habia despreciado estaba infamado.

Al recibir la noticia, el director del colegio de Brugelette hizo un movimiento de triunfo y exclamó con júbilo:

—¡Creo que los ocho millones pronto serán mios!

Un momento despues, el Padre Beckx estaba en medio de sus discípulos, á quienes se presentaba con la cara de la hipocresía y con la pedantería acostumbrada en los hijos de Loyola.

Segun ellos, sus colegios son los mejores que se conocen: pero la verdad es que los profesores jesuitas poco saben, y por consecuencia poco pueden enseñar en materia de ciencias.

El Padre jesuita Juan de Mariana, contemporáneo de Ignacio de Loyola, en su obra intitulada: *De las enfermedades de la Compañía de Jesus*, dice en el capitulo VII, art. 48:

"*Creo yo y aun ántes lo tengo por muy cierto, que una de las causas mas principales de este daño, es estar encargada la Compañía de estos estudios: que si la gente entendiese bien el daño que por éste camino se hace, no dudo sino que por decreto público nos quitarian estas escuelas, como se ha empezado á tratar. Veamos si seria buen gobierno que en los otros oficios se permitiese los enseñasen remendones, con color de que son hombres de bien, y enseñaran virtud á sus aprendices. No es la Compañía la primera religion que se ha encargado de esto. Antes de San Benito los monasterios eran escuelas públicas, como se vé de la Crónica de Tritenio. Temo yo que como aquellos padres se las quitaron, ó las dejaron, lo mismo habrá de ser de las nuestras. Es, sin duda, carga intolerable; y como los colegios son tantos, no se puede llevar. Antiguamente los preceptores de gramática seglares, como gastaban toda la vida en aquel oficio, unos sabian preceptos, otros poesía, otros erudicion; entre los nuestros apenas hay quien sepa de esto. Los seglares, por ver los puestos ocupados, no se dan á estas letras y profesion. Y así, si alguna dificultad se ofrece, no se halla apenas en España quien sepa cuatro palabras en latin.*"

Si un jesuita como el Padre Mariana reconoció en los colegios tales defectos, ¡qué debia ser el de Brugelette, que dirigia un bandido como el Padre Beckx!

Como lo dice muy bien el contemporáneo de San Ignacio de Loyola: *un decreto público* deberia prohibir la enseñanza á los jesuitas.

En el capítulo VII, artículo 68, dice Mariana:

"*La segunda causa: que de ordinario, los legos son poco amigos de trabajar, sea porque se cansan, sea porque no tienen que pretender, sea porque el tratamiento es el mismo, que trabajen, que huelguen.*"

Y en el capítulo V, artículo 44:

"*Dirá alguno, que si el trabajo no es muy medido, enfermarán y*

*morirán (los novicios); digo, que en buena demanda les faltará la salud. Fuera de que mas quita la salud el regalo, y mas mueren por esta causa; y aun yo creo que las mas de nuestras enfermedades vienen de mucho comer, mas que de trabajo.*"

¡Qué lindas cualidades no tienen los esposos y amos de las llamadas Hermanas de la Caridad!

¡Oh! Paulinos! ¿Qué decís de esta opinion de vuestro hermano Mariana?

Pero eso no basta.

En un papel manuscrito del Padre Domence, que fué secretario del Padre S. Ignacio, y que se halló en el colegio de la ciudad de Terminí en Sicilia, se lee lo siguiente:

"*Nota y apunte* de lo que N. P. S. Ignacio vió y entendió en el éxtasis, *ó rapto de ocho* dias, que tuvo en Manresa."

1º.....

2º.....

3º En el tercero dia vió la gran caida que daria la Compañía por las causas siguientes:

1ª Por haberse introducido en ella un gobierno político.

2ª Por la mucha ambicion.

3ª Por el mucho doblez en el trato.

4ª Por mucha soberbia y otros varios defectos."

Como lo dijimos antes, las cualidades de los directores de las Hijas de la Caridad son muchas: ignorancia, pereza, gula, ambicion, doblez, soberbia y *otras varias*.....

Estas otras varias las poseian probablemente los Padres Beckx, Marsay, Lambert, etc. Ya hemos visto que eran calumniadores, ladrones, etc.

¡Qué será de nuestro desgraciado Francisco en manos semejantes!

Ocho dias han pasado desde su arresto en Soignies.

Francisco se encuentra en la cárcel pública de Tournay. Se le llama á declarar, y en seguida á los testigos á cargo: El comerciante Beckx declara que Francisco aprovechándose de su ausensia, se ha robado doscientos francos, abusando de la confianza que tenia en él.

El dependiente principal declara que le ha visto tomar el dinero.

Otro dependiente declara lo mismo.

No le valieron á Francisco sus denegaciones, y en cumplimiento de los arts. 463 y 464 del Código Penal, fué condenado á cinco años de prision y quinientos francos de multa.

Al oir la sentencia, una sonrisa amarga se dejó ver en los lábios de Francisco. No contestó una sola palabra, y se dejó llevar otra vez á la cárcel sin hacer oir una queja.

Ocho dias despues, el condenado fué conducido por la gendarmería, de brigada en brigada, hasta Dinant, donde debia Francisco purgar su condena.

La ciudad de Dinant donde Francisco debia pasar cinco años, pertenece á la provincia de Namur y está situada cerca del Mosa. En esta provincia se encuentran minas de fierro, de plomo, de cobre, de carbon de piedra y de mármol. Cerca de Dinant, hay minas de mármol negro muy lindo. Una ciudadela situada sobre una altura domina la ciudad.

Cuando el desgraciado jóven se vió instalado en la prision de Dinant, escribió á su prometida dándole parte de su condenacion: en su carta la suplicaba olvidarle y casarse con otro jóven mas feliz que él.

—Padre mio, dijo Adela llorando al recibir el triste mensaje, Francisco quiere que le olvidemos. ¿No es cierto que no debo olvidarle porque es desgraciado? Si la sociedad cree que es culpable, yo estoy segura de su inocencia. La mala suerte le persigue: pero un dia se cansará, y entonces seremos felices.

—Pobre hija, contestó el honrado artesano, tienes razon en lo que dices; pero tu juventud se pasará sin que puedas tener gusto ninguno; sin embargo, te dejo libre de querer y esperar á Francisco.

Desde ese dia, Adela trabajó sin descanso y no tomó ya parte á ninguna de las diversiones que tenian lugar en el pueblo. Cuando llegó la *Kermesse* (féria) tampoco quiso asistir á un solo baile.

## CAPITULO XXX.

### LOS JESUITAS Y PEDRO DE BUCK.

Hace tiempo que no hemos visto al armador: desde que su sobrino emprendió sus viajes con el Padre Lambert, le hemos abandonado.

Cuando volvió Francisco de su viaje en Alemania, el Padre Marsay dió parte al armador del regreso de su sobrino y de la resolucion que el Padre Lambert habia tomado de enviarle á la casa del notario de Soignies. El Sr. De Buck dió al jesuita las gracias por todas las molestias que la Compañía tomaba en su favor, y le entregó dinero bastante para todos los gastos de Francisco. Despues el confiado católico no volvió á hablar de su sobrino, y dejó á la Compañía de Jesus el cuidado de su porvenir.

Hacia cuatro años y medio que D. Pedro no habia visto á Francisco y le creia todavía en Soignies, cuando un dia el Padre Marsay, al venir á almorzar con él, le dijo estas palabras:

—Señor De Buck, acabo de recibir noticias de Francisco.

—¡Ah! contestó el armador con indiferencia. ¿Está bueno?

—De salud no puede estar mejor; pero de conducta.....

—¿Habrá cometido alguna otra falta?

—Precisamente: como os lo anuncié, estaba en casa del Sr. Dumortier, notario en Soignies. Este señor le trató como su hijo; pero Francisco en lugar de agradecer el trato que se le daba, quiso abusar del cariño que toda la familia le profesaba: la hija del notario debia ser su víctima. Esta niña de diez y seis años apenas es muy linda é inocente, y no podia oponer á la maldad de Francisco mas que su virtud. Despues de enamorarla, quiso Francisco abusar de ella; pero no pudiendo conseguirlo, le propuso robarla y llevarla lejos de la casa paterna. Felizmente la pobre niña pidió consejo á una amiga, quien contó todo á la esposa del notario. No era posible ya la permanencia de Francisco en la casa del notario. Informado el R. padre provincial de lo acontecido, ofreció con su bondad acostumbrada el colegio de Brugelette para recibir á Francisco: el notario aceptó. El Padre Beckx pensaba hacer recibir al jóven como novicio; pero sus malos instintos no lo permitian. Entonces pensó en un primo suyo que vive en Tournay, y este recibió á Francisco como hijo. Un mes estuvo tranquilo; pero un dia que el Sr. Beckx estaba ausente, Francisco sacó de la caja doscientos francos, y desapareció.

—¡Miserable! exclamó el honrado armador. No piensa mas que en robar.

—Lo habeis dicho: parece que su mas grande vicio es el robo.

Despues de este último crímen, ya no hay esperanza de hacerle cambiar de conducta. Los padres jesuitas han rehusado ya ocuparse mas de él. Creo que lo mejor que podamos hacer, es abandonarle á su mala suerte.

—Teneis razon, padre, y desde hoy le retiro toda ayuda.

Deseo que nunca se me vuelva á hablar de mi sobrino: ha muerto para mí y para todos los de casa.

—Comprendo vuestra indignacion, y no debeis protegerle mas.

En el seno de nuestra santa religion encontrareis el consuelo y olvido de todas vuestras penas. El deber de un buen cristiano es conformarse con la voluntad de Dios.

Desde este momento no se habló mas del desgraciado Francisco en la casa del armador.

El Padre Lambert llevó personalmente á Brugelette la noticia

de la resolucion del armador, y recibió del provincial las instrucciones necesarias para llevar á cabo el proyecto de la Compañía.

Al dia siguiente salió para Dinant.

No hacia un mes que estaba Francisco en la prision, cuando un dia llegó para él una visita: era el padre Lambert.

—Hijo mio, dijo el jesuita á su víctima, vengo directamente de Amberes: he visto á vuestro tio, y tengo el sentimiento de comunicaros que al saber vuestra condenacion, el Sr. De Buck ha prohibido hablarle mas de su sobrino. Ha declarado terminantemente que ya no os ayudará con ningun recurso pecuniario, y que os abandonaba á vuestra mala suerte. El Padre Marsay y yo le hemos suplicado revoque su sentencia: pero todo ha sido inútil, ya no debeis contar con él.

—Padre mio, mi tio hace bien porque me cree culpable, y todo el mundo cree lo mismo. Dios que lee en todas las conciencias conoce mi inocencia, y dia vendrá en que ésta será reconocida públicamente; tengo la intuicion de ello.

Un relámpago de ira pasó por el semblante del jesuita, y si sus ojos hubieran sido dos pistolas, de seguro que Francisco era hombre muerto; pero desapareció inmediatamente esa mala expresion, y el hijo de Loyola contestó á Francisco con una dulce sonrisa:

—Os he dicho, hijo mio, que he suplicado el Sr. De Buck en vuestro favor, y no habiendo obtenido nada de él los padres jesuitas han resuelto tomaros bajo su proteccion. Poca cosa somos: pero desde hoy proveremos á todas vuestras necesidades. Aquí teneis cien francos, y cuando os hayan agotado podeis pedirme mas.

—Os doy las gracias por vuestra bondad, padre mio, contestó Francisco profundamente conmovido: he perdido á mi tio, pero los padres me quedan. ¡Ah! sois muy buenos y los dignos representantes de Jesucristo sobre la tierra.

Francisco besó con efusion las manos del jesuita, y este con la hipocresía tradicional de su órden le dió su bendicion.

El tígre acariciaba al confiado gamo para devorarle despues.

Antes de retirarse el Padre Lambert prometió á Francisco enviarle de sus noticias cada mes.

Desde este momento, el desgraciado jóven quedó completamente en poder de la Compañía de Jesus.

Pasaron los cinco años de prision sin que Francisco hubiese dejado de ser el jóven honrado y sumiso de antes.

Cada mes recibia el preso la visita ó alguna carta del Padre Lambert; cada mes algun dinero le era remitido por los padres jesuitas: Francisco bendecia á sus verdugos que no le olvidaban; Adela tampoco olvidaba al jóven: cada mes una carta muy cariñosa venia como un bálsamo á refrescar el corazon del desgraciado, y á sostenerle en las buenas disposiciones que habia conservado desde su primer arresto en Amberes.

El 19 de Agosto de 1845, el Padre Lambert llegó á Dinant: Francisco como siempre le recibió con cariño.

—Hijo mio, le dijo el jesuita, el 19 del mes próximo saldreis en libertad: ¿qué pensais hacer entonces?

—Padre mio, pienso volver á Soignies y establecerme como carpintero. Adela me espera, y nos casaremos.

—Muy bien hijo: de hoy á un mes estaré aquí para acompañaros hasta Soignies.

Al dia siguiente, Francisco escribia á Adela:

"Muy querida Adela:

"El 19 del próximo mes de Setiembre saldré en libertad. Si no has olvidado á tu Francisco, y si no tienes vergüenza de unirte con un hombre que la justicia ha condenado, iré á pedir tu mano á tu padre. Tengo como mil francos de economía que me servirán para establecerme y montar nuestra casa. Enseñarás esta carta á tu padre y le pedirás su autorizacion.

Contéstame pronto.

Tu triste amigo que te quiere.

FRANCISCO DE BUCK."

La carta salió para Soignies; pero el Padre Lambert habia salido el dia anterior y debia llegar ántes que ella.

Efectivamente, el dia 22 el jesuita llegaba á la casa del notario Dumortier. Los dos hermanos tuvieron una conferencia, y despues mandaron llamar al padre de Adela.

—Señor Labry, le dijo el Padre Lambert al llegar éste, hace tres dias estuve con Francisco en la prision de Dinant: el 19 del mes próximo saldrá en libertad por haber concluido su tiempo. Me dijo que su intencion era establecerse aquí y casarse con vuestra hija. ¿Estais dispuesto á darle á Adela?

—Padre, contestó el honrado artesano, si Adela le quiere la dejaré en plena libertad de casarse con él.

—Pero Francisco ha sido condenado dos veces, y sabido esto nadie aquí le dará trabajo. Necesita ser honrado para que la sociedad consienta en confiar á un hombre cualquier trabajo.

—Por mi parte, dijo el notario, nunca le daré que hacer; hasta hoy he guardado en mi casa toda su herramienta: pero deseo que mañana mismo os lleveis todo á vuestra casa para entregárselo cuando os parecerá.

—Señor notario, contestó afligido el pobre anciano, mañana vendré á recoger todo lo que pertenece á Francisco, y siento demasiado que esteis resuelto á no darle trabajo mas tarde. No es este el modo de ayudar á un desgraciado á volver al buen camino. Si Francisco ha sido culpable, ha sido castigado, y nosotros debemos tenderle una mano caritativa para levantarle. ¿No es cierto, padre?

—Teneis razon, Labry, y veo con gusto que sois buen cristiano; pero desgraciadamente todo el mundo no piensa como vos, y si le falta trabajo á Francisco, vuestra hija quedará en la miseria. Si quereis seguir un buen consejo, dejareis pasar un año antes de casar vuestra hija: este tiempo os servirá para aseguraros de su conducta. Ya sabeis que nosotros le queremos como á un hijo, y que no le dejaremos abandonado; hemos resuelto hacerle viajar un poco: yo le acompañaré, y terminado el año, si su conducta ha sido irreprochable, os le traeré y podreis entonces darle vuestra hija. Como padre debeis ser prudente, para no labrar su desgracia.

—Teneis razon, padre, y seguiré vuestro consejo. Os doy las gracias por vuestro cariño hácia Francisco, y os suplico no le abandoneis. Mi hija le esperará un año mas.

—Muy bien, Labry, continuó el hipócrita. Mañana recibireis una carta de vuestro jóven: espero que le contestareis como aca-

bais de manifestarme. Solamente me hareis favor de no decirle que yo he venido á veros.

—Así lo haré, padre.

Al dia siguiente llegó la carta de Francisco, y el Sr. Labry que habia tenido una larga conversacion con su hija, le contestó como habia prometido al jesuita.

Si el honrado anciano hubiese visto la sonrisa que cambiaron los dos hijos de Loyola, seguramente que no hubiera aplazado á Francisco por un año; pero la trama estaba bien urdida, y los jesuitas no son hombres de dejarse adivinar.

Adela lloró mucho, pero obedeció á su padre.

Francisco al recibir la contestacion á su carta quedó abatido, pero se resignó y dió razon al padre de la mujer que queria.

El Padre Lambert se habia marchado para Brugelette á dar cuenta á su superior de todos sus actos.

Era necesario combinar un nuevo plan de ataque contra el heredero de los ocho millones que la Compañía queria para sí.

El Padre Beckx, despues de oir con atencion la relacion que le hacia su compañero de crímen, dijo á éste:

—Padre Lambert, escuchadme bien: el 19 de Setiembre saldrá el jóven de la prision de Dinant; le llevareis á la casa de Bruselas, donde le tratareis con mucho cariño. A los ocho dias os marchareis para Ostende. En este puerto tendremos anclado el buque "La Fortuna" que pertenece al Sr. De Buck, y cuyo capitan es de los nuestros. Mañana os daré una carta para un hermano nuestro de la Habana en la isla de Cuba, donde va el buque á cargar tabaco, café y azúcar. Entregareis Francisco al capitan, y éste le remitirá al padre provincial de la isla con la carta. Se buscará el modo de hacerle desaparecer en ese punto, y los ocho millones serán nuestros. Ya hace diez años que estamos esperando, y es necesario que el armador haga un nuevo testamento en nuestro favor. Mañana me marcharé, para Amberes donde os esperaré para tomar las providencias que sean necesarias.

Al dia siguiente, el Padre Lambert se marchó para la casa de Bruselas, y el padre provincial para el noviciado de Alost, de donde debia dirigirse á Amberes.

¡Pobre Francisco! los que quieres con tanta confianza, los Padres jesuitas como panteras que acechan al viajero para devorarle, esperan el 19 de Setiembre para enviarte á más de dos mil leguas de tu familia y de la que te ha dado su corazon. Esos infames subditos del Padre Roothaan no dilatarán en robarte lo que te pertenece. Tu tio ya casi te ha olvidado, y cuando se acuerda de tí es para maldecirte. Tu hermana Agustina ha sido recibida ya de Hermana de la Caridad, y no piensa ni en su hermano, ni en ningun pariente ó amigo. Tu amigo Guillermo está en Roma en el colegio de San Ignacio. Tu compañero Teófilo está en su pueblo, y no volverás á verle.

Llegó por fin el dia de la libertad para nuestro héroe. El programa trazado por el Padre Beckx se cumplió sin alteracion.

El dia primero de Octubre, el ferrocarril llevó á Francisco y su verdugo al puerto de Ostende.

Francisco visitó todo lo que hay de curioso en esta ciudad: las fortificaciones las *Dunes* que son las colinas de arena que forman las costas de Ostende á Dunkerque, en Francia, y que son célebres por una famosa batalla que en el año de 1658 se dió entre los franceses mandados por el famoso señor de Turenne, y los españoles que tenian por gefe á Don Juan de Austria: estos últimos fueron completamente derrotados.

En las *Dunes* se encuentra una gran cantidad de conejos que han abierto en la arena innumerables galerías.

Los ostiones de Ostende son renombrados por su sabor esquisito. Los baños de mar están muy concurridos en la temporada correspondiente.

A los seis dias de estar Francisco en el puerto, el buque "La Fortuna" llegó de Amberes.

El Padre Lambert subió inmediatamente á bordo para hablar con el capitan, que se llamaba Enrique Van Ogstraeten. Encontró á éste enfermo é incapaz de hacer el viaje: la fiebre de los *Polders* (Pantanos) de Amberes le habia postrado en el camino, y el segundo del buque debia mandarlo por esta vez. Bastante contrariado se vió el padre Lambert con semejante contratiempo. Era imposible confiarse en el segundo que no pertenecia á la Compa-

ñia. El capitan despues de oir á su digno hermano Lambert, recordó á este que el teniente de gendarmería del punto era de los suyos y que podia serle útil.

Era necesario tomar una resolucion: el buque debia zarpar á los dos dias.

El Padre Lambert llamaba á Satanás en su ayuda.

En la mañana del dia siguiente fué á visitar al teniente de gendarmería: le dijo que necesitaba un medio para embarcar en el buque "La Fortuna" un jóven que traia desde Bruselas, etc.

El gendarme tuvo una inspiracion: una sonrisa de satisfaccion se dejó ver en sus lábios, y en voz baja dijo algunas palabras á su hermano. Este se mostró tambien satisfecho, y los dos jesuitas se separaron.

Al dia siguiente, el Padre Lambert se levantó temprano y dijo á Francisco que todavía estaba acostado:

—Hijo, voy á visitar á un sacerdote á quien lo prometí ayer. Puede que me quede á almorzar con él. Por lo tanto, no debes esperarme y puedes dar solo tu paseo.

Salió el jesuita.

Eran las diez de la mañana y Francisco estaba ocupado en componer su ropa, cuando se abrió la puerta de su cuarto, y dos gendarmes se presentaron delante de él.

El jóven les miró con estrañeza y les preguntó:

—¿A quién buscais, señores?

—A Francisco De Buck, contestaron los agentes de la fuerza pública.

—Yo soy: ¿qué me quereis?

—Un padre jesuita que se llama Lambert nos ha encargado conduciros á bordo de un buque que está anclado en el puerto. El Padre Lambert está visitando el buque en este momento, y quiere que le veais ántes de hacerse á la vela, porque dicho buque pertenece á vuestro tio de Amberes.

Francisco se apresuró á guardar su ropa.

—Vámonos, señores, que estoy impaciente de ver el buque de mi tio: y acompañado de los dos gendarmes, Francisco salió del hotel donde estaba alojado.

Cinco minutos despues, el Padre Lambert llegó al hotel seguido de dos robustos marineros. Estos no tardaron en salir cargados de dos grandes baules: era el equipaje de Francisco que llevaban á bordo. Cuando quedó solo el Padre Lambert, una expresion de júbilo infernal se dejó ver en su semblante, y el jesuita murmuró á media voz:

—Creo que esta vez todo se acabó: ántes de poco nuestro estorbo habrá dejado de existir y el armador nos habrá dejado sus ocho millones.

—¡Ocho millones, repitió el hijo de Loyola con innoble codicia! ¡Con esta cantidad qué no hará la Compañía de Jesus!

A las dos de la tarde, "La Fortuna" levantará sus anclas, y de aquí á un mes llegará á la isla de Cuba. Mañana me marcharé para Amberes á reunirme con el padre provincial. Creo que desde diez años que me he constituido espía de Francisco he cumplido las instrucciones de la Compañía, y que la recompensa no se hará esperar. Soy profeso es cierto, pero solamente de tercer voto, y quiero serlo de cuarto, *Ad majorem dei gloriam.*

## CAPÍTULO XXXI.

### DE BÉLGICA Á CUBA.

Á las dos de la tarde del 8 de Octubre de 1845, el buque "La Fortuna" levantó sus anclas, é inclinándose graciosamente sobre el mar como para mirarse en este inmenso espejo, abandonó el puerto de Ostende. Virando á la izquierda se dirigió al Oeste, y atravesando todo el mar de la Mancha dejó á la izquierda la Francia, y á la derecha las islas Británicas. Al dia siguiente estaba en las aguas del Océano Atlántico.

El capitan Van Ogstraeten se habia quedado en Ostende atacado de una fiebre terrible que le condujo á la tumba ocho dias despues de haber dado á la vela "La Fortuna."

Cuando Francisco llegó á bordo con los gendarmes, el teniente le dijo:

—Jóven, os voy á conducir á todas las partes del buque para que podais examinarlo.

—Muchas gracias, señor capitan, contestó el jóven agradecido.

Despues de ver la cubierta bajaron al entre-puente: pero apenas estaban en él cuando dos marineros se hecharon sobre Francisco, y atándole sólidamente con unas cuerdas le llevaron á un camarote que desde ántes estaba preparado.

A tan brusco ataque Francisco quedó anonadado, y sin proferir una sola palabra se dejó amarrar y llevar.

Cuando estuvo solo pudo reflexionar sobre lo que le pasaba:

—¿Qué quiere decir esta nueva desgracia? se preguntaba la pobre víctima. Estos marineros estarán locos, seguramente. Yo no conozco al capitan del buque; nunca le he visto. ¿Dónde estará el Padre Lambert? ¿Qué significa todo esto?

Estaba en estas reflexiones cuando se abrio la puerta de su camarote, y un marinero entró cargado con uno de su baules que depositó en el suelo; salió, y poco despues volvió con el otro diciendo á Francisco:

—Aquí están tus baules, jóven, con todo tu equipaje; nada falta: están como me los dieron en el hotel.

—Gracias, amigo, le contestó Francisco, ¿pero no puedes decirme por qué me han amarrado y me tienen aquí encerrado?

—¡Vaya una ocurrencia! exclamó el marinero riéndose. Es cierto que el pobre no tiene obligacion de saberlo, dijo entre dientes. Amigo, continuó en alta voz, el capitan te lo hará conocer, y salió sin ocuparse más del desgraciado jóven.

Las horas pasaron sin que nadie hubiera vuelto á visitar á Francisco.

Un movimiento que se comunicó á todo el buque anunció que se levantaban las anclas.

Media hora tenia de haberse puesto en marcha cuando la puerta del camarote volvió á abrirse, y el teniente se dejó ver.

—Jóven, dijo á su prisionero, en este buque yo solo mando. Cuando el teniente de gendarmería vino á verme hoy temprano, me dijo que teneis de tiempo en tiempo accesos violentos de locura. Os he, pues, amarrado; pero ahora que estamos fuera del puerto y que virando al Oeste estamos en plena Mancha, os voy á desatar pero con una condicion: cuando el acceso llegará volveré á amarraros. En estos momentos os veo tranquilo. ¿Me prometeis seguir así?

—Señor capitan, contestó el jóven asombrado, cuando el teniente le hubo quitado sus ligaduras, os prometo que no tendreis que quejaros de mí. No soy loco ni lo he sido nunca. Creo que soy víctima de un equívoco. Estaba yo alojado en el hotel Nacional con

el Padre Lambert, cuando como á las diez de la mañana estando ausente el padre, dos gendarmes me vinieron á avisar que éste me esperaba en el buque. Les seguí, y una vez aquí me ví amarrado y encerrado, para conducirme no sé donde.

—Jóven, me alegro veros en tan buena disposicion, y podeis seguirme sobre el puente para gozar de la hermosa vista que se tiene todavía á estas horas: y seguido de Francisco subió al puente.

Esta conducta del Sr. Dupont, comandante del buque por la muerte de su capitan, probaba que tenio un noble corazon. Sin embargo, el teniente de gendarmería le habia enseñado una órden supuesta donde se decia que Francisco Merlin era un loco furioso que sus padres enviaban á la Habana. Una carta del armador propietario del buque daba autorizacion al capitan para recibirle á bordo. Por supuesto que ésta última carta era tambien falsa.

Francisco estuvo sobre el puente hasta muy entrada la noche, y el mismo Sr. Dupont vino á llevárselo para cenar, admirado de la calma y conversacion de su loco.

Como hemos dicho ya, el teniente era hombre muy humanitario y, además, de sólida instruccion. Dió órden á toda la tripulacion de tratar al jóven loco con el mas grande cariño.

Ocho dias pasaron.

Un dia que la calma del Oceáno donde navegaba el buque permitia al comandante no ocuparse de las maniobras, éste llamó á Francisco y tuvo lugar la conversacion siguiente:

—Francisco, todos los dias mi asombro crece: no he visto en vos absolutamente ningun síntoma de locura, y vuestra conducta es un modelo para la tripulacion. Además, no habeis dejado oir ninguna queja contra los que me mandaron hacer lo que hice con vos. Os voy á decir todo porque creo que aquí hay gato encerrado. Aquí teneis la órden que el teniente de gendarmes me comunicó: vedla.

—¡Francisco Merlin! exclamó el jóven; ¡pero no es este mi nombre!

—¡Cómo! ¿no os llamais Francisco Merlin?

—Me llamo Francisco De Buck y no Merlin.

—¡De Buck! ¿sois pariente del Sr. D. Pedro de Buck, armador en Amberes?

—Sí, señor, soy su sobrino y no soy loco.

—¡Su sobrino! esto no puede ser.

—¿Porqué, señor capitan?

—Por qué..... porque aquí tengo la carta que el mismo Sr. De Buck me escribió para ordenarme recibiros á bordo, y el Sr. Dupont enseñó á Francisco la carta que el teniente de gendarmes le habia remitido.

Francisco se quedó asombrado: no podia creer que su tio quisiera hacerle pasar por loco y le enviara á la Habana.

Despues de un momento de penoso silencio, el jóven dijo al Sr. Dupont:

—Señor capitan, hareis bien en cumplir las órdenes de vuestro patron. El habrá tenido motivos para conducirse como lo hizo para conmigo. No estoy loco: pero mi tio me cree culpable. Iré, pues, á la Habana como lo quiere.

El teniente miraba admirado al sobrino del armador.

—¡Con que sois sobrino de mi patron! Pues bien, desde este momento podeis considerarme como vuestro amigo.

Francisco estrechó con efusion la mano que le tendia el leal marino.

Desde este momento Francisco fué tratado á bordo con mucha consideracion.

El Sr. Merlin le consideraba como un hijo de familia que habia cometido algunas calaveradas, y que por castigo sus padres ó tutores enviaban á hacer penitencia á la Habana.

Francisco de su lado no desvaneció nunca este error: por un sentimiento exagerado de delicadeza, nunca se quejó á su nuevo amigo de los procederes de su tio para con él. Además, ¿qué le hubiera dicho? ¿Que dos veces habia sido condenado á prision siendo inocente? Probablemente que el teniente no le hubiera creido.

Francisco, pues, guardó silencio.

El proscrito olvidaba sus desgracias al considerar el imponente espectáculo que le presentaba la inmensidad del Océano Atlántico. Su espíritu se remontaba hasta las regiones desconocidas donde el Gran Arquitecto del Universo oculta su infinita sabiduría.

¡Qué pequeño no se vé el hombre entre el cielo y el Océano!

Dos inmensidades forman su horizonte, y el buque parece una cascara de nuez perdida en una laguna.

Cuando á las noches brumosas ó frias sucedieron las estrelladas y tibias, Francisco no quizo ya bajar al entrepuente: los dias y las noches las pasaba sobre cubierta, y su admiracion aumentaba todos los dias.

Dejando á la izquierda las islas de las Antillas llegaron á la vista de la isla de Cuba, cuyos hijos combaten desde muchos años con tanto heroismo por su independencia. El puerto de la Habana se dejó ver en lontananza: entonces el Sr. Dupont llamó á Francisco y le dijo:

—Francisco, no sé lo que os está reservado; pero si un dia puedo seros útil me encontrareis dispuesto. Hoy debo cumplir con mi encargo de remitiros con esta carta que se me dió: lo haré, pero en seguida si deseais volveros conmigo á Europa os recibiré con mucho gusto á bordo. Habeis sido un ejemplo para mi tripulacion y un amigo para mí.

—Os estoy muy agradecido, señor capitan, de vuestra benevolencia para conmigo, y os prometo que no olvidaré vuestro ofrecimiento. Quizá dia vendrá en que pondré á prueba vuestra bondad.

—Si teneis necesidad de algun dinero, Francisco, puedo daros 300 francos que es todo lo que poseo.

—Otra vez gracias, señor: pero tengo en mi poder lo necesario para mis gastos, y espero no pedir prestado á nadie.

Llegados á la Habana, el desembarque se hizo sin novedad.

Entregada la carta á la persona indicada en el sobre, el capitan volvió á bordo.

Al dia siguiente, un sacerdote se presentó y preguntó por Francisco Merlin: el jóven se presentó. Al verle, una benevola sonrisa se dibujó en los lábios del sacerdote, que presentó afectuosamente la mano al nuevo llegado, diciendole con cariño:

—Jóven, las personas que me escriben me hablan muy bien de vos y me recomiendan daros todo lo necesario. Cumpliré con la recomendacion, y para que tengais mas libertad os alojaré en un hotel muy confortable, donde podreis vivir como mejor os pareciere.

—Padre, os agradezco vuestros buenos oficios, y espero no daros un solo momento de disgusto; en cuanto á lo necesario creo que el dinero que poseo me bastará para el tiempo que esté aquí.

—Vamos, hijo, vamos: hablaremos de todo esto una vez en vuestro alojamiento.

Un momento despues, Francisco estaba muy bien alojado en un hotel de segunda clase, y el sacerdote despues de haberle dejado sus señas se retiró.

Una vez solo el jóven quedó sumido en honda tristeza. Un profundo suspiro se levantó de su pecho á sus lábios y el desgraciado murmuró á media voz:

—¡Qué desgracia la mia! A tres mil leguas de mi familia me encuentro sin un solo amigo, sin un conocido siquiera. Hace diez años que me veo perseguido por la mala suerte é injustamente condenado. Hoy mi tio me envia hasta esta tierra lejana haciéndome pasar por loco. Seguramente que ha perdido todo cariño para mi y que ya no quiere verme. Ya tengo veintiseis años, y no poseo ni casa, ni oficio. Mi hermana se hizo religiosa y desconoce á todos sus parientes. Mi amigo Guillermo está en Roma en el colegio, y muy pronto será sacerdote. Nadie me conoce ya. Solamente me quedan los padres jesuitas que siempre han sido tan buenos para mi. ¿Qué dirá el padre Lambert de mi desaparicion? Me habrá buscado en todas partes y no me habrá encontrado. El comandante de los gendarmes se sirvió de su nombre para llamarme á bordo. Me engañó como lo hizo con el Sr. Dupont diciéndole que estaba loco.

Despues de un momento Francisco prosiguió:

—Y Adela: ¿qué pensará de mí? que soy un miserable que la engaña y se burla de ella. ¡Pobre ángel, que nunca ha dudado de mi honradez y de mi inocencia! ¡Ah! nunca la olvidaré, y si Dios permite que un dia vuelva á Bélgica, sin decir nada á nadie iré á verla y decirle que nunca he dejado de amarla.

¿Porqué no escribirle desde luego y hacerle conocer todo lo que me pasó? Esto es: á la obra.....

Dos horas despues, Francisco habia acabado su carta. En ella decia:

"Mi muy amada Adela:

"Estoy á mas de dos mil leguas de tí; he sido otra vez víctima de la mala suerte: como loco he sido llevado á bordo de un buque en el puerto de Ostende, y he sido conducido á la isla de Cuba. Estoy en la capital de la Habana. Sin amigos, sin conocidos me encuentro en un pais dónde se habla un idioma que no comprendo, y donde hace un calor insoportable. No sé lo que haré aquí, pero te prometo que concluido el año que me diste de plazo estaré á tu lado. Entre tanto no te olvidaré. Entonces si todavia me quieres nos casaremos.

"Paciencia, pues, y confianza, que Dios no abandona á los que se conducen honradamente."

"Tuyo,—Francisco De Buck."

Esta carta fué cerrada, y Francisco llamó á un mozo del hotel para llevarla al correo.

Diez minutos despues, este mozo entregaba la carta de Francisco al sacerdote que hemos visto ir á recibir al jóven á bordo, y recibia del jesuita una onza de oro como premio de su traicion. Antes de retirarse recibió la órden de vigilar mas que nunca al jóven inquilino.

Retirado el mozo, el jesuita tomó conocimiento de la carta que quemó en seguida.

Ninguna contestacion, podia pues, recibir Francisco de ella.

## CAPÍTULO XXXII.

### EL NUEVO TESTAMENTO.

Hemos dejado al padre Lambert en el puerto de Ostende, despues de haberle visto entregar el equipaje de Francisco.

Cuando el buque hizo á la vela inclinándose graciosamente sobre las aguas, el infame jesuita no pudo reprimir su emocion: se puso pálido y murmuró á media voz:

—Adios, heredero de nuestros ocho millones; esta vez creo que son nuestros. El vómito ó las fiebres darán buena cuenta de tí á la Habana.

En la tarde el hijo de Loyola tomó el tren para Gante donde llegó muy temprano. Al dia siguiente estaba en Amberes.

Cuando llegó á la casa de San Cárlos, el padre Beckx le aguardaba con impaciencia: el padre Lambert se hacia esperar. Pero al verle llegar el provincial no pudo contenerse, y adelantándose le preguntó con ansiedad: ¿Qué ha sucedido?

—En estos momentos está en alta mar.

—¡En fin!

Los dos jesuitas una vez en la celda del padre Marsay dejaron por un momento su máscara de hipócrita benevolencia.

El padre Lambert relató lo que habia pasado en Ostende, y fué aprobado en todo lo que habia hecho.

El padre Marsay sonriéndose le preguntó: ¿qué tal efecto produjo la carta del Sr. De Buck?

—Sin ella, contestó el padre Lambert, me hubiera encontrado en una gran dificultad por la muerte del capitan; pero gracias á ella el teniente no tuvo inconveniente en recibir al sobrino de su patron, y creer todo lo que se le dijo.

—Magnífico, dijo el padre Beckx: ese Trousset no tiene precio: es un falsario como los hay poco.

—¡Cómo! exclamó el padre Lambert, el Sr. De Buck no fué el autor de la carta!

—Creo que el padre Lambert hubiera encontrado alguna dificultad en querer hacersela firmar, le contestó vivamente el padre Marsay.

—Teneis razon, padre, dijo aquel: ya comprendo todo.

—Ahora, hermanos, les dijo el provincial, es necesario pensar en el porvenir: Francisco morirá de aquí á tres meses del vómito, y cuando se reciba la cópia de la acta de su muerte y entierro, será necesario hacer cambiar su testamento al Sr. De Buck. Entre tanto os marchareis para Bruselas mañana mismo, donde esperareis mis órdenes. Dentro de seis meses seremos dueños de los ocho millones. Padre Marsay, dejareis creer al Sr. De Buck que su sobrino está viajando con el padre Lambert, sin decirle donde.

Los tres bandidos se separaron.

Al dia siguiente el padre Marsay fué á visitar á su penitente. Este le recibió con mucho cariño y le convidó á almorzar. El jesuita aceptó.

El armador habló de Guillermo, de Agustina y de sus negocios; pero no dijo ni una palabra tocante á Francisco.

¡Pobre anciano que ignoraba que su desgraciado sobrino era la víctima de ese hombre vestido de negro que tenia á su mesa!

Creia á su sobrino culpable y le habia desterrado de su pensamiento; no le habia sido posible perdonarle sus supuestos crímenes. En la casa, ya nadie tampoco hablaba de Francisco. Solo la señorita Elisa se acordaba del jóven que habia visto crecer. Algunas lágrimas vertia al recuerdo de Francisco que se habia ido sin que nadie supiera de él.

Despues del almuerzo, el Sr. De Buck y el padre Marsay quedaron solos: entonces el último dijo:

—He recibido una carta del padre Lambert fechada en Ostende: en ella me dice que vuestro buque "La Fortuna" ancló en aquel puerto para dejar á tierra al capitan que estaba enfermo de la fiebre de los Polders; el Sr. Van Ogstracten murió á los ocho dias..

—¡Cómo! exclamó el armador, el capitan de "La Fortuna" murió ¿y el buque qué se hizo?

—El padre Lambert dice que el teniente tomó el mando y siguió su camino para la Habana; que aprovechando la ocasion se embarcó con Francisco: de modo que están en este momento bogando en pleno Océano.

—Vale mas así: el desgraciado no puede ya presentarse en este país con la gente honrada: daré lo que se necesita para establecerle en esa isla. Cuando el padre Lambert os escriba, padre, le direis en vuestra contestacion que me haga saber la cantidad que será necesaria y se la enviaré.

—Así lo haré, Sr. De Buck.

—¿Habeis sabido algo de Guillermo, padre? preguntó el desgraciado anciano.

—Si, señor: Guillermo no muestra mucho empeño para la carrera eclesiástica; y quién sabe si deberá abandonarla. Sin embargo, parece tener mucha aficion á las ciencias: le dejaremos escoger la que le agrade mas. No dejaremos de dirigirle, y podrá hacer una carrera brillante. De esta manera, Sr. De Buck, vuestra fortuna quedará intacta: Agustina es la única que pudiera ser vuestra heredera.

—Creo, padre, que Agustina no tiene necesidad de nada, puesto que es religiosa. No tengo otros parientes á quienes dejar lo que tengo. Por lo tanto mi intencion es dejarlo á la Iglesia para buenas obras.

Hablaremos de esto otro dia, padre, por que necesitaré de vuestros buenos consejos.

—Teneis razon, Sr. De Buck, y con mucho gusto os ayudaré con mis humildes consejos.

Los dos interlocutores se separaron.

Tres meses despues de esta conversacion, el padre Marsay se presentó en casa del armador con una cara triste y compungida.

Cuando estuvo á solas con el armador, el jesuita le dijo:

—Hemos recibido noticias del padre Lambert, Sr. De Buck; aquí está su carta: en ella nos anuncia que Francisco ha sido atacado del vómito, muriendo á los ocho dias.

—¡Muerto! exclamó el desgraciado anciano. Mi última esperanza va no existe. Quedo solo en este mundo.

Una lágrima se desprendió de sus ojos y corrió lentamente hasta sus lábios: el anciano la bebió y murmuró:

—Hasta el fondo he apurado la copa de amargura: solo me resta morir .....

Despues de un momento de penoso silencio, continuó pensativo:

—¿Padre, estais seguro de que Francisco era culpable de los crímenes de que fué acusado?

El hipócrita bandido no esperaba semejante pregunta: se puso lívido y un relámpago de ira salió de sus ojos; pero dominándose contestó con dulzura y calma al armador:

—Hijo mio, Dios solo no se equivoca nunca. Los hombres suelen hacerlo todos los dias. Si Francisco era inocente y ha sido condenado arbitrariamente, (lo que no creo). gozará en el cielo de la palma del martirio. ¡Ojalá que tuviera yo la misma dicha! Y el infame levantó los ojos al cielo, para tomar á Dios como testigo de lo que acababa de proferir.

—¡Muerto! volvió á repetir el desgraciado armador. Es necesario, padre, que todos los dias se diga una misa para el reposo de su alma. Esta misa se dirá en la iglesia de San Cárlos donde fué cometido su primer robo, y deseo que los padres jesuitas se encarguen de ello: vosotros, siempre le habeis querido y ayudado. Toda mi casa llevará luto para el que debia ser el gefe de ella. Me hareis favor de anunciar á Agustina la muerte de su hermano. A Guillermo tambien le escribireis la triste noticia.

El jesuita se despidió de su víctima, y esta quedó sombriamente pensativa. La señorita Elisa que entró en la sala en este momento le oyó repetir estas estrañas palabras:

—¡Quién sabe si seria culpable!

Elisa le preguntó:

—¿De quién hablais, señor?

El anciano la miró un momento, y despues le dijo tristemente:

—Elisa, nuestro pobre Francisco ha muerto.

Un grito se escapó de los lábios de la ama de llaves, y un raudal de lágrimas salió de sus ojos.

Dejémos á su profundo dolor á todos los habitantes de esa casa en donde la maldita Compañía de Jesus habia llevado la desgracia.

Desde aquel dia el Sr. De Buck se hizo mas taciturno que nunca. No volvió á hablar una sola vez de su sobrino. Una tristeza profunda anunciaba á todos los que le veian, que su alma estaba de luto.

La misa que habia encargado el armador se dijera por la salvacion de la alma de Francisco se decia cada dia por sus mismos verdugos.

Cada dia el armador, la señorita Elisa y toda la servidumbre asistian á ella. Esto debia durar un año.

Un dia que el padre Marsay le hacia su visita acostumbrada, el Sr. De Buck le preguntó por Guillermo.

—Señor, le contestó el jesuita, Guillermo no ha comprendido el bien que se le queria hacer: ha salido del colegio, y no sabemos donde ha ido.

Parece que el estado no le convenia, y para sustraerse á él ha huido. No le habia dicho á vd. nada porque queria evitarle una pena mas.

—¡Pobre Guillermo! dijo el armador; ¡qué hará solo en el mundo sin recursos y sin relaciones!

Lo que acababa de decir el jesuita era la verdad esta vez: Guillermo indignado del género de educacion que querian darle y de las infamias de los padres jesuitas romanos, se habia escapado del colegio, y nadie habia podido averiguar donde habia ido á dar.

Puede que nosotros le encontremos mas tarde....

La muerte de Francisco afectó tanto al armador que se vió completamente abandonado con la fuga de Guillermo, que al po-

co tiempo cayó enfermo de gravedad. Cuando estaba convaleciente, el padre Marsay tuvo con él la conversacion siguiente:

—Hijo mio, mi deber me obliga á deciros que vuestro testamento está hecho en favor de Francisco: muerto éste, dicho testamento ya no tiene valor: es, pues, indispensable pensar en cambiarlo lo mas pronto posible: creo haberos oido decir que Agustina no recibirá nada; hoy que Guillermo ha desaparecido, no podeis tampoco dejarle nada. Vuestra intencion es donar toda vuestra fortuna á la Iglesia, segun me habeis dicho: sobre este último punto os daré un consejo y es el siguiente:

La Compañía de Jesus es la comunidad que mejor podrá cumplir con vuestra última voluntad, porque ella tiene sus miembros esparcidos por todo el mundo; ella envía misiones lejanas para convertir á los bárbaros; ella conoce la situacion de todos los pueblos como ninguna órden religiosa; ella tiene el oido del soberano Pontífice en Roma, y aconseja á los monarcas. Si dais vuestra fortuna á unos curas párrocos, no sabrán distribuirla porque su círculo es muy estrecho; si á los monjes, estas buenas gentes se servirán de ella para vivir y gozar.....

—¡Cómo, padre! ¿creeis vos que los buenos monjes son capaces de ello?

—Estoy seguro de lo que acabo de decir, hijo mio. Por lo tanto, creo que hareis bien en dejar toda vuestra fortuna á la Compañía de Jesus, con cargo para ésta de pagar á cada uno de vuestros domésticos una cantidad de doscientos francos como recompensa por sus buenos servicios. Al Sr. Van Dormael podeis designarle una suma de cincuenta mil francos, por haberos ayudado en vuestras negociaciones. No sé, hijo mio, si os parecerá bien esto: pero he hablado con toda franqueza y buena fé.

—Teneis razon, padre; solamente deseo que Elisa sea considerada con un poco más: es ya de edad, y despues de mi muerte no podrá ir á servir á otra parte, faltándole así los recursos para vivir.

—Decis bien, hijo mio: á Elisa le daremos cinco mil francos. Ahora me resta haceros una observacion: las leyes del país prohiben á las comunidades religiosas ser herederas de algun particular:

por consecuencia, será indispensable valernos de una persona segura que figurará como heredera universal. Mañana, escribiré á nuestro reverendo padre provincial para que designe la persona que necesitamos, é inmediatamente os avisaré para que podais tomar todas vuestras disposiciones. Desde ahora, os doy las gracias, hijo mio, en nombre de nuestra Santa Compañía, y con la mas grande satisfaccion escribiremos al Santo Padre en Roma dándole parte de vuestra admirable conducta cristiana, y no dudo que él tambien os enviará su santa bendicion apostólica.

El Padre Marsay se retiró para su casa de San Cárlos.

El insaciable hijo de Loyola no cabia en sí de gozo: al escribir al padre provincial su mano temblaba de emocion.

Un momento despues, un pichon viajero se levantaba en el espacio y llevaba á Brugelette la fausta noticia. Al leer el mensaje el Padre Beckx tuvo un momento de entusiasmo y exclamó:

—¡Los ocho millones son mios, y con ellos el Generalato!

Sin perdida de tiempo, el provincial llamó á un padre profeso que era su segundo en Brugelette, y que se llamaba el Padre Lhoir.

Este era de toda su confianza.

—Padre Lhoir, le dijo el Padre Beckx, acabo de recibir de Amberes la noticia de que los ocho millones son nuestros. Voy á partir inmediatamente para Mons donde vive mi primo, el abogado Mauricio Beckx: él será el heredero universal que figurará en el testamento; ya sabeis que está afiliado desde hace mucho tiempo.

El Padre Lhoir quedó tan tranquilo como si no le hubieran hablado de los ocho millones, y se contentó con contestar á su superior:

—Reverendo padre, podeis marcharos: aquí estoy yo.

Media hora mas tarde el Padre Beckx tomaba el tren del ferrocarril que debia conducirle á Mons.

Dos dias despues, el Padre Beckx, provincial de la Compañía de Jesus en Bélgica, llegaba á Amberes á la casa de la órden en San Cárlos. El Padre Marsay le esperaba. Con el provincial llegaba un hombre como de cuarenta años, que tenia mucho parecido con el provincial: era el abogado de Mons, Mauricio Beckx su primo, el jesuita ex-voto.

Al dia siguiente, los tres jesuitas hicieron una visita al Sr. De Buck, y quedó arreglado que dos dias despues el notario se citaria con los testigos necesarios. El Padre Marsay solo debia presenciar el acto. En cuanto al Padre Beckx y al abogado debian esperar en San Cárlos.

Todo se hizo como se habia arreglado, y el nuevo testamento del armador designó como su heredero universal al abogado Mauricio Beckx, con encargo de pagar á la señorita Elisa Tolet la cantidad de cinco mil francos; al Sr. Miguel Van Dormael, tenedor de libros, cincuenta mil, y á cada uno de los dependientes de la casa, doscientos francos. Los doscientos mil francos para los frailes Agustinos pasaban á los padres jesuitas.

Cuando el Padre Marsay vino á decir á sus hermanos que ya los ocho millones eran suyos y que solamente tenian que dar cincuenta y siete mil francos á varias personas, el Padre Beckx se puso pálido y estuvo un momento sin poder contestar.

Despues de unos minutos de silencio, dijo:

—Hermano Mauricio, ya no necesitamos de vos: podeis disponer libremente de vuestro tiempo. Yo debo quedarme para arreglar asuntos de importancia, y me hareis favor de dejarme ocupar de ellos.

El abogado se despidió de los jesuitas y se retiró.

Entonces el provincial dijo al Padre Marsay á media voz:

—Padre, estoy contento de voz, y mañana escribiré á nuestro reverendo Padre General para recomendaros. Entre tanto, en recompensa de vuestros buenos servicios, os nombro gefe de nuestra casa de Bruselas: mañana partireis para vuestro destino.

—Reverendo padre, contestó el agraciado, os doy las gracias por vuestra bondad; pero he cumplido con mi deber: he servido á la Orden como era mi obligacion hacerlo.

Despues de besarla mano de su superior, el Padre Marsay se retiró:

Cuando estuvo solo el provincial murmuró muy bajo:

—Ahora es necesario que muera lo mas pronto posible el armador: todavía su salud está muy buena, y si no ayudo yo, quién sabe cuando los ocho millones llegarán á mis manos. Sin embargo,

necesito que sea cuanto ántes, porque el Padre Roothaan tiene ya muy pocos años que vivir, y yo quiero verme muy pronto en el Gesú con los poderes supremos.

Ninguno mejor que el Padre Lhoir puede llevar á cabo lo que falta todavía que hacer. Sí, esto es: mañana le enviaré un mensaje, y aquí le esperaré para darle mis instrucciones. El Padre Marsay ya sabe demasiado; debe ignorar lo que vá á pasar. Al Padre Lambert le enviaré á Namur, para que estén separados. No es prudente darles demasiada importancia.

Al dia siguiente un pichon llegaba de Brugelette, trayendo la respuesta del Padre Lhoir anunciando que ya se ponia en camino.

Efectivamente, el padre Lhoir llegó un dia despues del emplumado mensajero.

En la celda donde hemos visto ya muchas veces al Padre Beckx, el Padre Lhoir recibia las instrucciones que en voz baja le daba su superior:

—Tomad este frasquito, le decia éste: con diez gotas que beba nuestro individuo, está perdido: irá debilitándose poco á poco, y un mes despues nos habrá dejado el campo libre. No os recomiendo la prudencia, porque sé que es inútil con vos; pero si os diré que ántes de poco el provincial de Bélgica se llamará el Padre Lhoir.

Este no contestó ni una palabra y guardó cuidadosamente el frasquito que acababa de recibir: parecia un cadáver vivo.

Un momento despues, los dos jesuitas estaban en casa del armador, y éste ya prevenido por el Padre Marsay que habia ido á despedirse de él, recibió con mucho cariño al Padre Lhoir, su nuevo confesor y director.

El mismo dia el Padre Beckx tomaba el tren de Bruselas, y al dia siguiente el Padre Lambert se marchaba para Namur.

¡Oh! Pedro De Buck: ¿Por qué habeis tenido confianza en esos mónstruos que se llaman jesuitas? ¿Por qué habeis abandonado á vuestro desgraciado Francisco al cuidado de esas víboras?

¡Murió Francisco! os dijeron.

¡Mentira!

Vuestro sobrino, víctima de esos bandidos, está en la Habana,

gozando de muy buena salud y deseando una sola cosa: volver á ver á su querido tio y á su novia. Vuestro sobrino, inocente de todos los crímenes de que fué acusado por los mismos jesuitas, no ha olvidado al que le sirvió de padre, ni á su amigo Guillermo que tambien tienen en su poder.

¡Pedro De Buck, los hijos de Loyola no tendrán compasion de vuestro noble corazon ni de vuestros blancos cabellos!

El veneno hará lo que no pudieron hacer los pesares y las desgracias.

Teneis la víbora en el seno: nadie vendrá á salvaros, pobre anciano, nadie....

## CAPÍTULO XXXIII.

### EL BUQUE "LA FORTUNA."

Hacia mas de tres meses que Francisco habia llegado á la Habana. Todos los dias iba al muelle á ver la llegada de los buques, y poco á poco habia surgido una idea en su cerebro: el deseo de volver á la tierra patria, en donde habia dejado todos los séres que queria mas en el mundo, tomaba en él todos los dias mas fuerza.

La diferencia de idioma, de costumbres; las muy pocas relaciones que habia podido formarse: todo le disgustaba. El recuerdo de Adela, de quien no habia recibido contestacion alguna, venia todos los dias y á todas horas á recordarle su desgracia y su destierro. Además, el sol de los trópicos producia en él su efecto natural: desarollaba su inteligencia y le daba esa viveza que falta á los habitantes de los paises frios. La sumision que siempre habia mostrado para con los sacerdotes desaparecia poco á poco: comenzaba á considerarles bajo otro punto de vista. Ya no eran para él esos ministros sagrados que parecian tener algo de divino; no: á Francisco le parecia que eran hombres como todos los demas.

El sol de los trópicos hacia hervir su sangre en las venas, y le habia dado diez años mas en tres meses: efecto singular en todas las personas que llegan de paises frios á radicarse en tierras cálidas.

El sol es el foco del principio vital, y sin él la vida seria imposible.

El calor que este astro envia á todos los planetas de su sistema dá la vida al ser racional, al animal, á la planta. Mas calor hay, mas precipitado es el desarrollo de la materia, y por consecuencia de la inteligencia. El calor produce la electricidad, principio vital; el calor produce el perfume, la música. En los paises cálidos es donde se encuentran las plantas mas útiles y mas lindas, las aves mas admirables, las piedras mas preciosas.

En ellos la vida tiene una exhuberancia desconocida en los países frios.

Como consecuencia de este desarrollo precipitado, la vida es mucho mas corta en ellos. Si el jóven á los 10 ó 12 años es hombre formado; si tiene ya la potencia de procrear, y si la jóven de su lado puede á esta edad ser madre ya, como sucede en el Sur: por otro lado ven su naturaleza agotada á los 40 años.

En los paises frios, el hombre está en la flor de su edad á los 40 años, y á los 80 todavia está bien conservado.

El frio es conservador de la materia y enemigo de la inteligencia. El frio excesivo retira poco á poco la vida del cuerpo humano, y entumece todos los miembros. El cerebro se hace pesado y rehusa su ayuda á la inteligencia.

Francisco, como hemos dicho, resentia los efectos que acabamos de explicar. Poco á poco desconfió del sacerdote que le habia recibido á su llegada; desconfió de los criados que le servian, y de las personas que le habian sido presentadas: Francisco se hizo prudente y reservado.

Un dia que estaba mirando la llegada de los buques, se anunció una goleta belga, y poco despues supo que era "La Fortuna."

—"La Fortuna" ¡exclamó Francisco! ¡El Sr. Dupont con el buque de mi tio! Dios me lo envia: ya no puedo vivir mas aquí, y de

cualquier modo este buque volverá á llevarme á Bélgica..... y Francisco, pensativo, se dirigió para el hotel.

Al llegar en su cuarto se encerró y se puso á reflexionar profundamente.....

Un momento despues, llamó al mozo que ya hemos visto y que era el espia de los jesuitas.

—José, le dijo, me irás á llamar á la lavandera, porque necesito darle una poca de ropa.

—Si, señor, voy al momento.

Una hora despues llegó la lavandera.

—Toribia, le dijo el jóven, aquí tienes mi ropa sucia que lavareis y tendreis lista para el viérnes próximo, es decir de aquí á seis dias. Toma esta onza de oro que te regalo, porque necesito de tí: con la ropa sucia vas á llevar tambien toda esta limpia, y me la guardarás en tu casa; el viérnes iré por toda ella. Necesito que me guardes el secreto.

—Con mucho gusto, señorito, le contestó la buena mujer que no se sentia tan mal dispuesta al tener en la mano la onza de oro: os prometo el secreto.

Un momento despues llamó otra vez al mozo y le dijo:

—José, me llevarás estos trages á mi sastre, porque necesitan un poco de compostura.

—Creo, murmuró Francisco cuando estuvo solo, que nadie podrá sospechar mi proyecto. Una sola cosa me falta, y es dinero: pero todavía tengo tiempo: esto lo haré el último dia.

Francisco volvió á salir á la calle, pero tuvo la precaucion de no ir al muelle á informarse del buque de su tio. Calculó que el capitan estaba ocupado en vigilar el descargo, y que solamente hasta el siguiente dia podria venir á tierra.

Al dia siguiente, el jóven salió temprano del hotel, y antes que nadie estuviera levantado en la ciudad, tomó un bote y fué á bordo de "La Fortuna." El Sr. Dupont se le llevó á su camarote, y le preguntó por su salud, etc.

—Estoy muy bueno, como veis, y tan loco como cuando llegué. ¿Qué noticias me dais de mi querido tio y de Amberes, Sr. Dupont?

—Vuestro tio le he dejado muy bueno y sano, pero bastante envejecido. Se vé que con toda su fortuna no está contento: está siempre triste y sério.

—¡Pobre tio! murmuró Francisco con emocion. El cree que soy un criminal y tiene vergüenza de hablar de mí. Muy pronto le desengañaré, y entonces la alegría volverá en la casa de Amberes. Sr. Dupont, vos que habeis mostrado tanta bondad para el pobre desterrado que os habian entregado como loco, vos que teneis un noble corazon, hoy debeis tender la mano á la desgracia. Yo no soy loco ni lo he sido nunca; soy inocente de los crímenes de que me han acusado, y quiero volver á Bélgica: quiero ir á abrazar á mi tio y á mi hermana, porque estoy cansado de una vida tan desgraciada. El buque "La Fortuna" puede llevarme, y espero que no me rehusareis este servicio. He tomado mis precauciones porque siento que tengo enemigos en alguna parte: nadie sabrá mi desaparicion sino despues de algunos dias, y entonces ya estaremos lejos de aquí.

—Francisco, le contestó el Sr. Dupont, vuestra desgracia me conmueve, y os prometo que os llevaré; pero sed prudente y desconfiad de todo el mundo. ¿Cuáles precauciones habeis tomado?

—Mi ropa blanca está en casa de la lavandera, y mis trajes los tiene el sastre: así nadie me verá sacar nada y no se apercibirán de mi fuga. Mañana pediré al padre un poco de dinero que me servirá para el camino.

—Yo estaré tres dias aquí para cargar café y tabaco; el cuarto haré á la vela: la víspera enviaré un marinero á tierra, y le entregareis los efectos que os serán necesarios para el viaje. Pero os prohibo pedir dinero al padre de quien desconfio yo bastante: á bordo no os costará nada, y una vez en Amberes, vuestro tio os dará lo necesario: yo le hablaré y procuraré descubrir á los que os han causado tantos males. De aquí á cuatro dias quedareis tranquilo sin procurar hablarme, y así podremos burlar la vigilancia de vuestros enemigos.

Despues de esta conversacion los dos amigos se separaron, y Francisco volvió al hotel.

Dos dias despues, un marinero bajó á tierra y se dirigió al hotel

donde estaba alojado Francisco: pero éste que le esperaba á la entrada de la ciudad se acercó á él y le dió las señas de la casa de la lavandera, donde habia hecho llevar los trajes que tenia antes su sastre.

Nadie sospechó en el hotel los manejos de Francisco: su espía no se apercibió de nada.

El cuarto dia, antes de amanecer, el jóven salió cuidadosamente del hotel y se dirigió al muelle: un momento despues estaba á bordo.

Apenas habia llegado, cuando el comandante del buque dió la órden de levantar las anclas: las velas se desplegaron, y semejante al alcion se deslizó graciosamente la goleta sobre las aguas.

Pasaron algunas horas, y cuando el buque se encontró fuera de las aguas españolas, Francisco llamado por el comandante salió de su escondite. Un grito de júbilo salió del pecho de nuestro héroe al verse libre lejos de la tierra extranjera lugar de su destierro, y sobre el camino de su querida Bélgica.

Con efusion dió un estrecho abrazo al hombre generoso que habia consentido en recibirle á bordo, y le dijo con emocion:

—Nunca olvidaré, Sr. Dupont, lo que acabais de hacer en mi favor.

Dia vendrá en que os probaré mi gratitud.

—Nada me debeis, amigo Francisco: lo que hago es casi un deber para mí, y espero que vuestro tio me lo agradecerá.

—Cuando cuente á mi tio todo lo que me ha pasado desde que me separé de él, estoy seguro que me comprenderá y creerá en mi inocencia: deben haberle sorprendido y engañado.

—¿No teneis idea de quién puede haber sido?

—Absolutamente.

—¿Algun pariente que quisiera heredar de vuestro tio y apartaros?

—No tengo mas que mi hermana Agustina, que hoy es hermana de la caridad.

—Puede ser que la comunidad quiera que vuestra hermana sea la heredera, y quedarse así con toda la fortuna de vuestro tio.

—¡Quién sabe! dijo Francisco pensativo.

—Sucede tambien algunas veces, continuó el Sr. Dupont, que el clero envidia una grande fortuna; y entonces pone todo en juego para quedarse con ella.

—Esto no puede ser, contestó vivamente Francisco, porque los padres jesuitas han sido tan buenos para mí, que han sido verdaderamente mi único apoyo desde hace diez años. Sin ellos ignoro lo que hubiera sido de mí.

—Entonces, no puede ser otro el interesado que la comunidad de las Hermanas de la Caridad.

—Al llegar á Bélgica hablaré de todo á mi tio, y espero que todo se descubrirá.

Los dos viajeros hablaron entonces de otra cosa.

Admiraban las maravillas de la naturaleza que á cada momento resplandecian delante de sus ojos, y pagaban así el justo tributo que la criatura debe á su Creador.

En las noches sin iguales de los trópicos, cuando el espacio puro de toda nube deja ver la cantidad innumerable de estrellas que prueban la existencia de una superioridad que no comprendemos en nuestra pequeña humanidad, el Sr. Dupont sentado sobre la cubierta de "La Fortuna" decia á Francisco, quién con el anteojo en la mano estudiaba tanta grandeza:

—Lo que veis, Francisco, no es más que una muy pequeña parte de la creacion: más poder tiene el anteojo, más maravillas aparecen á nuestros ojos; este espacio no tiene límites. Cada una de esas estrellas es un sol que dá vida á centenares de mundos habitados como el nuestro. Nadie puede saber cuántos son esos soles, ni cuántos esos mundos.

El estudio de la astronomía, Francisco, sirve para hacernos más y más humildes, reconociendo la omnipotencia del Gran Arquitecto del Universo. Frente á la naturaleza, el hombre no es más que un insecto: su espíritu solo se eleva hasta las regiones desconocidas.

Hacia quince dias que el buque "La Fortuna" habia salido de la Habana: bogaba en pleno Oceáno.

Francisco estaba recostado sobre la cubierta sosteniendo con el comandante una de sus conversaciones habituales, cuando dere-

pente un grito ahogado se escapó de su pecho oprimido, y de un salto se puso en pié: estaba pálido y respiraba con dificultad.

El teniente le preguntó inquieto:

—¿Qué teneis, Francisco, qué os sucedió?

—No lo sé; he sentido una sensacion extraña, y recibí un fuerte golpe en el corazon: en el mismo momento una luz blanquisca y vaporosa ha pasado delante de mis ojos. Me parece que algo en mi organismo se ha roto.

—Estareis enfermo: alguna indisposicion repentina....

—No, no es esto: ningun dolor siento. Sr. Dupont, una grande desgracia debe haberme sucedido en este momento: mi tio..... Adela.....

—¿Sois supersticioso, Francisco?

—No, señor, no lo soy: pero una voz interior me dice que alguna de las personas que me son caras acaba de morirse. Vereis mas tarde si me he engañado: mi tio, mi hermana ó Adela ha muerto hoy 28 de Marzo á las 9 de la noche .....

El teniente no contestó á esta singular aseveracion: un momento pensó que la locura de Francisco era cierta, y que acababa de tener un ataque.

El jóven leyó en el semblante del Sr. Dupont lo que este pensaba, y una triste sonrisa erró en sus lábios.

—¿Pensais que estoy loco; no es cierto, Sr. Dupont? le dijo. Desengañaos: estoy en mi juicio cabal, y además puedo haberme equivocado. Mis desgracias me han hecho reconcentrado, y algunas veces tengo la intuicion de ciertas cosas extrañas. Mas tarde hablaremos de todo eso.

El Sr. Dupont no contestó, y un profundo silencio reinó á bordo.

Tres semanas despues el buque mercante "La Fortuna" entraba en el brazo de mar que forma el rio Escalda (Escaut) al echarse en la mar del Norte.

Dejaron á la izquierda la isla holandesa de *Walcheren*, donde se encuentra la ciudad de *Flessingue*, fortificado puerto que puede contener ochenta navios de línea y que hace un considerable comercio con las Indias Orientales; es la patria del famoso almirante Ruyter.

Mas adelante, dejaron á la derecha la pequeña ciudad *L'Ecluse* (La Esclusa), que tiene buenas fortificaciones y un buen puerto que comunica con el Escalda por un pequeño canal. Cerca de L'Ecluse el rey de Inglaterra, Eduardo III, derrotó en 1340 á una escuadra francesa: por cuyo motivo se llamó la celebre batalla de L'Ecluse. Cerca de esta ciudad, se ve la isla de *Cadsand* en las aguas del Escalda. Un dia despues el buque llegaba en el puerto de Amberes. Al ver la ciudad donde habia nacido, el corazon de Francisco latió con violencia: pensó en su madre y en su padre que desde tantos años descansaban en el cementerio de la iglesia de San Agustin: pensó en su tio, en Agustina, en sus antiguos amigos. Olvidó entonces todo lo que habia sufrido desde mas de diez años. Con dulce emocion murmuró á media voz:

—Mañana, abrazaré á mi querido tio .....

En este momento se acercó á él el comandante del buque, el Sr. Dupont, y le dijo:

—Francisco, es necesario ser muy prudente, y no decir á nadie vuestro nombre: os he puesto en el registro del equipaje bajo el de Francisco Huighé, y debeis dejar creer que lo sois. Despues de entregar el buque á su propietario os vendré á dar noticias ciertas.

Al dia siguiente por la mañana, el Sr. Dupont iba á bajar á tierra cuando se presentó una chalupa, y el individuo que la montaba gritó á los marineros, que necesitaba hablar con el Sr. Dupont comandante del buque "La Fortuna".

Un momento despues el desconocido estaba sobre cubierta.

Francisco se puso densamente pálido: habia reconocido al Sr. Van Dormael, antiguo tenedor de libros de su tio.

Este no reconoció al sobrino de su anciano patron bajo el vestido de marinero que llevaba: además, los diez años que habian trascurrido habian cambiado á Francisco de tal modo, que casi nadie le hubiera reconocido.

—Señor comandante, dijo el Sr. Van Dormael al teniente que acababa de presentarse: vengo anunciaros que el Sr. De Buck vuestro antiguo patron ha muerto, y que yo soy el actual propietario de "La Fortuna" con todo lo que contiene.

—¡El Sr. De Buck ha muerto, esclamó el Sr. Dupont! ¿Y cuando fué esto caballero?

—El dia 28 de Marzo, á las 9 de la noche.

—¡El dia 28 de Marzo, á las 9 de la noche! repitió el teniente profundamente admirado. Francisco decia verdad, murmuró á media voz.

—¿Qué decís?

—Nada, caballero, nada..... ¿A quién tengo el honor de hablar?

—Me llamo Van Dormael, antiguo tenedor de libros del Sr. De Buck, y hoy negociante en esta ciudad. En la cantidad que su generosidad tuvo á bien dejarme en su testamento, está comprendido este buque.

—Está bien, Sr. Van Dormael: si gustais os acompañaré con todos mis documentos para haceros entrega de lo que os pertenece: pero ántes, permitidme dar algunas órdenes.

El teniente se acercó á Francisco, y le dijo:

—Acabo de recibir una mala noticia: como intuitivamente lo habeis sentido el dia 28 de Marzo, vuestro tio....

—¡Mi tio ha muerto! exclamó el desgraciado jóven. Bien lo sabia yo.... y un sollozo se escapó de sus lábios.

Despues de un minuto de silencio, prosiguió:

—Yo soy un desgraciado: no me queda un solo pariente en la tierra, y ántes que hubiera podido adivinarse su proyecto, el infeliz se dirigió hasta el Sr. Van Dormael, y le dijo:

—Señor Van Dormael, ¿no me reconoceis? Yo soy Francisco De Buck.

El jesuita ex-voto se puso lívido, y mirando con asombro á su interlocutor, le contestó:

—Francisco De Buck ha muerto desde hace muchos años, y por consecuencia no podeis ser el sobrino del difunto Sr. De Buck.

—No he muerto puesto que estoy aquí. ¡Quién sabe si no fuera mejor para mí no estar ya en el número de los vivos! Sr. Van Dormael, ¿es cierto que mi tio ha muerto?

—El Sr. De Buck ha muerto el dia 28 de Marzo, á las nueve de la noche, como ya lo dije al Sr. Dupont.

El desgraciado jóven quedó anonadado bajo semejante golpe.

El antiguo tenedor de libros le miraba asustado, y murmuraba en voz muy baja:

—¡Francisco De Buck vivo, cuando todo el mundo le cree muerto! ¡Qué dirán los padres de San Cárlos! ¡Qué dirá el reverendo padre provincial! La llegada del sobrino del armador es un peligro muy grande para nosotros: el testamento puede nulificarse, y yo me quedo arruinado. Es, pues, necesario no dejar escapar á este pillo: me le llevaré á la casa.

—Francisco, dijo entonces el hipócrita jesuita en alta voz despues de muchas vacilaciones, os he reconocido: soy feliz al encontraros despues de tantos años. Si habeis perdido á vuestro tio, os queda un verdadero amigo: el antiguo dependiente de vuestro tio os ofrece su casa. Vamos, Sr. Dupont, Francisco nos acompañará.

Media hora despues, el Sr. Van Dormael introducia en su sala á nuestros dos amigos.

Despues entró en su despacho y escribió el siguiente billete al padre Lhoir, director de San Cárlos:

"Por el buque "La Fortuna" acaba de llegar Francisco De Buck: está en mi casa con el comandante. ¿Qué hago?"

Al recibir semejante noticia, el jesuita se puso lívido.

—¡Maldicion! esclamó con rábia, ¡los de la Habana le han dejado escapar! ¿Qué hacer ahora? Voy á enviar un correo al Padre Beckx, porque no quiero yo cargar con la responsabilidad. El Padre está en el noviciado de Alost en estos dias. ¡Feliz casualidad! Más pronto estará aquí.

Diez minutos despues un pichon viajero se levantaba de la casa de San Cárlos, y tomando la direccion del Sur llevaba al padre provincial en Alost el mensaje que se le acababa de confiar.

Entonces el Padre Lhoir salió apresuradamente, y llegó á casa de su hermano Van Dormael cuando nuestros viajeros estaban ocupados en desayunarse.

Poco conocia á Francisco el Padre Lhoir: solamente cuando el jóven estuvo en Brugelette hacia seis años, habia podido verle. Sin embargo, le reconoció en el momento, y abriendo los brazos esclamó con una ternura profundamente fingida:

—¡Francisco, hijo mio! ¡qué feliz soy de veros vivo! Todos nosotros creiamos en vuestra muerte, y vuestro pobre tio ha dejado esta tierra sin tener la suprema consolacion de veros una última vez....

Las lágrimas salieron como un torrente de los ojos del desgraciado jóven, que el jesuita tenia en sus brazos.

—Pero, hijo mio, nuestro deber es conformarnos con las penas que Dios tiene á bien enviarnos: la resignacion es una virtud cristiana.... Si vuestro tio ha dejado de existir, os quedan los padres de la Compañía de Jesus que nunca os abandonarán. Desde este momento, la casa de San Cárlos es vuestra casa, y nuestra bolsa es vuestra.

La emocion de Francisco le impidió contestar.

El Sr. Van Dormael miraba con admiracion á su cómplice, que acababa de desempeñar su papel con maestría y natúraleza: imposible ser mas hipócrita.

El Sr. Dupont lleno de emocion dijo al Padre Lhoir:

—Señor, me alegro infinitamente haber traido de la Habana á nuestro querido Francisco: veo que aquí ha encontrado una verdadera familia. Ya no estará solo, desesperado y desterrado. Además, el vómito hubiera muy pronto dado cuenta de él. A Francisco le tengo mucho cariño, y me alegraré que esté contento á vuestro lado.

—Padre, dijo Van Dormael, el señor es el Sr. Dupont, comandante del buque "La Fortuna" que acaba de llegar y que nos ha traido á nuestro querido Francisco.

—¡Ah! dijo el Padre Lhoir mirando de un modo extraño al teniente: ¡el señor es el que nos trajo á Francisco! Ya sabeis, caballero, que los padres jesuitas están á vuestras órdenes.

—Mil gracias, padre, igualmente yo me pongo á las de los padres jesuitas.

—Padre, interrumpió entonces Francisco, el Sr. Dupont ha sido para mí un salvador: es mi mejor amigo, y sin su cooperacion estuviera todavía en la Habana.

—¡Ah! volvió á decir el padre Lhoir con la misma extraña mirada.

—Ahora, señores, continuó el director de la casa de San Cárlos, hablaremos del negocio: Francisco va á acompañarme á San Cárlos, en donde se le dará todo lo necesario, y podrá descansar de su largo viaje. El Sr. Dupont va á tener que hacer con su buque, y el Sr. Van Dormael lo mismo. Por consecuencia, mañana nos volveremos á ver. Vamonos, Francisco: mi coche nos espera á la puerta.

Nuestros personajes se despidieron unos de otros, y el Padre Lhoir se hizo conducir á San Cárlos con Francisco.

## CAPÍTULO XXXIV.

### LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.

Hace años que no hemos vuelto á saber de Agustina, la hermana de nuestro héroe. La hemos dejado en el colegio de Amberes despues de haber recibido la cinta blanca de las hijas de María.

Agustina hizo su noviciado como es de costumbre, y despues tomó el famoso gorro blanco, distintivo de las concubinas de los miembros de la Compañía de Jesus.

Sor Agustina olvidó á su hermano, á su tio y á todas sus amigas. Sor Agustina no era ya mujer: era hermana de la Caridad, un cadavér vivo en la mano del general de la Compañía de Jesus.

Sor Agustina salió de Amberes para Champion, la casa central.

Cuando el pedido para el pueblo de Frameries llegó á Champion, Sor Agustina fué designada con otras dos hermanas para ir á encargarse de la escuela de este pueblo.

Como hemos dicho en el capítulo XXVI, las tres hermanas llegaron al pueblo de Frameries: la superiora se llamaba Sor Agustina, y sus compañeras Sor Pomposa y Sor Angela.

Era en el año de 1836.

Diez años habian pasado: el cura que con tanta habilidad habia trabajado para establecer en el pueblo los tres instrumentos de los jesuitas, estaba contento de su obra: en diez años treinta y dos jóvenes habian salido del pueblo para hacer su noviciado en Champion, y solamente dos de ellas habian rehusado terminantemente pronunciar sus votos.

Treinta madres de familia habian, pues, sido robadas á la sociedad por la Compañía de Jesus. Treinta hijas habian abandonado madre, padre y hermanos, para seguir los pasos de unos seres desconocidos vestidos de ridículos trajes.

Poco á poco las tres religiosas habian llegado á tener en el mismo edificio de la escuela unas veinte alumnas *internas*: les habian inculcado sus ideas, y les habian enseñado la hipocresía, la mentira, el rencor, el ódio y la intolerancia, signos distintivos de las hijas de San Vicente de Paul. Era ya un verdadero noviciado de jesuitisas.

El pueblo, que ántes de su llegada gozaba de una paz completa con la union de todos sus habitantes, se habia dividido. Antes, cada uno se contentaba con asistir á la misa los domingos y dias de fiesta, con sencillez y buena fé sin ocuparse de hablar mal de sus vecinos. Poco á poco las mujeres se habian hecho más devotas, más hipócritas, más intolerantes y ménos honradas. Las que pertenecian al liberalismo por su marido, se habian visto obligadas á separarse del trato de las beatas. La línea divisoria se habia hecho más pronunciada todos los dias. Las familias ántes amigas se veian con desconfianza ó con ódio.

El soplo del espíritu *cristiano* de las Hermanas de la Caridad habia pasado sobre el ántes feliz pueblo.

El cura estaba satisfecho.

Las malas lenguas liberales decian que con razon el cura mostraba tanto zelo para la educacion de las niñas confiadas al cuidado de las hermanas Agustina, Pomposa y Angela.

La hermana Pomposa, decian, es tan caritativa; sigue tan á la letra las máximas de Cristo que dijo querer á su prójimo como á sí mismo, que ésta hermana no ha podido ver sin profunda lástima la desesperacion del señor cura, que no tiene en el curato por toda

compañera que una vieja criada de más de cincuenta años. Ni una sobrina le ha llovido del Cielo.

Pomposa era muy bonita: de veintidos años apenas tenia unos ojos azules primorosos; su boca era una verdadera granada entreabierta; su talle como el de la avispa; sus manos y sus piés diminutos hubieran trastornado la cabeza del mismo San Antonio de célebre memoria.

Su tez blanca como la nieve se ponia color de carmin cuando se le acercaba el señor cura, y éste que no se llamaba Antonio cayó en la tentacion. Dió una mordida y volvió á dar otra y otra á la envidiable granada: ésta se dejó robar algunos granos, su mirada se hizo ménos tímida, sus ojos azules dejaron escapar algunas centellas, y el talle de la encantadora doncella aumentó de volúmen *Ad majorem Dei gloriam.*

Unas risas burlonas se dejaron oir en el pueblo.

Sor Pomposa desapareció un dia relevada por Sor María, que acababa de llegar de Champion. La hermana que la habia acompañado hasta Frameries se llevó á la ex-doncella, á quien acompañó el señor cura hasta dos leguas.

El vicario habia sido mas diestro en el manejo de las hermanitas: Sor Angela no se habia visto en la necesidad de hacerse relevar, y seguia dando ejemplos de virtud á las niñas que educaba.

Sin embargo, las malas lenguas hablaban que era un gusto....

Sor Angela no era fea; tampoco Sor María: el vicario era bastante jóven todavía; el imán llama al acero, y....

Las malas lenguas siguieron hablando....

Algunas familias influentes del pueblo se sonrojaron de vergüenza, ó hicieron una visita al señor comisario del distrito: éste habló con el señor gobernador de la provincia, y éste envió una comunicacion reservada al señor ministro del Interior (Gobernacion). Este alto funcionario escribió confidencialmente al señor Arzobispo de Malinas: el cura y el vicario de Frameries fueron cambiados de residencia.

En el mismo tiempo la hermana Agustina fué tambien relevada por una compañera mas avanzada en edad.

Los nuevos ministros, prevenidos por el ejemplo de sus prede-

cesores, fueron tan prudentes que.... pero dejémosles por ahora á su tarea acostumbrada; un antiguo conocido nuestro vivo en el pueblo de Frameries: Teófilo desde su salida de la correccion de Vilvorde se ha portado de un modo ejemplar; además, ha probado á su padre que era inocente del abuso de que habia sido acusado por el cura. Las personas ilustradas del pueblo están tambien convencidas de la inocencia de Teófilo.

Una de estas habia visto arrebatar de sus brazos á su hija, querida jóven de diez y seis años de edad: las Hermanas de la Caridad habian sabido seducirla hasta tal punto, que la jóven alucinada se marchó para el noviciado de Champion, sin que las lágrimas de su madre, ni las súplicas de su padre pudieran detenerla.

Los abusos, las bajezas, las poco honrosas escenas que presenció la jóven en el convento la hicieron arrepentirse. Los principios que su honrado padre le habia enseñado le volvieron á la memoria: Matilde lloró la casa paterna y juró remediar el mal que h a bia causado á sus tiernos padres.

Una amiga suya que habia entrado el mismo dia en el noviciado parecia tambien disgustada: Matilde se puso de acuerdo con ella. Cuando los padres de Matilde vinieron á visitarla, la jóven declaró formalmente que no queria permanecer mas tiempo en el convento, ni quedarse más fuera de la casa paterna. Su amiga Odila declaró lo mismo; además dijo que no queria esperar la llegad a de sus padres, y que el mismo dia saldria con su amiga.

El escándalo fué grande en el convento.

El padre de Matilde se llevó á su hija y á su compañera, y las Hermanas de la Caridad contaron con dos víctimas menos.

Teófilo era desde hacia tiempo amigo íntimo de la familia de Matilde: todos los dias iba á visitarla. Cuando la jóven volvió á la casa como el hijo pródigo, Teófilo fué testigo de la inmensa alegría de la pobre madre que creia á su hija perdida para siempre. La conducta de la jóven le llenó de admiracion, y desde este momento el hijo del maestro de escuela quedó prendado de la hija de sus amigos.

— Señorita, le dijo despues de los tiernos abrazos y de las caricias, habeis hecho muy bien en salir de esa casa religiosa: nada

bueno puede verse en ella. Esas mujeres que se dicen instituidas para hacer el bien, no tienen ninguna de las virtudes necesarias para ello: todas son hipócritas, mentirosas, iracundas, intolerantes é interesadas. No tienen ningun afecto más que para los sacerdotes que las visitan. Casi todas tienen relaciones culpables con esos hombres que se dicen ministros de Dios. El cura de nuestro pueblo me ha villanamente calumniado para dar entrada entre nosotros á las Hermanas de la Caridad: dos años he padecido en una casa de correccion. Hoy el curá tiene relaciones culpables con una de las hermanas, y el vicario con la otra.

—¿Qué decis, Francisco? exclamó el padre de Matilde.

—La verdad, señor Pierson: he visto cosas que no pueden dejarme la menor duda.

—Teófilo debe tener razon, papá, dijo la jóven: porque en Champion he visto igual cosa, y Odila tambien.

—Teófilo y tú, hija: es necesario guardar silencio acerca de lo que acabais de decirme: veremos de qué modo se castiga á los culpables: pero debemos ser prudentes, porque los frailes son peligrosos: nunca perdonan, contrariamente á lo que nos enseñó el maestro Jesus.

El hijo del maestro Lacourte se retiró: pero desde aquel dia una simpatía inesplicable atrajo á los dos jóvenes el uno hácia el otro: Matilde quizo á Teófilo: seis meses despues quedaban unidos por los lazos del matrimonio.

Hemos visto mas adelante el resultado de los trabajos de Teófilo y del padre de su esposa: el cura pagaba con el destierro su infame conducta para con el hijo del maestro de escuela; y las Hermanas de la Caridad recibieron de una gran parte del pueblo numerosas y no equívocas pruebas del desprecio que se tiene para la ramera.

Además, varios padres de familia retiraron sus hijas de la escuela que dirigian esas mujeres.

Hacia como un mes que los nuevos sacerdotes habian tomado posesion del curato de Frameries, cuando un dia que Teófilo leia un periódico que acababa de llegar de Mons, capital de la provincia de Hainaut, una exclamacion se escapó de sus lábios: se levan-

tó y llamó á su esposa: llegó ésta preguntándole con curiosidad lo que le pasaba:

—Ven acá, hija, que voy á leerte una cosa muy curiosa que acabo de ver en este periódico:

"Ayer un formidable escándalo se ha producido en esta capital: desde hace tiempo el Ayuntamiento habia emprendio el derrumbe de una parte de un antiguo convento de monjas, para abrir una calle que es de gran necesidad. El barreno de los albañiles no habia encontrado hasta ahora más que masisas paredes que costaba trabajo derrumbar. Ayer el instrumento de uno de ellos desapareció casi completamente en una pared: reconocida ésta, se encontró hueca y en el fondo de este hueco un espectáculo horrible se presentó á los ojos de una gran parte de los obreros: mas de treinta esqueletos de niños yacian revueltos. La policía y el Ayuntamiento llamados levantaron una acta donde constaba el terrible descubrimiento. En seguida se mandó seguir las pesquisas: nada se encontró ya en toda la mañana; pero en la tarde un albañil fué precipitado en un pozo que repentinamente se abrió debajo de sus piés: era la entrada á un subterráneo que conducia á un convento de jesuitas, situado á dos cuadras del de las monjas. En el centro del subterráneo que era ancho y cómodo, se encontraron varios gabinetes muy bien amueblados, donde probablemente los padres jesuitas se reunian con las monjas en citas amorosas. El fruto de estas infames relaciones se tiraba en el hueco de la pared. Las monjas pertenecian á la órden de San Vicente de Paul.

"El pueblo furioso quizo acabar de una vez con todos los frailes de la ciudad, y el desórden fué tal que la tropa de la guarnicion se vió obligada á protejer las casas religiosas."

—¿Qué dices de esto, Matilde?

La noble mujer no podia creer lo que acababa de oir.

—¡Infames, murmuró por fin! ¡Matar á sus hijos! Pero esas mujeres tienen menos corazon que un animal, menos que una fiera, que destroza al imprudente que quiere robarle sus cachorros.

—Dices bien: no es el divino amor el que les hace tener relaciones con esos hombres; el vício en toda su fealdad las conduce á semejante conducta. Hoy están en el subterráneo con sus infames

amantes; mañana asesinarán con una sangre fria espantosa al fruto de sus entrañas; pasado mañana, con la hipocresía en el semblante y la mentira en los lábios, darán consejos y instrucciones á las hijas de los imbéciles que se las confian, haciendo todo lo posible para llevar al ántro nuevas víctimas puras é inocentes.

—Ya no me hables de semejantes horrores, Teofilo: te juro que nunca mis hijas pondrán un pié en una escuela dirijida por religiosas.

—Y yo juro tambien que nunca enviaré á mis hijos á una escuela dirijida por los infames jesuitas.

Los dos virtuosos esposos pusierón fin á esta conversacion, que les habia profundamente conmovido.

No crea el lector que lo que acaba de leer es producto de una imaginacion ardiente: no, todo es histórico, y mas adelante veremos cosas que nos horrorizarán, y que nuestra pluma casi se rehusa escribir.

La religion no era más que una careta que servia á todas las órdenes religiosas para cometer mil abusos y crímenes.

Los periódicos que no pertenecian al bando clerical reprodujeron y comentaron de todos modos el descubrimiento hecho en Mons.

Uno de ellos decia:

"El subterráneo de Mons tiene sus semejantes en todas partes donde hay conventos de hombres y de mujeres: si todavía no están conocidos por la Sociedad, es porque el barreno no ha derrumbado las inmundas paredes que les sirven de abrigo. Esperamos que muy pronto el progreso habrá hecho desaparecer de la faz del mundo esos ántros del crímen y de la hipocresía, que ya no tienen razon de ser en el Siglo XIX."

Otro con mucha sensatez exclamaba:

"Padres y madres que gustosos habeis dejado ir de vuestro lado á vuestras hijas para hacer de ellas unas Hermanas de la Caridad, leed con atencion el descubrimiento hecho en Mons: vereis que los ángeles puros á quienes habeis dado el sér han dejado sus blancos adornos para hacerse unas desgraciadas víctimas de hombres hipócritas y criminales.

"Sin los sagrados goces de la familia, las doncellas que llevaban sobre la frente el sello de la inocencia han dejado vergonzosamente de serlo.

"Hoy, sometidas á las leyes invencibles de la naturaléza, se han visto obligadas á ocultar lo permitido, y á destruir lo que debia ser mas tarde productor.

"Sublevadas contra las leyes inmutables que el Omnipotente impuso á todos los séres, se han sometido ciegamente á la voluntad de algunos hombres impuros é infames.

"No debeis olvidar, padres y madres, que sois los responsables ante Dios del porvenir de vuestros hijos."

Todo el pueblo belga se llenó de indignacion al leer los artículos de los periódicos.

Algunos años más tarde su justicia debia abofetear á los hombres negros, que bajo la sotana ocultan una alma corrompida.

## CAPÍTULO XXXV.

### EL ENVENENAMIENTO.

En el capítulo XXXII hemos visto que el terrible provincial habia escogido para llevar sus tenebrosos proyectos á cabo á un nuevo profeso, que hasta entonces habia quedado en el colegio de Brugelette.

El Padre Lhoir era el más á propósito para obedecer ciegamente á su superior, que trabajaba *Ad majorem Dei gloriam*: audaz, resuelto, sin corazon, el profeso habia merecido diez veces el presidio para el resto de sus dias; capaz de los mas grandes crímenes, su calma y su hipocresía le hacian temible.

Dos dias despues de haber recibido del Padre Beckx el pequeño frasquito que debia llevar la muerte en las venas del armador, el Padre Lhoir hizo una visita á su penitente: llegó cinco minutos ántes de las doce del dia, que era la hora en que el armador se ponia á la mesa.

—Hijo mio, le dijo al llegar el jesuita, hoy vengo almorzar con vos, si no teneis ocupacion ó algun inconveniente para ello.

—Padre mio, le contestó el armador, con mucho gusto os veré sentado á mi mesa: todos los dias cómo solo; os doy las gracias por vuestra atencion.

Creo que van á dar las doce: pasaremos, pues, al comedor.

Cuando estuvieron en él, el Sr. De Buck ofreció al jesuita una copa de un excelente cognac, que rara vez se puede encontrar en el comercio.

El Padre Lhoir tomó el licor alcoolico como si hubiera tomado agua.

Despues, el armador dijo:

—Pues que me habeis dado el gusto de venir á acompañarme hoy, padre mio, os voy hacer probar de un vino superior de Borgoña, que siempre he reservado para las grandes ocasiones: tiene treinta y tres años de botella, y muy pocos pueden ofrecerlo como yo.

El anciano salió .....

El envenenador sacó de una bolsa interior de su sotana el frasquito de su provincial, y vació su contenido en la copa de cognac que el armañor habia dejado á medio vaciar ántes de salir. Despues volvió á poner el pequeño continente en la bolsa de donde acababa de sacarlo, y el bandido se sentó con una calma espantosa.

El Sr. De Buck volvió á entrar con una botella cubierta de polvo en la mano.

—Es necesario no despertar al niño, dijo con una sonrisa: y con sumo cuidado puso la botella siempre acostada en la carretilla de alambre que se usaba para el vino fino. Ahora vamos á comer; pero ántes acabaremos nuestra copa de cognac, que seria un pecado dejar de tomarlo .....

Los dos vasos se chocaron, y diciendo cada uno: á vuestra salud, apuraron lo que contenian.

El tio de Francisco, el rico armador, el venerable anciano que toda su vida no habia cometido una sola mala accion estaba envenenado por la Compañía de Jesus.

Lo que el provincial habia dicho al profeso Lhoir se cumplió: el anciano comerciante fué debilitándose cada dia más; poco á poco se puso como un tísico. Tres semanas despues le era imposible salir de su aposento: recostado en un sillon, el desgraciado escuchaba los consejos que le daba el Padre Lhoir, su director, hablándole de la vida futura y del cielo. El infame asesino le aconsejaba

la resignacion, diciéndole que por sus virtudes habia merecido la gloria.

El jesuita no se espantaba al ver esta víctima suya, que muy pronto iba á dejar este mundo. La mirada fria del envenenador no veia la faz cadavérica del anciano que tenia delante: una luz dorada jugaba delante de sus ojos: era el reflejo de los ocho millones que su imaginacion veia ya en poder de la Compañía de Jesus.

Entró el médico: era éste un hombre nulo que demasiado devoto temblaba bajo la mirada de un clérigo; curó á su cliente como hacen casi todos los médicos: buscando el modo de sacar el mayor número posible de piezas de plata ó de oro.

El imbécil ignoró siempre la enfermedad que conducia á su cliente al sepulcro.

Despues de un momento dijo al jesuita:

—Padre mio, creo que á nuestro enfermo le quedan apénas ocho dias de vida.

—Señor doctor, debemos conformarnos con la voluntad de Dios; el Sr. De Buck está preparado para emprender el largo viaje del que no se vuelve nunca: sus virtudes le aseguran la entrada al Paraiso, y mis afanes como los de mi predecesor no se han perdido: hemos encontrado en él una alma dócil á los buenos consejos, que por nuestra boca le enviaba Nuestro Señor Jesucristo.

El médico se inclinó con respeto y veneracion delante de este santo hombre, y besándole la mano se retiró lleno de admiracion para el apóstol de la Compañía de Jesus.

La señorita Elisa, que acababa de entrar con los ojos llenos de lágrimas dió á su anciano señor las pócimas que se le habia recetado, y arrodillándose junto al sillon preguntó al enfermo:

—¿Cómo os encontrais, señor?

—Muy mal, hija, le contestó con esfuerzo y débil voz el desgraciado: siento que todos los dias la vida va retirándose de mi cuerpo: cada dia estoy peor, y creo que ántes de poco estaré reunido con mi pobre Francisco. No llores, Elisa; la muerte para mí será una felicidad, porque he sufrido demasiado; solamente lo siento por tí que me tienes tanto cariño: pero he cuidado de tu porvenir en mi testamento ..... no te faltará nada .....

La voz del armador se apagó, y sus ojos se cerraron como si fuera á morirse.

El mismo dia, á más de dos mil leguas de distancia, Francisco se embarcaba en el buque de su tio, que debia volverle á su patria.

Ocho dias despues el armador habia dejado de existir: la Compañía de Jesus habia vencido: los ocho millones eran suyos.

La última palabra de la desgraciada víctima de la ambicion de los hijos de Loyola fué: ¡Francisco, aquí estoy!

¿Qué relacion misteriosa existirá entre los muertos y los vivos?

¿El Gran Hacedor en sus leyes insondables permitirá á los espíritus que dejan su cubierta mortal visitar por última vez á los séres que les fueron caros en la vida?

Es esto un misterio, y no quiero tratar de ello en este lugar.

A las 9 de la noche del dia 28 de Marzo, el espíritu del Sr. De Buck abandonó su cubierta material para remontarse á su Creador.

En el mismo instante, Francisco sintió una conmocion extraña, como hemos visto en un capítulo anterior.

El jóven no se habia equivocado: su tio acababa de morir.

Al dia siguiente por la mañana el terrible jesuita ponia en libertad á un pichon viajero, que llevaba á Brugelette el mensaje siguiente: "A las nueve de la noche de ayer, 28, murió D. Pedro."

Al recibir esta noticia el provincial dejó ver en su semblante una horrible expresion, y murmuró entre dientes:

—Yo soy el General de la Compañía de Jesus, el rey del Universo. Padre Lhoir, sois el provincial de Bélgica.

Despues de un momento de reflexion continuó:

—Hoy escribiré á Mauricio para que vaya á asistir á la abertura del testamento y tomar posesion de los ocho millones. Al Padre Lhoir, para que despues de esto se venga á encargar del colegio y reemplazarme. Mañana saldré para Roma. ¿Qué dirá el Padre Roothaan? El holandés no espera semejante noticia. ¡Ocho millones!....

Al dia siguiente el Padre Beckx salió para la Ciudad Eterna.

El abogado de Mons, Mauricio Beckx, asistió á la abertura del testamento y tomó posesion de la herencia, dejando á Miguel Van Dormael encargado de los intereses como administrador.

Ya saben nuestros lectores que este último era instrumento de los jesuitas.

Hemos visto á Francisco llegar por el buque "La Fortuna."

Dos dias mas tarde Francisco despues de orar y llorar mucho sobre la tumba de su desgraciado tio, salió para Brugelette con el Padre Lhoir.

Este ántes de partir habia dejado á Van Dormael la órden de quitar el mando del buque al teniente Dupont, que no podia serles útil por su honradez y sus nobles sentimientos.

El mando de "La Fortuna" debia darse á un instrumento de la Compañía.

En su dolor, Francisco olvidó de averiguar el por qué el nombre del Padre Lambert habia servido para llevarle á bordo del buque "La Fortuna," cuando los gendarmes le entregaron por loco al comandante Dupont.

Llegó á Brugelette con el Padre Lhoir.

Como hemos dicho adelante el provincial se habia marchado algunos dias ántes para Roma.

El Padre Lhoir que quedaba autorizado por él para tomar todas las providencias necesarias en el negocio De Buck, mandó decir al Padre Lambert que se encontraba en Namur, que Francisco se habia escapado de la Habana y que estaba en Brugelette: que por consecuencia debia venirse inmediatamente para concertar entre ambos lo que se debia hacer para hacerle desaparecer.

Algunos dias despues el Padre Lambert llegó á Brugellette: el jesuita desempeñó perfectamente su papel: la primera persona que vió al entrar en el colegio fué á Francisco.

—¡Querido hijo mio! exclamó el hipócrita. ¡Tú eres, Francisco! ¡tú, que pensaba perdido desde el dia que se me escapó en Ostende. Ingrato que desconoció todo el cariño qne le profesaba yo, y que quizo mejor quedar libre y solo. Mucho he llorado tu desaparicion, y no he dejado un solo dia de pensar en tí.

Diciendo esto el jesuita tenia á Francisco enlazado en sus brazos. Cuando el jóven pudo hablar, contestó al Padre Lambert con efusion:

—Gracias, padre mio, por vuestros buenos recuerdos: ni un mo-

mento he dudado de vuestro cariñopara mí; pero debo desengañaros: en Ostende no me separé de vos por mi voluntad: sirviéndose de vuestro nombre me llamaron á bordo del buque "La Fortuna," donde apénas llegado me amarraron: poco despues el buque levantó las anclas, y me llevó hasta la isla de Cuba. Una carta de mi tio al capitan del buque decia que debia llevarme hasta la Habana, porque estaba yo loco.

—¡Loco, exclamó el jesuita, pero esto era una mentira!

—Ciertamente que sí: pero mi tio habia tomado este pretexto para alejarme de su lado.

—¡Pobre Francisco, cuanto has debido sufrir! Yo al no encontrarte en el hotel á mi vuelta, y al ver que tus baules habian desaparecido, me volví casi loco: pregunté, indagué, pero inutilmente: tres dias estuve en Ostende para buscarte, y cuando hube perdido la esperanza de encontrarte, volví á la casa de Amberes, y dí parte á tu tio de lo acontecido: recibió con indiferencia la noticia, diciéndome: "Que haga lo que le parezca, no quiero ya ocuparme de él."

Una profunda tristeza se apoderó del espíritu de Francisco al oir la relacion del infame traidor Lambert.

—Mi tio ha muerto maldiciéndome y creyéndome culpable, murmuró el infeliz.

—Hoy, continuó el Padre Lambert, estoy en la casa de Namur, y al venir he pasado por Soignies....

—¿Habeis visto á Adela, padre mio?

—Mi intencion era visitar á su padre y á ella: pero el notario Dumortier me dijo que hacia mas de dos meses que se habian ido del pueblo....

—¡Se han ido! ¿y á dónde?

—El notario no pudo decirme cómo se llama el punto donde viven hoy: pero sé que es en Francia.

—En Francia, murmuró Francisco pensativo.

—Hijo, te dejo por ahora: tengo que ir á visitar al Padre Lhoir

Un momento despues los dos profesos estaban reunidos en la celda del provincial. ¿Qué fraguaron los dos infames bandidos para acabar con su inocente víctima? Lo veremos mas adelante.

Al dia siguiente un pichon viajero fué enviado á Amberes con el mensaje siguiente:

"Inmediatamente Julio Trousset se pondrá en marcha para Brugelette: emprenderá un viaje: no perder un solo minuto."

El padre que recibió el mensaje en la casa de San Cárlos mandó llamar á nuestro antiguo conocido: media hora despues éste se presentaba en San Cárlos.

El bandido que vimos oculto en el Rideck, el devoto que habia denunciado á Francisco por el robo de la corona, el falsario que habia supuesto la carta del armador para el capitan del buque "La Fortuna," el jesuita ex-voto, por fin, no era ya el hombre de ántes: vestido con decencia, el semblante risueño, el abdómen repleto, parecia mas bien un honrado comerciante que un bandido capaz de todo.

*Yan* habia desaparecido completamente: Julio Trousset solo quedaba.

Despues de tomar conocimiento de la órden que acababa de llegar de Brugelette, Trousset se inclinó delante del padre y le dijo:

—Al momento voy á preparar mi equipaje, y esta tarde tomaré el tren de Bruselas.

Efectivamente, en la tarde del mismo dia estaba en camino para Bruselas donde pasó la noche: al dia siguiente llegó á Brugelette, pero se quedó en el hotel de la estacion del ferrocarril, y envió prevenir al Padre Lhoir de su llegada: éste le mandó decir que en el confesonario de la iglesia podrian verse media hora despues.

A la hora indicada Trousset estaba arrodillado en el confesonario delante del Padre Lambert, que hacia de confesor.

Siempre el confesonario ha servido á los sacerdotes para fraguar sus crímenes y para fomentar las revoluciones que han desolado á todos los paises del mundo.

Ningunos como los jesuitas se sirvieron de él para armar el brazo del asesino, del envenenador, del revolucionario.

Ese foco permanente de conspiracion ha sido respetado por todos los gobiernos enemigos del clero: esta debilidad incomprensible ha causado numerosas desgracias: tanto sociales como particulares.

En el confesonario el jesuita azuza impunemente al fanático, y sin embargo existe desde el año de mil doscientos quince, en cuyo tiempo el concilio ecuménico de Letran impuso á todos los fieles la obligacion de confesarse.

Ningun gobierno se ha atrevido todavía á prohibir el uso de esa tenebrosa arma que hiere en lo más profundo á los principios democráticos.

A primera vista parece difícil prohibir su uso: sin embargo creo que la cosa es muy sencilla.

Si bien es cierto que la confesion es una ceremonia del rito romano, y que se practica en el interior de sus templos, no faltando así á lo prescrito por las leyes, lo es tambien que la autoridad suprema de una nacion tiene el deber de vigilar por la tranquilidad pública.

Si existen en alguna parte lugares de reuniones subversivas, donde se fraguan planes de asesinatos, de robos, que se prohiban estas reuniones, y que se castigue á los delincuentes.

En el confesonario se designan las personas que deben caer bajo el puñal ó el veneno de los seides de Roma; en el confesonario el padre denuncia á su hijo, el hijo á su padre, la mujer á su esposo, el sirviente á su patron; y en el confesonario se prostituye la mujer. El confesonario es una policía secreta, que posee el clero romano contra toda justicia.

La democracia prohibe á un gobierno emplear una policía secreta: ¿porqué, pues, permitirla á los frailes? ¿Los clérigos tendrán fueros particulares? ¿El clero valdrá más que el gobierno de la nacion?

Con la policía secreta del confesonario, el clero romano es un poder en la nacion.

El confesonario no es una instruccion cristiana: es una arma jesuítica.

Prohibir la confesion auricular, pues, es un deber social.

Por decreto público ó por medida gubernativa se debe prohibirla.

Julio Trousset recibió del Padre Lambert todas las instrucciones necesarias y se retiró.

El mismo dia decia éste último á Francisco:

—Hijo mio, recuerdo que cuando pregunté al notario Dumortier por Labry y su hija Adela, me dijo que se habian ido para la Bretaña en Francia: me dá pena ver tu profunda tristeza y tu desesperacion, y por lo tanto voy á proponerte una cosa: de aquí á dos ó tres dias nos marcharemos para Francia á buscar á tu prometida: ¿consientes?

—¡Sí consiento, exclamó el desgraciado! Sois mi salvador, padre mio, y daria mi vida por vos. Sí, partamos: no nos será difícil encontrar á Adela, y podré todavía ser feliz.

Dos dias despues Francisco se puso en camino con su verdugo.

Entre tanto, Adela que nunca habia salido de Soignies lloraba la larga ausencia de su prometido y su silencio; sin embargo, fiel á la palabra dada esperaba á Francisco con una heroicidad admirable.

## CAPÍTULO XXXVI.

### LA MARCA INFAMANTE.

Al poniente de Francia, se encuentra el departamento de la Vendée, célebre por la guerra civil que sostuvieron sus habitantes defendiendo á la monarquía y al clero contra la revolucion de 1793.

El fanatismo ha sido siempre fuerte en esta parte de la Francia y lo es todavía hoy.

Este departamento era el que los padres Lhoir y Lambert habian escogido por teatro del crímen que pensaban cometer contra Francisco:

Julio Trousset ó mejor dicho Yan Vogel esperaba la llegada del Jóven en la ciudad de Luçon: el obispo de este punto pertenecia á la Compañía de Jesus, y debia ser de gran auxilio para nuestros bandidos.

El Padre Lambert llegó con Francisco: se instalaron en el mejor hotel de la ciudad.

Al dia siguiente el jesuita dijo al jóven:

—Hijo mio, el obispo, que he ido á visitar, me ha obligado á ir alojarme al obispado: no puedo rehusar sin faltar al respeto que le debo: pero no por esto dejaré de ocuparme de nuestro negocio;

al contrario me serviré de la influencia de S. E. para conseguir descubrir el paradero de Adela y de su padre: puedes por lo tanto disponer de tu tiempo como te pareciere mejor. Si necesitas dinero, irás al obispado á pedírmelo.

—Está bien, padre: lo haré como me lo decis, y de mi parte me informaré en todos lugares de las personas que buscamos.

Francisco quedó solo en el hotel.

El Padre Lambert alojado en el obispado habia pedido á su hermano el obispo la autorizacion de confesar algunas veces, mientras permanecia en Luçon.

Dos dias despues un desconocido se presentó en la iglesia donde se encontraba el padre Lambert en oraciones: al verle éste fué á ponerse las insignias de confesor y se dirigió á un confesonario: un momento despues el desconocido estaba arrodillado, y una conversacion en voz baja se entabló entre el penitente y el sacerdote:

—Padre, he llegado hace tres dias y estoy alojado en el hotel de *Bourbon*. Hasta hoy no he descubierto nada, pero para mañana me prometo algo.

—Mucho cuidado, y si salimos con bien vuestra fortuna está hecha. Nada de precipitacion: un golpe seguro. Si se pudiera matarle, seria mejor, pero este medio es muy peligroso, y vale mas que la justicia se encargue de ello. Siempre debemos cuidar de salvar las apariencias, y no comprometernos. Si yo llego á saber algo, os haré llamar: podeis retiraros: ya sabeis que él está alojado en el hotel de "Los tres príncipes."

Los dos bandidos se separaron.

Al dia siguiente Julio Trousset se dirigió á una vinateria de apariencia sospechosa, donde se instaló y pidió una botella de vino del país: estaba vestido como los hombres del pueblo para no infundir sospechas.

Momentos despues de su entrada llegaron algunos parroquianos, que examinaron con recelo á nuestro hombre, que para ellos era desconocido.

Yan al ver á uno de ellos hizo un gesto de sorpresa: él es, murmuró, no me equivoco: es el individuo que ví robar á un transeunte hace dos noches, y que huyó al oir mis pasos: le reconozco.

Cuando los recien llegados estuvieron instalados en su mesa con el vino que acababan de pedir, Yan se levantó con su botella en la mano, y fué á sentarse á la mesa donde estaban los nuevos parroquianos: estos examinaron á Yan de un modo amenazador: pero éste no se desconcertó, y les dijo:

—Señores, me permitireis sentarme á vuestra mesa porque á un amigo no se le rechaza. No tengais cuidado: no pertenezco á la *Rousse* (policía). Si vengo á meterme en vuestra compañía es porque necesito de vosotros: me direis si podemos hablar sin peligro de ser oidos de los *Mouchards* (espías).

Uno de los desconocidos tomó la palabra, y dirigiéndose á Yan le contestó:

—Amigo, no sabemos lo que quereis decir: nosotros no somos lo que habeis pensado: por lo tanto podeis largaros á otra parte.

Yan no hizo caso de lo que acababa de oir y continuó:

—Hay quinientos francos para los muchachos si quieren ganarlos: quiero comprometer á un jóven en alguna buena.... jugada: yo les ayudaré. Repito que no tengan cuidado: yo he *descocido* mas individuos que ninguno de vosotros.

Los desconocidos se miraron unos á otros, y despues de un momento de silencio el que ya habia hablado dijo:

—El individuo parece ser *un bon zig* (un buen chico): veámos el negocio.

—Como ya os he dicho, necesito comprometer á un jóven: vosotros trabajareis en lo que os parezca: pero despues me entregareis algunas prendas pertenecientes al desplumado, y yo me encargo de ponerlas en los baules del individuo y denunciarlo. Por el trabajo os daré quinientos francos cuando mi jóven esté en la cárcel: se necesita, pues, un caso muy comprometido. Todos los dias vendré aquí á la misma hora á tomar una botella de vino: cuando todo esté hecho me informareis.

—Está bien así: pero quiero algo á cuenta para mí y mis compañeros.

—Aqui teneis cien francos en billetes de banco, y vamos á tomar algunas botellas por el buen resultado del negocio.

El que parecia hacer de gefe se puso los billetes en la bolsa, y

despues de haber apurado algunos litros de vino, todos se separaron.

Al dia siguiente Yan fué exacto á la cita, pero ninguno de sus nuevos cómplices concurrió.

—Será para mañana, se dijo el bandido.

Al segundo dia, cuando llegó Yan, los desconocidos le estaban ya esperando: tomaron su vino como acostumbraban, y el gefe de ellos dijo á Yan:

—Ayer un viejo sargento que recibió su licencia absoluta, y que solo y pié á tierra seguia el camino real ha sido asaltado y robado: como quizo defenderse fué necesario darle una buena paliza; sus alcances que llevaba consigo le fueron robados así como la cruz de la Legion de Honor que tenia en el pecho: he pensado que no seria malo quitarle su licencia absoluta, que venia en un tubo de hoja de lata que llevaba cargando: todo eso está en mi poder, y en cambio de los cuatro cientos francos que nos debeis segun nuestra convencion, lo entregaré del modo que me digais: los alcances del sargento me los guardo, porque esto no entró en nuestro convenio.

—Como veo, sabeis tomar vuestras precauciones; muy bien: esto me prueba que sois hombre de provecho: por lo mismo os recibo bajo mi proteccion. Dentro de un momento me encontrareis en la plaza: estaré sentado en uno de los bancos, y podreis entregarme lo que teneis: en cambio os daré los cuatro cientos francos. Hoy mismo el jóven estará denunciado, y se encontrarán en sus baules los objetos robados: una vez aprehendido, la policía no se ocupará en buscar el culpable, pues que pensarán tenerlo.

Yan se separó de los ladrones, y un momento despues recibió las prendas robadas.

No le fué difícil á Yan introducirlas en los baules de Francisco, despues de lo cual envió una denuncia anónima á la policía. Esta que habia recibido ya la queja del sargento y que indagaba, abandonó el rastro que seguia para presentarse en el hotel de "Los tres Príncipes". Encontradas en los baules de nuestro desgraciado Francisco la cruz de la Legion de Honor y la licencia absoluta del militar, no quedaba duda alguna á la policía de que Francisco era el verdadero culpable. Fué, pues, encarcelado é incomu-

nicado. El dinero que encontraron en su poder fué tambien recogido.

Nuestro desgraciado Francisco estaba bien perdido: desconocido en Luçon, nadie podia decir una sola palabra en su favor.

Al dia siguiente cuando se le hizo el primer interrogatorio, el jóven negó con energía su culpabilidad, como era natural.

Dijo que habia llegado de Bélgica con el padre jesuita Lambert, que estaba alojado en el obispado, y que se podian tomar informes con él.

Francisco pensaba que el jesuita iba hacerle salir luego en libertad. Incontinenti, el Padre Lambert fué llamado.

Prevenido por su cómplice Yan del modo que habia sido convenido, el hijo de Loyola se presentó al llamamiento.

Preguntado si conocia á Francisco De Buck, contestó que si: que habia venido con él desde Bélgica.

Impuesto de la acusacion que pesaba sobre su pupilo, el jesuita inclinó la cabeza con tristeza fingida, y un profundo suspiro salió de su pecho.

Levantando lentamente la cabeza, contestó:

—Señor juez, estoy profundamente afectado de lo que ha pasado.

Sobrino de un rico comerciante, Francisco De Buck ha sido acusado dos veces de robo, y dos veces ha sido condenado: él sostuvo siempre que era inocente, pero la justicia le probó lo contrario. Nuestra Compañía hizo todo lo posible para corregirle, por consideracion á su tio: pero todo fué inútil. Ahora todavía, creyendo que el viaje podria cambiarle, los padres jesuitas me encargaron de acompañarle, costeando todos los gastos del viaje. El crímen que acaba de cometer prueba que el instinto del robo es innato en él. Sin embargo, siempre ha tenido en su poder todo el dinero necesario para sus gastos.

Señor juez, podeis pedir informes en Bélgica: á la casa de correccion de Vilvorde donde estuvo dos años, y á la prision de Dinant donde permaneció cinco años.

Despues de semejante declaracion, Francisco no podia tener esperanza.

El jesuita rehusó ir á visitarle, fingiendo creer en su culpabilidad, y cansado ya, decia, de tantos crímenes.

Al recibir su contestacion, Francisco inclinó la cabeza con abatimiento.

Algunos dias despues el acusado fué trasladado á la capital del departamento, la ciudad de Napoleon-Vendée, que ántes se llamaba Bourbon-Vendée. Tres veces habia cambiado de nombre esta ciudad: primitivamente se llamaba *La Roche-sur-Yon*, por estar situada sobre el rio Yon. Esta ciudad se encuentra á 114 leguas S. O. de Paris.

No seguiremos todas las peripecias del juicio de Francisco. Solo para defenderse, debia verse condenado y lo fué.

El Padre Lambert se habia vuelto á Bélgica.

Julio Trousset recomendado á los jesuitas de Napoleon-Vendée seguia los debates con el más grande interés: cuando se pronunció el fallo, escribió al Padre Lhoir, en Brugelette, lo siguiente:

"Ayer nuestro individuo ha sido condenado á quince años de trabajos forzados en el presidio de Toulon, y á la marca sobre la espalda izquierda."

Efectivamente el 12 de Junio de 1846, Francisco De Buck habia sido condenado á quince años de presidio y á la marca infamante.

Quince dias despues un tablado se levantaba en la plaza pública: todos los condenados á presidio estaban reunidos en ella: el verdugo en gran uniforme, sombrero montado, dirijia sobre el tablado las operaciones de sus ayudantes, quienes calentando en un brasero el innoble fierro, marcaban uno á uno sobre la espalda izquierda con las letras T F, *travaux forcés*, (trabajos forzados) á todos los desgraciados que la Sociedad echaba de su seno. Despues de lo cual, un herrero les ponia el grillete, mancuernándoles (1)

(1) Hoy la marca infamante ya no existe en Francia: el rey Luis Felipe I suprimió ese bárbaro castigo, y hace pocos años los presidios tambien fueron cerrados: los reos se envian á la Nueva Caledonia, islas al Oriente de la Nueva Holanda, distante de México como noventa grados.

Los gendarmes debian, despues, conducirles al lugar de su destino.

Al dia siguiente de haber visto marcar y mancuernar á Francisco, el bandido Yan Vogel tomó el camino de Paris para volver á Bélgica, y cuando llegó á Brugelette encontró al Padre Lhoir que le esperaba.

—Todo se acabó, padre, le dijo el bandido: ántes de poco estará el hombre en el presidio de Toulon.

Entoncés puso en su conocimiento todo lo que habia pasado.

—Está bien, hermano, le contestó el profeso: estoy contento de vuestros trabajos, y podeis descanzar hasta nueva órden.

Julio Trousset se retiró al hotel donde se habia alojado.

## CAPÍTULO XXXVII.

### LOS JESUITAS ROOTHAAN Y BECKX.

En un capítulo anterior hemos visto que el provincial de Bélgica se habia marchado para Roma á dar cuenta á su general de la muerte del armador Pedro De Buck y de la herencia de ocho millones, que su talento habia procurado para la Compañía de Jesus.

Cuando llegó el provincial al Gesú, encontró al general en muy buena salud, y prometiendo vivir todavía luengos años.

Despues de haber recibido la bendicion del sucesor de Ignacio de Loyola y de haberle besado la mano, el Padre Beckx esperó que se hubiesen retirado los profesos, que en este momento se encontraban en la celda para hablar con su superior. Cuando todos hubieron salido, el provincial de Bélgica se acercó al gefe de la Orden y le dijo:

—Reverendo padre, nuestros hijos de Bélgica os saludan y me han encargado pediros vuestra santa bendicion apostólica. La Bélgica nos está completamente sometida: hacemos en ella lo que nos parece, aunque el rey Leopoldo sea protestante y mason. Nuestra influencia es tan grande, que tenemos instrumentos en todas partes. Como una prueba de que los intereses de la Compañía se encuentran en un estado muy floreciente, os daré la noticia de que

un particular acaba de testar en nuestro favor toda su fortuna, que llega á la enorme cantidad de ocho millones de francos.

—¿Ocho millones habeis dicho, padre? ¿Y quién es este hombre que deja ocho millones á nuestra Compañía?

—Reverendo padre, si quereis abrir *El Libro de la Vida*, encontrareis el nombre de Pedro De Buck, armador en Amberes.

El Padre Roothaan abrió el libro que ya le hemos visto hojear otra vez en el capítulo VI, y encontró desde luego el número 1093.

—Teneis razon, padre: el armador Pedro De Buck debia tener cosa de ocho millones: ¿y decís que ya son nuestros?

—Lo he dicho, reverendo padre.

El general cerró el libro, y mirando con admiracion al profeso le dijo:

—Estoy ansioso de conocer los medios que habeis empleado para llegar á vuestro fin, Padre Beckx.

Entonces éste hizo al Padre Roothaan la larga relacion de sus trabajos: contó las dos condenaciones de Francisco, despues de haber reemplazado á fray José Fructuoso en la direccion del armador, su destierro á la Habana, y la muerte del dueño de los ocho millones, que él, Padre Beckx, habia hecho envenenar; la designacion de su primo el abogado, jesuita ex-voto, por heredero universal.

—Si el sobrino un dia vuelve á parecer, dijo el profeso al concluir su relato, no nos molestará en lo más mínimo, porque cree que nosotros somos sus mejores amigos. Le han dejado escapar de la Habana, pero en Francia no se nos escapará tan fácilmente: dentro de poco tiempo estará en el presidio de Toulon.

—Estoy contento de voz, Padre Beckx: habeis trabajado como ninguno de nuestros padres profesos actuales, *Ad majorem Dei gloriam.*

¿Y quiénes son los padres que os han ayudado?

—Reverendo padre, los padres Lambert y Marsay, y el Padre Lhoir en el envenenamiento que los dos primeros ignoran; el hermano Ducpetiaux, director de la casa de correccion de Vilvorde, y algunos otros instrumentos subalternos. En cuanto á Ducpetiaux, muy pronto quedará nombrado inspector general de las prisiones

de Bélgica; el padre Marsay pasó á dirigir la casa de Bruselas, y el padre Lambert, la de Namur. Al Padre Lhoir será necesario nombrarle algo, porque es el más capáz de todos nuestros profesos de Bélgica.

—Apruebo todo lo que habeis hecho. Desde este momento nombro vice-provincial de Bélgica al Padre Lhoir; á vuestro regreso á Brugelette me enviareis al actual titular, que lo es el Padre Van Dam: ha sido siempre fiel á la Compañía, pero no es bastante vivo, y quiero hacerle servir mejor aquí. En cuanto á vos, hijo, no conozco más que una cosa que pueda recompensaros.

Padre, continuó en voz baja, desde este momento podeis consideraros como mi sucesor: creo que no tengo mucho que vivir: entonces el *papa nero*, como dicen aquí, sereis vos.

—Reverendo padre, dijo el hipócrita, cayendo delante de las rodillas del Padre Roothaan, todo lo que hice ha sido *Ad majorem Dei gloriam* y por interés de la Compañía. El alto honor que quereis hacerme no lo merezco: tengo miedo del peso de semejante poder: mi pobre individualidad no será bastante.

—Demasiado sabreis llevar á cabo todas las empresas que será necesario acometer, porque para vos *el fin justifica los medios*. Podeis retiraros, padre: os concedo ocho dias de licencia para visitar la ciudad.

El Padre Beckx se inclinó delante del general de la Orden, y despues de recibir su bendicion, se retiró á la celda que se le habia designado.

Ocho dias despues, el provincial emprendió su marcha para su provincia, y á su llegada á Bruselas trabajó de tal modo que el Sr. Ducpetiaux fué nombrado inspector general de las prisiones del país. El Padre Lhoir quedó de vice-provincial en el lugar del Padre Van Dam que se marchó para Roma.

En el año de 1853, el Padre Roothaan declinó rapidamente: el Padre Beckx se marchó para Roma: en el mismo año el general de la Compañía de Jesus dejó de existir, despues de haber designado por su sucesor al Padre Beckx, provincial de Bélgica.

El Padre Beckx tomó posesion del Gesú.

Al dia siguiente el nuevo general mandó la noticia al Padre Lhoir

con su nombramiento de provincial. El Padre Marsay fué nombrado vice-provincial, recibiendo el cuarto voto.

El Padre Lambert, que tenia mas de setenta años, era demasiado viejo para cambiar de residencia.

Efectivamente, al año siguiente el viejo bandido fué vencido por la edad.

Sus ultimos momentos fueron tristes y pesados: sus numerosas víctimas desfilaron delante de sus ojos con ademanes terribles y amenazadores.

Vió á una pobre mujer que habia conocido en Paris hacia muchos años, y á quien habia cobardemente seducido y abandonado cuando estaba en estado interesante.

—Desirée, murmuraba el moribundo, Desirée Morand, perdonadme.

Pero el fantasma que tenia delante le enseñaba un niño, que lloraba desnudo y hambriento.

—Mi hijo, continuó el jesuita, mi hijo á quien nunca he conocido. ¿Qué habrá sido de él y de su madre? Les he abandonado por la Compañía de Jesus.... los jesuitas.... Francisco y Pedro De Buck.... y tantos otros que han sido mis víctimas.... ¡maldicion sobre los padres jesuitas!... ladrones, hipócritas, asesinos infames.... y yo tambien.... estoy maldecido..... tengo miedo..... miedo de morir.....

Su agonía fué horrible: su desesperacion espantaba á cuantos se le acercaban. Por fin el infame hijo de Loyola murió en medio de la mayor desesperacion.

En este tiempo su hijo, que nuestros lectores habrán ya conocido: Guillermo, que escapado del colegio de San Ignacio en Roma, sin que nadie supiera de él, habia trabajado laboriosamente para hacerse una posicion independiente. Radicado en Bruselas, habia llegado á ser un pintor de primera clase: sus obras eran muy buscadas y pagadas á buen precio. Siempre debia ignorar de quién era hijo.

Entre tanto su desgraciado amigo Francisco estaba sumido en la mas espantosa desgracia: el horrible presidio le tenia en su poder, revuelto con los asesinos y los criminales de todas clases. En-

cadenado á un falsario debia pasar todo el tiempo de su condena.

Puede, sin embargo, que un dia volvamos á verles reunidos.

Bajo la direccion del Padre Beckx, la Compañía de Jesus se hacia cada dia mas temible. El Padre Lhoir le secundaba admirablemente en Bélgica. Las captaciones se sucedian admirablemente. En el ejército, en la magistratura, en los ministerios, en el comercio estaban repartidos los jesuitas seglares. Su influencia aumentaba todos los dias en Bélgica.

El Padre Beckx no se paraba en ningun medio.

Sin embargo, el pueblo belga tan paciente de ordinario empezaba á murmurar sordamente: las exigencias y los abusos del clero, cada dia mas insolente, irritaban á todo el mundo.

El partido clerical dominaba la situacion.

Entre tanto la pobre Adela, que hemos dejado de ver desde tanto tiempo, ha envejecido llorando. Los años han pasado y Francisco no parece: sin embargo, la hija del pueblo se queda fiel á la palabra dada: quiere á Francisco lo mismo que el primer dia, y piensa en él á cada momento. La desgraciada ha llegado ya á los treinta años; su anciano padre ha muerto.

Huérfana, se mantiene con su trabajo honrada y respetada de todo el pueblo.

A todos los individuos que le han hablado de casamiento ha dado una misma y lacónica contestacion:

—No quiero casarme.

Francisco estando en la creencia de que Adela se ha ido del pueblo desde el año de 1846, no ha escrito una sola vez: los dos desgraciados amantes están separados sin conocer el lugar de su residencia respectiva.

Pasaron cuatro años más.

Hemos llegado al año de 1857.

## CAPÍTULO XXXVIII.

### LA REVOLUCION DE 1857.

Como hemos dicho, las exigencias y los abusos de la Compañía de Jesus dominaban al clero y á todo el partido clerical, que habia obtenido en la Cámara de representantes del pueblo una mayoría de importancia. El partido liberal estaba representado por la minoría. El rey, como tenia costumbre, formó un ministerio del círculo de la mayoría.

No contentos todavía, quisieron sus pro-hombres volver la Bélgica á los buenos tiempos de la dominacion española.

Varias medidas tomadas en este sentido alarmaron al pueblo.

En el Congreso se comenzó á hablar de restablecer los odiosos impuestos del diezmo y de la mano muerta.

El pueblo juró que esto no se llevaria á cabo. El partido liberal con indignacion reprochó al contrario en la tribuna su falta de patriotismo, sus abusos de todas clases.

Hizo la historia del impuesto de mano muerta recordándoles su orígen: unos piratas que venian del Norte se habian hecho temibles en el rio Escalda y habian impuesto una contribucion que debia pagar cualquier individuo que quisiese navegar por él: muchos

se sometieron, pero un dia un pescador menos dócil que los otros rehusó terminantemente pagar el tributo: poco despues los piratas se apoderaron de él y le cortaron la mano derecha, que suspendida de un palo recordó por mucho tiempo á los belgas la servidumbre del impuesto, que se llamó desde entonces de *mano-muerta*, y que el clero despues volvió á poner en práctica, ensanchando sus atribuciones, cuando los reyes francos se hicieron cristianos.

Al saber que el partido clerical queria establecer de nuevo ese odioso impuesto, el pueblo belga dejó oir palabras amenazadoras.

El partido del retroceso no hizo caso, y sus órganos en la prensa defendieron abiertamente sus tendencias enmohecidas.

Se abrió el primer período del Congreso de 1857.

El pueblo se levantó como un solo hombre en Bruselas: las prensas del periódico conservador *La Emancipacion*, de cuya publicacion era editor el Sr. Coomans, fueron hechas trizas y tiradas á la calle por las ventanas.

Al grito de: *¡Abajo el bonete!* el pueblo se presentó al Congreso y quizo apoderarse de los diputados conservadores para llevarles al farol.

Con su nobleza acostumbrada los diputados liberales tomaron la defensa de los católicos, y llevándoles del brazo sacaron de la Cámara á sus enemigos pálidos y temblando de terror, quienes en semejante caso hubieran azuzado al pueblo para asesinar á sus contrarios: uno ó dos solamente salieron lastimados.

El pueblo al salir del Congreso se dirigió á las casas de los jesuitas, para destruir esos nidos de víboras, esos ántros de fieras.

Las tropas de la guarnicion se pusieron sobre las armas para proteger á todas las casas religiosas, que el pueblo furioso amenazaba de reducir á cenizas: se hicieron muchas prisiones.

El telégrafo llamó las fuerzas que se encontraban de guarnicion en las otras ciudades: pero apenas habia salido el tren de ferrocarril que llevaba los regimientos, cuando el pueblo comenzaba su movimiento al grito de: *¡Abajo el bonete!* quemando las casas de los jesuitas y de las demás órdenes religiosas.

Si llegaba alguna fuerza, el pueblo gritaba: *¡Viva el ejército! ¡Abajo el bonete!*

La tropa fraternizaba casi en todas partes con el pueblo.

Solamente en la ciudad de Gante, el pueblo fué atacado por la fuerza armada, que hizo fuego: esta fuerza estaba mandada por el general *Capiaumont*, que era miembro de la Compañía de Jesus.

En todas partes los estudiantes de las Universidades libres de Bruselas, de Gante y de Lieja estaban á la cabeza del movimiento.

La noble y generosa juventud fué entonces el orgullo de todo el país.

Un jóven pintor que podia tener como treinta años á lo más se habia visto á la cabeza de los estudiantes en los lugares peligrosos. Cuando el movimiento se apaciguó por un momento en Bruselas, el jóven reunió diez amigos decididos, y todos fueron á tomar el tren del ferrocarril de Mons.

Cerca de esta ciudad se encuentra el pueblo de Jemmapes, célebre por mas de un título. Aquel pueblo puede contar como diez mil habitantes á lo menos. Situado en medio de las minas de houilla, impropiamente llamado carbon de piedra, pues que no es otra cosa que un producto vegetal, tenia entonces el pueblo un establecimiento de enseñanza dirigido por los *hermanos de la doctrina cristiana*, una de tantas variedades de jesuitas; además un colegio dirigido por hermanas de la caridad.

Desde tiempo muy atrás, muchos niños habian llegado á su casa llorando y quejándose de dolores de estómago, como resultado de castigos impuestos por los *hermanos ignorantinos* (como tambien se llamaban los de la doctrina).

Ni las súplicas ni las amenazas de sus padres habian podido resolver á las inocentes criaturas á decir el motivo de su enfermedad y de sus lágrimas: pero un niño se enfermó de gravedad: el médico llamado no comprendió nada á sus males; éste, instado por su padre, suplicado por su madre, y sobre todo resentido contra los frailes que le habian puesto en semejante estado, dijo toda la verdad á los autores de sus dias.

Aquí mi pluma no sabe como expresarse para hacer comprender al lector los atentados cometidos por los infames jesuitas.

Ni el ejemplo de Sodoma citado en los libros llamados sagrados, ni los excesos de los antiguos patriarcas pueden dar una idea de

lo que habian inventado los *ignorantinos* para castigar á los niños confiados á sus cuidados, y para hartar sus infames pasiones. Sin embargo, me he propuesto decir la verdad y hacer conocer lo de que son capaces esos mónstruos, que pertenecen á la Compañía de Jesus.

Enfermo del estómago por haberse tragado quién sabe que cosa, el niño de que nos estamos ocupando tenia la boca inflamada, como si se le hubiera introducido algun objeto que no se puede describir.

La pederastía no es tan horrible.

Esto pasaba algunos dias antes del movimiento revolucionario: el padre del infeliz niño no se poseia de furor: visitando á todos los padres de los niños que frecuentaban la escuela católica-jesuitica, y haciéndoles conocer los actos de los innobles frailes, preparaba un terrible castigo para esos mil veces infames miembros de la Compañía de Jesus.

Alguno del pueblo dió parte á cierto círculo de la capital, y desde entonces hubo un motivo mas para acabar con la influencia de los jesuitas.

El jóven pintor de qué hemos hablado hace un momento iba á Jemmapes poner á ejecucion las resoluciones del directorio de Bruselas.

Estando en marcha el tren que les llevaba rápidamente, el jóven puso á sus compañeros al corriente de los crímenes cometidos por los frailes de Jemmapes: un grito de furor se escapó de todos los pechos de esos generosos jóvenes.

—¡Viva Guillermo, gritaron todos á una voz! ¡Le seguiremos en todas partes, y le obedeceremos en todo lo que nos mande!

Llegaron los estudiantes á Mons: la plaza estaba sin tropas: se habian marchado para Bruselas: el movimiento comenzó en Mons: el pueblo se puso á cantar la *Marseillesa*, y se dirigió contra el establecimiento que los padres jesuitas poseian en la capital del Estado. El pueblo furioso atacó el edificio, que despues de un momento fué invadido por la multitud: los jesuitas que habian querido defenderse fueron maltratados, y varios de ellos perdieron la vida.

El pueblo siempre cantando destruyó cuantas casas religiosas existian en Mons.

Guillermo y sus compañeros salieron para Jemmapes: el pueblo levantado por ellos se abalanza sobre el convento de los hermanos de la doctrina cristiana; los padres de familia, terribles como la justicia, sacan de sus escondites á los infames frailes: una grande hoguéra se levanta en medio del pátio: santos, cruces, vírgenes, colchones, ropa, muebles, dinero, sirven de leña para alimentar el fuego: los frailes cogidos en el momento de quererse fugar son arrojados vivos en la inmensa hoguera: gritos horribles se dejan oir: pero ni uno de los santos que se retuerce bajo la accion del fuego se acuerda de hacer un milagro: todo se consume: idolos é idolatras.

Una voz imponente se deja oir en medio del tumulto:

—¡Dejad pasar la justicia del pueblo!

Entre tanto el fuego devora el ántro de esos mónstruos que se llaman jesuitas.

Guillermo seguido de dos de sus compañeros se dirige á la casa de las hermanas de la caridad.

¿Qué va á pasar?

Estas pobres mujeres, locas de terror, oran arrodilladas en su oratorio.

Sola, de pié y asomada á una ventana, una monja mira lo que pasa en el convento de los jesuitas: su mirada es brillante, su expresion es sombría: murmura estas extrañas palabras:

—Es la justicia de Dios que cae sobre ellos.....

Guillermo y sus compañeros se introducen en la casa en silencio, y dicen á las hermanas que les miran con terror:

—Señoras, podeis salir libremente de aquí; podeis retiraros á las casas que os parezca; las que quieran volver al seno de sus familias pueden hacerlo: pero es necesario apresuraros, porque de aquí á cinco minutos esta casa se reducirá á cenizas, para hacer desaparecer hasta el último rastro de las malditas órdenes religiosas. Si no os apresurais, el pueblo os despedazará como lo hizo con los frailes.

Las religiosas se escaparon en tumulto: el miedo les daba alas.

Una de ellas sin embargo se habia quedado sin dar un solo paso para huir.

—¿Y vos, señora, le preguntó severamente Guillermo, porqué no os vais con las otras?

—Yo, contestó ella con una triste sonrisa, no quiero más llevar éstos hábitos vergonzosos; no quiero más permanecer con esas mujeres hipócritas y deshonradas, con las concubinas de los hermanos ignorantinos. Habeis dicho, señor, que podemos volver al seno de nuestra familia: y bien, yo declaro delante de vosotros todos que quiero irme de aquí para Amberes, donde tengo mi familia: yo me llamo Agustina De Buck, y mi tio .....

—¡Agustina De Buck, exclamó el jóven! ¡será posible, Dios mio!

—¿Me conoceis, preguntó con extrañeza Agustina? efectivamente ella era.

—¡Si os conozco! Agustina, yo soy Guillermo el huerfano, que vuestro tio ha recogido muriéndose de hambre y de frio; yo soy el compañero de vuestro hermano Francisco: ¿no me habeis reconocido?

—Hermanos, dijo Guillermo á sus compañeros, esta señorita ya no quiere ser religiosa; es mi hermana: ayudadme á salvarla.

Un momento despues Agustina estaba en una casa particular, donde la señora le dió unos vestidos; el hábito fué arrojado á la lumbre.

—¡Oh! Guillermo, le decia Agustina poco despues, sois mi salvador, y nunca olvidaré lo que habeis hecho por mí.

—Agustina, cuando me separé de vuestro tio para ir á estudiar á Roma en el Colegio de San Ignacio, me hizo jurar que si un dia alguno de sus sobrinos necesitaba de mi, hiciera todo lo posible para ayudarles: hoy he podido cumplir con la promesa que le hice, y estoy contento.

Solo Francisco ha desaparecido, y me ha sido imposible encontrarle.

—¡Desaparecido, exclamó Agustina! ¿pero entónces adonde iré yo, puesto que mi tio ha muerto?

—Agustina, vuestro hermano Guillermo os ofrece todo lo que posee.

Un tumulto espantoso interrumpió á nuestros jóvenes: un regimiento de lanceros que acababa de llegar al galope para restablecer el órden se recibió por el pueblo con los gritos de: ¡*Vivan los lanceros! ¡Abajo el bonete!*

Una hora despues el pueblo y los soldados fraternizaban.

Un mes duró el tumulto en todo el país: el rey Leopoldo se vió precisado á disolver las cámaras y cambiar el ministerio: los liberales triunfaron en las nuevas elecciones, y los tenebrosos proyectos clericales quedaron aplazados por muchos años.

Se hicieron muchas prisiones en el país: pero ocho dias despues todos los detenidos fueron puestos en libertad.

Por más de tres meses los frailes quedaron ocultos sin osar salir á la calle: el pueblo les hubiera indudablemente hecho trizas.

Guillermo pudo salir bien de la revuelta: se llevó á Agustina á Bruselas, donde pasó por su hermana; eran precisamente de la misma edad; los dos tenian treinta años.

Seis meses despues de los acontecimientos que acabamos de narrar, Guillermo y Agustina se unian por los lazos del matrimonio...

No teniendo padres ninguno de ellos, el burgomestre hizo las veces.

Despues de tantos años de esclavitud en medio de las llamadas *Hermanas de la Caridad*, Agustina volvió con delicias á la vida comun, y gozó con dicha de las dulzuras de la familia.

Dejémos por ahora nuestros nuevos esposos, que probablemente volveremos á ver más tarde.

Francisco desde siete años sufre en el presidio de Toulon.

Adela llora la desaparicion del hombre á quien dió su corazon.

Nuestro desgraciado heroe está completamente separado de la Sociedad: sin padres, sin amigos que sepan ya de él, no espera nada. Sin embargo, su contacto continuo con bandidos de todas clases no ha podido corromperle.

En el presidio sus compañeros le llaman el filósofo.

No sabiendo quienes podian ser sus enemigos, Francisco no se desesperaba inútilmente: tenia paciencia y esperaba el momento de poder pedir justicia; entre tanto era un modelo de honradez y

obediencia en el presidio de Toulon. Habia visto mucho de sus compañeros fugarse cado uno á su turno, como se acostumbraba en el presidio: pero él habia rehusado siempre hacerlo.

Doce años pasaron.

En el año de 1858, Francisco fué comprendido en la lista de proposiciones para el indulto, que se envió al ministerio de justicia.

Los tres años que le faltaban para cumplir su condena le fueron condonados, y el desgraciado salió en libertad.

Tenia entonces treinta y nueve años.

Se le dió su *feuille de route*, (hoja derrotera) para volver á Bélgica.

Presentándola á cada una de los autoridades de los puntos por donde pasaba, Francisco salió de Francia, donde le era prohibido volver nunca.

¿Qué iba hacer el infeliz?

## CAPÍTULO XXXVI.

### OTRA VEZ.

Habiendo sido entregado Francisco á la policía belga cuando llegó á la frontera, la autoridad competente le designó la provincia de Luxemburgo por residencia, bajo la vigilancia de la policía.

Francisco no habia pensado en semejante confinamiento: se vió en la imposibilidad de ir en busca de su amiga Adela, que el desgraciado no habia olvidado. Sin embargo, se prometió ir un dia á Brugelette en busca de la mujer que años ántes le habia dado su corazon.

La gendarmería francesa habia entregado á Francisco á la de la frontera, en la provincia de Namur. En Dinant se quedó el infeliz algunos dias en espera de la órden de residencia. Cuando llegó esta, se vió obligado á marcharse inmediatamente para el Luxemburgo, en donde debia habitar la ciudad de Bouillon, patria de Godofredo, primer rey de Jerusalem conquistada por los cruzados.

Francisco no podia estar mucho tiempo sin tratar de buscar á Adela. Pasaron tres meses.

Un dia que Francisco se encontraba abatido y cansado de esa vida tan horrible que pasaba, tomó una subita resolucion.

—Yo no puedo vivir en esta incertidumbre que me mata, se dijo: quiero saber si Adela no vive ya en Brugelette como se me ha dicho, ó si en este punto existe todavía, y que es lo que hace. Si ha muerto ó desaparecido, sabré á lo menos que ya no debo tener esperanzas. Viejo yo me ocuparé tranquilamente de mi trabajo, y esperaré que Dios me quite esta vida, que para mi ha sido demasiado pesada. Salir de aquí es ponerme otra vez en las manos de la justicia, ya lo sé; pero el quedarme es renunciar para siempre á Adela, y esto no lo haré sino en último caso.

Creo, sin embargo, que pidiendo una licencia podré ausentarme sin correr peligro: iré, pues, mañana á pedirla.

Efectivamente, al dia siguiente Francisco se presentó al brigadier de gendarmes que se encontraba en el punto con cuatro soldados.

—Señor brigadier, le dijo Francisco, vengo hoy á pediros un favor, y os suplico no rehusarmelo: desde muchos años tengo en el pueblo de Brugelette, en la provincia de Hainaut, una novia que me ha querido mucho: desde muchos años tambien no he sabido de ella: hoy que estoy radicado aquí por órden judicial, deseo casarme con Adela si es posible. Para ello me es indispensable verla y hablarle: os pido, pues, una licencia de cuatro dias para ir y volver.

—Vuestra buena conducta os hace acreedor á este favor: os concedo la licencia que pedis; pero os prevengo que si el quinto dia no os presentais aquí como de costumbre, daré parte de vuestra desaparicion á quien corresponde, y procuraré vuestra aprehension, negando haberos dado licencia. Podeis, pues, marcharos.

—No tengais cuidado, señor brigadier: el quinto dia estaré aquí sin falta.

Al dia siguiente salió Francisco para Brugelette. A su llegada se dirigió directamente á la casa de Labry. Adela sin esperanza de volver á ver nunca á Francisco estaba ocupada en planchar una poca de ropa blanca, cuando de repente se le presentó delante: miró con extrañeza al desconocido que la miraba sin decirle una palabra.

—¿A quién buscais, señor, le preguntó Adela?

—A la señórita Adela Labry.

—Yo soy, señor: ¿qué me quereis?

¡Adela! exclamó el infeliz, que no podia reconocer en esta mujer envejecida por los pesares y el trabajo á Adela, la niña de diez y siete años que habia conocido.

Adela, repitió con esfuerzo, no me habeis reconocido: ¿Estoy bien cambiado, pues?

—¿Pero quién sois, otra vez, señor?

—Diez y siete años de prision y dos de ausencia deben efectivamente haberos hecho perder la memoria: Francisco ha desaparecido de ella; no debo extrañarlo.

—¡Francisco! exclamó Adela: ¡vos sois Francisco! imposible: desde hace tantos años ha desaparecido que debo creerle muerto .....

—Adela, soy Francisco De Buck que os ha prometido tomaros por su esposa; soy Francisco que los gendarmes han sacado de aquí para llevársele á Tournay, hace diez y nueve años ....

—Francisco, perdóname el no haberte reconocido: pobre amado mio, que no he olvidado un solo instante.....

—Adela, perdóname tú tambien mi torpeza: no te habia reconocido yo tampoco.

—Somos los dos unos desgraciados, dijo Adela llorando, que la mala suerte ha tocado con su dedo: nuestra juventud se ha pasado en las lágrimas y el dolor. ¿Qué nos resta, hoy? Recuerdos amarguísimos, y la vejez que se adelanta á grandes pasos.

¿Por qué, Francisco, has desaparecido por tantos años? Ni una sola carta he recibido tuya. ¿Por qué?

—Adela, la mala suerte no se ha cansado de perseguirme: cuando conozcas todo lo que he sufrido, no tendrás para mí más que compasion.

En seguida Francisco narró á Adela todas sus desgracias; al acabar abrió su ropa y le enseñó la marca indeleble que llevaba sobre la espalda izquierda.

Los sollozos de Adela interrumpieron más de una vez la relacion de Francisco: la pobre mujer no podia creer á tanta desgracia.

—Y sin embargo, continuó Francisco soy inocente de todo.

—Te creo, Francisco, como si mi padre me estuviese hablando: y como prueba de ello, si el cariño de una pobre mujer como yo puede alivar tus inmensos pesares, soy tuya, Francisco.

—¡Oh! Adela mia: estas palabras me hacen olvidar todo lo que he sufrido hasta hoy; tu cariño cicatrizará las heridas que mi alma ha recibido; olvidaré la significacion de las letras que llevo como deshonra: desde hoy para mí la vida tendrá todavía encantos.

—Y yo, Francisco, en esas letras que nada puede hacer desaparecer veré desde hoy la significacion siguiente: *Toujours fidel* (siempre fiel.)

Al dia siguiente Francisco se marchaba para Bouillon: pero ya no solo: Adela le acompañaba.

Parecia que los dos infelices iban á ver concluir sus males, pero se habian olvidado de sus enemigos ocultos: la Compañía de Jesus vigilaba.

Habian nuestros desgraciados apénas llegado á Namur, cuando dos gendarmes que esperaban la llegada del tren se presentaron delante de Francisco.

—¿Eres Francisco De Buck, le preguntó uno de ellos bruscamente?

—Si, señor, lo soy ¿Qué me quereis?

—Queremos aprehenderte y conducirte á la cárcel, buena alhaja. ¿Porqué has salido de tu residencia?

—Señor, he salido con una licencia de cuatro dias que me dió el señor brigadier de Bouillon.

—Con una licencia de cuatro dias: entonces debes tenerla en la bolsa.

—En la bolsa no, porque el brigadier no me la ha dado por escrito, y á mi se me olvidó pedírsela.

—Esto es, dijo el gendarme riéndose; todo lo cual quiere decir que estas en *rupture de ban* (abandono de la residencia sin licencia): ¿y esta mujer que te acompaña que cosa es tuya?

—Esta mujer, contestó Francisco con dignidad, es un ángel que debeis respetar: es la que debia ser mi esposa.

El gendarme quedó cortado, y no volvió á decir más de Adela.

—Vámonos, pues, continuó: á la cárcel.

Nuestros lectores comprenderán facilmente que este nuevo atentado era obra de los jesuitas: el Padre Lhoir no era hombre de dormirse.

Cuando llegaron á la prision los gendarmes con Francisco, Adela declaró á éste que no se alejaria de allí, y que todos los dias haria lo posible para visitarle.

No quedó mucho tiempo Francisco sin conocer el resultado de la nueva acusacion, tan injusta como todas las otras: un año de prision le echó otra vez en las filas de los criminales.

Francisco habia sido juzgado conforme al artículo 338 del Código penal.

Adela cumplió con su palabra: durante un año vino dia por dia á visitar á su desgraciado Francisco, llevándole todo lo que era permitido llevar á los presos para suavizar su detencion.

Entre tanto, Francisco habia perdido poco á poco la confianza que le habian sabido inspirar los jesuitas. Le parecia, por fin, que estos no eran extraños á las desgracias que sin cesar habian llovido sobre él, desde veintiseis años. En las conversaciones que tenia con Adela, ésta le decia:

—Debes estar seguro, Francisco, de que tu tio te hubiera hecho salir de la cárcel en Amberes, cuando el robo de la corona de la vírgen, si alguna influencia misteriosa no se lo hubiera impedido. En Tournay, fué el primo del Padre Beckx quien te acusó del abuso de confianza que no habias cometido. En Ostende, el Padre Lambert desapareció por dejarte entregar y llevar á bordo del buque.

El mismo te dijo que yo me habia ido de Brugelette con mi padre para poderte llevar á Francia.

En Luçon, estaba tambien el jesuita contigo, y desde entonces no has vuelto á saber de ellos.

¿A quién aprovecharon todas tus condenaciones? A los jesuitas.

¿En poder de quién están los millones de tu tio? En poder de los jesuitas.

Debes, pues, desconfiar de ellos.

—Tienes razon, Adela, y lo que dices me lo dice tambien el padre capellan de la prision, á quien he contado todo lo que ha pasado: él dice que debo reclamar á los jesuitas lo que debe pertenecerme; que debo hacerles saber que he comprendido toda la persecucion que me han hecho, y amenazarles de hacer conocer su conducta si no me devuelven todo.

El padre dice bien: todos los jesuitas son unos infames que es necesario desenmascarar, y te aseguro que cuando se concluya mi año y salga en libertad, iré á reclamarles lo que me pertenece por derecho: estoy cansado de tanto sufrir y de ser la víctima de esos bandidos.

—Mucho cuidado, Francisco; no tienes ni amigos ni conocidos que pudieran ayudarte: yo no soy más que una pobre mujer, que para vivir necesita ir á trabajar en las casas particulares.

—El padre capellan es muy bueno, Adela, y le pediré consejos.

Efectivamente, el padre capellan de la prision habia sabido captarse la confianza de Francisco. haciéndole comprender que los padres jesuitas eran los autores de todos sus males y los ladrones de los millones que su tio les habia dejado.

Pasaron los meses: Francisco contaba los dias que le faltaban para salir en libertad.

Un dia el capellan le dijo:

—Francisco, os faltan pocos dias para cumplir vuestra condena: es necesario tomar una resolucion acerca de la fortuna de vuestro tio, y comenzar á dar los pasos necesarios. Os voy á dar un consejo, y es el siguiente: debeis escribir á los padres jesuitas para que sepan que conoceis todas sus intrigas. Creo que esto dará buen resultado: yo me encargo de llevarles la carta y hablarles con energía.

Mañana mismo me pondré en camino.

—Teneis razon, padre; y ahora mismo voy á hacer la carta.

¿A quién escribiré, padre?

—Hijo, el provincial actual es el Padre Lhoir, y está en Brugelette; el Padre Lambert ha muerto en Namur, y el Padre Marsay está en Bruselas: creo, pues, que debeis dirigiros al primero y hablarle de los otros.

El mismo dia Francisco escribió la carta siguiente:

"Al reverendo padre jesuita Lhoir, provincial de la Compañía de Jesus, en Brugelette.

"Muy R. padre:

"Hace veintiseis años que fuí acusado de haber robado una corona de la vírgen en una iglesia de Amberes; despues, de haber robado al primo del Padre Beckx, en Tournay; mas tarde, de robo y asalto en el camino real, en Francia: las tres veces fuí condenado, y sin embargo era yo inocente. Ha sucedido lo mismo con el año de prision que todavía no he concluido. Sé á no dudar que vosotros, los padres jesuitas Beckx, Lambert, Marsay y vos mismo habeis sido los que infamemente me han perseguido para aprovecharse de los millones de mi tio, Pedro De Buck: por lo tanto, os prevengo que si no me devolveis la fortuna que debia ser mia, tomaré otras providencias luego que salga de aquí.

"Entre tanto, quedo en ésta resuelto á todo.

FRANCISCO DE BUCK."

El capellan leyó y aprobó la carta, y al dia siguiente se puso en marcha para Brugelette, donde le seguiremos.

El Padre Lhoir recibió al padre capellan con el mas grande interes:

—Qué teneis que anunciarme de nuestro individuo, Padre Rayée?

—Reverendo padre, le contestó éste, os traigo una carta de Francisco, y vengo encargado por él de hablaros con toda la energía necesaria: Francisco está dispuesto á haceros devolver los millones de su tio, y gracias á mí no tiene duda en que los padres jesuitas son los autores de todas sus desgracias. Aquí teneis la carta: y el capellan entregó al terrible jesuita la carta de nuestra infeliz víctima.

—Muy bien, dijo el provincial despues de haber leido: mañana otra carta se hará, en donde nuestro individuo firmará su sentencia de muerte. En cuanto á vos, hermano, de vuelta á Dinant le hareis comprender que es necesario, que al presentarse en Bruse-

las, donde le direis que estoy, nuestro individuo vaya armado: tomad este dinero que le dareis para comprar una pistola de dos tiros, que deberá llevar al presentarse en nuestra casa de Bruselas.

Al dia siguiente el infame provincial enseñó la carta siguiente al Padre Rayée:

"Al reverendo Padre jesuita Lhoir, provincial de la Compañía de Jesus, en Bruselas.

Muy R. padre:

Hace veintiseis años que fuí acusado de haber robado una corona de la vírgen en una iglesia de Amberes; despues, de haber robado al primo del Padre Beckx, en Tournay; mas tarde, de robo y asalto en el camino real, en Francia: las tres veces fuí condenado: es cierto que era yo culpable. Ha sucedido lo mismo con el año de prision que todavía no he concluido. Sé á no dudarlo que vosotros, los Padres Beckx, Lambert, Marsay y vos mismo habeis sido los que infamemente me han perseguido para apoderarse de los millones de mi tio, Pedro De Buck: por lo tanto, os prevengo que si no me devolveis la fortuna que debia ser mia, á mi salida de la prision os buscaré á todos y os mataré sin compasion, á vos, al Padre Beckx y al Padre Lambert; además, á cuantos jesuitas pueda matar despues de vosotros, lo haré con el mas gran gusto.

Entre tanto, quedo en ésta resulto á todo.

Francisco de Buck."

"Prision de Dinant, Octubre 3 de 1860."

—¡Admirable! exclamó el Padre Rayée: la letra ha sido imitada con la mas grande perfeccion, y con semejante carta habrá para aplicarle la pena capital, que, vistos sus antecedentes, no se le conmutará.

¡Infeliz Francisco! sin saberlo se habia entregado mas que nunca en poder de los infames hijos de Loyola: el Padre Rayée, capellan de la prision de Dinant, pertenecia á la Compañía de Jesus, y habia obrado en todo segun las instrucciones que habia recibido del provincial.

De vuelta á Dinant, dijo á Francisco:

—Hijo mio, esos hombres no han querido oir las justas reclamaciones que les presenté: rehusan devolver un solo franco, y me han sostenido que ellos no han heredado los millones de vuestro tio: ha sido, dicen, un abogado de Mons, llamado Mauricio Beckx.

—Sí, otro pariente del padre Beckx: viene á ser lo mismo.

—Hijo, os daré un último consejo, y es el siguiente: al salir de aquí comprareis una buena pistola que llevareis siempre en vuestra bolsa. Si se quiere intentar algo contra vos, podreis defenderos y no ser otra vez su víctima. Sin embargo, no debeis serviros de él sin necesidad absoluta. Tres dias os faltan todavía: tomad estos cincuenta francos, que os regalo para vuestros gastos de viaje y para comprar la pistola.

Tres dias despues Francisco estaba en libertad.

El Padre Lhoir se habia presentado á un juez criminal, el mismo dia de la salida de Francisco de la carcel: remitiendo al magistrado la carta falseada, habia pedido justicia contra el bandido que le amenazaba de muerte.

El magistrado envió un agente á la casa profesa, para arrestar á Francisco luego que se presentase.

En la tarde del mismo dia el desgraciado, que acababa de llegar de Namur, se presentó á la casa de los jesuitas preguntando por el Padre Lhoir y por el Padre Marsay. Le preguntaron su nombre, y contestó:

—Francisco De Buck.

Dos minutos despues el agente se presentó y aprehendió á Francisco, llevándole inmediatamente delante del juez.

Despues de las primeras declaraciones, el desgraciado fué declarado bien preso, acusado de amenazas de muerte con conato de ejecucion. Otra vez Francisco estaba en el abismo, y segun todas las apariencias iba á pagar con la vida actos que no habia cometido.

Una sola persona quedaba á Francisco para comprenderle y amarle: Adela, llevando hasta el extremo su sacrificio, habia llegado á Bruselas, donde trabajaba todo el dia para ganar un miserable sueldo. En sus visitas á Francisco le aconsejaba la paciencia, y como un bálsamo vertía sus dulces palabras sobre las heridas del alma de su amante.

¡Pobre mujer, que tenia que soportar todos los sacrificios de una esposa, sin serla, sin haber tenido un solo de sus goces.

Habia perdido su reputacion desde que se la habia visto visitar á Francisco en la prision de Dinant: todos la creian su querida, y sin embargo todavía era doncella.

Nadie podia comprender su sublime sacrificio.

## CAPÍTULO XXXX.

### ¡AL FAROL LOS JESUITAS!

Algunos meses se pasaron, y Francisco seguia preso.

Por fin su turno llegó.

Un dia, tres jóvenes se dirigian al palacio de justicia: dos de ellos eran abogados apenas conocidos; todavía no se habian formado una clientela: el uno se llamaba *Robert*, el otro *Jansson;* el tercer jóven era un estudiante de la Universidad-libre de Bruselas.

—Fabian, dijo Jansson á este último, acompañadnos al palacio: vamos á ver en el registro las causas que deben juzgarse próximamente.

—Con mucho gusto, contestó éste.

Los tres jóvenes entraron en el palacio.

Robert hojeó el registro y leyó á media voz las causas próximas á verse: una de ellas llamó su atencion: decia así:

"Los padres jesuitas contra Francisco De Buck, por amenazas de muerte con conato de ejecucion.

—Aquí andan los jesuitas, dijo Jansson: debe haber algun misterio: ¿les parece que vayamos á visitarle en su prision?

—Vamos, dijeron sus dos compañeros á una voz.

Un momento despues los dos jóvenes abogados y su compañero estaban con Francisco De Buck.

Preguntado éste por ellos, rehuzó contestar: pero las instancias de los jóvenes, que le aseguraron que conocian á los jesuitas como asesinos, ladrones, etc. le hicieron poco á poco comprender que no debia guardar el secreto con estos amigos, que el cielo le enviaba.

Una hora despues los dos abogados decian á Francisco:

—Señor De Buck, desde este momento somos vuestros defensores: no tenemos un centavo, pero conocemos personas que nos facilitarán todos los recursos necesarios para el procedimiento. Paciencia y confianza: ántes de poco estareis en libertad, y esos bandidos os habrán devuelto los millones que deben perteneceros, con los réditos desde el año de 1846.

Como un benéfico rocío que viene á calmar la sed devoradora de la planta que un sol abrazador ha inclinado sobre su tallo, Francisco se sintió revivir al escuchar éstas consoladoras palabras.

Adela participó de su alegría cuando vino al dia siguiente á visitar á Francisco. En seguida la noble mujer fué á ponerse á disposicion de los jóvenes abogados, que habian dejado su tarjeta á Francisco.

Unas listas de suscricion fueron puestas en circulacion por Robert y Jansson. Su amigo Fabian se encargó de una: la Gran Lógia Masónica del Rito Escoces Antiguo y Aceptado, en Bruselas, se suscribió en cabeza por mil francos; varios particulares lo hicieron por quinientos francos: al cabo de un mes los dos infatigables abogados habian reunido sesenta mil francos, para los gastos del proceso.

Los periódicos liberales comenzaron á ocuparse del negocio.

Todas las personas que pudieron dar alguna luz fueron citadas por todas las hojas públicas.

El primero que se presentó fué Guillermo: el jóven pintor se habia radicado en Bruselas con su esposa.

Al leer la primera noticia en el periódico que recibia, *La Independencia Belga*, dió un grito de asombro al ver el nombre de Francisco De Buck: corriendo fué á buscar á su esposa:

—¡Agustina, le gritó luego que la encontró, nuestro hermano Francisco se ha encontrado! Sin perder un minuto vamos á verle.

—¡Francisco, exclamó Agustina, Francisco á quien creiamos

muerto! Querido hermano mio, á quien he abandonado, continuó sollozando, aquí está tu hermana Agustina.

Un momento despues un coche llevaba á los dos jóvenes esposos á la prision, donde sin dificultad pudieron penetrar en el alojamiento de Francisco.

No queremos describir esta entrevista: el corazon de nuestros lectores les dirá mejor que nuestra pluma las sensaciones que cada uno debió resentir.

Al dia siguiente Adela estaba alojada en la casa de su hermana Agustina.

La segunda persona importante que fué encontrada era el Sr. Dupont, comandante del buque "La Fortuna," que habia llevado á Francisco á la isla de Cuba.

Fueron citados todos los testigos que todavía vivian: la señorita Elisa, el sargento que habia sido robado en Francia, etc.

De su lado los jesuitas no perdonaban ningun esfuerzo, ningun sacrificio: pero les era difícil salvarse: habia sonado para ellos la hora del castigo.

Por fin llegó el dia de los debates públicos: el pueblo sobreexitado cubria la plaza pública que se encuentra frente al Palacio de Justicia, en Bruselas; la sala no podia contener ni la milésima parte del gentío que se habia presentado.

Un antiguo conocido nuestro tambien se encontraba sentado en medio de los espectadores: Teófilo Lacourte habia llegado á ponerse á disposicion de su antiguo amigo.

Los padres jesuitas eran los acusadores, y Francisco estaba sentado sobre el banco de los acusados.

Se abrieron los debates.

El acusador público dió lectura de la acusacion: pero, cosa extraña, no pidió nada contra el acusado.

El abogado de la Compañía de Jesus, que naturalmente era miembro de ella, expuso los hechos y se esforzó en probar el gran peligro á que habian escapado los padres Lhoir y Marsay, y demás de la Compañía.

El primer defensor del presunto reo era Robert: jóven simpático, sin un solo pelo de barba, con los ojos azules y la caballera rúbia,

su fisonomía agradable no podia menos que hacer una favorable impresion sobre el público: con una voz suave y clara expuso todo lo que habia sufrido Francisco desde el año de 1835 hasta la fecha. Cuando Robert hubo concluido su largo informe, su compañero Jansson tomó la palabra.

De un tipo meridional, Jansson era lo contrario de Robert: de cabellera negra y rizada, de bigote y ojos negros, su voz fuerte y sonora tronaba sobre la cabeza de los que atacaba.

Se levantó, y designando con el dedo á los padres jesuitas que hablaban con su abogado, dijo con profunda indignacion:

—Estos hombres son unos miserables: ellos deberian estar sentados sobre el banco de los acusados en lugar de Francisco De Buck, su inocente víctima....

El público le interrumpió con frenéticos aplausos. Las mujeres lloraban, y los hombres ciegos de cólera enseñaban el puño á los infames hijos de Loyola.

—Señor presidente, gritó el abogado de los padres, jamás se ha visto semejante cosa; jamás se ha visto á la parte acusada insultar á la parte civil. Pido que llameis al órden á los delincuentes, y haré constar el incidente.

El presidente pareció que no habia oido.

Jansson prosiguió:

—Aquí teneis, señores, á Francisco De Buck que debia heredar de su tio Pedro los ocho millones que componian su fortuna. Allá teneis aquellos individuos que se llaman jesuitas, y que siempre están en busca del oro que con el sudor de su frente ha ganado el hombre laborioso. Francisco era el jóven inocente y honrado, y tenia por enemigos á una sociedad entera, cuyos miembros son todos, sin excepcion, capaces de los mas grandes crímenes: la inocencia debia perder y el bandidaje debia vencer. Cuatro veces fué acusado Francisco, y cuatro veces condenado.

Los hombres del bonete cuadrado, los discípulos de Ignacio de Loyola, los defensores del regicidio, los consejeros del asesinato, los envenenadores de los papas que fueron sus enemigos debian llegar á su fin.

Su influencia es grande: en los puestos públicos tienen coloca-

dos sus hermanos de ropa-corta, y gracias á ellos tienen entrada en todas partes.

Sin fé, no reconocen mas leyes que las que se han dado: ¿por qué, pues, vienen á apelar hoy á la justicia del país, si su patria está en el Gesú, en Roma?

El Padre Beckx, que por vergüenza nuestra es nuestro compatriota, era el provincial de Bélgica, y fué el iniciador de los crímenes que se cometieron contra mi defendido.

Un bandido, pues, se encuentra á la cabeza de esa Compañía que busca el dominio del mundo, y....

—¡Al farol los jesuitas! gritó el público furioso; y alguos individuos se levantaron amenazadores.

Los infames jesuitas se pusieron lívidos, y miraron con terror á ese público justamente indignado.

Los gendarmes que guardaban el órden fueron reforzados: una compañía entera vino á situarse en la sala de justicia.

Jansson continuó en el mismo tono por espacio de dos horas: dió lectura á la *Monita* ó Instrucciones secretas de los jesuitas, que en tonces eran todavía desconocidas. (1)

El pueblo furioso se agitaba impaciente.

El jurado se retiró para deliberar.

Un momento despues volvió á entrar: el presidente se levantó, y con la mano sobre el corazon dijo con solemnidad:

—Sobre mi honor y conciencia, delante de Dios y de los hombres, Francisco De Buck es inocente del crímen de que se le ha acusado.

Un inmenso ¡hurra! se dejó oir en la sala, y fué repetido por el público de la plaza: los barandales fueron rotos, y los espectadores se precipitaron sobre los jesuitas gritando:—¡Al farol los jesuitas!

La compañía toda de gendarmes cruzó la bayoneta é hizo escapar á los jesuitas por una puerta de servicio.

(1) El autor pensaba dar en esta obra la Monita de los jesuitas: pero desde que comenzó á escribirla, el *Monitor* hizo conocer al público las instrucciones secretas; tambien fueron dadas á luz en una obra que hace poco se publicó en México y que tiene por título: Consejos de Satanás á los jesuitas. Por lo tanto, el autor de *El Tribunal* ha creido superfluo repetirlas.

Entonces el pueblo prorumpió en vivas á Francisco.

Apenas el presidente del tribunal pudo hacer oir en medio del tumulto estas palabras:

—El acusado será puesto inmediatamente en libertad.

Francisco y sus dos defensores fueron llevados en triunfo sobre las espaldas de los mas exaltados, y esta singular procesion recorrió las calles de la capital á los gritos de:

—¡Al farol los jesuitas! ¡Viva Francisco De Buck! ¡Vivan Robert y Jansson!

El entusiasmo del pueblo se acabó por fin, y dejó libres para retirarse á Francisco y á sus dos defensores Robert y Jansson.

En la casa de Guillermo éste les esperaba con Agustina, Adela y Teófilo.

Dejemos entregados á sus tiernos sentimientos á todos nuestros antiguos conocidos y amigos.

Poco tiempo despues el jesuita Lhoir fué demandado en restitucion de los ocho millones de francos, que el armador Pedro De Buck habia testado en favor del abogado Mauricio Beckx, jesuita de ropa-corta.

La Compañía de Jesus fué condenada á la restitucion de los ocho millones más los réditos del 6 por 100 al año desde el de 1846 hasta el de 1863, en cuya época se dió la sentencia.

Francisco se encontraba á la cabeza de diez y seis millones, seiscientos setenta y cuatro mil francos.

Los abogados recibieron por sus honorarios un millon de francos cada uno.

Un mes despues Francisco De Buck demandó una segunda vez á los Padres Beckx, Lhoir y Marsay, por calumniadores y falsarios: pero ninguno de ellos se presentó: el primero estaba en Roma protegido por el poder papal; los otros dos habian desaparecido, sin que desde entonces se hubiese vuelto á saber de ellos.

El inspector general de las prisiones de Bélgica fué destituido de su empleo; al capellan de la prision de Dinant y al teniente de gendarmes de Ostende, cupo la misma suerte.

Los hombres negros estuvieron más de tres meses ocultos en sus inmundos ántros: el pueblo hubiera hecho trizas al primero de ellos

que se hubiera atrevido á salir á la calle. En todas las estaciones de ferrocarril se vendian las caricaturas que ponian á los jesuitas bajo su verdadera luz, y el pueblo pidió con instancia su expulsion del país.

Francisco poco despues se unió en matrimonio con su noble Adela, y tuvo el gusto y la dicha de ver reunidos á su mesa á su hermana Agustina y su esposo Guillermo con sus hijos; á Teófilo y su esposa tambien con sus hijos; á la anciana Elisa que le habia visto crecer; al Sr. Dupont, quien presentó á Francisco á su esposa y sus hijos, que éste no conocia; al viejo sargento francés que involuntariamente habia sido la causa del presidio sufrido por Francisco; y á sus dos defensores los abogados Robert y Jansson que le habian salvado de las garras de la Compañía de Jesus. Un nuevo amigo de Francisco se encontraba tambien sentado á la mesa: era Fabian, el amigo y compañero de estudios de Robert y Jansson.

Antes de separarse, Francisco aseguró á Guillermo y á Teófilo una posicion brillante; al Sr. Dupont le regaló una goleta preciosa; al anciano sargento le aseguró tambien una buena posicion.

Elisa quedó á su lado como si hubiera sido su madre, y murió algunos años despues en los brazos de sus queridos hijos.

Hoy Francisco De Buck goza todavía de muy buena salud, y Adela le ha dado dos hijos que hacen su felicidad.

Tambien Guillermo y Agustina viven todavía en medio de su numerosa familia.

Teófilo ha muerto hace poco.

Los abogados Robert y Jansson gozan en Bruselas de una alta reputacion bien merecida.

En la sala de la casa de Francisco, se encuentra un gran cuadro que contiene estas dos letras:

T F

Cuando algun extraño pregunta á los dueños de la casa el significado de ellas, contestan sonriéndose: TOUJOURS FIDEL.

FIN.

# INDICE.


| | | Páginas |
|---|---|---|
| PROLOGO. | | V. |
| CAPÍTULO I. | —Bélgica, Amberes | 1 |
| „ II. | —Pedro De Buck | 5 |
| „ III. | —El colegio de San Cárlos | 9 |
| „ IV. | —1830 | 15 |
| „ V. | —El Gesú | 19 |
| „ VI. | —El Padre Roothaan | 24 |
| „ VII. | —Guillermo | 29 |
| „ VIII. | —Fé, Esperanza y Caridad | 33 |
| „ IX. | —Fraile y jesuita | 37 |
| „ X. | —La pensionista | 43 |
| „ XI. | —Sor Agueda | 51 |
| „ XII. | —El tribunal de la penitencia | 57 |
| „ XIII. | —La familia del armador | 63 |
| „ XIV. | —El poder temporal del Papa | 67 |
| „ XV. | —Preliminares | 73 |
| „ XVI. | —El Rideck | 79 |
| „ XVII. | —El hermano Joaquin | 85 |
| „ XVIII. | —Jesucristo entre dos ladrones | 91 |
| „ XIX. | —La fuente del progreso | 97 |
| „ XX. | —Primeras lágrimas | 105 |
| „ XXI. | —La corona de Nuestra Señora | 115 |
| „ XXII. | —En el abismo | 129 |
| „ XXIII. | —El padre espiritual | 135 |
| „ XXIV. | —La casa del criminal | 141 |
| „ XXV. | —La cinta blanca | 147 |
| „ XXVI. | —El compañero de Francisco | 174 |
| „ XXVII. | —Francisco sale de la casa de correccion | 185 |

„ XXVIII.—En libertad ..... 192
„ XXIX.—Segunda condenacion ..... 207
„ XXX.—Los jesuitas y Pedro De Buck ..... 215
„ XXXI.—De Bélgica á Cuba ..... 225
„ XXXII.—El nuevo testamento ..... 233
„ XXXIII—El buque "La Fortuna." ..... 243
„ XXXIV.—Las hermanas de la caridad ..... 255
„ XXXV.—El envenenamiento ..... 263
„ XXXVI.—La marca infamante ..... 273
„ XXXVII.—Los jesuitas Roothaan y Beckx ..... 281
„ XXXVIII.—La revolucion de 1857 ..... 287
„ XXXIX.—Otra vez ..... 295
„ XXXX.—Al farol los jesuitas ..... 305

Desde la undécima entrega el Sr. D. Jesus Alfaro se separó de la redaccion de esta obra, quedando encargado de ella,

**Fabian Manrique.**

LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 608 6